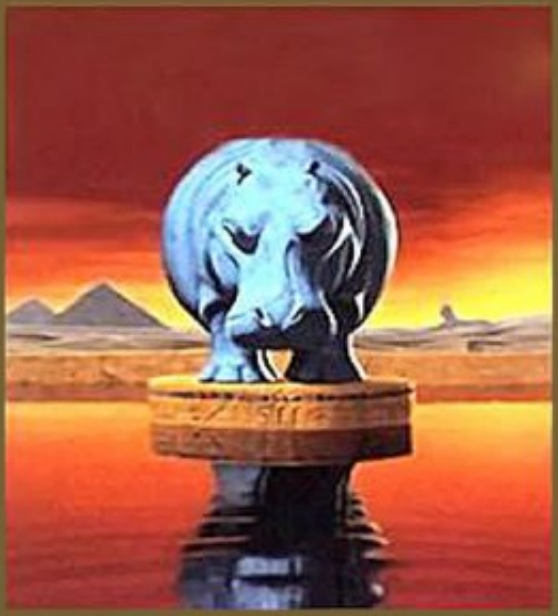
ELIZABETH

PETERS



# LA CHARCA DEL HIPOPOTAMO

# ELIZABETH PETERS

*La charca del hipopótamo*

*Amelia Peabody Nº8*

*Traducción de Fanedición*

# Sinopsis

*Excavación temporada 1899-1900.*

*La popular y valiente egiptóloga del siglo XIX, Amelia Peabody corretea por su octava aventura arqueológica. Cuando un extraño enmascarado se ofrece a revelar la ubicación de la tumba perdida de una reina egipcia a Amelia y a Emerson en 1900, lo menos que se puede decir es que ambos se sienten intrigados. Pero el guía desaparece misteriosamente, dejándoles navegando hacia Tebas para seguir su rastro. El hecho de que Ramsés y Nefret estén con ellos durante el viaje ayuda y dificulta los esfuerzos por resolver este misterio. Pronto los cuatro están arriesgando sus vidas mientras frustran a secuestradores, ladrones de tumbas y antiguas maldiciones. Y la intrépida Amelia se encuentra ante un villano nuevo y sorprendente, que es tan inteligente y hábil como ella.*

Traductor: Fanedición
©1996, Peters, Elizabeth
ISBN: 5705547533428
Generado con: QualityEbook v0.63

# INTRODUCCIÓN

**Para comodidad de los lectores que se encuentren con los diarios de la señora Emerson por primera vez, hemos obtenido permiso para reimprimir este extracto de *El diccionario autobiográfico nacional, 45ª edición.***

La fecha de mi nacimiento es irrelevante. No existí realmente hasta 1884, cuando tenía casi treinta años (1). Fue en ese año cuando me dispuse a visitar Egipto con la compañía de una joven dama y encontré las tres cosas que iban a dar sentido y propósito a mi vida: el crimen, la egiptología y a ¡Radcliffe Emerson!

Emerson (que empezaba esa carrera notable en la arqueología, es descrito en otro lugar de este diccionario) y su hermano Walter estaban excavando en el remoto sitio de Amarna, en el Medio Egipto. Poco después de que Evelyn y yo nos uniéramos a ellos, el trabajo fue interrumpido por una serie de acontecimientos extraordinarios causados por lo que parecía ser una momia resucitada. El desenmascaramiento del villano que había inspirado esta aparición no interfirió indebidamente con una exitosa temporada de excavación (2).

Mi matrimonio con Emerson tuvo lugar poco después, al igual que la unión de Evelyn con el hermano de Emerson. El nacimiento de nuestro único hijo, Walter Peabody Emerson, familiarmente conocido como Ramsés, requirió una breve pausa en nuestras expediciones anuales a Egipto. No fue hasta el otoño de 1889 cuando la petición de la viuda de sir Henry Baskerville, cuya muerte en extrañas circunstancias había interrumpido su excavación de una tumba real de Tebas, nos llevó de vuelta (con el placer que el lector puede imaginar) a Egipto. Por supuesto, fuimos capaces de terminar el trabajo de sir Henry y resolver el misterio de su muerte (3).

Esa temporada dejamos a nuestro hijo con su tía y su tío en Inglaterra, ya que su extrema juventud (y algunos de sus hábitos) le habrían puesto en peligro (a él y a todo el mundo que le rodeaba). Sin embargo, desde muy temprana edad demostró una aguda aptitud para la egiptología, por lo que (ante la insistencia de su cariñoso padre) nos acompañó a Egipto el año siguiente. Teníamos la esperanza de trabajar en el campo de la gran pirámide de Dahshur esa temporada, pero el rencor y los celos (4) del entonces Director de Antigüedades nos relegaron al cercano sitio de Mazghunah, probablemente el sitio arqueológico más aburrido y menos importante de Egipto. Afortunadamente nuestro trabajo estuvo amenizado por nuestro primer encuentro con el enigmático genio de la delincuencia conocido como Sethos o, como yo prefiero llamarlo, el Maestro del Crimen.

Los detalles de la carrera de este hombre asombroso están envueltos en el misterio, pero debió de comenzar a finales de 1880, en la zona de Luxor. Unos años más tarde se había deshecho de todos sus rivales y era el líder supremo del comercio ilegal de antigüedades. Todos los objetos saqueados de tumbas y templos por parte de excavadores no autorizados, egipcios y europeos, pasaban por sus manos. Una inteligencia superior, una imaginación poética, crueldad extrema y un talento incomparable para el disfraz contribuyeron a su éxito, y solo sus lugartenientes de mayor confianza eran conocedores de su verdadera identidad.

Ese año fuimos capaces de frustrar el intento de Sethos de robar en las tumbas de las princesas en Dahshur y escapar de sus intentos contra nuestras vidas (5). Aunque se nos escapó y nos lo volvimos a encontrar a la temporada siguiente. Sin embargo algunos acontecimientos de carácter privado (que no están dentro del alcance de este artículo), nos dieron razones para creer que habíamos visto lo último de él (6).

En el otoño de 1897 nos propusimos ir a Sudán, que estaba siendo reconquistado por las tropas egipcias lideradas por los británicos después de un largo período de ocupación por parte de los derviches. Habíamos planeado excavar en las ruinas de la antigua capital cushita de Napata, pero un mensaje de Willy Forth, un viejo amigo de Emerson que llevaba desaparecido más de diez años, nos envió a las tierras baldías del desierto occidental, en

busca de él y su familia. Los detalles de esta asombrosa aventura (quizás la más notable de nuestras vidas) se han registrado en otros lugares (7). Tuvo como resultado el rescate de la hija de Forth, Nefret, del remoto oasis donde vivía desde su nacimiento.

El invierno de 1898-99 nos vio a Emerson y a mí de nuevo en el yacimiento de Amarna. Habíamos dejado a Ramsés y a Nefret (ahora nuestra pupila) en Inglaterra, y yo esperaba revivir los buenos recuerdos de mi primer encuentro con mi admirable esposo. Los sorprendentes acontecimientos que interrumpieron las excavaciones durante ese año incluyen asuntos personales que no son apropiados para una biografía oficial (8), baste con decir que nos encontramos por tercera vez con nuestro gran y terrible adversario el Maestro del Crimen y con varios de sus secuaces, así como con una misteriosa mujer conocida por nosotros solo como Bertha. El desenlace de esta aventura emocionante acabó con Sethos abatido por la bala de un asesino, Emerson despachando al asesino y la desaparición de Bertha y sus secuaces...

Me han preguntado muchas veces por la frecuencia de nuestros encuentros con delincuentes de diferentes tipos, pero en mi opinión considero que es un resultado inevitable por dos causas: en primer lugar, el estado de la excavación no controlada durante el período en cuestión; y en segundo lugar el carácter de mi marido. Desde el principio, y al principio casi en solitario, Emerson luchó contra ladrones de tumbas, inspectores de antigüedades ineptos y coleccionistas sin escrúpulos en su cruzada para preservar los tesoros históricos de Egipto. Huelga decir que siempre estuve a su lado en la búsqueda del conocimiento y de los villanos.

(1) Esto no es consistente con otras fuentes. Sin embargo, los editores eran de la opinión de que sería una descortesía cuestionar la palabra de una dama.

(*2*) *El cocodrilo en el banco de arena.*

(3) *La maldición de los faraones*.

(4) La señora Emerson se negó a modificar esta declaración, a pesar de las objeciones de los editores a su carácter perjudicial.

(5) *El sarcófago de la momia*.

(*6*) La reticencia de la señora Emerson sobre este tema es difícil de entender, ya que ella ha descrito estos acontecimientos en el quinto volumen de sus *Memorias, El león en el valle.*

(*7*) *El último camello murió al mediodía.*

(8) Para los detalles de estos asuntos privados personales: *La serpiente, el cocodrilo y el perro.*

# PERSONAJES QUE APARECEN O MENCIONADOS EN LA CHARCA DEL HIPOPÓTAMO

***—Abd el Hamed.****-Comerciante de antigüedades y falsificador, vive en Gurneh.*

***—Abdallah ibn Hassan al Wahhab (Abdullah).****-Reis (capataz) de los trabajadores egipcios de Emerson.*

*—**Ali.**-Un sufrayi (camarero) del Hotel Seppheard.*

***—Ali, Mohammed, Selim, etcétera, etcétera.****-Hijos de Abdullah, que también trabajan para los Emerson.*

***—Ali Murad.****-Anticuario y agente consular estadounidense en Luxor.*

*—**Amherst, William.**-Joven egiptólogo que tiene que ver poco con la historia. Ayudante de Cyrus Vandergelt.*

***—Bertha.****-Mujer misteriosa, una de los antiguos enemigos de los Emerson.*

***—Brugsch, Emile.****-Ayudante de Maspero, el primer arqueólogo en entrar en el alijo de de momios reales de Deir el Bahari.*

***—Budge, Wallis.****-Conservador de antigüedades egipcias y asirias del Museo Británico, conocido por sus cuestionables métodos en la adquisición de objetos para el museo.*

***—Carter, Howard.****-Recién nombrado Inspector de Antigüedades del Alto Egipto.*

***—Daoud.****-Sobrino de Abdullah.*

***—Emerson, Amelia Peabody.****-Dama victoriana, arqueóloga y experta en crímenes.*

***—Emerson, Evelyn.****-Esposa de Walter, nieta del difunto Conde de*

*Chalfont.*

***—Emerson, Radcliffe.****-Marido de Amelia. "El egiptólogo más eminente de ésta o cualquier otra época". Conocido por los egipcios como "El Padre de las Maldiciones" y por su esposa como Emerson.*

***—Emerson, Walter.****-Hermano de Radcliffe, especialista en las lenguas del Antiguo Egipto.*

***—Emerson, Walter Peabody.****-Hijo de Amelia y de Emerson. Llamado Ramsés por sus parientes y amigos y un afreet (demonio) por casi todos los demás.*

***—Forth, Nefret.****-Pupila de Amelia y de Emerson. Nieta del fallecido Lord Blacktower.*

***—Layla.****-Tercera esposa de Abd el Hamed, y la más interesante.*

***—Mahmud.****-Encargado de la dahabbiya de los Emerson.*

***—Marmaduke, Gertrude.****-Contratada por los Emerson para dar clase a su hijo y a su pupila.*

***—Maspero, Gastón.****-Reelegido en 1899 en su anterior cargo como Director de Antigüedades.*

***—Murch, Chauncey.****-Misionero estadounidense y tratante de antigüedades en Luxor.*

***—Newberry, Percy.****-Egiptólogo inglés.*

***—O'Connell, Kevin.****-Reportero estrella del Daily Yell.*

***—Petrie, William Flinders.****-Principal rival de Emerson como fundador de la arqueología científica.*

***—Quibell, J. F.****-Recién nombrado Inspector de Antigüedades del Bajo Egipto.*

***—Riccetti, Giovanni.****-Anteriormente con el control del comercio ilegal de antigüedades en Luxor. Tiene la intención de recuperar esa posición por todos los medios necesarios.*

***—Sethos, también conocido como "Maestro del Crimen".****-Anteriormente con el control de la red ilegal de antigüedades de Egipto. Principal adversario de Amelia y de Emerson (y también de Ramsés).*

***—Shelmadine, Leopold Abdullah, alias señor Saleh****. -¿Es la reencarnación del Sumo Sacerdote Heriamon o miembro de una banda de ladrones de tumbas? ¿O las dos cosas?*

***—Todros, David.****-Nieto de Abdullah.*

***—Vandergelt, Cyrus.****-Millonario excavador estadounidense y aficionado entusiasta de la egiptología.*

***—Washintong, Sir Edward.****-Hijo menor de aristócrata, con talento*

*para la fotografía arqueológica y una dudosa reputación con las mujeres.*

***—Willoughby, Doctor.****-Médico inglés residente en Luxor.*

# Capítulo 1

***"El problema de los enemigos desconocidos es que son difíciles de identificar".***

A través de las ventanas abiertas del salón de baile, la suave brisa nocturna de Egipto enfriaba los rostros enrojecidos de los bailarines. Seda y raso resplandecían, las joyas chispeaban, el oro trenzado brillaba; los acordes de una música dulce llenaban el aire. El baile de la Víspera de Año Nuevo en el Hotel Shepheard era siempre un acontecimiento excepcional en la temporada social de El Cairo, pero la muerte de este día de diciembre marcaba un final más importante que de costumbre. En poco más de una hora las campanadas anunciarían el comienzo de un nuevo siglo: el uno de enero de mil novecientos.

Después de haber finalizado una vigorosa danza escocesa acompañada del capitán Carter, busqué un rincón tranquilo detrás de la maceta de una palmera y me entregué a la clase de especulación que cualquier individuo serio llevaría a cabo en tal ocasión. ¿Qué traerían los siguientes cien años a un mundo que todavía sufría todos los males antiguos de la humanidad: pobreza, ignorancia, guerra, la opresión del sexo femenino? Aun optimista como soy y bendecida con una excelente imaginación (demasiado bendecida según mi marido), no podía imaginar que un solo siglo resolviera todos los problemas. Sin embargo, confiaba en que mi género por fin lograría la justicia largamente negada y que yo misma vería ese día glorioso. ¡Carreras para las mujeres! ¡Voto para las mujeres! ¡Mujeres abogadas y mujeres cirujanas! ¡Mujeres jueces, legisladoras! ¡Líderes de las naciones ilustradas en las que las mujeres estaban hombro con hombro y espalda con espalda con los hombres!

Sentía que podía reclamar algún pequeño crédito por los avances que con seguridad esperaba ver. Yo misma había roto una barrera: como la primera de mi sexo en trabajar como arqueóloga de campo en Egipto, había demostrado que una "mera" mujer podía soportar los mismos peligros y molestias, y cumplir con los estándares profesionales como un hombre. El candor así como el afecto me obliga a admitir que nunca podría haberlo hecho sin el apoyo incondicional de un individuo extraordinario, Radcliffe Emerson, el egiptólogo más prominente de este o de cualquier siglo, y mi devoto esposo.

Aunque la habitación estaba llena de gente, mis ojos se sintieron atraídos hacia él como un imán. Emerson destacaría en cualquier grupo. Su altura espléndida y su forma atlética, sus rasgos cincelados y sus brillantes ojos azules, el pelo negro que enmarca su frente intelectual... podría continuar durante varias páginas describiendo las excepcionales características físicas y mentales de Emerson. Humildemente reconozco las bendiciones del cielo. ¿Qué había hecho yo para merecer el afecto de un hombre así?

Mucho, de hecho. Yo sería la primera en admitir que mis rasgos físicos no son especialmente atractivos (aunque Emerson ha comentado favorablemente algunos de ellos en privado). Cabello espeso y negro, ojos acerados de color gris, un porte más conocido por la dignidad que por la gracia, una estatura de tamaño indeterminado, eso son los rasgos que ganan el corazón de un hombre. Sin embargo yo había ganado el corazón de Radcliffe Emerson, no una sino dos veces; había estado a su lado, sí, luchado a su lado durante las aventuras extraordinarias que tantas veces interrumpieron nuestras actividades profesionales. Lo había rescatado del peligro, cuidado a través de enfermedades y lesiones, y le había dado un hijo...

Y criado ese hijo hasta la edad actual de doce años y medio. (Con Ramsés una cuenta por meses, si no días). A pesar de que me he enfrentado a perros rabiosos, Maestros del Crimen y asesinos de ambos sexos, creo que la crianza de Ramsés es mi logro más notable. Cuando recuerdo las cosas que Ramsés ha hecho, y las cosas que otras personas han (a menudo con razón) tratado de hacerle, me siento un poco débil.

Era con Ramsés y su hermana adoptiva Nefret con quien

Emerson estaba charlando. El cabello dorado rojizo de la chica y su rostro constituían un fuerte contraste con los rasgos taciturnos y árabes de mi hijo, pero me sorprendí al notar que él era tan alto como ella. No me había dado cuenta de lo mucho que había crecido durante el verano pasado.

Ramsés estaba hablando. Lo está por lo general. Me preguntaba qué podía estar diciendo para provocar ese formidable ceño en el rostro de Emerson, y esperaba que no estuviera dándole una conferencia sobre egiptología a su padre. Aunque medianamente tedioso en otras maneras, Ramsés era un genio lingüístico y había seguido el estudio de la lengua egipcia desde la infancia. Emerson sentía un natural orgullo paterno por las habilidades de su hijo, pero no le gustaba que se las empujara por la garganta.

Estaba a punto de levantarme e ir con ellos cuando la música comenzó de nuevo y Emerson, frunciendo aún más el ceño, hizo gestos a los dos jóvenes para que se fueran. Tan pronto como se dio la vuelta, Nefret fue abordada por varios jóvenes caballeros, pero Ramsés la tomó del brazo y la guió, o para ser más exactos, la arrastró por el salón. Los frustrados pretendientes se dispersaron con aspecto tímido excepto uno, un individuo alto de complexión delgada y pelo rubio, que permaneció inmóvil siguiendo los movimientos de la chica con una fría mirada evaluadora y una ceja levantada.

A pesar de que los modales de Ramsés dejaban algo que desear, no pude sino aprobar su acción. El hermoso rostro de la niña y su forma atraía a los hombres como una rosa atrae a las abejas, pero ella era demasiado joven para los admiradores, y demasiado joven para la admiración del caballero de pelo rubio. No lo conocía pero había oído hablar de él. Las buenas señoras de la sociedad europea de El Cairo tenían mucho que decir acerca de sir Edward Washington. Provenía de una familia respetable de Northamptonshire pero era el hijo más joven, sin perspectivas, y con un efecto devastador sobre las mujeres jóvenes susceptibles. (Por no mencionar a las mujeres susceptibles de mayor edad.)

Los seductores sones de un vals de Strauss llenaron la habitación y levanté la mirada con una sonrisa al conde Stradivarius, que se estaba acercando con la evidente intención de pedirme un baile. Era un hombre calvo y corpulento no mucho más alto que yo, pero me

encanta bailar el vals, y estaba a punto de tomar la mano que había extendido cuando el conde fue eliminado, suprimido, sustituido por otro.

—¿Me harías el honor, Peabody? —preguntó Emerson.

Tenía que ser Emerson, nadie más utiliza mi nombre de soltera como un término de afecto íntimo, pero por un instante pensé que debía estar durmiendo y soñando. Emerson no bailaba. Emerson había manifestado varias veces, con el énfasis que marca su conversación, que el baile era absurdo.

¡Qué extraño se veía! Bajo su bronceado se escondía una palidez cadavérica. Los ojos azul zafiro estaban apagados, los labios bien cortados apretados, el pelo negro y espeso salvajemente despeinado, los anchos hombros preparados como si le fueran a golpear. Parecía... parecía aterrorizado. Emerson, que no le temía a nada en la tierra, ¿con miedo?

Me quedé mirando, fascinada, a sus ojos y vi una chispa iluminar sus profundidades. Conocía esa chispa. La inspiraba el temperamento, el famoso temperamento de Emerson, que le ha valido el nombre de Padre de las Maldiciones por parte de sus admiradores, los trabajadores egipcios. El color se apresuró a regresar a su rostro; el hoyuelo de su barbilla prominente tembló siniestramente.

—Habla, Peabody —gruñó—. No te quedes ahí sentada con la boca abierta. ¿Me harás el honor, maldita sea?

Creo que no me falta valor, pero se requirió todo el valor que poseía acceder. Suponía que Emerson no tenía la menor idea de cómo bailar el vals. Sería muy propio de él asumir que si él tomaba una noción de algo, podría hacerlo sin necesidad de aprender o practicar. Pero la palidez de su rostro varonil me aseguró que la idea le aterrorizaba aún más que a mí, y el afecto se alzó triunfante sobre la preocupación por mis dedos y mis frágiles zapatillas de noche. Puse mi mano en la amplia palma de la mano callosa que me ofrecía (había olvidado sus guantes, pero este ciertamente no era el momento de recordarle ese pequeño error).

—Gracias, mi querido Emerson.

—Oh —dijo Emerson—. ¿Lo harás?

—Sí, querido.

Emerson respiró hondo, enderezó los hombros y se apoderó de

mí.

Los primeros momentos fueron muy dolorosos, sobre todo para mis pies y mis costillas. Me siento orgullosa de decir que ningún grito escapó de mis labios y que ningún signo de angustia empañó la serenidad de mi sonrisa. Después de un rato la sujeción desesperada de Emerson se relajó.

—Hmmm —dijo—. No está tan mal ¿eh, Peabody?

Tomé la primera respiración profunda de la que disfrutaba desde que se apoderó de mí y me di cuenta que mi martirio había sido recompensado. Para ser un hombre tan grande, Emerson podía moverse con gracia felina cuando lo decidía; alentado por mi aparente disfrute, había empezado a divertirse también y cayó en el ritmo de la música.

—No está nada mal —repitió Emerson con una sonrisa—. Ellos me dijeron que me iba a gustar una vez que le cogiera el tranquillo.

—¿Ellos?

—Ramsés y Nefret. Tomaron clases este verano, ya lo sabes; ellos me han enseñado. Les hice prometer que no te lo contarían. Iba a ser una sorpresa para ti, querida, sé cuánto te gusta este tipo de cosas. Debo decir que es mucho más agradable de lo que esperaba. Supongo que eres tú quien... ¿Peabody? ¿Estás llorando? ¡Maldición! ¿Te he pisado los pies?

—No, querido. —Desafiando de manera sorprendente la costumbre me aferré a él, borrando mis lágrimas en su hombro—. Lloro porque estoy tan emocionada al pensar que hiciste tal sacrificio por mí...

—Una pequeña devolución, mi querida Peabody, por los sacrificios que tú has hecho y los peligros a los que te has enfrentado por mí. —Las palabras fueron amortiguadas al estar su mejilla descansando sobre mi coronilla y sus labios presionando mi sien.

Un tardío sentido del decoro regresó. Me esforcé por alejarme a corta distancia.

—La gente está mirando, Emerson. Me abrazas demasiado cerca.

—No, no lo hago —dijo Emerson.

—No —dije, rindiéndome desvergonzadamente a su abrazo—. No lo haces.

* * *

Emerson, después de haberle “cogido el tranquillo al asunto”, no permitiría que nadie más bailara el vals conmigo. Decliné a todos los demás, no solo porque sabía que iba a complacerle, sino porque necesitaba los intervalos entre valses para recuperar el aliento. Emerson bailaba el vals como hacía todo lo demás, con una enorme cantidad de energía, y entre la fuerza de su abrazo y el vigor de sus movimientos, en más de una ocasión me había levantado literalmente de mis pies, me llevaba algún tiempo recuperarme.

Los intervalos me dieron la oportunidad de observar a los demás huéspedes. El estudio de la naturaleza humana en todas sus manifestaciones es algo que ninguna persona con inteligencia debería pasar por alto, y ¿qué mejor lugar para observar que un entorno como este?

Pensé que los estilos de ese año eran muy bonitos, sin los contornos exagerados que tenían en el pasado, distorsionando, y que por desgracia pronto distorsionarían otra vez la forma femenina. Las faldas caían con gracia desde la cintura, sin aros o polisones; los corpiños cubrían con modestia. El negro era el tono popular entre las damas mayores, pero ¡qué rico era el brillo del raso negro, cómo de fino el encaje en gargantas y codos! El brillo de las gemas y el azabache, el pálido resplandor de las perlas que adornaban las telas y las gargantas blancas de las usuarias. ¡Qué lástima, pensé, que los hombres se permitieran estar limitados por los caprichos sin sentido de la moda! En la mayoría de las culturas, desde el antiguo Egipto hasta tiempos relativamente modernos, el hombre se lucía tan brillantemente como la hembra, y, presumiblemente, obtenía tanto placer como ella adquiriendo joyas y prendas bordadas ribeteadas de encaje.

Las únicas excepciones a la monotonía del atuendo masculino eran los brillantes uniformes de los oficiales del ejército egipcio. Aunque ninguno de esos caballeros era egipcio. Al igual que todos los demás aspectos del gobierno, el ejército estaba bajo el control británico y comandado por ingleses o europeos. Los uniformes que indicaban a los miembros de nuestras propias fuerzas militares eran más sencillos. Había un buen número de ellos presentes esa noche, y en mi imaginación, me pareció ver una sombra leve oscureciendo las nuevas caras jóvenes de bigotes valientes y ruborizadas por la risa. Pronto estarían de camino a Sudáfrica, donde la batalla se

prolongaba. Algunos nunca regresarían.

Con un suspiro y una oración murmurada (todo lo que una mujer puede ofrecer en un mundo donde los hombres determinan el destino de los jóvenes e indefensos) volví a mi estudio de la naturaleza humana. Los que no bailaban estaban sentados o de pie alrededor de la sala, mirando la complejidad del cotillón o charlando entre sí. Un buen número eran conocidos míos. Observé interesada que la señora Arbuthnot había ganado varias piedras más y que el señor Arbuthnot tenía a una joven dama a quien no conocía acorralada en una esquina. No podía ver qué estaba haciendo, pero la expresión de la joven sugería que él andaba con sus viejos trucos. La señorita Marmaduke no tenía pareja, situada en el borde de la silla, su cara tenía una sonrisa ansiosa y parecía un cuervo negro desaliñado. Junto a ella, ignorándola con fría descortesía, estaba la señora Everly, la esposa del Ministro del Interior. Por la animación que envolvía su rostro mientras conversaba por delante de la señorita Marmaduke con la mujer de al lado de ella, deduje que la dama envuelta en un velo negro era una Persona de Importancia. ¿Una viuda reciente? Ninguna pérdida menor podría dictar un luto tan pesado, pero si ese era el caso, ¿qué estaba haciendo en una función social como ésta? Tal vez, pensé, su pérdida no era reciente. Tal vez, como cierta viuda real, había decidido no abandonar los signos visibles de duelo.

(Reproduzco los párrafos anteriores con el fin de demostrar al lector lo mucho que se le puede ofrecer a un estudiante serio de la naturaleza humana, incluso en algo tan frívolo como un entorno social como este.)

Sería mi último evento social durante algún tiempo. En unos días abandonaríamos las comodidades del mejor hotel de El Cairo para...

Bueno, solo el cielo y Emerson sabían a dónde. Era uno de sus pequeños hábitos encantadores, retrasar hasta el último momento posible el decirme dónde excavaríamos ese año. Aunque irritante, tenía una cierta excitación, y me entretuve en considerar las posibilidades. ¿Dahshur? Nunca habíamos terminado de explorar el interior de la Pirámide Inclinada, y debo confesar que las pirámides son una de mis pasiones. Amarna sería igualmente de mi gusto, ya que fue allí donde transcurrieron mis primeras experiencias

románticas con Emerson. El área de Tebas también tenía su atractivo: las tumbas reales del Valle de los Reyes, el majestuoso templo de la reina Hatshepsut...

Mis meditaciones se vieron interrumpidas por Nefret y Ramsés. Con sus mejillas radiantes como pétalos de rosa, la chica se dejó caer en la silla vacía a mi lado y miró fijamente a su hermano adoptivo, que estaba de pie con los brazos cruzados y el rostro inexpresivo. Ramsés se había graduado este año en pantalones largos, el alargamiento repentino de sus extremidades inferiores hacía que esta decisión fuera conveniente tanto estéticamente como por otros motivos, y con su pelo rizado cepillado en una cresta rampante, se asemejaba a una cigüeña criticona.

—Ramsés dice que no puedo bailar con sir Edward —exclamó Nefret—. Tía Amelia, dígale...

—Sir Edward —dijo Ramsés, con la nariz prominente temblando —, no es una persona adecuada para que Nefret lo conozca. Madre, dígale...

—Callaos, los dos —dije con brusquedad—. Yo seré el juez que determine quién constituye un compañero adecuado para Nefret.

—Humm —dijo Ramsés.

Nefret dijo algo que yo no entendí. Supongo que era una de las palabrotas nubias a las que recurría cuando estaba de mal humor. El genio, y el calor de la habitación, habrían reducido el rostro de cualquier otra mujer a un estado desagradable de transpiración con la cara roja, pero ella nunca podría aparecer más que hermosa, sus ojos azules como el aciano brillaban de manera malvada y el brillo del sudor que bañaba su piel la hacía brillar como si tuviera una luz interior.

—Ramsés —dije—, por favor, ve a pedirle a la señorita Marmaduke un baile. Le debes esa cortesía, ya que va a ser tu tutora.

—Pero mamá —la voz de Ramsés se quebró. Por lo general era capaz de controlar las fluctuaciones inevitables de soprano a barítono que marcan la adolescencia de un muchacho, en esta ocasión la emoción le había hecho perder el control, y su uso de la forma infantil de dirigirse a mí, de la que había abjurado hacía poco tiempo, era un indicio de su perturbación.

—Creo que a tu oído no le pasa nada, Ramsés —añadí.

El rostro de Ramsés recuperó su impasibilidad normal.

—No, madre, no le pasa nada, como seguro que sabe. Por supuesto, obedeceré su orden a pesar de la forma en que está redactada, aunque no puedo menos que considerar el uso de la palabra "por favor" en este contexto como un sentido...

—Ramsés —dije en voz alta, porque sabía perfectamente lo que estaba haciendo, era muy capaz de continuar la frase hasta que fuera demasiado tarde para guiar a la desafortunada señorita Marmaduke a la pista.

—Sí, mamá. —Ramsés giró sobre sus talones.

Con su buen humor restaurado, Nefret se rió y me dio un apretón cómplice en la mano.

—Se lo merece por ser tan impertinente, tía Amelia. La señorita Marmaduke es la perfecta solterona.

Tuve que admitir la exactitud de la descripción. La señorita Marmaduke estaba aún en la treintena, según sus propias palabras, pero parecía mayor. Al ser más alta que la media había adquirido la habitual postura encorvada, llevaba el pelo castaño ratonil pegado en mechones con pasadores y peinetas que trataba de confinarlo. Sin embargo el comentario era grosero y poco amable, y me sentí obligada a señalarlo.

—El comentario ha sido grosero y desagradable, Nefret. Ella no puede dejar de ser simple, pobrecita. Tuvimos suerte de encontrarla, ya que Ramsés y tú no debéis descuidar vuestra educación este invierno, y no pudimos contratar un tutor adecuado antes de salir Inglaterra.

Nefret hizo una mueca. Continué:

—No lo hubiera dicho en presencia de Ramsés porque ya está demasiado inclinado a pensar en sí mismo como omnisciente, pero en este caso me veo obligada a estar de acuerdo con él. Sir Edward tiene mala reputación en lo que respecta a las mujeres, muy especialmente a las mujeres jóvenes. Solo tienes quince años y eres especialmente vulnerable a tales atenciones.

—Le ruego me disculpe, tía Amelia. —Ahora estaba de mal humor conmigo, sus ojos se abrieron de golpe—. Creo que sé más acerca de las cuestiones a las que se refiere que una niña inglesa de quince años.

—Tú eres una niña inglesa de quince años —le contesté—. Y sin

embargo, en algunos aspectos apenas tienes dos años de edad. —Hice una pausa, considerando este análisis sorprendente—. ¡Qué interesante! Yo nunca había pensado en tu situación en esos términos, pero son correctos. Las costumbres de la extraña sociedad en la que pasaste los primeros trece años de tu vida eran tan diferentes de las del mundo moderno, que has tenido que empezar todo de nuevo y olvidar una buena parte de lo que habías aprendido, sobre todo... eh... ciertas relaciones con personas del sexo opuesto. Solo estoy tratando de protegerte, hija.

Su hermoso rostro se suavizó y otra vez me cogió la mano.

—Ya lo sé, tía Amelia, lo siento si he sido grosera. Estaba enfadada con Ramsés, no con usted. Me trata como si yo fuera una niña y él un severo guardián. No me dejaré intimidar por un niño pequeño.

—Es más joven que tú, sin duda —dije—. Pero solo tiene tus mejores intereses en el corazón. Y ya no tienes que bajar la vista para mirarlo, ¿verdad?

No pude reprimir una sonrisa mientras miraba a Ramsés guiar obstinadamente a la señorita Marmaduke a través de los laberintos de la danza. Ella estaba tratando de reducir su altura encorvándose y bajando la cabeza, por lo que su gran moño siguió rozándole el rostro. Las contorsiones de ese rostro mientras controlaba heroicamente su necesidad de estornudar, me hicieron sentir más simpatía hacia mi hijo. No se habría comportado como un caballero si yo no lo hubiera obligado, pero ahora que había tomado el bocado entre los dientes, se estaba comportando valientemente contra todos los pronósticos. La señorita Marmaduke no tenía más sentido del ritmo que un camello, y su vestido negro de manga larga y cuello alto era inadecuado para un baile.

Mis trajes de baile por lo general son rojos, ya que es el color favorito de Emerson. El que llevaba esa noche era de un tono diferente. Nefret vio que mi expresión se alteraba y me dijo en voz baja:

—Está pensando en el bebé.

* * *

Había sido a Nefret a quien busqué en esa terrible mañana de junio, después de la llamada de Walter. Habíamos instalado el teléfono apenas el mes anterior; poco me imaginaba que sería una fuente de

tales noticias impactantes.

Dejé a Rose, mi inestimable sirvienta de corazón tierno, sollozando en su delantal mientras nuestro mayordomo Gargery trataba de consolarla con los ojos húmedos. Nefret no estaba en la casa. Después de buscarla en los establos y los jardines, supe a dónde debía haber ido.

Algunos podrían pensar que era una especie de extraño monumento para los terrenos de una tranquila casa de campo inglesa. De hecho, las ruinas falsas y las pirámides habían estado de moda, y más de un rico viajero a Egipto trajo consigo estelas y sarcófagos con los que adornar su propiedad. Sin embargo, la pequeña pirámide de ladrillo situada en un claro del tranquilo bosque, no era un adorno a la moda. Se alzaba sobre los restos de un príncipe de Cush. Había perdido la vida en un intento vano, pero heroico, de devolver a Nefret a su familia, y a petición de su hermano, que llevó la búsqueda a su triunfal culminación, le dimos al galante joven el entierro honorable a la manera de su propio pueblo. Una pequeña capilla, su dintel tallado con el disco del sol y el nombre y los títulos del chico muerto, adornaba la base del monumento. Nefret iba allí de vez en cuando, había conocido bien a Tabirka porque fue compañero de juegos en su juventud. De vez en cuando yo misma pasaba una hora tranquila cerca de la pirámide; era un lugar agradable, rodeado de árboles y flores silvestres.

Encontré a Nefret sentada en el banco de piedra cercano a la capilla, tejiendo flores en una guirnalda. Levantó la vista cuando me oyó acercarme, supongo que mi cara debía traicionar la conmoción que sentía, porque inmediatamente se levantó y me llevó al banco.

—Me voy al castillo Chalfont —dije distraída—. He tratado de localizar a Emerson y a Ramsés, pero no estaban en la casa de Londres ni en el Museo, así que me veo obligada a dejarles un mensaje. No me atrevo a retrasarme, tengo que ir con Evelyn de inmediato. ¿Quieres venir conmigo?

—Por supuesto, si me quiere ahí.

—Eso puede consolar a Evelyn —dije—. ¿Cómo va a soportarlo? He hablado con Walter...

Yo habría seguido allí sentada, en un estupor de incredulidad y el dolor, si Nefret no me hubiera puesto en pie y conducido a la casa.

—La ayudaré a hacer las maletas, tía Amelia. Y la acompañaré, por supuesto. ¿Cómo sucedió?

—De repente, y gracias a Dios, en paz —respondí—. Estaba perfectamente anoche, cuando Evelyn la metió en su cuna. Esta mañana la niñera la encontró...

Creo que empecé a llorar. El delgado brazo de Nefret me rodeó la cintura.

—No se aflija, tía Amelia. Le he pedido a Tabirka que cuide de ella. Su valor es tan alto como su corazón es amable; la protegerá de los peligros de la oscuridad y la llevará a salvo a los brazos del dios.

Yo había prestado escasa atención al pequeño discurso de Nefret en ese momento, escuchando solo el consuelo que quería transmitir. Cuando volví en mí un poco más tarde, tuve una sensación extraña. ¿Le había contado la muerte del bebé? No recordaba haberlo hecho, y sin embargo ella lo sabía, lo había sabido antes de que yo hablara. Aún más alarmante fue su referencia a la antigua (y por supuesto errónea) religión de la que aparentemente había abjurado. ¿Por eso se arrastraba a la capilla de su hermano adoptivo, para susurrar oraciones y realizar ofrendas a los dioses antiguos a los que adoraba en secreto?

Las pequeñas ofrendas que en ocasiones yo dejaba en el altar eran simple muestras de respeto, como creo que no necesito explicar. Y estoy segura de que las botellas del mejor whisky que una vez encontré dispuestas en una pulcra fila tenían la misma intención. No podían provenir de Nefret, ya que era imposible que comprara bebidas alcohólicas. También era legalmente imposible para Ramsés pero él tenía sus métodos, lo más probable Gargery, su devoto admirador. Evelyn y su esposo Walter, el hermano menor de Emerson y un distinguido egiptólogo por derecho propio, eran nuestros amigos más queridos, así como nuestra familia más cercana. Ellos se dedicaban a sus hijos, y yo esperaba encontrar a Evelyn acostada. Sin embargo cuando Wilkins, el mayordomo, con ojos enrojecidos anunció nuestra llegada, no tardó en venir a nuestro encuentro y al menos por fuera parecía menos angustiada que él.

—Hemos tenido más suerte que la mayoría de las familias, querida hermana —dijo ella, con una sonrisa rígida—. Dios nos ha

dejado cinco hijos sanos. Hay que inclinarse ante la voluntad de Dios.

Hubiera sido difícil criticar esta demostración admirable de fortaleza cristiana, pero a medida que el verano pasaba pensé que estaba exagerando. Las lágrimas y la histeria hubieran sido preferibles a esa terrible sonrisa.

No iba a llevar luto y casi se enojó cuando yo lo hice. Y cuando, después de unas consultas ansiosas con mi marido y el suyo, le dije que habíamos decidido quedarnos en Inglaterra ese invierno en lugar de salir hacia Egipto, como siempre hacíamos, ella se volvió hacia mí con las primeras palabras amargas que jamás le oí decir. Debería y tenía que ir. ¿Tenía una opinión tan mala de ella que creía que no podía seguir adelante sin mi ayuda? No me necesitaba. No necesitaba a nadie. Incluyendo a su propio marido. Ahora ella y Walter ocupaban diferentes dormitorios. Walter no hablaría conmigo, era demasiado modesto y fiel para quejarse, pero fue menos reticente con Emerson y Emerson no se muestra reticente en absoluto.

—Maldita sea, Peabody, ¿qué diablos le pasa? Va a matar a Walter, él la ama con devoción y nunca se le ocurriría... esto... irse con otra mujer Los hombres tienen sus necesidades...

—Oh, bah —exclamé—. ¡No me hables de tales tonterías perniciosas! En lo que respecta a ese asunto, las mujeres también tienen necesidades, tú de todas las personas deberías ser bien consciente de ello... Emerson, suéltame de inmediato. No me distraerás, esta vez no.

—Maldición —dijo Emerson—. Ella lo está haciendo para castigarlo. Como Lisístrata. Peabody, si alguna vez te atreves a tratarme de ese modo...

—Pero querido, no es un truco por parte de Evelyn. Dudo que ella misma sepa por qué está actuando como lo hace. Yo lo sé, por supuesto. Está enojada... enojada con el cielo. No puede vengarse de Dios, así que nos castiga al resto de nosotros, y a ella misma por encima de todo. Se culpa por la muerte de la niña.

—No me sueltes todo tu galimatías psicológico —gritó Emerson —. El concepto es absurdo. ¿Cómo puede culparse a sí misma? El médico dijo...

—El espíritu humano no es racional, Emerson —respondí

poéticamente—. Sé de lo que hablo, yo misma he sentido de vez en cuando una punzada de culpabilidad ilógica cuando Ramsés se mete en algún lío terrible, incluso cuando era culpa suya por completo. Evelyn siente culpa y miedo. No quiere más rehenes del destino.

—Ah —dijo Emerson. Consideró la idea—. Pero, Peabody, hay maneras...

—Sí, querido, lo sé. Dejando a un lado la eficacia de estos métodos y la imposibilidad de planteárselos a Evelyn ahora. Todo está fuera de lugar, Emerson, no necesitamos soluciones prácticas en este momento, necesitamos una manera de despertarla y yo... yo no sé cómo hacerlo. —Me di la vuelta. Esta vez, cuando Emerson me tomó en sus brazos, no protesté.

—Ya se te ocurrirá algo, Peabody —dijo suavemente—. Siempre se te ocurre.

* * *

Pero no se me ocurría nada y ya hacía cuatro meses desde esa conversación. Habíamos retrasado nuestra salida más de lo habitual con la esperanza de ver una mejora que, por desgracia, no se produjo, y porque había una serie de nuevos arreglos a hacer este año. Por primera vez Ramsés y Nefret iban a acompañarnos y yo estaba decidida a que su educación no se interrumpiera. Encontrar un tutor de cualquier sexo resultó ser mucho más difícil de lo que había anticipado. La mayoría de los solicitantes a los que entrevisté declinaron el puesto después de oír que debían esperar pasar el invierno en una tienda o una tumba egipcia. (Unos pocos abandonaron después de ser entrevistados por Ramsés.)

Así que cuando, poco después de nuestra llegada al Shepheard, se me acercó la señorita Marmaduke, solo pude considerarlo como un inesperado golpe de buena fortuna. Sus credenciales eran excelentes, sus recomendaciones provenían de los más altos círculos sociales, y su razón para buscar empleo solo podía aumentar su valor a mis ojos, porque, según explicó, había hecho un viaje con la agencia Cook y se enamoró de Egipto. Al oír por conocidos mutuos nuestra inminente llegada y nuestra necesidad de alguien para educar a los niños, había retrasado su partida con la esperanza de obtener un puesto con nosotros y, como explicó con timidez, aprender algo acerca de las antigüedades del país. Esto complació a Emerson, que no había quedado muy encantado con ella cuando la

conocimos por primera vez. Esperaba comenzar a entrenar a una dama egiptóloga, pero fue incapaz de encontrar una candidata idónea. Había pocas mujeres estudiantes en ese momento, ya que la mayoría de los profesores preferirían tener un maníaco homicida en sus clases antes que a una mujer. La señorita Marmaduke también tenía algo de experiencia como secretaria, y estaba dispuesta a ayudar en las tareas de oficina que toda excavación arqueológica apropiadamente dirigida requería.

(Y el hecho de que a Emerson no le hubiera gustado era un punto adicional en su favor. Emerson es un hombre muy modesto. No tiene ni idea del efecto que tiene sobre las mujeres.)

Cuando comenzó el vals siguiente y Emerson se me acercó, me levanté para reunirme con él decidida a olvidar las preocupaciones con los placeres del baile. Sin embargo, en vez de llevarme a la pista metió mi brazo en el hueco del suyo.

—¿Quieres venir conmigo, Peabody? Siento robarte tus placeres de Terpsícore, pero estoy seguro de que si te doy a elegir, preferirías la alternativa que propongo.

—¡Mi querido Emerson! —Exclamé sonrojándome—. La actividad a la que supongo que te refieres siempre sería mi primera opción, ¿pero no puede esperar? No sería adecuado dejar a los niños sin supervisión.

Emerson me lanzó una mirada de sorpresa y luego se echó a reír.

—Esa actividad sin duda tendrá que ser pospuesta, mi querida Peabody, espero que no por mucho tiempo. Tenemos una cita. Podría ser una completa pérdida de tiempo, pero existe la remota posibilidad de que el tipo tenga información útil. No hagas preguntas, ya llegamos tarde. Y no te alborotes por los niños. Ya tienen edad suficiente para portarse bien, y la presencia de la señorita Marmaduke debe satisfacer el decoro. Es por eso que está aquí, para velar por los niños.

—¿Quién es la persona a la que estamos a punto de conocer?

—No lo sé. Pero —dijo Emerson, anticipándose a la objeción que yo estaba a punto de hacer—, el mensaje que recibí esta mañana contenía alguna información interesante. Sabiendo dónde tengo la intención de excavar esta temporada, me ofreció...

—Entonces, él sabe más que yo —dije bruscamente—. ¿Cuándo lo has decidido, Emerson, y por qué un total desconocido está más

familiarizado con tus pensamientos que tu propia esposa y compañera profesional?

Tirando de mí, Emerson cruzó el rellano y empezó a subir el último tramo de escaleras.

—Maldita sea si lo sé, Peabody. Esa fue una de las cosas que provocó mi curiosidad. Fue un extraño comunicado, el autor era claramente un hombre de inteligencia y educación, pero estaba igualmente claro que en un estado de cierta agitación, exigía secreto y la insinuación de un peligro sin especificar, pero horrible, que le amenazaba. Su afirmación de que conoce la ubicación de una tumba intocada es sin duda un disparate...

—¿Qué? —La palabra salió en un chillido agudo, ya que la rapidez de sus movimientos me había dejado sin aliento—. ¿Dónde? —Pregunté.

Emerson se detuvo y me miró con reproche.

—No tienes que gritar, Peabody. En Tebas, por supuesto. En concreto... pero eso es lo que estamos a punto de descubrir. Vamos, querida, o este misterioso individuo podría tener otras intenciones.

Había un hombre delante de la puerta de nuestra sala de estar. No era el misterioso visitante de Emerson, llevaba el uniforme que distingue a los empleados del Shepheard, y le reconocí como el *sufrayique* estaba de guardia durante las horas nocturnas. Al vernos, saltó para llamar nuestra atención.

—¡Emerson *Effendi*! Mire, he hecho lo que me pidió, he protegido su puerta. Esta persona...

—¿Qué persona? —preguntó Emerson, mirando el vestíbulo desierto.

Antes de que Ali pudiera responder, una forma salió desde detrás de la esquina del pasillo. Se movía tan silenciosamente como el fantasma al que se parecía, envuelto desde los hombros hasta los talones en pliegues de tela oscura y un sombrero de ala ancha calado hasta la frente, se detuvo a algunos metros de distancia. La luz más cercana estaba detrás de él y estuve segura que había elegido esa posición de manera deliberada, para que el ala del sombrero sombreara sus rasgos.

—Ah —dijo Emerson, recuperando su buen humor—. Usted es el caballero que solicitó una cita. Pido disculpas por llegar tarde, fue culpa de la señora Emerson. Espero que no se oponga a que se nos

una.

—En absoluto. —El comentario fue breve, la voz baja y ronca, obviamente estaba disfrazada.

Emerson abrió la puerta.

—Después de ti, mi querida Peabody. Y usted, señor, entre.

Yo había dejado una lámpara encendida, una serie de experiencias desagradables me habían enseñado que no es prudente entrar en una habitación totalmente a oscuras, pero solo daba luz suficiente para asegurarme de que no había asesinos o ladrones al acecho. Estaba a punto de pulsar el interruptor que encendía las luces del techo cuando una mano se cerró sobre la mía. Se me escapó un pequeño grito de sorpresa y Emerson exclamó:

—¿Qué diablos...?

—Mis sinceras disculpas, señora Emerson —dijo el desconocido, soltándome, y justo a tiempo también, porque que Emerson ya lo había agarrado por el cuello—. No era mi intención asustarla. Por favor, no encienda las luces, estoy corriendo un riesgo terrible al venir aquí, permítame mantener mi anonimato hasta que hayamos llegado a un acuerdo, si es que lo hacemos.

—Maldición —exclamó Emerson—. Se lo advierto, señor Saleh... Ah, pero ¿supongo que el nombre que me dio no es el suyo?

—Será suficiente por ahora. —El desconocido se había alejado a un charco de sombras. Se llevó las manos a la cara. ¿Estaba rezando? No lo creía. Un escalofrío de excitación recorrió mis miembros.

Emerson soltó un gemido.

—¡Oh, por Dios! ¿Vamos a tener otra de esas distracciones melodramáticas? Supongo que era esperar demasiado una temporada de excavación arqueológica sencilla y sin que los delincuentes la interrumpan. Pero... bien, maldita sea, el daño está hecho. Incluso si tuviera que seguir mis instintos, que me dicen que le eche por la puerta antes de que pueda pronunciar una palabra, la señora Emerson insistiría en oírlo. Adora el melodrama. Si ha ajustado la máscara a su satisfacción, señor Quienquiera-que-sea, siéntese y empiece a hablar. Soy un hombre paciente, pero mi tiempo es valioso y tengo la firme sospecha de que esto será...

—No puede empezar a hablar hasta que te detengas, Emerson —le dije—. Tome ese asiento, señor... esto... Saleh ¿Puedo ofrecerle

algo de beber: té, café, brandy, whisky?

—Whisky. Gracias.

Murmurando para sí mismo, Emerson me señaló el sofá y se dirigió hacia el aparador. Haciendo caso omiso de sus quejas, me senté y estudié al extraño con curiosidad. La capa negra había caído hacia atrás, debajo de ella llevaba ropa europea común. El nombre que había dado era egipcio, pero el hecho de que hubiera aceptado una bebida alcohólica significaba que no era musulmán, o al menos no uno muy bueno. No pude distinguir sus facciones, ya que la máscara de seda negra que le cubría el rostro estaba atada, de alguna manera que no podía explicar, bajo la barbilla. Un orificio tosco de forma oval exponía sus labios y asumí que había otras aberturas para permitir la visión, aunque ni siquiera un destello de ojos era visible bajo el ala de su sombrero.

Emerson me dio un vaso y le ofreció otro a nuestro visitante. Él extendió la mano para tomarlo.

Debía haber estado observándome tan de cerca como yo lo había examinado; al ver que me tensaba, dejó escapar un sonido de tos que pudo haber sido una risa.

—Es rápida, señora Emerson. ¿Fue por eso que me ofreció un refresco?

—Era una posibilidad remota —dijo con calma—. Es más difícil disfrazar las manos que la cara. Las manchas de vejez pueden ser cubiertas, pero no las venas que sobresalen, que son igualmente distintivas. Cicatrices, callos, marcas de nacimiento, la forma misma de la palma y los dedos... o, como en este caso, un artículo distintivo de joyería. Puesto que usted no ha tomado la precaución de quitarse el anillo antes de venir aquí, ¿puedo considerar que no se opondrá si le pido examinarlo más de cerca?

—Tenía la intención de dejarla hacerlo, para confirmar la historia que voy a contarles. —Se lo quitó del dedo y lo puso en la palma de la mano que yo había extendido.

Incluso un turista ignorante habría reconocido el diseño básico. En tiempos de los faraones los escarabajos eran amuletos populares, solían llevar una inscripción jeroglífica o un nombre en la superficie inferior plana. Las réplicas, algunas proclamadas honestamente como tales, algunas fingiendo ser antiguas, se vendían a los turistas a cientos. En este caso el escarabajo no era de fayenza común o

piedra; era, o parecía ser, de oro macizo. Había sido fijado al anillo de un modo que me era familiar por ejemplos antiguos: unos cables trenzados de oro a cada lado de la cubierta en forma de escarabajo permitían girarlo. Cuando le di la vuelta no me sorprendió ver signos jeroglíficos que deletreaban un nombre. Lo reconocí, pero no era uno de los que se encuentran comúnmente en tales baratijas.

Se lo ofrecí a Emerson, que lo estudió con un ceño mientras el señor Saleh empezaba a hablar

—Esta joya ha sido transmitida de generación en generación desde hace más de tres mil años. Es el símbolo de la casa del sumo sacerdote del ka de la reina Tetisheri, cuyo nombre se ve en el escarabajo. Solo el cuerpo perece, el espíritu inmortal, el ka de los egipcios, pasa de un recipiente carnal a otro. Ha sido mi deber sagrado a través de los siglos asegurar la supervivencia y el renacimiento de esa gran reina. En mi primera encarnación, como Heriamon de Tebas, fui su fiel...

El rugido de Emerson hizo temblar la ventana de cristal.

—¡Infierno y condenación!

—Emerson —exclamé—. Cálmate. Y ten cuidado con el anillo, es de veintidós quilates de oro y bastante frágil.

—Peabody, me maldeciré antes de aguantar este tipo de cosas. —La sangre que se había apresurado hacia su rostro bronceado le dio un bonito tono caoba, pero puso el anillo con cuidado en mi mano antes de cerrar la suya en un puño y agitarlo bajo mi nariz—. ¡Reencarnación! O es un loco o se está inventando esta loca historia con el fin de encubrir un plan más siniestro. —Se levantó de un salto y se abalanzó sobre el desconocido.

Advertido por el grito de rabia inicial de Emerson, el extraño también se había levantado. La pistola que ahora sostenía en la mano detuvo a mi impetuoso marido de golpe.

—Infierno y condenación —repitió Emerson, con una voz más suave pero aún más siniestra—. ¿Qué es lo que quiere? Si se atreve a ponerle las manos encima a mi esposa...

—No tengo ninguna intención de hacerle daño a ninguno de ustedes —fue la rápida respuesta—. He venido armado por otras razones, pero no estaba preparado para su reacción. Solo escúcheme. ¿Qué daño puede hacer?

—Adelante —dijo Emerson con sequedad.

—Lo que dije es verdad. Este cuerpo es solo el último de muchos en los que mi ka ha habitado. Puede creerlo o no, me es irrelevante. Lo mencioné solo para explicar el origen de los conocimientos que voy a ofrecerle. Conozco la ubicación de su tumba. Puedo llevarle allí, a la tumba de una reina con sus tesoros intactos.

Emerson se quedó sin respiración. No lo creía pero, oh, ¡cómo quería! No habría vendido su alma por riqueza o por el rostro que botó mil naves, pero ¡una tumba real! Mefistófeles mismo no podría haber hecho una oferta más seductora para el corazón de un egiptólogo, incluso la de un erudito que valoraba el conocimiento por encima de la vulgar fama. Las contribuciones de Emerson en el campo de la egiptología le habían ganado el aplauso de sus compañeros (y, siento decirlo, también un cierto grado de fama vulgar), pero nunca había hecho el gran descubrimiento con el que sueñan todos los arqueólogos. ¿Podría ser esto un descubrimiento?

—¿Dónde? —preguntó.

—Drah Abu'l Naga. —El desconocido dio un paso atrás y bajó la pistola. Al igual que yo, había observado los signos, no de creencia, sino de deseo de creer.

En los días en que poseía barba, Emerson se había acostumbrado a tirar de ella en momentos de profunda reflexión. Ahora *sans* barba ante mi insistencia, tenía que contentarse con frotar el hoyuelo de su barbilla.

—Lógico —murmuró—. Pero si usted sabe algo acerca de egiptología, que es obvio que no, podría haberlo razonado. Que el diablo me lleve, Saleh, o quienquiera que sea, ¿detrás de qué anda realmente? Si sabe dónde se encuentra esa tumba, ¿por qué que me la ofrece a mí?

—Si le dijera la verdad, no me creería. No. —Porque yo había intentado devolverle el anillo—. Ya no es mío. La confianza se ha ido.

—Mire —dijo Emerson, controlando su temperamento con más éxito del que yo había imaginado posible—. Si está dando a entender que la señora Emerson es su sucesora-futura reencarnación, oh ¡al diablo!

—Usted, no ella —fue la tranquila respuesta.

Yo contuve la respiración, anticipando la explosión que amenazaba. Para mi sorpresa, Emerson se relajó y un destello de

humor calentó su rostro severo.

—Esa es una alternativa más digna que la otra. ¿Entonces, cómo se lleva a cabo la transferencia y, o, los deberes secretos, señor Saleh? Confío que no espere que me someta a los rituales de purificación de costumbre. La señora Emerson desaprueba la barba, pero dudo que me permita afeitarme la cabeza, y ni siquiera por el honor de ser el sumo sacerdote de Tetisheri renunciaré a mi carne asada y a... esto... otras actividades

—La burla es su defensa contra la verdad, Profesor. Pronto aprenderá que nuestros destinos están predestinados. Su destino le alcanzará y usted lo aceptará. Hasta ese momento crea, si prefiere hacerlo así, que he venido para pedirle ayuda por razones puramente prácticas. El secreto no puede mantenerse por más tiempo. Durante mil generaciones la hemos protegido de los ladrones de tumbas de Gurneh, de los ladrones griegos, romanos y bizantinos, de los depredadores de Europa y América. Hay maneras de llevar a los buscadores por mal camino. Cuando todos lo demás fallaba...

—¿Asesinato? —Respiré la palabra.

—Cuando todo lo demás fallaba. Pero ahora hay muchos buscadores de tesoros, y el número sigue aumentando. Enjambres de arqueólogos extranjeros abarrotan los acantilados del oeste de Tebas, y los ladrones de Tebas están más ocupados que antes. Si ella debe ser encontrada, mejor que sea por un estudioso que por los ladrones locales que destruirán lo que no puedan llevarse, venderán los tesoros a cualquier comprador y los repartirán hasta los confines de la tierra. Usted me dará su promesa, su juramento solemne. —La mano que sostenía el arma había caído a su lado, dio un paso hacia Emerson—. Usted no permitirá que su momia sea violada. Mantendrá su ajuar funerario intacto y sin daños, tratará sus restos con reverencia. ¿Lo jura?

Los tonos graves y solemnes resonaban como una oración, o una maldición. Emerson se movió inquieto, pero miró fijamente al otro hombre.

—No puedo jurarlo —dijo—. Si estuviera en mi poder haría precisamente lo que me pide, aunque con toda honestidad, debo decir que mis motivos no serían los mismos que los suyos. Tal descubrimiento sería único; los principios del estudio exigirían que

se mantuviera intacta, protegida y cuidadosamente preservada. Su apreciación es correcta: si los ladrones de tumbas la encuentran primero, romperán la momia en pedazos y destruirán lo que no puedan llevarse. Sería una tragedia en términos científicos... Oh, por Dios, ¿por qué estoy perdiendo el tiempo en especulación inútil? No hay ninguna tumba, e incluso si la hubiera, yo no podría darle mi palabra, la mía no sería la decisión final.

—Ha dicho lo suficiente. Ha dicho la verdad. Pocos hombres lo harían. Y ningún hombre lucharía por preservar su tumba como usted.

—Eso es cierto —dije, pero Emerson permaneció en silencio—. Y ya lo sabes, Emerson, hay una buena posibilidad de que podamos tener éxito. Como los excavadores, tendríamos ciertos reclamos sobre los contenidos de la tumba; si cedemos esos derechos al Museo, a cambio de la promesa de Maspero de que mantendría todos los objetos juntos...

—¡Oh, cállate, Peabody! —Emerson se volvió hacia mí y me fulminó con la mirada.

Mi querido Emerson no es más guapo que cuando está enojado. Mostraba los dientes blancos y grandes, sus ojos brillaban como el cielo del este cuando la llegada de la noche profundiza las honduras azules, sus delgadas mejillas estaban ruborizadas. Sin palabras a causa de la admiración (y por la imposibilidad de hacerme oír por encima de sus bramidos), lo miré fijamente.

—Es lo mismo que planear toda una campaña de acción sobre la base de una fantasía —continuó Emerson con amargura—. Mi paciencia se está agotando, Saleh. Le voy a dar —sacó su reloj—, exactamente sesenta segundos más. Si al cabo de ese tiempo no ha producido algo tangible para probar su declaración, le echaré de aquí.

Saleh había devuelto la pistola al bolsillo. Fríamente, volvió a ocupar la silla que había abandonado y tomó su vaso.

—¿El anillo no es prueba suficiente?

Emerson soltó un bufido, y Saleh continuó con la ironía acentuando su voz.

—No a una mente tan rígidamente lógica que la suya, supongo. ¿Qué satisfaría sus necesidades?

—Instrucciones precisas —dijo Emerson con prontitud—. La

entrada debe estar bien oculta o habría sido encontrada mucho antes. Hay muchas hectáreas de terreno áspero y quebrado en la región que usted ha mencionado.

—Pensé que diría eso. —Saleh había terminado su whisky. Al colocar el vaso sobre la mesa, metió la mano en el bolsillo y sacó un pedazo de papel doblado—. Me dijeron que... yo...

Su voz se quebró en un gorgoteo horrible. Se llevó una mano a la garganta y cerró la otra, arrugando el papel que sostenía. Emerson saltó hacia adelante, pero ya era demasiado tarde; un movimiento violento y convulso tiró al extraño de la silla al suelo.

—Atrás, Peabody —dijo Emerson, reforzando la sugerencia con un fuerte empujón. Retrocedí a tiempo para evitar una patada del hombre yaciente; sus miembros golpeaban en espasmos incontrolados y titánicos que lanzaban su cuerpo hacia atrás y hacia delante, como si estuviera bailando una danza primitiva. Emerson se arrojó sobre el cuerpo que se retorcía e interrumpió sus maldiciones elocuentes el tiempo suficiente para jadear instrucciones.

—Busca un médico, Peabody, vete tú misma, no... ¡maldición! Capitán Cartright o... ¡Oh, por Dios!

Incluso su formidable fuerza fue puesta a prueba por el esfuerzo de contener a la víctima, con el fin de evitar que se hiriera no solo con los muebles, sino con los violentos espasmos de sus músculos torturados. Yo no necesitaba advertencias adicionales, recogiendo mis faldas, corrí.

En el momento que llegué al salón de baile me encontraba en un considerable estado de agitación, sin aliento y hecha un desastre. La gente retrocedió ante mi salvaje entrada. Al principio la habitación fue solo una mancha de color y movimiento, había demasiados malditos uniformes, no pude localizar al que yo quería. Forzándome a calmarme, vi al capitán Cartright guiar a una viuda envuelta en morado lujoso a través de los laberintos del cotillón. Corrí hacia él y lo cogí por el brazo.

—Debe venir de inmediato, capitán Cartright. Una emergencia... envenenamiento por estricnina... convulsiones...

—Dios mío —exclamó la persona de color morado, a quien ahora reconocí como la esposa del comandante general de Cartright —. ¿Qué significa todo esto? ¡La mujer está loca o borracha!

Nos quedamos en el centro de un círculo de caras boquiabiertas, ya que mi voz, me atrevo a decir, había sido lo suficientemente aguda como para atraer la atención.

—Al instante —insistí, sacudiendo el capitán—. Se está muriendo en mi sala de estar...

—Sí, por supuesto, señora Emerson —dijo Cartright rápidamente —. ¿Dónde están sus habitaciones?

—Por aquí —dijo una voz detrás de mí.

No se necesitó nada más, mientras Cartright seguía al orador vi que se trataba de Ramsés. Se movía con rapidez, incluso para él, retorciéndose entre la multitud como una anguila.

Ahora que la ayuda había sido enviada, me pareció que sería conveniente recuperar el aliento antes de precipitarme de regreso. Respirando lenta y profundamente, pensé en la precipitación de Ramsés. Era su insaciable curiosidad, por supuesto, pero podría haber tenido la cortesía de ofrecerle un brazo a su madre.

Otro caballero así lo hizo. Fue el señor Jenkins, el ayudante del director, y podría haber sido su deseo de poner fin a la perturbación, más que la preocupación por mí, lo que le animó a entrar en acción. El baile se había detenido por completo y la gente estaba mirando con grosería.

—¿Qué ocurre, señora Emerson? —preguntó él, guiándome fuera del salón.

Al darme cuenta de que no había escuchado mi declaración al capitán Cartright, decidí no explicárselo. Solo provocaría un escándalo. A los gerentes de hotel no les gusta oír hablar de personas muertas o moribundas.

—Todo está bajo control, señor Jenkins —le contesté, con la esperanza de que fuera el caso—. Gracias.

Aunque estaba ansiosa por volver a la escena de la acción no podía, en conciencia, hacerlo hasta haberme asegurado que Nefret, ahora abandonada por Ramsés, estaba a salvo a cargo de la señorita Marmaduke. Pero la silla de la dama estaba ahora ocupada por otra persona, y mientras yo seguía escudriñando la sala vi a Nefret, sola y sin escolta, entrando desde el Salón Morisco.

La visión de ella habría despertado las peores sospechas en cualquier pecho materno, la ligera sonrisa, las mejillas enrojecidas, el desarreglo leve de su cabello. El Salón Morisco, con sus divanes

suaves y muebles con incrustaciones de perlas, es el escenario más romántico imaginable, pantallas *mashrabiyya* y arcos pintados encerraban rincones de sombra que podrían haber sido diseñados para los amantes.

Con un murmurado "buen Dios" me apresuré hacia ella. Cuando me vio, un color aún más traicionero iluminó su rostro. Empezó:

—Oh, tía Amelia...

—Ven conmigo de inmediato.

—Yo solo...

—Ahora no, Nefret. Deprisa.

Por una feliz casualidad, el ascensor estaba esperando. Indiqué al encargado que cerrara la puerta y nos llevará directamente a la tercera planta. La presencia de otras personas impidió que hablara con mi pupila errante, Nefret estaba de pie mirando al frente, mordiéndose el labio, y no tuve ninguna duda que inventando una coartada. Pero mientras me apresuraba por el pasillo, comenzó a abrirse paso en ella que mi agitación podría tener una causa más grave que su mal comportamiento.

—¿Qué ocurre? —exclamó—. Ha pasado algo Oh, cielos, ¡el Profesor no!

Porque así era como llamaba a Emerson, quien habría respondido negativamente a ser llamado "el tío Radcliffe." No le gusta su nombre de pila, esa es una de las razones por las que yo nunca lo uso.

No fue hasta que escuché la pregunta de Nefret y la alarma que agudizó su voz lo que me hizo darme cuenta de que Ramsés podría haber llegado a la misma conclusión errónea. No era de extrañar que hubiera salido tan rápido.

—Maldito niño —murmuré—, yo le habría tranquilizado si hubiera esperado un momento. Es su propia culpa.

Él y el capitán no habían llegado mucho antes que nosotros. Ramsés, con los brazos cruzados y hombros rígidos, tenía un aspecto particularmente enigmático. Cartright se arrodilló junto al cuerpo caído. Levantó la vista cuando entré y dijo:

—Debo haber entendido mal, señora Emerson. Se sentirá aliviada de saber que no hay ninguna indicación de envenenamiento, es solo...

Un grito largo y tembloroso le detuvo. El grito salió de mi

garganta, porque había visto que la forma tendida boca arriba y sin sentido en el suelo no era la del desconocido.

Empujando a un lado al médico, caí de rodillas y cogí su cabeza sangrante en mis brazos.

—Emerson ¡Oh, mi querido Emerson!

—Es solo un golpe en la cabeza, señora Emerson —dijo Cartright, levantándose—. No hay motivo de preocupación, se lo aseguro.

—¡No hay motivo de preocupación! —Grité salvajemente—. No sabe de lo que habla, señor. La última vez que sufrió un golpe así... ¡Emerson! —Había abierto los ojos y centraba su mirada en mi cara —. Mi querido Emerson, háblame. ¿Quién soy?

# Capítulo 2

***"No se puede culpar a una dama si un Maestro Criminal se encapricha con ella".***

—Para ser justos, Peabody —dijo Emerson—, no es de extrañar que el pobre hombre creyera que estabas histérica. Esa fue una maldit... eh... pregunta idiota.

Me froté la mejilla. Todavía picaba.

—La fraseología se abría sin duda a una mala interpretación —admití—. Pero no es de extrañar que estuviera sobreexcitada. ¿Estás seguro...?

—Tú eres mi esposa —respondió Emerson. Sacándose la pipa de la boca, empleó la boquilla como puntero—. Ese es nuestro hijo Ramsés. Esa es nuestra hija Nefret. El animal que ocupa actualmente su regazo es la gata *Bastet*. La otra criatura grande de cuatro patas es otro gato, *Anubis*. Este trozo de tejido en mi cabeza, colocado ahí a pesar de mis enérgicas objeciones, se llama esparadrapo. Abarca, innecesariamente, un ligero golpe y un pequeño corte.

—Me gustaría que no fueras sarcástico, Emerson. En particular, si se trata de mis nervios.

—Estoy tratando de cambiar de tema, querida.

El recordatorio estaba justificado. Ninguno de los niños sabía toda la verdad sobre los terribles acontecimientos del invierno anterior, cuando otro golpe en la cabeza había destruido la memoria de Emerson, incluso los recuerdos sobre ¡mí!

Mis esfuerzos para mantener a Ramsés en la oscuridad acerca de la amnesia de su padre habían fracasado, pero él no sabía nada sobre el encuentro más reciente con nuestro gran y terrible adversario, el Maestro del Crimen. Hubiera sido imposible explicar

todo lo que había ocurrido sin admitir que una pasión ilícita por mi humilde persona había impulsado algunas de las actividades de Sethos.

No es que yo tuviera nada por lo que avergonzarme. No se puede culpar a una dama si un Maestro del Crimen se encapricha con ella. Sin embargo, no era un tema que quisiera discutir particularmente con mi hijo.

Por lo menos tenía la esperanza de que Ramsés no tuviera conocimiento de esos hechos. No contaba con ello, porque Ramsés tenía formas de descubrir cosas. Nuestros trabajadores, y otras personas que deberían haberlo sabido mejor, creían que era un *djinni*, cuando, de hecho, solo era uno de los espías más eficientes del mundo. En su juventud había sido demasiado proclive a discutir la información que adquiría por tales medios moralmente dudosos, pero en los últimos tiempos se había vuelto más taciturno. No sé qué era peor. Los debates a menudo eran muy embarazosos, pero preguntarse qué podría estar pasando por la mente de Ramsés era un ejercicio para los nervios.

El baile estaba todavía en curso, los distantes sones de la música y las risas flotaban a través de la ventana abierta. La temperatura había bajado rápidamente, como lo hacía en Egipto después de la puesta del sol. Una fresca brisa levantaba las cortinas y agitaba los volantes de gasa vaporosa que me bordeaban el cuello suelto y las mangas hasta el codo. Después de abofetearme (con la más amable de las intenciones, como Emerson había indicado), y asegurarse de que Emerson no requería sus servicios, el joven cirujano se había marchado. Obviamente, consideraba mi anterior referencia a un envenenamiento como nada más que un ejemplo de histeria femenina, y aunque en circunstancias normales me habría sentido obligada a enderezar su rumbo (en justicia hacia mí y mi sexo), en estas circunstancias me permití que el engaño permaneciera.

Los cuatro, seis incluyendo los gatos, nos habíamos reunido en el salón, donde nos sentamos para beber unas tazas reconstituyentes de té. Yo me había puesto algo más ligero, como creo que puedo decir, al ser una bata de seda blanca de corte princesa. Emerson también se había cambiado de ropa, no por los daños de su traje de fiesta (la mayor parte de la sangre se me había pegado cuando lo apreté contra mi pecho), sino porque prefiere usarlo lo menos

posible. Además de sus zapatos de noche, también se había quitado la chaqueta, el chaleco, la corbata y la camisa. La última prenda tenía un frente rígidamente almidonado y un cuello ajustado que se abotonaba en la espalda, así que no podía negar su afirmación de que era "la pieza de ropa más condenadamente incómoda de la existencia, excepto, claro que sí Peabody, te lo concedo, a excepción de los corsés, pero de todos modos tú nunca los usas".

Había reemplazado la prenda de vestir con una camisa de trabajo, abierta en el cuello y con las mangas enrolladas hasta los codos. Estaba fumando su pipa y acariciaba al gato que tenía sobre las rodillas. Al igual que su contraparte femenina *Bastet, Anubis* es un gato atigrado de Egipto, más grande y más salvaje que las variedades europeas de felinos. Era de Emerson, o para ser más precisos ya que no se puede decir que los gatos pertenezcan a nadie, *Anubis* había condescendido a concentrar su atención en mi marido. *Bastet*, que llevaba con nosotros más tiempo, favorecía a Ramsés, hasta tal punto que algunas personas supersticiosas consideraban a *Bastet* como el familiar felino de Ramsés, con poderes mágicos propios. Sin duda era devota del chico (aunque en los últimos tiempos había comenzado a compartir sus favores con Nefret) y Ramsés no iría a ninguna parte sin ella.

También habíamos traído a *Anubis*, ya que nuestros sirvientes en Kent se negaban a quedarse a solas con él. Confieso que *Anubis* también me hacía sentir un poco incómoda. Más grande y más oscuro que *Bastet*, no tenía su naturaleza benevolente. No se puede decir que los dos fueran amigos. En su primer encuentro, *Anubis* había intentado forzar sus atenciones sobre *Bastet* y ella le había golpeado la cabeza. En la actualidad su relación podría describirse como una tregua negociada.

Acurrucada en el regazo de Nefret, *Bastet* ronroneó con un tono ronco mientras la niña movía la mano sobre su cabeza. Nefret no se había cambiado de vestido, con los ojos brillantes y alerta exigía una explicación de lo que había sucedido.

—A menos —añadió, con un labio bellamente curvado y un destello en los ojos azules dirigidos a Emerson—, que usted, señor, sea de la escuela que cree que las mujeres deben mantenerse ignorantes y fuera de peligro.

—No juegues a tus jueguecitos conmigo, señorita —dijo

Emerson de buen humor—. Incluso si fuera de esa opinión, la experiencia me ha enseñado la inutilidad de insistir en ello. —Meditando, continuó—. Tenía la intención de contaros a Ramsés y a ti toda la historia, ya que tengo un extraño presentimiento... esto... es decir, tengo la sensación de que la aventura de esta noche puede presagiar un peligro venidero.

Con lo cual se lanzó. Fue un tanto prolijo, pero muy bien organizado, por lo que no le interrumpí.

Ramsés sí.

—Hmmm —dijo, acariciándose la barbilla—. Muy interesante ¿Puedo preguntar, en primer lugar, si la forma de Saleh era fingida? ¿Fue él u otra persona quién le golpeó? ¿Dónde...?

—No lo sé —dijo Emerson en voz alta—. Si me permites terminar, Ramsés...

—Le ruego me disculpe, padre. Tenía la impresión de que había terminado, de lo contrario no habría...

—Humm —dijo Emerson—. El hecho es que las luchas del amigo, o los ataques, o el ataque fingido, terminó poco después de que te fueras, Peabody. Se quedó inmóvil y sin responder, así que fui al aparador para prepararle una copa de brandy. Eso es todo lo que recuerdo. Sin embargo, debió haber sido Saleh quien me golpeó en la cabeza, ya que solo le di la espalda durante unos segundos, y estoy seguro de que habría oído la puerta abrirse.

—No si otra persona ya se encontraba en la sala —le dije, antes de que Ramsés pudiera señalarlo—. Oculto, detrás de las cortinas o en el balcón.

—Ridículo —dijo Emerson, porque podía ver a dónde se dirigía esta línea de argumentación—. ¿Cómo podría haber entrado otra persona? El *sufrayi*...

—Susceptible a la corrupción. Sugiero que le interroguemos de inmediato.

—Fuera de cuestión, Peabody. Tu teoría es pura fantasía.

—Supongamos —dijo Ramsés—, ya que no hay indicación de otra persona presente, y puesto que hay una serie de dificultades logísticas, tales como la forma en que podría haber entrado sin ser observado por el *sufrayi* y la forma en que pudo haber salido, arrastrando un cuerpo inconsciente...

—Oh, por piedad, Ramsés —repliqué—. Deja que alguien más

hable de vez en cuando. Nefret lleva tratando de meter baza los últimos cinco minutos. Los puntos que has indicado son válidos, aunque mi sugerencia inicial, la de que el *sufrayipodría* haber sido sobornado o ausentado temporalmente de su puesto, se contarían entre las aparentes anomalías. Por otra parte, no puedo concebir por qué el señor Saleh vendría aquí con el propósito confeso de darnos información y de repente cambiar de opinión y recurrir a la violencia física con el fin de escapar; porque si había cambiado de opinión solo tenía que decirlo, no era necesario...

Me quedé sin respiración. Nefret fue la primera en cruzar esa puerta.

—Muy bien, tía Amelia, eso es exactamente lo que yo iba a decir. Es mucho más probable que alguna otra parte desconocida quisiera silenciar al señor Saleh antes de que pudiera traicionar el secreto. Y eso significa... Pero ¡ya ves lo que significa, tía Amelia!

—Oh, por Dios —se quejó Emerson, sacándose la pipa de la boca —. Nefret, no la animes. Lo puedes considerar una orden.

—Solo está bromeando —le dije a Nefret.

Emerson dijo:

—Maldita sea —y golpeó su pipa contra el cenicero.

—Ese lenguaje, Emerson, por favor.

—Me obligas a ello, Peabody.

—Sin embargo Nefret tiene razón, Emerson. Los síntomas del hombre eran consistentes con los de envenenamiento por estricnina, y detecté un olor característico a almendras amargas.

—Disculpe, madre —dijo Ramsés, ya que su padre tenía la cara roja y era incapaz de articular—. Pero me temo que está confundiendo los venenos. El ácido prúsico es el que huele como a extracto de almendras. Además, tanto el ácido prúsico como la estricnina actúan muy rápidamente. ¿Está sugiriendo que el mencionado veneno estaba en el whisky que le sirvió? Esa fue la única sustancia que bebió dentro del plazo requerido, pero si el whisky fue el medio, usted y padre también se habrían visto afectados.

—Ese es precisamente el punto que tenía intención de señalar — dijo Emerson.

—¿Consiguió echar un vistazo al mapa, padre? —preguntó Ramsés.

—¿Qué mapa? Oh... ¿quieres decir el papel que Saleh estaba a punto de mostrarme? No sabía que fuera un mapa. Había pedido, exigido, de hecho, instrucciones específicas. Su respuesta fue que pensaba que se lo preguntaría. Luego sacó un papel del bolsillo.

—Precisamente —dijo Ramsés—. Por lo tanto, debe haber sido un mapa, o un sustituto verbal.

—O una hoja de papel en blanco —gruñó Emerson—. Maldita sea, Ramsés, eres tan malo como ellas. La explicación más lógica es que el tipo es un lunático. Cree su propia fantasía, que es la reencarnación o el descendiente de un sacerdote del antiguo Egipto, pero cuando se vio obligado a presentar pruebas fingió un ataque en lugar de admitir la verdad ante mí o ante sí mismo. En este momento está a salvo en casa, donde quiera que sea, y no cabe duda de que está firmemente convencido de que él y yo fuimos atacados por demonios o por un enemigo imaginario. Esa es la forma en que piensa esta gente.

—¿Por qué, Emerson? —pregunté—. Has estado leyendo psicología.

—Bah —respondió—. No tengo tiempo para perder en tales tonterías. Por desgracia, estoy familiarizado con suficientes lunáticos como para entender cómo funcionan sus mentes. Ahora, mirad todos vosotros. La historia del hombre era pura invención, pero si cree que puede acercarse a nosotros de nuevo, podría ser peligroso. Estad alerta, por lo menos hasta que salgamos de El Cairo.

—¿Y cuándo será eso? —pregunté.

—Pronto. —Emerson me sonrió—. Tengo una pequeña sorpresa para ti, Peabody, pero no estoy seguro de que te guste.

—¿Cuándo? —Me esforcé por hablar con firmeza, porque su conducta era realmente desesperante, pero me resulta difícil ser firme con Emerson cuando sus penetrantes ojos azules se suavizan y sus bien formados labios se separan en una sonrisa.

—Mañana. Quiero empezar temprano, así que es mejor que nos vayamos a la cama. Ha sido un día agotador.

—Especialmente para ti, querido Emerson —dije, dirigiendo una mirada dura a Ramsés.

—Padre ciertamente debe descansar —dijo el hipócrita joven, quien obviamente no tenía ninguna intención de permitir que su

padre lo hiciera—. Una pregunta, si se me permite. El anillo que ha mencionado...

—Se ha perdido —le dije—. Ramsés...

—¿Se olvidó de ponerlo en un lugar seguro?

—Se me cayó sobre la mesa cuando el señor Saleh se derrumbó, estaba más preocupada por su estado que por un poco de metal sin vida —respondí, con sarcasmo—. No estaba allí cuando volví. Confío, Ramsés, que tu pregunta no tenga por objeto criticar mi comportamiento.

—Por supuesto que no, madre, sé que lamenta amargamente su fallo en guardar esa interesante prueba, y ni por nada del mundo añadiría yo...

—Vete a la cama, Ramsés.

Nefret se había levantado obedientemente. Con los ojos bajos y las manos entrelazadas, fue hacia Emerson.

—Buenas noches, señor.

Él le tomó la cabeza dorada entre las manos y la besó en la frente.

—Buenas noches, querida. Que duermas bien.

—Buenas noches, tía Amelia. —Vino donde mí y la besé como había hecho Emerson.

Recientemente, Ramsés había decidido que era demasiado mayor para los besos de sus padres. Más allá, yo no estaba en condiciones de decirlo. Estrechó la mano de su padre con seriedad, un proceso que divertía mucho a Emerson.

—Buenas noches, padre. Buenas noches, madre.

—Buenas noches, Ramsés, no dejes tu chaqueta en la silla, llévatela y asegúrate de colgarla.

Nefret ya había escapado llevándose a *Bastet* con ella. Su habitación se abría a la sala de estar, como la nuestra. Ramsés ocupaba la habitación contigua a la nuestra, pero no estaba conectada.

—¡Qué afortunados somos de tener unos niños tan inteligentes y obedientes! —comentó Emerson neciamente—. Te lo dije, Peabody, Nefret no será ningún problema.

—Tu constante ingenuidad me asombra, Emerson. No sé qué impulsó a Ramsés a obedecer una orden sin discutir por primera vez en su vida, pero Nefret estaba tratando de escapar de un sermón.

Tengo que hablar con esa joven. Se comportó de manera muy impropia esta noche, la pillé saliendo del Salón Morisco, ya sabes cómo es ese lugar, Emerson, y tengo la firme sospecha de que estaba allí ¡sola con un hombre!

—Te contradices, Peabody. Si estaba con un hombre, no estaba sola.

—No te estás tomando esto en serio, Emerson.

—Y tú te lo estás tomando demasiado seriamente, Peabody. No tienes ninguna prueba de que ocurriera nada malo. Amonesta a la niña si es necesario, pero ¿no puede esperar hasta mañana? —Emerson bostezó y se estiró.

Ahora me aseguro de que los botones de las camisas de Emerson sean cosidos con hilo de doble grosor, ya que siempre saltan cuando se desviste de prisa o cuando amplía su impresionantemente ancho pecho. Esa era una camisa vieja, los botones salieron hábilmente por los ojales y extendió los brazos en toda su longitud, y mucho de su persona fue visible, suavemente bronceado y artísticamente modelado.

—En realidad, Emerson, deberías estar avergonzado de ti mismo —dije—. Si crees que puedes distraerme de mis obligaciones maternas de esta manera tan bruta y tan poco sutil.

—¿Poco sutil? Mi querida Peabody, no sabes lo que estás diciendo. Ahora bien, si hubiera hecho esto... o esto...

Dejando al gato *Anubis* en la sala de estar, nos retiramos a nuestra habitación.

* * *

El aire todavía era frío y fresco cuando salimos del hotel a la mañana siguiente. Siempre soy madrugadora, y mi curiosidad por la sorpresa que Emerson había prometido me volvió más ansiosa por levantarme. Pero no crea, Lector, que la curiosidad, o las interesantes atenciones de Emerson, me habían hecho descuidar mis deberes como madre.

Había ido a la habitación de Nefret inmediatamente después de levantarme. Ella era la viva imagen de la inocencia juvenil mientras dormía, con mechones de cabello rubio rojizo que le enmarcaban el rostro y los labios curvados suavemente. El nombre que su padre le había dado le quedaba bien, en el antiguo egipcio significaba “hermosa”.

Me quedé mirándola durante un rato con una mezcla de apreciación y aprensión. Yo sería la primera en admitir que mis instintos maternales no están bien desarrollados, aunque en mi defensa tengo que añadir que criar a Ramsés habría desanimado a cualquier mujer. Después de haber superado, como esperaba, el período más peligroso de la vida, había encontrado que la maternidad recaía sobre mí de nuevo y creo que no seré acusada de exagerar cuando afirmo que ninguna madre se ha enfrentado jamás a un reto tan singular como Nefret. Solo su rápida inteligencia y su deseo de agradar le habían permitido adaptarse a un modo de vida tan diferente de aquel al que estaba acostumbrada.

No lo había hecho sin discutir. A medida que su seguridad en sí misma crecía y su confianza en nosotros aumentaba, su crítica de las convenciones civilizadas se intensificó. ¿Por qué debía envolverse en capas de prendas pesadas e incómodas? ¿Por qué no podía hablar abierta y libremente con los hombres jóvenes, sin la presencia de un acompañante? ¿Por qué tenía que bajar los ojos, ruborizarse y permanecer en silencio en compañía, cuando sus opiniones eran tan interesantes como los de cualquiera?

Estas reglas *eran* absurdas. Yo también lo admitía, pero tenía que insistir en que las siguiera. Joven e inexperta, en un momento de la vida cuando ciertos acontecimientos fisiológicos hacen que una mujer sea sensible a los halagos masculinos, ella era presa fácil para los hombres como sir Edward Washington, y la fortuna que heredaría cuando llegara a la mayoría de edad atraería enjambres de pretendientes. Nosotros éramos sus protectores, protectores eficaces sin duda, ya que pocos hombres, excepto los encaprichados, se arriesgarían a la ira de Emerson aprovechándose de su pupila. Reflexioné, como lo había hecho antes, acerca de la conveniencia de adoptarla legalmente. ¿Podíamos hacerlo? ¿Querríamos? Estaba segura de que ella estaba contenta con nosotros, pero tal vez ese grado de intimidad no le gustaría.

Con un suspiro abandoné estas reflexiones y dirigí mi atención a la cuestión que me ocupaba. La desperté suavemente.

Ella respondió a mis preguntas sin disimulo y aceptó mi sermón en silencio, pero seguía haciendo pucheros cuando Emerson la ayudó a subir al carruaje.

Emerson no lo observó. No lo habría observado (los hombres son

lo que son), incluso si algo no le hubiera distraído. Una serie de sonidos como el graznido de un ganso gigante anunció la aparición de un objeto monstruoso ante cuyo avance la multitud de mendigos, vendedores, turistas y asnos se dispersaron. Los automóviles eran todavía una rareza en El Cairo, y éste era conducido a velocidad excesiva, a unos veinticinco kilómetros por hora si tuviera que calcularlo. Era de color rojo brillante, y una chaqueta igualmente roja adornaba al chófer cuyo rostro brillaba con orgullo y placer.

—Un Stanley Steamer —suspiró Emerson—. Peabody, ¿qué pensarías de...?

Inclinándome hacia adelante, señalé al cochero con mi sombrilla.

—Conduzca, por favor.

Pero fue incapaz de hacerlo ya que el automóvil bloqueaba el camino. En lugar de oponerse a la demora, como habría sido su costumbre normal, Emerson se inclinó hacia adelante, estudiando el vehículo con ojos codiciosos. Hasta ahora me las había arreglado para resistirme a su sugerencia de que compráramos una de esas cosas horribles, pero me temía estar perdiendo terreno.

Otros huéspedes fueron menos tolerantes que Emerson. Los ocupantes del carruaje detrás de nosotros alzaron sus voces quejándose, y varias señoras que esperaban a sus carruajes se pusieron pañuelos sobre las caras y se apartaron cuando el vehículo emitió un explosivo sonido como un estallido y explotó una nube de humo maloliente.

El propietario del automóvil, identificado como tal por su largo abrigo y la gorra con visera, había salido del hotel. Todas las miradas se volvieron hacia él, algunas de reproche, algunas (femeninas) en interesada valoración. Sonriendo, él ofreció su brazo (y cabe suponer sus disculpas) a una dama que había tropezado con sus faldas largas y negras mientras retrocedía. Después de entregarla a su acompañante, bajó lentamente las escaleras y tomó su lugar detrás del volante.

—¿Quién es ese joven mequetrefe? —preguntó Emerson, los celos (por la máquina) le hicieron olvidar el terminar la frase que mi instrucción al conductor había interrumpido—. Me resulta familiar.

Nefret se había desplomado en el asiento y había apartado el

rostro. Fue Ramsés quien respondió con una mirada recelosa a su hermana.

—Ese es sir Edward Washington, padre, y no es tan joven. Treinta años de edad si no me equivoco.

—Muy mayor, según mi opinión —dijo Emerson—. Como iba diciendo, Peabody, ¿qué pensarías de...?

—¿A dónde vamos, Emerson? —pregunté.

—Maldita sea, Peabody, me gustaría que dejaras de...

—El cochero espera las instrucciones, querido.

Ya que el automóvil se había marchado, Emerson accedió a darle instrucciones, de pie sobre el asiento y murmurando al oído del hombre con el fin de evitar que yo le escuchara. Dije con una sonrisa:

—Así que esto es parte del secreto, ¿verdad? ¿Adivinaría la verdad si supiera nuestro destino?

—No es probable —declaró Emerson—. Pero estás diabólicamente interesada en tales asuntos, querida, y siempre reclamas que lo supiste todo el tiempo. Tal vez si te vendara los ojos...

—No lo creo —le aseguré, sosteniendo con fuerza mi sombrilla.

Emerson se echó a reír. Estaba de muy buen humor, ya olvidado el automóvil, y me di cuenta de que los niños también debían conocer el secreto. El delgado rostro de Ramsés parecía casi amable, y la risa de plata de Nefret se mezcló con la risa profunda de Emerson. Diré que la chica no tenía predisposición a estar de mal humor. Había superado su enojo conmigo, sin embargo, la verdad sea dicha, yo no había superado mi enojo con *ella*.

Había estado con sir Edward, ¡en el salón Morisco!

—Pero fue un perfecto caballero, tía Amelia. Ni siquiera trató de darme un beso, aunque quería.

—¡Buen Dios! ¿Cómo sabes eso? ¿Tuvo la audacia de...?

—No, ciertamente no. Pero me di cuenta, hice mi mejor esfuerzo por animarlo... de manera elegante por supuesto, pero tal vez aún no he aprendido cómo...

—¡Nefret!

—Siempre me dices que tengo que ser receptiva a la ampliación de experiencias. Esa habría sido una experiencia nueva. Y, por lo que he observado, muy agradable.

Yo no dudaba dónde y bajo qué circunstancias había tenido la pequeña pícara oportunidad de observar eso. Emerson es una persona impulsiva, y a veces descuidado en cerrar las puertas. Un cierto grado de conciencia de mí misma hizo que mi sermón sobre el comportamiento propio de una dama fuera más suave de lo que podría haber sido.

Ciertamente esta mañana Nefret parecía una señorita, con un vestido de algodón verde pálido a cuadros y un sombrero de paja azul y verde entretejido para parecer plumas. Los sombreros de ala ancha o canotié estaban de moda entre las jóvenes ese año, se había encaprichado de este sombrero y no vi ninguna razón para disuadir un grado moderado de individualidad en materia de vestimenta.

Ramsés también estaba bastante presentable, aunque sabía que no duraría en esa condición. Habíamos dejado a *Anubis* en el hotel, pero la gata *Bastet*, sentada en el carruaje entre Ramsés y Nefret, miraba interesadamente a su alrededor, como cualquier turista. Imité a la gata, no es que fuera a estropear el inocente placer de Emerson alegando que había anticipado su sorpresa, pero tenía curiosidad por saber si podía hacerlo.

Empecé a tener una ligera idea cuando cruzamos el puente Kasr en-Nil y vi, en la otra orilla, los banderines, las banderas y las chimeneas de diversos barcos de pasajeros. Ese panorama había cambiado desde mis primeros días en Egipto, los vapores turísticos y los remolcadores reemplazaban en gran medida a los graciosos barcos de vela llamados *dahabbiyas*. Por lo que yo había oído hablar, los vapores de Cook eran bastante cómodos, ofreciendo de todo, desde un buen desayuno inglés de huevos y tocino, harina de avena y mermelada, a un ejército de sirvientes con *tarbushes* rojos. Los vapores hacían el recorrido entre El Cairo y Luxor, en cinco días y medio.

Pensé en cuando había oído a alguien jactarse de esa velocidad. Cinco días y medio para las maravillas de Egipto, cinco días y medio en la sociedad de individuos de mentes superficiales y frívolas que “hacían” Egipto a toda velocidad, de forma aislada del resto del país y sus “sucios nativos”. Estaba totalmente de acuerdo con Emerson, si queríamos llegar a algún lugar a toda prisa (lo que él solía hacer), mejor el ferrocarril, que no tenía ninguna pretensión de inculcar cultura.

Sin embargo, mientras el carruaje proseguía a lo largo de la orilla, los recuerdos me abrumaron, y aunque sabía que era una locura mis ojos buscaron una forma desaparecida, la de mi querida *dahabbiya Philae*, en la que había viajado durante mi primera, y nunca olvidada, visita a Egipto. Todavía se veían algunas de las elegantes embarcaciones. Algunos de nuestros amigos se aferraban a las buenas viejas costumbres y tuve el placer de ver el *Istar*, que pertenecía al reverendo Sayce, y un poco más allá, el barco de Cyrus Vandergelt, *El Valle de los Reyes.*

—¿Ha llegado Cyrus? —Pregunté, pues me parecía que había resuelto el pequeño misterio de Emerson y me pregunté por qué había montado tanto escándalo por un almuerzo con un viejo amigo —. Esa es la razón... ¡Oh! ¡Oh, Emerson!

Había aparecido una visión ante mí, un sueño había tomado forma. La reconocí con el conocimiento del corazón, como un poeta dijo (probablemente en otro contexto), a pesar de que había cambiado, reluciendo por la pintura fresca y los brillantes toldos nuevos, y aunque el nombre en la proa no era el que había tenido antes. El nombre... el nombre era... el mío.

Me eché a llorar.

—Buen Dios, Peabody ¡no hagas eso! —Emerson me tomó en sus brazos—. Nunca sueles hacer eso. ¡Esto hace dos veces en dos días! ¿Qué te pasa?

—Estoy tan feliz —le dije entre sollozos.

—Humm —dijo Emerson—. No recuerdo que reaccionaras así a mi propuesta de matrimonio, o a... esto... otros incidentes que recuerdo con una intensidad de emociones que se corresponde a la que dices sentir.

—No es lo mismo en absoluto, Emerson.

—¿En serio? Bueno, podemos hablar de ello en otro momento. Siéntate, endereza tu sombrero, suénate la nariz y dime que estás complacida.

Ramsés me ofreció un pañuelo. Estaba muy asqueroso, como todos los pañuelos de Ramsés, por lo que lo rechacé con un gracias y busqué el mío.

—Sin palabras de alegría estaría más cerca de la verdad, Emerson. ¿Es realmente el viejo y querido *Philae*?

—Ya no. Ahora es el *Amelia Peabody Emerson*... tuyo en nombre

y de hecho.

Haciendo un esfuerzo conquistó mi emoción.

—Ha sido un noble gesto, querido, que te sacrifiques, porque sé que no te gusta viajar de esta manera...

—Era el curso más sensato de acción —declaró Emerson—. Sabes que todavía estamos discutiendo dónde planeamos excavar los próximos años, hasta que nos instalemos en un sitio determinado, no podremos construir los alojamientos. El barco servirá a ese propósito hasta que lo hagamos. Es una molestia infernal tener que empacar los libros y documentos cada año, y ahora no tendremos que permanecer en ese cond... conocido hotel.

—Sí, Emerson, por supuesto —murmuré, consciente de un leve reparo—. Pero sabes, querido, que se requerirá cierto tiempo para conseguir que nuestros camarotes estén correctamente.

—Todo hecho —dijo Emerson, radiante de obtusa satisfacción—. Llevo trabajando en esto durante meses, Peabody, empecé a buscar un barco la primavera pasada, antes de salir de Egipto, y cuando vi el *Philae* supe que era justo lo que buscaba. Estaba en una triste condición, pero ordené las reparaciones apropiadas y como se puede ver estén completadas.

—Ropa de cama —comencé—. Ropa blanca, vajilla...

—Todo suministrado. Envié una cantidad de artículos el verano pasado. Pero ¿por qué estamos aquí sentados hablando? Vamos, inspecciona tu nuevo dominio, Peabody. —Saltó ágilmente del carruaje y me ayudó—. No hay duda de que tendrás que hacer algunos pequeños cambios, las mujeres siempre los hacéis... de prisa Ramsés, ofrece tu brazo a Nefret, la orilla está condenadamente resbaladiza... pero estoy seguro que encontrarás todo a tu satisfacción.

La orilla *estaba* condenadamente resbaladiza, llena de una variedad de objetos desagradables, desde fruta podrida a ratas muertas. Me agarré al brazo de Emerson y me preparé para hacer la pregunta cuya respuesta me temía.

—¿Quién ha estado a cargo de los arreglos, Emerson? No sería... sin duda no ha sido...

—¿Qué? Abdullah, por supuesto —respondió Emerson, sujetándome mientras me tambaleaba—. Cuidado donde pisas, Peabody.

—Abdullah —repetí con voz débil—. Por supuesto.

Abdullah estaba esperando en la parte superior de la pasarela, y cuando vi su forma familiar, sus ropas y turbante blanco a juego con la barba, el afecto superó mi temor a lo que había hecho, o, para ser más exactos, probablemente lo que no había hecho. Abdullah había sido nuestro *reis*, o capataz, durante muchos años. Él y los miembros de su extensa familia habían sido entrenados por Emerson en los métodos de excavación científica, no solo eran indispensables y valorados ayudantes, eran amigos de confianza. Quejarse del hecho de que, como todos los hombres, Abdullah no tenía la menor idea de lo que constituía una limpieza decente habría sido poco razonable.

Así que me dirigí a él como "mi padre", y supe que le había complacido, a pesar de que la dignidad y el público, los miembros de su familia antes mencionados, todos saltando arriba y abajo, y gritando en señal de bienvenida, le impedían mostrar emoción. Los saludos formales en árabe pueden llevar mucho tiempo. Para mi sorpresa, Abdullah los cortó en seco y dijo, con una mirada extraña hacia Emerson:

—Hay alguien aquí para verte, Padre de las Maldiciones.

—¿Qué? —Emerson se liberó del cariñoso abrazo de Daoud, sobrino de Abdullah, y dirigió un formidable ceño a su capataz—. ¿Aquí? ¿Qué diablos quieres decir, has dejado subir a un extraño a bordo, cuando se suponía que era una reunión familiar privada? Deshazte de él.

Abdullah comenzó:

—Él insistió...

Ese fue un error y debería haberlo sabido. El rugido de Emerson dañó mis oídos.

—¿Insistió? Oh, insistió, ¿verdad? ¿Dónde está? Que el diablo se lo lleve, voy a tirarlo por la borda yo mismo.

Los labios barbudos Abdullah se retorcieron.

—Esa hazaña pondría a prueba incluso tus poderes, Emerson. Está en la cubierta superior.

Emerson cargó hacia las escaleras. Le seguí de cerca, ya que no me atrevía a permitir que Emerson se encontrara con un visitante cuando se encontraba en uno de sus arrebatos. Se me había ocurrido, como se le debe haber ocurrido al lector, que "el señor

Saleh" había vuelto a llamar, pero rechacé la idea de inmediato, solo un hombre de extraordinaria importancia podría haber persuadido a Abdullah de violar sus órdenes. ¿El *Khedive*? ¿El cónsul general británico? ¿Lord Kitchener? En su actual estado Emerson era muy capaz de lanzar a alguno o a todos esos distinguidos personajes por la borda.

La cubierta superior, que constituía el techo de los camarotes, había sido equipada con sillas y sofás, toldos y mesas pequeñas, para formar un agradable salón al aire libre. Mi ojo de ama de casa no pudo dejar de notar que los toldos estaban hundidos y que las alfombras chocaban horriblemente con la tapicería de las sillas, pero toda mi atención fue capturada por el individuo que estaba estirado sobre el sofá más grande, aunque apenas lo suficientemente grande, me temía, para soportar tanta tensión.

Ocupaba toda su longitud, su cabeza y sus hombros estaban plantados sobre un montón de cojines, su enorme circunferencia sobresalía desde la barbilla y bajaba hasta unos pies tan pequeños como una mujer. En ellos llevaba unas delicadas zapatillas tan fuertemente bordadas con oro y lentejuelas que no se podía ver el tejido. Una esmeralda del tamaño de un huevo de gallina adornada su turbante de paño de oro. Como contraste, su vestido era puritano y sencillo, sin mucho más que una fila de trenza: de color gris claro y voluminoso como una tienda, captaba la luz con el intenso resplandor del terciopelo. En cuclillas detrás de él y tan inmóviles como estatuas, había dos hombres vestidos con una especie de librea consistente en pantalones holgados con camisas a juego y turbantes del mismo gris sin adornos.

Emerson se detuvo en seco.

—Así que —dijo— todavía estás vivo. Esperaba que uno de tus innumerables enemigos te hubiera liquidado.

A pesar de que la amplia forma de su cuerpo le hacía parecer una ballena varada, la cara del tipo era pesada más que gorda, especialmente alrededor de las mandíbulas afeitadas y el mentón. Sobresalían como el hocico de un animal, y cuando los anchos labios se separaron, mostraron unos dientes amarillentos como el marfil antiguo.

—Cortés como siempre, oh Padre de las Maldiciones —dijo en un inglés casi tan puro como el de Emerson—. ¿No vas a

presentarme a la honorable *Sitt*, tu esposa, y tus guapos y talentosos hijos?

Los guapos y talentosos hijos nos habían seguido, como era de esperar. El visitante se mostró muy impresionado por ellos, especialmente por Nefret. La miró abierta y groseramente, hasta que Emerson se puso delante de la niña como si fuera a protegerla de esa intensa mirada.

—No, no lo haré —dijo—. Nefret, nos reuniremos contigo en el salón en breve. Ramsés, ve con ella.

Cuando Emerson habla en ese tono particular, ni siquiera Ramsés le desobedece. El visitante se echó a reír.

—Entonces me presentaré yo. Usted no necesita ninguna introducción, *Sitt Hakim*; su fama está en las calles, en el *suk* y en los palacios. Soy Giovanni Riccetti.

—Dios mío. Conozco su nombre, por supuesto. —Y de hecho lo hacía. Emerson lo había mencionado en varias ocasiones. En su tiempo, Riccetti había sido el comerciante de antigüedades más famoso de Egipto.

—Me concede demasiado honor, *Sitt*. He esperado este momento mucho tiempo.

—No importa —dijo Emerson—. ¿Qué estás haciendo aquí? Dijeron que te habías retirado.

—Lo hice. Vivo en aislamiento académico, disfrutando de los modestos frutos de mis trabajos, mis flores y fuentes, mis libros, mis estudios, otros inofensivos...

—Ja —respondió Emerson—. Tus hábitos no siempre fueron tan inofensivos, Riccetti. Vamos al grano. ¿Qué quieres?

—Servirte. Solo la estima que siento por alguien tan distinguido podría haberme sacado de mi patio tranquilo, donde el tintineo de las fuentes y el aroma de las rosas... —Se interrumpió y levantó una mano larga y pálida, brillante con gemas—. Ahora, amigo mío, no pierdas ese temperamento notorio que te caracteriza, es malo para tu salud. Hay rumores en los *suks* que pueden afectar a tu salud también. ¿Tuviste un visitante ayer por la noche?

El rubor de la cólera desapareció de la cara de Emerson, dejándola tan dura como el granito.

—Debes saber que sí o no preguntarías.

—¿Te importaría contarme qué ocurrió en esa reunión?

—No. ¿Te importaría contarme por qué tienes la impertinencia de preguntar? ¿Conoces al tipo?

—Era muy conocido en ciertos círculos.

—¿Esos mismos círculos en los que alguna vez fuiste tan prominente?

—Cualquier conexión que tuve una vez fue cortada hace mucho tiempo. Pero todavía... oigo... ciertos asuntos.

Ninguno de ellos me prestaba la menor atención, mirándose a los ojos intercambiaban preguntas y respuestas en rápida sucesión, como esgrimistas atacando y parando golpes. Sospechaba que no era la primera vez que se habían enfrentado entre sí y que Emerson había aprendido que debía jugar según las reglas de su oponente si esperaba obtener alguna información.

Sin embargo, no es un hombre paciente. Su siguiente pregunta:

—¿Qué asuntos?

Fue demasiado contundente, solo produjo una leve sonrisa y un encogimiento de hombros.

Emerson volvió a intentarlo.

—Se llama Saleh. ¿Cuál es su verdadero nombre?

—Leopold Abdullah Shelmadine. Su padre era inglés. Fue contratado como secretario en el Ministerio del Interior.

Emerson se quedó en silencio. No esperaba una respuesta tan directa. Antes de que pudiera comentar, Riccetti continuó:

—Puedes obtener su dirección en esa oficina, pero sería un desperdicio de tiempo ir a buscarlo. No regresó a su casa ayer por la noche, ni se le ha visto desde que entró en el hotel.

—¡Dios mío, Emerson! —exclamé—. ¿No es esta la confirmación de...?

Emerson se volvió hacia mí con los ojos brillantes.

—Amelia, te ruego que te mantengas fuera de esto. ¿No puedes ver que está tratando de engañarte para que sueltes información sin darte cuenta?

—¿Yo? —grité con indignación—. Si él sabe de mí, debe saber que tal truco nunca tendría éxito.

—Exacto —respondió Emerson, mostrando los dientes de tal manera que decidí que sería más prudente abstenerme de hacer más comentarios en ese momento.

—Exacto —repitió Riccetti—. Su marido comete una injusticia

con ambos, señora Emerson. Le he dado más información de la que él me ha dado, y añadiré una palabra más de advertencia amistosa antes de que me despida. —Levantó los brazos, los hombres agazapados detrás de él saltaron y le pusieron de pie—. Tened cuidado, amigos míos. Hay quienes impedirán que llevéis a cabo vuestros planes y otros que os ayudarían si pudieran. Aseguraos antes de actuar de que diferenciáis al uno del otro. Buenos días, señora Emerson, ha sido un honor conocerla. Adiós, Emerson. Hasta que nos volvamos a encontrar.

Apoyado en sus sirvientes, se contoneó hacia las escaleras.

Miramos en silencio hasta que la parte superior de su turbante dorado se hundió fuera de la vista. A continuación, Emerson me llevó a la barandilla. La litera debía haber estado a bordo del barco, aunque no la había visto, y ahora se movía lentamente por la pasarela con las cortinas de seda gris herméticamente cerradas, los brazos musculosos de los hombres que la transportaban se tensaban por el esfuerzo de mantenerla nivelada. No fue hasta que alcanzaron la orilla y se alejaron que Emerson habló.

—Debe querer algo con muchas ganas para realizar todo ese esfuerzo. Me pregunto si lo ha obtenido.

—Quería saber qué había pasado con el señor Saleh... más bien el señor Shelmadine. —Emerson asintió y yo continué—. No era necesario que me hicieras callar de manera tan perentoria, querido. Era muy consciente de lo que Riccetti estaba haciendo, y nunca habría traicionado nada de importancia.

—Ja —dijo Emerson. Unos pies resonaron en las escaleras y se giró para dirigirse a su hijo y heredero—. Que el diablo me lleve, Ramsés, te dije que te quedaras en el salón.

—Con todo respeto, señor, no lo hizo. Me dijo, si mal no recuerdo, y creo que no lo hago, que acompañara a Nefret a la habitación, lo cual hice y dado que tuve la clara impresión de que quería que permaneciera allí, a pesar de que la orden no fue específicamente así expresada, me quedé yo también, ya que ella tenía todas las señales de marcharse, algo que —Ramsés concluyó con una exclamación y una sorpresa—, ha hecho.

Nefret, cuya cabeza dorada era visible debajo de él en la escalera, le había dado un fuerte empujón, provocando la exclamación y la sorpresa. Sin embargo se mantuvo en el lugar, con

los brazos extendidos para impedir que avanzara más.

—Volved a bajar —dijo Emerson.

—Pero padre, ese caballero —empezó de nuevo, y Nefret hizo un comentario en voz alta en nubio. Solo reconocí el nombre de Ramsés, pero no me hice ilusiones sobre el significado del discurso.

—Infierno y condenación —gritó Emerson—. ¡Maldición, he venido aquí para mostrar a tu querida madre la sorpresa que he diseñado para ella, y para mostrarle todos los malditos armarios, todos los malditos rincones y todos los malditos clavos de las paredes! Bajad esas escaleras, los dos o..., o...

—Sí, Padre, por supuesto. Nefret tendrá que ir primero. —Ramsés miró por encima del hombro, sonriendo de una manera que habría inducido a cualquier mujer sensata a darle una bofetada. Nefret lo intentó. Luego descendió, taconeando como castañuelas, y Ramsés la siguió a discreta distancia.

—Unos hijos tan queridos y obedientes —comenté.

Emerson hizo una mueca.

—Niños normales, en todo caso. Ahora ven y grita con entusiasmo a intervalos frecuentes, o yo... yo...

Lo hizo, brevemente sin embargo, dado que los sonidos del combate verbal se oían desde abajo.

Tomé muchas notas mientras avanzábamos. Había ¡qué bien que lo recordaba! cuatro camarotes, dos a cada lado de un estrecho pasillo, y un baño con agua. El salón se veía como lo recordaba, con ventanas altas a lo largo de la parte curvada, los paneles de marfil habían sido recién pintados y la moldura dorada renovada, con una emoción indescriptible me di cuenta de que las cortinas carmesí bien podrían ser las mismas que Evelyn y yo habíamos elegido hacía todos esos años. Estaban viejas y andrajosas. A pesar de la emoción, habría que reemplazarlas. Tomé nota.

Emerson comenzó a mostrarse un poco hosco mientras mi lista se alargaba y tuve que aumentar la frecuencia y la intensidad de mis gritos de éxtasis. Tuvieron igual efecto calmante en Abdullah. Su mirada de aprehensión (ya que él y yo habíamos tenido una serie de pequeños desacuerdos sobre el tema del alojamiento adecuado) pronto fue sustituida por una sonrisa, y yo no tuve corazón para quejarme. Me di cuenta de que tendría que encontrar algún subterfugio para hacer las compras necesarias, ya que tanto

Abdullah como Emerson eran felizmente inconscientes a cualquier deficiencia.

—Mañana, entonces —declaró Emerson—. Subiremos a bordo temprano, Abdullah. Ten todo preparado.

—Esto... tal vez deberíamos hablar con el capitán, Emerson —sugerí.

Él y los demás miembros de la tripulación habían estado esperando nuestra llegada; la exuberancia de las relaciones de Abdullah y la violenta reacción de Emerson ante la noticia de un visitante nos había impedido saludarlos como deberíamos haber hecho. Me apresuré a compensar esta grosería con una exhibición extravagante de agrado. El *reis*, un hombre alto y erguido con una pulcra barba negra, se parecía tanto a Hassan, mi ex capitán, que no me sorprendí al saber que era su hijo.

—He oído muchas historias acerca de usted, *Sitt Hakim* —dijo, sus ojos negros tenían el mismo brillo de sentido del humor con que su padre a menudo me había mirado.

—Apuesto a que sí —dijo Emerson—. Tu estimado padre está bien, ¿verdad? —Sin esperar respuesta, continuó—. Entonces, Hassan, saldremos mañana.

Los egipcios se habían acostumbrado a los modales de Emerson, que según los estándares árabes eran toscos en extremo; Hassan sonrió, pero nos informó con la mayor cortesía posible de que no podíamos navegar al día siguiente. El cocinero no había podido obtener hortalizas de la calidad adecuada, el timonel se había lastimado la espalda, y así sucesivamente. Yo ya esperaba esto, que era por lo que no había discutido con Emerson sobre el momento de la salida. Después de alguna discusión y (por parte de Emerson) algunas maldiciones, se alcanzó un compromiso. Partiríamos el jueves, dos días más tarde.

Recuperamos el gato y a Ramsés del salón, donde había permanecido examinando la biblioteca, y regresamos a nuestro carruaje. Cuando salimos esa mañana, Ramsés llevaba un sombrero. Cuando le pregunté qué había sido de él pareció aún más inexpresivo de lo habitual.

—Lamento decir que no lo sé, mamá —sin tomar aliento, continuó—, ¿quién era ese caballero corpulento y qué quería?

—Espero que no fuera un amigo —dijo Nefret—. ¡Qué hombre

tan horrible! Parecía una estatua de Taueret.

Me había quedado impresionada por el parecido. A la diosa Taueret se la representaba a menudo como un hipopótamo de pie. En apariencia, sin duda era una de las deidades egipcias más grotescas, pero su aspecto era benévolo ya que era la patrona del parto. Le dije automáticamente:

—Uno no debe juzgar a las personas por su apariencia, Nefret.

—Sin embargo, Nefret tiene razón —declaró Emerson—. Es un hombre horrible. Su nombre es Riccetti. Hace algunos años fue el agente consular austriaco en Luxor y uno de los comerciantes de antigüedades de más éxito en el país.

—Ah —dijo Ramsés—. Por éxito, supongo que quiere dar a entender deshonesto.

—Eso depende de la propia definición de deshonesto —reconoció Emerson—. En la mayoría de los casos los agentes consulares en realidad no violaron la ley, ya que las leyes sobre la venta de antigüedades eran demasiado vagas para restringir sus actividades de forma indebida. Operaban como cualquier otro comerciante, en competencia más o menos amable. Riccetti era diferente. Se rumoreaba que había sido miembro de la Mano Roja o de alguna otra sociedad secreta terrorista, y sin duda sus métodos apoyaban esa suposición.

—Buen Dios —dijo Ramsés—. ¿Qué fue exactamente lo que hizo?

—No importa —dijo Emerson con sequedad.

—Oh —dijo Ramsés.

Emerson le sonrió a Nefret, cuyos ojos estaban fijos en su rostro.

—No te preocupes por Riccetti, querida mía, solo se detuvo a... esto... saludar. Se retiró hace años, con el dinero suficiente para mantenerlo cómodamente durante toda su vida. El comercio paga bien, sobre todo en la zona de Tebas. Ya te conté sobre el pueblo de Gurneh, construido en medio de un antiguo cementerio. Los residentes de esa pequeña y agradable comunidad son hábiles ladrones de tumbas y expertos fabricantes de falsificaciones, algunas de ellas lo suficientemente buenas para engañar incluso a los expertos. Budge, del Museo Británico...

—Le pido perdón, padre —dijo Ramsés—, pero Nefret ya sabe todo esto. Se lo conté.

En este caso no culpé a Ramsés por interrumpir. Cuando Emerson se concentra en el tema del señor Budge, del Museo Británico, se inclina a usar el mal lenguaje y a perder la pista de lo que está diciendo.

Emerson fulminó a su hijo con la mirada.

—Oh... ¿seguro? Bueno, no os hará daño escucharlo de nuevo. Si me ahorras la crítica, Ramsés, voy a proceder con asuntos que ni siquiera tú conoces, a saber, la carrera de Giovanni Riccetti.

Ramsés se hundió, retorciéndose con impaciencia mientras Emerson se tomaba su tiempo para llenar y encender su pipa. Yo sabía por qué estaba divagando tanto, no quería discutir las razones de Riccetti para venir a vernos.

—Se dice —continuó Emerson—, que el botín del alijo de momias reales de Deir el Bahari fue comercializado por Riccetti. Algunos de los papiros funerarios y *ushebtis* aparecieron en colecciones europeas, llevando finalmente a la detención de los ladrones y al descubrimiento de la tumba por las autoridades, pero sospecho que los objetos más valiosos fueron vendidos a coleccionistas adinerados que prefieren no mostrar sus premios. La manía de coleccionar... —Siguió hablando monótonamente, recapitulando una historia que todos sabíamos de memoria, hasta que terminó con un alegre—: Ah, pero si ya hemos llegado, ahí está el hotel.

—Una pregunta más, padre, si me lo permite —dijo Ramsés.

Emerson, que había pensado que estaba a salvo, se preparó.

—¿Sí, hijo?

—¿Están todos los comerciantes de antigüedades tan gordos? ¿Te acuerdas de Abd el-Atti?

Aliviado, Emerson se echó a reír.

—Solo aquellos que practican las costumbres turcas, Ramsés. Se podría considerar un riesgo ocupacional, supongo, para los hombres con demasiada riqueza y sin control de sí mismos.

—¿Costumbres turcas, padre? ¿Quiere usted decir que el señor Riccetti es un amante de...?

—Comida —dijo Emerson en voz alta, lanzándome una mirada agonizante—. Alimentos, bebidas, dulces, vino, bebidas alcohólicas de todo tipo...

—Indulgencia excesiva y falta de ejercicio —dije, en respuesta a

su súplica silenciosa—. *Mens sana in corpore sano*, Ramsés, como he dicho muchas veces.

—Sí, madre, pero...

—Hora de almorzar —declaró Emerson, sacando su reloj—. ¿Qué tal si vamos directamente, queridos? Estoy famélico. Aquí, Peabody, deja que te ayude a bajar. Nefret, querida...

Nos llevó al comedor. Ramsés parecía haber captado la indirecta, pero supuse que no había olvidado el tema. Me prometí tener una pequeña charla con él sobre la conveniencia de discutir ciertos temas en presencia de su hermana. Sin embargo, tuve la incómoda sensación de que Nefret sabía probablemente mucho más acerca de estos temas que Ramsés. Tal vez sería mejor tener una pequeña charla con Nefret también.

* * *

Después del almuerzo Emerson se excusó.

—Unos pocos recados, queridos, que no me llevarán mucho tiempo. Eh... Peabody, ¿por qué no haces los arreglos para una de esas encantadoras cenas? Se ha convertido en una costumbre agradable, una reunión con nuestros amigos tras nuestra llegada a Egipto.

—¿Una agradable costumbre? —repetí con incredulidad—. ¿Encantadora? Emerson, tú desprecias las cenas formales y siempre te quejas amargamente de ellas.

—No puedo imaginar de dónde has sacado esa idea —declaró Emerson con la mayor sinceridad—. Vandergelt todavía no ha llegado, pero algunos de nuestros conocidos arqueólogos ya deben estar en la ciudad; Newberry, Sayce y... esto... Newberry.

—Con mucho gusto, Emerson —le respondí, superando mi asombro y preguntándome qué diablos estaba tramando ahora. De hecho, la solicitud se adaptaba a algunos de mis propios fines muy bien.

—Excelente, excelente. Espero encontrarme con Newberry y... esto... otra vez. Hasta la hora del té, queridos.

Y se marchó, sin darnos a ninguno de nosotros la oportunidad de preguntar a dónde iba. Aunque yo creía que lo sabía. Habría insistido en acompañarlo si su ausencia no me hubiera dado la oportunidad de iniciar mis compras. Además, me dije, se lo sacaría más tarde y sin que los niños lo supieran.

Pero ¿por qué diablos estaba tan ansioso de ver al señor Newberry?

Garabateé algunas notas apresuradas y las envié, luego salimos para el Khan el-Khalili. Nefret solo había estado en El Cairo una vez, y apenas fueron tres días. Todo era nuevo y fascinante para ella, con los ojos abiertos de par en par y la boca abierta se distraía constantemente con las mercancías de los orfebres y los comerciantes de seda. Naturalmente yo llevaba todo esto con mi acostumbrado buen humor. Ramsés seguía alejándose, como era su costumbre al igual que su padre, tenía conocidos en todas partes, y me había resignado a verlo saludar con familiaridad a carteristas, mendigos y vendedores de antigüedades falsas.

Nuestra última parada fue en Paschal and Company en Ezbekiyeh, donde pude obtener un algunos artículos para el hogar que Emerson había pasado por alto.

Echando un vistazo por primera vez a mi lista, que aún estaba lejos de estar completa, luego al sol, llegando a la conclusión de que habíamos hecho lo suficiente por un día, y llevé a mi comitiva de regreso al hotel.

Un gran chapoteo y la explosión de una canción poco melodiosa desde el baño me informaron que Emerson ya había regresado. Me estaba arreglando cuando se unió a mí en nuestra habitación y me complació ver que estaba de excelente humor. Su primer acto fue exigir que le agradeciera adecuadamente su amabilidad, lo que hice, pero el sonido de voces en la sala de estar contigua me obligó a ponerle fin.

—Los niños deben estar listos —le dije—. Asombroso. Les dije que nos reuniríamos para tomar el té en quince minutos, pero nunca pensé que Ramsés sería tan rápido. De prisa, Emerson, déjame anudarte la corbata. ¿Dónde está tu sombrero?

—No voy a usar ese maldito sombrero —dijo Emerson con calma —. ¿Hay noticias de nuestros amigos, Peabody? ¿Has organizado tu cena?

—No miré para ver si habían entregado los mensajes, Emerson, pero lo haré ahora.

No había cartas o notas sobre la mesa, y cuando busqué al *sufrayi* no lo encontré en su puesto. Concluí que debía estar atendiendo las necesidades de algunos otros huéspedes, así que

llevé al grupo abajo. Varios mensajes nos esperaban en el mostrador, después de recogerlos fuimos a la terraza y seleccionamos una mesa.

Debo decir que formábamos un apuesto grupo. La imponente forma de Emerson siempre atrae la atención, sobre todo de las damas. El vestido blanco de Nefret era a la última moda, con cuello alto y mangas largas ajustadas. Su cabello caía por la espalda en ondas dorado rojizas y el sombrero que llevaba inclinado sobre un ojo era de paja blanca, adornado con lazos de seda y flores. Ramsés tenía un aspecto muy inteligente. Sin embargo, había observado signos de dandismo en los últimos tiempos, estaba en esa incómoda etapa intermedia entre el niño y el hombre, cuando un niño puede transformarse de repente de un apropiado joven caballero a un granuja desaseado. Razón de más, pensé, para apreciar al joven caballero. Le sonreí aprobadoramente.

Él no me miraba. Estaba mirando a Nefret, quien exigía nuestra atención extendiendo el brazo y exclamando:

—Mira, tía Amelia. ¿No es preciosa?

Lo era. El brazalete que rodeaba su delgada muñeca era un trabajo exquisito de oro fino. Ella la había admirado ese mismo día en la tienda de Suleiman Basha.

—¿De dónde has sacado eso? —le pregunté.

Nefret sabía lo que estaba pensando. Sus labios se curvaron con recato.

—De Ramsés, tía Amelia. No es incorrecto aceptar un regalo de un hermano, ¿verdad? Ya le he dado las gracias.

La sonrisa cautivadora que le brindó habría agradecido lo bastante a la mayoría de los hombres. Nunca había visto a Ramsés ruborizarse, pero en esta ocasión sus altos pómulos se oscurecieron un poco.

—Para usted, madre —dijo, ofreciéndome un paquete envuelto en tela.

Era una pequeña figura de un gato sentado hecha de fayenza azul verdosa. Llevaba un diminuto pendiente de oro y un aro de alambre de oro alrededor del cuello para poder colgarlo de una cadena.

—¿Por qué, Ramsés? —exclamé—. Qué considerado de tu parte. Es... debe haber sido muy caro.

La cortesía, una cualidad que incluso los niños merecen, evitó que planteara la cuestión sin rodeos. Lo que quería decir era de dónde había sacado el dinero.

—Lo tomé prestado de padre —dijo Ramsés—. Pero tengo la intención de devolvérselo a la mayor brevedad posible, en parte de mis ahorros y en parte de mi asignación a su vencimiento.

—Gracias, Ramsés —respondí, y con la ayuda de Nefret desabroché la cadena de mi cuello, y añadí el gato de Ramsés al escarabajo que había sido el regalo de bodas de Emerson—. Lo colgaré de su propia cadena más tarde.

Mi agradecimiento era sincero, pero mis dudas sobre los verdaderos motivos de Ramsés eran considerables. Había encontrado la oportunidad de tener una pequeña charla con él antes, señalando entre otras cosas, que mientras que solo podía aprobar su preocupación fraternal por la reputación de Nefret, tenía una pobre esperanza de influir en ella regañándola y dándole órdenes.

—Acosarla solo hará que sea más decidida —le expliqué—. Cualquier mujer de carácter reaccionaría de esa manera.

—Ah —dijo Ramsés—. Muy interesante. Confieso que no había considerado ese aspecto. No puedo imaginar por qué debería haber sido tan obtuso, ya que he tenido muchas oportunidades de observar la verdad del análisis en vuestra propia... humm. Gracias, madre. No es necesario decir nada más. Soy capaz, espero, de aprender del ejemplo, y voy a proceder de manera que usted y padre aprobarían.

Yo no estaba en absoluto segura de aprobarlo. Una mujer siempre aprecia un pequeño regalo, pero al ritmo actual de los ingresos de Ramsés, estaría en deuda muchos meses. Era un regateador experto, pero los regalos le habían costado un ojo de la cara, especialmente la pulsera. ¿Pensaba Ramsés que podía sobornar a Nefret? Ella estaba girando el brazo, admirando el brillo de la luz del sol sobre el oro, y sonriendo feliz.

Tal vez podía.

* * *

Después de leer los mensajes pude informar a Emerson de que nuestra cena estaba arreglada para la noche del viernes.

—Pero estaremos navegando el jueves, Peabody.

—Vamos a tener que posponer nuestra salida hasta el sábado. Tú fuiste quien me pidió que organizara la fiesta, Emerson, tales cosas no se pueden hacer en el fragor del momento, la gente tiene otros compromisos.

—Oh, bah —dijo Emerson.

No preguntó, como yo esperaba, si el señor Newberry se nos uniría. De hecho, yo no había oído hablar de él hasta ese momento, pero más tarde esa noche recibí una nota aceptando e informé debidamente a Emerson.

Él parecía haber perdido el interés en el asunto. Sin levantar la vista de los papeles que le habían ocupado desde que regresamos de la cena, solo murmuró en voz baja. No fue hasta que comencé a prepararme para la cama que abandonó sus tareas.

Sentí que era mejor esperar hasta que se encontrara de un ánimo más vulnerable antes de interrogarlo sobre sus vagabundeos.

—¿Qué has sabido del señor Shelmadine? —pregunté.

—¿Quién? —Emerson lanzó su camisa en dirección a una silla.

—Saleh, tal como se presentó. Hoy fuiste a su oficina, ¿no?

—No. ¿Por qué diablos debería hacer eso?

—¿A dónde fuiste, entonces?

—Al Museo, al Instituto Francés, al Departamento de Antigüedades. Ésta —dijo Emerson, sentándose para quitarse los zapatos— es una expedición arqueológica, Amelia. No me sorprende descubrir que este hecho ha resbalado de tu mente, pero es el que ocupa la mía. Me dediqué a la necesaria investigación.

—Entonces, no estarás interesado en lo que he averiguado hoy.

Emerson se puso de pie.

—Ciertamente no.

Sus ojos azules adquirieron un brillo familiar mientras me miraba. Alcancé mis ropas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Emerson.

—Eso debería ser obvio. Querido, parece que he metido el brazo por la manga equivocada. Podrías ayudarme, Emerson.

Emerson lo hizo. Arrojando la prenda ofensora sobra la cama, envolvió sus brazos a mi alrededor y dijo resignado:

—Está bien, Peabody, estás decidida a contármelo así que bien podemos acabar de una vez. ¿Qué es, asalto, robo, asesinato?

—Puede ser asesinato. El cuerpo ha desaparecido.

—¿El cuerpo de quién?

—El cuerpo de Ali.

—¿Qué Ali? Hay docenas de ellos entre nuestros conocidos.

—Ali el *sufrayi*. Hay otro hombre de turno esta noche. Cuando le pregunté por Ali, respondió que había abandonado su puesto, marchado, sin decir una palabra. Ves lo que eso significa, Emerson.

—Por supuesto —dijo Emerson—. Fue asesinado. ¿Qué otra cosa puede haber sucedido? No hay ninguna otra razón imaginable por la que un individuo no se presente al trabajo. La pequeña cuestión de un cadáver desaparecido...

—El Nilo está a mano, Emerson.

—También los fumaderos de opio, Peabody. Y las casas de prostitución.

En eso, lamentablemente, tenía razón. El área justo detrás del hotel era una en la que ninguna dama se atrevería a entrar, ni siquiera escoltada.

—Emerson, esta tarde divagaste innecesariamente sobre ladrones de tumbas y otros temas. ¿Fue para evitar que Ramsés prosiguiera sus investigaciones sobre los hábitos del señor Riccetti?

—Sin duda no era un tema que quisiera discutir. En particular, en presencia de Nefret.

—A mí, sin embargo, me lo puedes contar.

Emerson dudó por un momento. Luego se encogió de hombros y dijo con cierta irritación:

—No sé por qué me molesto en tratar de mantener estas cosas lejos de ti, Peabody. Tu propia imaginación morbosa probablemente ha suministrado la respuesta. Nada era demasiado vil para Riccetti. Asesinato, muerte, tortura e intimidación. Sus rivales sabían que si lo desafiaban, todos estarían en peligro: ellos, sus amigos y sus familias. Incluso sus hijos.

Él había dicho lo suficiente. La inteligencia y la imaginación (los cuales poseo en un grado inusual) se unieron para presentar una serie de imágenes horribles. Es imposible proteger a todos aquellos que se ama a cada instante de cada día, y los niños son particularmente vulnerables.

Incluso el mío.

—Emerson —exclamé—, Ramsés y Nefret deben ser advertidos. Ella no es tan tímida y desvalida como crees, y estará en mejores

condiciones de protegerse si sabe la verdad.

—Ahora, Peabody. —Emerson me abrazó protectoramente—. ¿Crees que ese bastardo se atrevería a atacar a *mi* esposa o a *mis* hijos? Es más inteligente que eso. Ven a la cama, querida, y olvida tus fantasías.

Sin embargo, un extraño presentimiento (del tipo que con frecuencia me vienen) me dijo que no estaba más convencido que yo.

# Capítulo 3

***"La abstinencia, como he observado a menudo, tiene un efecto nocivo en la disposición".***

En el aspecto social nuestro pequeño banquete fue un gran éxito. ¿Cómo podía ser diferente con tantos viejos conocidos reunidos, discutiendo sobre egiptología e inmersos en cotilleos inofensivos (no me involucro en ninguna otra variedad) acerca de los amigos ausentes? Entre los últimos estaban el Profesor Petrie y la dama que había desposado recientemente. Aunque estaban ausentes, Emerson probablemente describiría a Petrie como un rival amistoso en vez de como a un amigo. (Y podría omitir el adjetivo.) Por mi parte solo tenía los sentimientos más amigables hacia la señora Petrie, aunque ella había rehusado invariablemente mis invitaciones y (según fui informada) había hecho varios comentarios críticos sobre mí.

El reverendo Sayce me dio una entretenida descripción de la señora Petrie. Su encuentro inicial con la dama había ocurrido cuando ella bajaba por una escalera de mano, y los ojos clericales se habían escandalizado viendo, bajo su túnica suelta, unas pantorrillas desnudas y unos bombachos que llegaban solo a la rodilla.

Dándose cuenta, algo tardíamente, de que un comentario despectivo acerca de las señoras en pantalones podría insinuar una crítica hacia la compañía presente, había añadido precipitadamente:

—Claro que en su caso, señora Emerson, es realmente diferente. Sus pantalones turcos... er... son muy... no son tan...

—¿Ajustados?

El reverendo se sonrojó. No pude resistirme a bromear un poco a su costa, así que seguí alegremente:

—Pero aún no ha visto mi nuevo traje de trabajo, señor Sayce.

Mis pantalones turcos... er... eran demasiados voluminosos para ser prácticos; los he remplazado por unos pantalones menos generosamente cortados, pero por supuesto llevo puesta una chaqueta larga que llega por debajo de, si me disculpa por mencionarlas, las caderas. Sencillamente le haré a la señora Petrie algunas insinuaciones amistosas la próxima vez que la encuentre. ¿Dónde van a trabajar este año?

El reverendo aprovechó agradecidamente este cambio de tema.

A algunos de nuestros amigos no les había sido posible asistir a la fiesta. Monsieur Maspero, que estaba de vuelta (en medio del regocijo general) en su puesto como cabeza del Departamento de Antigüedades, estaba en Luxor con Howard Carter, el nuevo Inspector de Antigüedades del Alto Egipto. Era un espléndido avance para Howard, y a sugerencia mía todos alzamos el vaso para felicitarle a él y al señor Quibell, que ostentaba el puesto equivalente para el Bajo Egipto.

Había colocado al señor Newberry entre Emerson y yo. Como Nefret y yo éramos las únicas damas presentes, el adecuado equilibrio entre hombres y mujeres era imposible, y bien podría haber ignorado esta regla de todas maneras, puesto que sentía una curiosidad extrema por descubrir por qué Emerson había sido tan entusiasta sobre un tipo de reunión social contra la que usualmente protestaba mostrando los dientes. Bien pude ahorrarme el problema. Emerson no dijo una palabra que me diera la más leve pista, ni discutió el tema más tarde cuando estuvimos solos. Estaba tan fastidiada con él, que pensé seriamente en negarme a participar en las actividades que él inició para distraerme. Pero como sabía que la distracción no era la única razón de Emerson para iniciar esas actividades, habría sido infantil y mezquino por mi parte poner objeciones.

A la mañana siguiente ya estábamos a bordo de la *dahabiyya*. Extrañamente, habían pasado tres días sin incidentes, sin una palabra del Hombre Hipopótamo, como Nefret lo llamaba, o del misterioso señor Shelmadine. Aún no había habido ningún cuerpo extraído del Nilo. Así fui informada, al menos, por el caballero de la jefatura de policía al que hice una visita una tarde que Emerson pensaba que estaba devolviendo visitas. (De hecho devolvía visitas... a la policía. Deploro la prevaricación y solo recurro a ella

cuando las circunstancias lo exigen).

Mi aversión a la prevaricación me obliga a añadir que tampoco habían sacado del Nilo al tal Ali, el *sufrayi*, por la sencilla razón de que nunca había estado en él. Regresó a sus deberes el día después de haberse notado su ausencia, alegando que había estado enfermo. Pareció sentirse realmente conmovido por mi interés en su salud (sin embargo, eso no le impidió pedir una *bacshish* adicional). La información que proporcionó no valía una *bacshish* adicional (eso no me impidió dársela, por principios generales). Él no había visto salir a nuestro visitante, ni había observado nada inusual esa noche. Había estado ocupado haciendo recados y atendiendo las necesidades de los otros invitados a su cargo.

Era todo muy desalentador. Solo podía esperar que algo interesante ocurriera pronto.

Sin embargo, el placer de estar otra vez a bordo y los innumerables deberes que me esperaban, colgar cortinas, arreglar almacenes, discutir menús con el cocinero, instruir al mozo sobre el método apropiado de preparar el té, me mantuvieron ocupada y entretenida. Eso hizo que los pequeños arranques de furia y el malhumor general prevalecieran entre tripulantes y sirvientes. El ayuno de un mes de duración por el ramadán había comenzado; comer y beber estaba prohibido entre la salida y la puesta de sol, y la abstinencia, como a menudo he comentado, tiene un efecto nocivo en la disposición. El desmedido atracón nocturno que seguía a la puesta de sol tenía efectos igualmente desafortunados. Pero todo era parte de la vida en Egipto y me había acostumbrado a hacerle frente.

Estaba completamente convencida de que unos días más tarde Emerson lamentaría su decisión y empezaría a quejarse de la lentitud de nuestro avance. Pero él había hecho los preparativos para que un remolcador nos acompañara. Romántico no era, pero el pequeño y feo bote era preferible a la antigua costumbre de ordenar a los tripulantes que tomaran las cuerdas de remolque cada vez que el viento fallaba, cuanto más que Emerson tenía la costumbre de desnudarse hasta la cintura e ir a “echarles una mano a los pobres tipos”.

No se quejó. Estaba completamente absorto en alguna misteriosa investigación que le ocupaba todo el día y la mitad de la noche.

Para mi extremo disgusto, se negó a discutirlo conmigo diciendo simplemente:

—Quedará aclarado a su debido tiempo, Peabody. Quiero dejar mis argumentos en orden antes de presentártelos.

Y tuve que contentarme con eso.

Cuando mis deberes me lo permitían, me sentaba en la cubierta superior. No hay mucho que ver en el camino de las pirámides después que uno abandona la zona de El Cairo, pero como los barcos se deslizan lentamente y los campos verdes vienen seguidos de unos acantilados pintorescos, un estado de ánimo de perezosa satisfacción atrapa al observador. Nefret pasaba gran cantidad de su tiempo allí, leyendo y estudiando y, estaba segura, fantaseando acerca de los temas que ocupan a una chica de su edad. Solo podía esperar que el héroe de esos sueños no fuese el cobarde de sir Edward.

Los mozos luchaban por el privilegio de servirla. Ella se había ganado sus corazones tratándolos con la misma sonriente cortesía con que se comportaba con todo el mundo (exceptuando a Ramsés, que había recaído en sus viejos hábitos, como era de esperar, y Nefret respondía como solo podría esperarse de *ella*). Había vivido entre personas de piel oscura toda su vida. Algunos habían sido sus inferiores en rango, algunos, sus superiores; algunos habían sido villanos en el fondo, otros los más nobles de los hombres. Ella sabía que algunas personas nunca aprenden: que cada individuo debe ser juzgado por sus méritos y que esas características físicas superficiales no tienen nada que ver con el carácter.

Ocupada como estaba, no descuidé mis estudios de egiptología. Había llegado a ser conocida por mis pequeñas traducciones de leyendas y cuentos de hadas egipcios. Tenía uno nuevo al que dedicarme este año y pasé varias horas al día en el salón en compañía de Emerson (aunque todo lo que obtuve de él a título de conversación fueron las usuales interjecciones masculladas cuando topaba con un obstáculo). Envalentonada por mi creciente habilidad en traducir jeroglíficos había decidido probar con el hierático, la escritura cursiva usada en los papiros en lugar de la escritura ideográfica ornamental que era utilizada en los monumentos. El hierático del papiro en particular que había seleccionado era especialmente elegante y claramente cercano a los jeroglíficos, pero

tres días después de nuestra partida estaba centrándome en un garabato en particular una tarde, cuando Emerson arrojó al suelo su pluma, se levantó y habló:

—¿Qué tal, Peabody?

—Bastante bien —dije, deslizando casualmente una hoja de papel sobre uno de los libros cuando Emerson vino hacia mí y miró por encima de mi hombro.

—¿Hierático? Qué aventurero por tu parte, querida. Creía que siempre le pedías a Walter que transcribiera tus documentos a jeroglíficos.

—Estaba tan ocupado este año que no quise pedírselo. Es un excelente hierático, como puedes ver.

—Así que hierático —dijo Emerson, cuyos intereses se inclinan hacia la excavación en lugar de hacia la lingüística—. ¿Sobre qué es el texto?

—Apophis y Sekenenre. Tengo intención de darle un nuevo título, por supuesto: "La charca del Hipopótamo".

Emerson no contestó, así que procedí a explicar:

—¿Recuerdas el contexto histórico? Los invasores hicsos habían conquistado la mayor parte de Egipto, pero los valientes príncipes de Tebas se mantuvieron firmes contra ellos. Entonces el gobernante de Tebas, Sekenenre, recibió un mensaje insolente del rey pagano, a centenares de millas al norte en Avaris: "¡El rugido de los hipopótamos de vuestras charcas me impide dormir! Cazadlos y matadlos para que pueda descansar."

—Una interpretación algo libre —dijo Emerson secamente. Antes de que yo pudiera evitarlo, tiró bruscamente del papel—. Ah. Estás partiendo de la traducción de Maspero.

—No estoy partiendo de ella —dije dignamente—. Estoy consultando ésa y otras versiones, tan solo para cotejar unas con otras.

—Bastante apropiado —dijo Emerson— ¿Estarías dispuesta a interrumpir tu trabajo? Y envía a por los niños, si eres tan amable. Es hora de que tengamos una pequeña reunión.

—Ah, ¿seguro? ¿Vas a dignarte a informarnos de nuestros planes de futuro?

—Te dije que quería poner mis pensamientos en orden. Ahora lo he hecho, y con tan buen efecto que estoy incluso deseoso de

arriesgarme a que dichas ideas sean desbaratadas por nuestro hijo. Ve y tráelo a él y a Nefret, ¿quieres, querida?

Envié a uno de los mozos a buscar a Nefret que estaba, como siempre, en la cubierta, pero estimé aconsejable convocar a Ramsés yo misma. Los sirvientes se habían negado a entrar en el cuarto de Ramsés, desde que una vez uno de ellos fue a cambiar la ropa de cama y se encontró con un extraño hombre con un quiste sebáceo en la frente y una cicatriz horrenda retorciendo su labio superior en un gruñido. (Las ideas de disfraz de Ramsés, en cuyo arte se había vuelto demasiado diestro, corrían en aquel entonces hacia lo melodramático.) Le había hecho quitarse y volverse a colocar el quiste y la cicatriz en presencia del personal reunido, pero prefirieron creer en sus poderes mágicos.

Ese día me encontré no con un personaje de novela sensacionalista, sino con un hedor tan abrumador que di un paso atrás, tapándome la nariz.

—Ramsés, ¿estás momificando cosas otra vez?

Ramsés se apartó del banco de trabajo.

—Ya le dije, madre, que me he entregado al estudio de la momificación por el momento, habiendo averiguado para mi satisfacción que mi teoría básica es correcta. Para refinar esa teoría necesitaría momificar un cadáver humano, lo cual dadas las leyes actuales y las actitudes sociales parece una dificultad, si no imposible...

—Gracias al cielo por ello. ¿Qué estás...? No, no importa, no me lo digas. Ven; tu padre quiere vernos.

—¿Está listo, entonces, para hacernos partícipes de su confianza?

—Eso creo. Apresúrate y lávate las manos. Y la cara. Y cámbiate de camisa. ¿Qué es ese peculiar...? No, no me lo digas. Simplemente cámbiatela.

Ramsés obedeció, retirándose modestamente detrás de un biombo para remplazar la prenda ofensiva, un procedimiento algo absurdo puesto que, igual que su padre, estaba acostumbrado en las excavaciones a andar de un sitio a otro desnudo hasta la cintura. Cuando estuvo listo nos dirigimos al salón.

—Por favor, abstente de interrumpir a tu padre cada dos por tres, Ramsés —le dije—. Es el más cariñoso de los padres, pero el

hábito irritaría a cualquiera, y no quiero que se distraiga.

—Sí, madre —dijo Ramsés.

Emerson había dispuesto las sillas en un semicírculo mirando hacia la mesa que usaba como escritorio y estaba sentado detrás de él intentando parecer profesional, aunque sin conseguirlo porque Nefret estaba encaramada en el brazo de su silla. Cuando todos hubimos tomado nuestros asientos, Emerson se aclaró la garganta y comenzó.

—Vamos a trabajar en la parte occidental de Tebas esta temporada, en el cementerio de la decimoséptima dinastía. Tengo muchas esperanzas de descubrir una tumba real... la de la reina Tetisheri.

—Pero Emerson —exclamé—. Tú dijiste...

Emerson me dedicó una dura mirada.

—Si me permites, Peabody.

—Perdóname, querido. Pero tú dijiste...

—El anillo de Saleh... Shelmadine... ¿Por qué tanta de la gente con que nos encontramos tienen más de un nombre? Ese anillo y la fantástica historia de Shelmadine no afectaron a mi decisión. Todo estaba hecho antes de que llegáramos a El Cairo.

»Como todos sabéis, el tercer volumen de mi *Historia de Egipto*, en el que actualmente estoy trabajando, comienza con los gobernantes de la decimoséptima dinastía. Es un período muy confuso acerca del cual se conoce poco, y tiempo atrás me di cuenta de que me sería necesario llevar a cabo más excavaciones en la zona, antes de poder esperar presentar una historia coherente.

»Esta resolución fue reforzada la última primavera, cuando pasamos varias semanas en Abydos antes de regresar a Inglaterra. A pesar de que nuestro trabajo resultó interrumpido de nuevo por acontecimientos que no necesito relatar, puesto que son conocidos por todos vosotros, pues aunque Nefret no estaba con nosotros, estoy seguro de que ha sido informada de los detalles por Gargery y vosotros dos... (*El volumen de los diarios de la señora Emerson que describe estos acontecimientos está entre los que parecen haberse perdido o haber sido destruidos.*)

Se detuvo, habiendo perdido el hilo de adónde había llegado, y comenzó de nuevo:

—A pesar de esas interrupciones, descubrimos un santuario que

contenía una estela mencionando a la reina Tetisheri.

—Un descubrimiento notable —dijo Ramsés. Volviéndose a Nefret, aclaró—: Abydos era la ciudad más sagrada de Egipto, el sepulcro del dios Osiris. Los memoriales a los muertos a menudo se erigían en Abydos incluso aunque las personas a las que honraban estuvieran sepultadas en otro sitio. Algo semejante ocurrió con Tetisheri. La inscripción en la estela que encontramos describe cómo su nieto, el rey Ahmose, le erigió un santuario conmemorativo para ella en Abydos. Según mi traducción del texto de la estela...

—Tengo aquí —dijo Emerson con firmeza— una traducción del texto hecha por tu tío Walter. ¿Admitirás su autoridad, espero? Gracias. Él apreciará tu condescendencia. Ahora, como todos sabéis, la estela ha causado cierta agitación en círculos arqueológicos. Mucha gente sabía de ella y algunos podrían haber anticipado mi decisión...

—¿De regresar a Abydos esta temporada? —Inquirí.

Confío en que mi voz y mi expresión no demostraran la decepción que sentía. Quedaba mucho trabajo por hacer en Abydos, pero no es uno de mis sitios favoritos. Ni siquiera hay pirámides dignas de mención.

—No, querida —dijo Emerson, el tono de su voz sugería que tenía en mente algún otro epíteto—. La inscripción deja claro que la tumba original de Tetisheri estaba en Tebas. Y por una extraña coincidencia, el Drah Abu'l Naga mencionado por nuestro multi-denominado visitante es la zona exacta en la cual estaría ubicada más probablemente una tumba de ese período.

—Muy cierto —dijo Ramsés ansiosamente—. Tenemos el testimonio de los papiros Abbott y el descubrimiento de los sarcófagos por Mariette en...

* * *

Media hora más tarde estábamos todos reunidos alrededor de la mesa examinando papeles, mapas y fotos, e inmersos en una animada discusión.

Todos excepto Emerson. Con las manos enlazadas a la espalda, miraba por la ventana y murmuraba suavemente en voz baja.

¿O estaba canturreando?

—Emerson —dije tentativamente.

Se giró, con las facciones adornadas por una benigna sonrisa.

—¿Sí, querida? ¿Deseas algo de mí?

La última frase definitivamente tenía un poco de filo. Me apresuré a comentar:

—Solo quería decir, mi estimado Emerson, que, aunque estoy familiarizada con la brillantez de tu intelecto, esto sobrepasa cualquier cosa que hayas hecho nunca. ¡Iremos en busca de la tumba de Tetisheri en Tebas! Debo admitir que no tengo completamente claro lo que se refiere a por dónde exactamente de esa larga extensión de acantilado de la orilla oeste tienes intención de empezar, pero estoy segura de que tienes todo planeado, y que nos ilustrarás a su debido tiempo.

—Ejem —dijo Emerson—. Ya podría haberte ilustrado, Peabody, si tú y Ramsés no hubierais continuado interrumpiéndome. Sin embargo, tendrá más sentido para ti cuando veas el terreno real. Pospondremos el resto de la explicación hasta entonces. Me siento profundamente honrado de que apruebes mi decisión.

—Mucho —dijo Ramsés—. Sin embargo, padre, si puedo hacer una objeción menor...

—Ramsés, siempre estás haciendo objeciones —exclamó Nefret. Deslizó su brazo por el de Emerson y le sonrió—. Estoy segura de que el Profesor sabe exactamente lo que está haciendo. ¡La tumba de una reina! Es emocionante.

—Ejem —dijo Emerson, en un tono mucho más afable del que previamente había utilizado—: Gracias, querida.

—Tienes toda la razón, Nefret —añadí—. El Profesor siempre sabe lo que está haciendo. En mi opinión los historiadores nunca han prestado suficiente atención a las mujeres, y qué mujer tan notable debió haber sido esa Tetisheri... la primera de esa línea de grandes reinas que ejercieron tanto poder durante la decimoctava dinastía.

—Creo —dijo Ramsés— en su opinión, padre, que es, me apresuro a añadir, también la mía, que ella fue la madre de ese rey Sekenenre cuya momia horrendamente mutilada fue encontrada en el escondite real. Sus heridas sugieren que murió en combate.

—Una vez fuiste de la opinión de que había sido asesinado por las mujeres del harén —interrumpió Emerson, con la diversión caldeando sus ojos azules.

—En aquel entonces solo tenía tres años —dijo Ramsés con sus modales más dignos—. El manuscrito sobre la charca del hipopótamo que madre actualmente traduce sugiere que la guerra entre los hicsos y los príncipes tebanos estaba a punto de reanudarse. Las heridas que mataron a Sekenenre y la forma apresurada de momificación utilizada, sostienen la idea de una muerte en el campo de batalla.

Nefret había estado revolviendo en un montón de fotos en el escritorio de Emerson:

—¿Ésta es su momia?

Era una cara horrenda, incluso para ser una cara momificada, y pocas de ellas tendrían buen aspecto enmarcadas y colocadas en la repisa de la chimenea. Los labios marchitos estaban echados hacia atrás en una maraña retorcida. Fuertes golpes habían hecho pedazos los huesos de la cara; una larga brecha simétrica en el cráneo debió haber sido causada por un arma afilada, un hacha o una espada.

La mayoría de las chicas hubieran gritado y se habrían tapado los ojos si se vieran enfrentadas con una imagen semejante. La voz de Nefret era tranquila y su semblante impertérrito, excepto por una remota piedad. Pero claro, reflexioné, ella había visto un buen número de momias durante su vida. Un activo claro para una presunta arqueóloga.

—Sí, ésa es —contestó Emerson—. Es difícil imaginarlo a partir de ese residuo marchito, pero fue un hombre bien parecido, un tipo bien plantado en su día y apenas tenía treinta años cuando encontró la muerte.

Me uní a Nefret, que siguió mirando las fotos.

—Una fea galería de retratos, ciertamente —comenté—. Te obliga a reflexionar el que esos restos grotescos, ahora tan marchitos, desnudos y arruinados, fueron una vez los divinos monarcas y sus bellas reinas. Por supuesto que nunca debemos olvidar lo que nuestra fe nos enseña: Que el cuerpo debe volver al polvo de donde vino, considerando que el alma de hombre...

—¿Es inmortal? —En un tono particularmente sardónico, Emerson terminó la frase que yo había dejado incompleta, pues me había percatado tardíamente de adónde se dirigía.

Preocupada como estaba por las dudosas creencias religiosas de Nefret, había pensado impartir una pequeña lección sobre el dogma

cristiano. Lo que había olvidado era que la inmortalidad del alma era también un dogma egipcio, y que Emerson podría no querer que le recordaran a nuestro extraño visitante y su conversación sobre la reencarnación.

—Eh... sí —dije.

Nefret estaba demasiado absorta en sus momias como para prestarle atención al intercambio.

—Todas parecen como si hubieran estado en una guerra —murmuró, contemplando un cadáver esquelético cuya nariz estaba decididamente torcida.

—Bien pudo haber estado en una guerra —dijo Emerson—. Ese es Ahmose, el nieto de Tetisheri, quien derrotó a los hicsos y reunificó Egipto. Sus lesiones son post mortem, sin embargo, infligidas por los ladrones que desenvolvían las momias buscando joyas. Los pobres cadáveres pasaron por una mala época, desenvueltos y mutilados por ladrones, re-envueltos por piadosos sacerdotes, algunos de los cuales no eran lo suficientemente piadosos como para refrenarse de quitar aquellos objetos que los ladrones habían pasado por alto, profanados otra vez, trasladados de un escondite a otro con la fútil esperanza de conservar lo poco que quedaba de ellos. Pero no todos eran encantadores y bellos en vida. Esta viejecita era casi calva para cuando llegó a manos de los embalsamadores, y esos incisivos protuberantes no aumentaban su encanto.

—¿Quién es? —preguntó Nefret.

Emerson se encogió de hombros.

—Las momias quedaron un poco revueltas, lo cual no es sorprendente cuando consideras que fueron movidas varias veces. Algunas están sin identificar y muchas, creo, fueron etiquetadas erróneamente. Probablemente llevará años clasificarlas, si es que puede hacerse por completo.

—Las técnicas de momificación cambiaron con el transcurso del tiempo —dijo Ramsés—. Se podría determinar el período aproximado en el cual vivió el individuo.

—Basta de momias —dije con repugnancia.

—Esto es más de tu gusto, supongo —dijo Emerson, mientras Nefret sostenía en alto una foto de una pulsera de oro macizo.

—Recuerdo haber visto estas joyas en el museo de El Cairo —

dijo Nefret con admiración—. ¿Es seguro que pertenecieron a la reina Ahhotep? ¿El cartucho del rey Ahmose... su hijo, no?

—Fueron encontrados en su sarcófago —contestó Emerson—. Así que debieron de serle obsequiados por Ahmose, quién ciertamente era su hijo. Si los regalos que él le otorgó a su abuela Tetisheri fueron tan espléndidos como éstos...

—Seguramente sería demasiado pretender que su tumba no fuera saqueada en la antigüedad —dijo Ramsés.

—No debemos hacernos ilusiones —coincidió Emerson—. Algunos objetos pertenecientes a personajes reales de la decimoséptima dinastía han sido descubiertos en la época moderna, incluyendo las joyas de Ahhotep. La única que lleva el nombre de Tetisheri es esta estatuilla.

Había cuatro fotos en total, mostrando la estatua de frente, de espaldas y de ambos lados. Mostraba a una joven sentada en la rígida actitud formal común en tales esculturas. Su vestimenta era la sencilla túnica ajustada usada por las mujeres de todas las jerarquías, sostenida por unos tirantes que realzaban sus pequeños senos, pero en su cabeza estaba la corona con forma de buitre de una reina. Las alas emplumadas enmarcaban un rostro joven y delicado.

Ramsés comenzó:

—Si procede de su tumba...

—Ciertamente procede de la zona de Tebas. La vi por primera vez en 1889, en la tienda de un tratante de antigüedades en Luxor —dijo Emerson—. Era parte de una pareja.

—No sabía eso —admitió Ramsés con desazón.

—Pocas personas lo saben. De hecho, de la segunda solo existe la base y está seriamente dañada, pero es una copia exacta de la base de esta estatua. Antes de que saliéramos de El Cairo di una vuelta por el Instituto Francés, donde la base rota ha estado pudriéndose desde que ese retrasado mental de Bouriant la adquirió, Dios sabe dónde o cuándo, puesto que nunca se tomó la molestia de guardar ningún registro. Hace que me hierva la sangre —dijo Emerson, rechinando los dientes— pensar en cuánto conocimiento se ha perdido por la falta de previsión de los arqueólogos. No se puede esperar nada mejor de los ladrones de tumbas analfabetos, pero los estudiosos son casi tan malos,

especialmente ese bastardo...

—Emerson.

—Eh... ejem —dijo Emerson, mirándome ceñudo como si hubiera sido culpa mía que hubiera empleado un lenguaje que ninguna joven dama debería oír. Realmente lo intentaba, pobre hombre, pero no le llamaban Padre de las Maldiciones por nada, y los viejos hábitos son difíciles de romper. Yo más o menos había dejado de fastidiarle por ello. No parecía molestar a Nefret, cuyo vocabulario nubio incluía algunas palabras que yo nunca le había pedido que tradujera.

—Es exquisita —dije, estudiando la foto y preguntándome qué había allí que me impresionara tan extrañamente. Había visto la estatua varias veces, pues estaba en el Museo Británico. Nunca antes me había afectado como lo hacía ahora. Frunciendo el ceño, continué—: el señor Budge no la compró para el Museo hasta 1891, creo. Si sabías de ella antes, podrías haber abandonado tus principios siquiera por una vez. Un regalo como este realmente habría ganado mi corazón.

—Si se ha de creer en tus declaraciones, tu corazón ya había sido ganado —dijo fríamente mi marido—. Sabes cómo me siento acerca de comprar a los tratantes, Amelia. Tus principios son más elásticos, por lo que nunca te mencioné la estatua. Y además... —Se interrumpió.

—¿Además qué, Emerson?

—Pedía demasiado.

El carácter franco y espontáneo de Emerson hace que le sea muy difícil mentirme. Su expresión en ese momento era obviamente delatora... una mezcla de timidez y despreocupación frustrada. Estaba ocultando algo.

Ramsés (maldito niño) estaba completamente en lo cierto. El análisis de Emerson había lanzado una luz nueva sobre la confusa historia de la decimoséptima dinastía, y fue merecedor de aclamación cuando fue publicado varios años más tarde, pero no fue de ninguna ayuda para precisar la situación de la tumba que buscábamos. Emerson no sonaría tan confiado a menos que tuviese otra información que no había compartido con nosotros. Había una fuente de la cual él podría haber obtenido tal información. Debería avergonzarme de mí misma por sospechar que Emerson fuera capaz

de engañarme, pero no habría sido la primera vez que lo había hecho. ¿Se suponía, pensé, que el señor Shelmadine se había recobrado de su ataque y había podido comunicarse con Emerson antes de quedar inconsciente? Si ése era el caso, la única razón de Emerson para encubrir la verdad debía ser que el conocimiento de ella me pondría en peligro. (Al menos eso era lo que Emerson proclamaba siempre.) Y la moraleja, apuntaba mi razonamiento, Lector, era que pondría en peligro a Emerson en el mismo grado.

Descarté los oscuros presagios que esta imagen inspiraba. No tenía pruebas de que fuera así. Y si fuese, se lo sacaría a Emerson de una u otra forma. Ramsés examinaba las fotos de la estatua de Tetisheri con una concentración inusual. Luego miró directamente a Nefret. Ella se había dado media vuelta, y mientras los ojos de Ramsés se movieron desde su perfil delicado de regreso a la foto, y de nuevo otra vez a Nefret, yo también lo vi.

Tonterías, me dije a mí misma. El parecido era una coincidencia. Todas las jóvenes de un cierto tipo se ven muy semejantes. La madurez aún no ha marcado sus rasgos con el molde distintivo del carácter. Miles de chicas tienen delicadas barbillas puntiagudas y mejillas redondeadas.

* * *

El resto del viaje transcurrió sin incidentes, excepto por una ocasión en la cual Emerson se apartó de mí y lo descubrí en la cubierta inferior con Hassan y los hombres, contando historias vulgares y fumando hachís. Al menos los hombres fumaban hachís. Emerson fumaba su pipa. No tuve razones para dudar de su afirmación de que no había fumado nada más.

Si no he mencionado a la señorita Marmaduke (como ciertamente no he hecho) es porque ella permaneció en su camarote durante los primeros días sufriendo, tal como proclamó, de un leve caso de catarro. Tales afecciones son comunes en los recién llegados, así que, aparte de visitarla diariamente para suministrarle medicación e indagar acerca de su estado, respeté su petición de quedarse sola. Esperaba no haberme equivocado al emplear a un individuo tan débil y alguien, además, que parecía carecer de la limpieza mental y personal que había esperado. Estaba dispuesta a ser indulgente con los olores débilmente desagradables que se extendían por su habitación, no eran de enfermedad, sino de una

hierba o variedad de incienso que supuse pretendía ser medicinal, pero sus referencias a la oración y a la meditación como una manera de restaurar su salud me forzaron a advertirle que no repitiera esas referencias delante de Emerson. Él cree que Dios ayuda a los que se ayudan a sí mismos, o lo haría, me atrevería a decir, si creyese en un dios del tipo que fuera.

Y fuera por la oración, el incienso herbal, mi medicación, o simplemente el paso del tiempo, la señorita Marmaduke resurgió al mundo mucho mejor en apariencia y modales. En la cena de esa noche me sorprendió verla vistiendo una túnica verde oscuro que favorecía su cutis cetrino y exhibía una figura más proporcionada de lo que yo le había supuesto. Por primera vez desde que la conocía, parecía tan joven como sostenía ser, unos veintipocos años para ser precisa.

Cuando elogié su vestido, bajó la mirada.

—Espero que no piense que soy frívola, señora Emerson. Mi enfermedad, por breve e insignificante que fuera, me hizo darme cuenta de que me había desviado del camino. El cuerpo físico y sus atavíos, por pena o por vanidad, no tienen sentido; me he redirigido a mí misma hacia un camino más alto.

Buen Dios, pensé. Es casi tan pomposa como Ramsés.

Ramsés fue quien respondió, con una prolija conferencia en el transcurso de la cual se refirió al sistema de Hegel, la Cábala y el misticismo hindú. No tengo ni idea de dónde recoge tales cosas. Después de un rato Emerson, quien se aburre rápidamente con la filosofía, desvió la conversación hacia la religión egipcia. La señorita Marmaduke respondió con los ojos muy abiertos por el interés y con preguntas jadeantes. Estaba constantemente con Profesor esto y Profesor aquello y ¿cuál es su opinión, Profesor?

Siendo hombre, Emerson no se daba cuenta del todo del propósito de esas atenciones. No fue hasta el fin de la velada que fui capaz de sacar el tema más importante: las lecciones.

—Cuando desee, señora Emerson —fue la respuesta inmediata —. He estado dispuesta todo este tiempo...

—No hay necesidad de disculparse —dije bastante intempestivamente—. No pudo evitar caer enferma, y antes estuvimos ocupados haciendo los preparativos para la partida. ¿Mañana, entonces? Excelente. Francés, historia inglesa, puede

comenzar con las Guerras de las Rosas, ellos ya han llegado a ese punto, y literatura.

—Sí, señora Emerson. Bajo ese último epígrafe, había pensado en la poesía...

—Poesía no. —No estoy segura de qué provocó esa respuesta. Pudo haber sido el recuerdo de un incómodo debate con Ramsés en relación con ciertos versos del señor Keats—. La poesía —continué —, es demasiado estimulante para las mentes jóvenes. Quiero que se concentre en obras maestras escritas por mujeres, descuidadas por los literatos, señorita Marmaduke: Jane Austen, las hermanas Brönte, George Elliot y otras. He traído los libros conmigo.

—Lo que usted diga, señora Emerson. Er... ¿no cree que *Cumbres Borrascosas*, por ejemplo, es demasiado sugerente para una jovencita?

Nefret me dedicó una expresiva mirada. Apenas había hablado en toda la noche, una señal segura para ella, de que no le había caído en gracia su nueva tutora.

—No la sugeriría si así fuera —contesté—. Mañana a las ocho entonces.

Emerson había comenzado a ponerse nervioso. Él pensaba que yo montaba un alboroto innecesario sobre de la educación de los niños puesto que, bajo su punto de vista, los únicos temas dignos de estudio eran la egiptología y los idiomas necesarios para seguir esta profesión. Así que ahora dejó de dar golpecitos con el pie y me miró con aprobación.

—¿Ocho en punto, eh? Sí, perfectamente. Debería retirarse temprano, señorita Marmaduke, éste es su primer día fuera de la cama. Ramsés, Nefret, es tarde.

Así animados, los demás se retiraron dejándonos, como Emerson había pretendido, a solas.

—La señorita Marmaduke es ciertamente una mujer diferente, Emerson.

—Lo mismo me parece a mí —dijo Emerson vagamente—. ¿Has hablado con ella sobre pantalones, Peabody?

—No me refería a su atavío, Emerson, sino a su conducta.

—Oh. A mí me parece casi la misma. Peabody, vamos temprano a la cama ¿eh?

Más tarde, cuando la profunda respiración de Emerson me

aseguró que estaba inmerso en los brazos de Morfeo, la luz de la luna dejaba un camino plateado a través de nuestro canapé; el suave suspiro de la brisa de la noche y las ondas del agua deberían haberme inducido sosiego... pero yo yacía insomne, considerando cuidadosamente la transformación de la señorita Marmaduke, o de Gertrude, como me había pedido que la llamara.

Había una explicación obvia para la mejora en su apariencia y sus modales. Los magníficos atributos físicos de Emerson y sus modales corteses (hacia las féminas), frecuentemente instigaban a las mujeres a enamorarse de él (enamorarse desesperadamente, apenas necesito decirlo). Ésta no habría sido la primera vez que había ocurrido.

De hecho, ahora que pensaba en ello, ¡ocurría casi cada año! La joven periodista, la trágica belleza egipcia que había dado la vida por la de él, la Suma Sacerdotisa loca, la baronesa alemana... y, más recientemente, la mujer misteriosa llamada Bertha, a quien Emerson había descrito como un ser tan mortífero y astuto como una serpiente. Él negó que ella hubiera estado enamorada de él, pero siempre lo negaba (ya sea por su natural modestia, o por miedo a las recriminaciones).

Realmente, se estaba volviendo monótono. Esperaba que la señorita Marmaduke no llegara a ser otra de las víctimas de Emerson. Era posible que fuese algo más siniestro. ¿Había sido un ejemplo de mis conocidos presentimientos lo que me había hecho verla como un gran pájaro negro? No un cuervo o un grajo, sino más bien... un ave de rapiña mayor, más siniestra.

Los buitres se estaban reuniendo.

Cuando un conquistador pasa, los hombres inferiores se reparten los fragmentos rotos de sus conquistas. Sirvan como testigos, por ejemplo, los acontecimientos que siguieron a la muerte de Alejandro Magno, cuando sus generales desmembraron el imperio sin líder en reinos para sí mismos. Podría parecer extravagante comparar a Alejandro con Sethos, nuestro gran y malvado adversario, pero habían tenido mucho en común: la crueldad, la inteligencia y, sobre todo, la indefinible aunque poderosa característica llamada carisma. Como el imperio de Alejandro, el monopolio de Sethos sobre el comercio ilegal de antigüedades en Egipto se había apoyado únicamente en sus habilidades. Como el de

Alejandro, su imperio ahora estaba sin líder... y las aves de carroña sobrevolaban.

Riccetti debía ser una de ellas. Su jubilación, una década o más atrás, podría no haber sido voluntaria. No, voluntaria no, pensé; había sido expulsado del negocio por Sethos, quien ahora había sido sacado de escena. ¿Era "la señorita Marmaduke" una secuaz de Riccetti, o una competidora? ¿Cuántos más iban tras nuestra tumba? ¿Y cuáles de ellos "nos ayudarían si pudieran"? Esa declaración de Riccetti quería decir implícitamente que él era uno del segundo grupo, pero por supuesto no podía ser tomada literalmente. La honradez no es un rasgo visible en los criminales.

La muerte de Sethos no nos había liberado del peligro. Al contrario, había multiplicado el número de nuestros enemigos. La guerra interminable de Emerson (y yo misma) contra el comercio ilegal de antigüedades, había enfocado en nosotros la enemistad de los distribuidores en ese comercio, y si la tumba que buscábamos era ciertamente desconocida y sin saquear, cada ladrón en Egipto intentaría, por cualquier medio posible, llegar a ella antes que nosotros.

Naturalmente no tenía intención de discutir este interesante desarrollo con Emerson. Él ciertamente habría llegado a la misma conclusión; pero, siendo Emerson, había elegido ignorar los peligros y continuaría haciéndolo hasta que alguien dejara caer una roca sobre él. Como siempre, dependía de mí tomar las precauciones que Emerson se negaba a tomar: protegerlos a él y a los niños, estar constantemente alerta frente al peligro, sospechar de todo el mundo. No importaba. Me encargaría de la tarea. Descansé mi cabeza contra el hombro de mi inconsciente marido y sucumbí al dulce sopor sin sueños.

* * *

En la tarde del décimo día, el barco dobló la curva del río y vimos extenderse frente a nosotros el espléndido panorama de Tebas. En la orilla este, las columnas y pilones de los templos de Luxor y Karnak enrojecían bajo los rayos del sol poniente. Al oeste una muralla de acantilados encerraba los brillantes campos verdes y el desierto que los bordeaba.

La orilla oeste era nuestro destino, y mientras la *dahabiyya* maniobraba hacia la costa, todos estábamos en la barandilla. La

señorita Marmaduke había sido incapaz de caber dentro de mis pantalones, aunque le había ofrecido un par. (Era bastante más grande en esa zona de lo que parecía.) Cumpliendo, tal como explicó con una largueza innecesaria, con mis deseos, vestía una falda para caminar lo bastante corta como para exhibir unos pies pulcramente cubiertos por botas, una blusa y un salacot. Un ancho cinturón de cuero remarcaba su cintura. Tenía un aspecto bastante presentable, pero ningún ojo masculino permanecería mucho tiempo en ella cuando Nefret estuviera presente. Yo había mandado hacer para la joven un atavío parecido al mío: pantalones y chaqueta a juego en franela de algodón o sarga, cubierta por todas partes de prácticos bolsillos. Gruesos botines, una camisa, una corbata pulcramente anudada y el salacot usual completaban el conjunto. Su pelo estaba recogido en la nuca, pero ella no parecía ni mucho menos un muchacho.

La primera persona que vimos fue a Abdullah. Él y sus hombres habían bajado en tren la semana anterior, y no dudé de que había dispuesto a los hombres a vigilarnos a fin de poder estar a mano cuando atracáramos. Él y los demás se quedaban en Gurneh. Abdullah tenía innumerables amigos y parientes en el pueblo, y estaba convenientemente próximo a la zona en la cual estaríamos trabajando.

Después de que él y su cortejo subieran a bordo, fuimos al salón para la conversación y los refrescos: whisky con soda para nosotros, murmuración para los demás, puesto que las leyes del ramadán estaban todavía en vigor. Abdullah, majestuoso como un patriarca bíblico, se sentó en un sillón tallado. Los demás, Daoud, el sobrino de Abdullah y sus hijos Ali, Hassan y Selim se acomodaron en el suelo, y Ramsés se situó al lado de Selim, quien había sido su compañero del alma (más bien, cómplice de crímenes) en una temporada memorable. Aunque solo algunos años mayor que Ramsés, Selim era ahora un hombre casado y padre de una familia creciente. Sin embargo había conservado su alegría de vivir de cuando era un muchacho, y él y Ramsés pronto estuvieron sumidos en conversación.

—Todo va bien, Emerson —dijo Abdullah—. Hemos conseguido los suministros que pediste y hecho saber que contratarás trabajadores. ¿Les digo que vengan mañana?

—Creo que no —contestó Emerson.

Sacó su pipa. Para cuando hubo terminado de rellanar la maldita cosa y encendido, Abdullah, que conocía bien a Emerson, lo observaba fijamente. Tal deliberación por parte de un hombre que era notorio por su impaciencia presagiaba un anuncio importante.

—Todos somos amigos aquí —comenzó Emerson—. Confío en vosotros como en mis hermanos y sé que mis palabras permanecerán encerradas en vuestros corazones hasta que os dé permiso para compartirlas.

Hablaba en inglés en beneficio de Nefret y Gertrude, pero los patrones formales y sonoros del discurso eran los del árabe clásico. Tuvieron el efecto que él pretendía: los solemnes asentimientos y exclamaciones de "Masaya" y "Ya salam!" lo siguieron.

—Hay una tumba perdida en las colinas de Drah Abui Naga —siguió Emerson—. La tumba de una gran reina. Se me ha encomendado una búsqueda por aquellos cuyos nombres no deben ser nombrados; se me ha requerido un solemne juramento de encontrar esa tumba y salvarla. Hermanos míos, sabéis que hay quienes lo evitarían si conocieran mis intenciones; hay quienes harían... oh, maldita sea.

Su pipa había caído. Justo a tiempo, también; se había entusiasmado con su propia elocuencia y corría peligro de llevar al extremo el melodrama. Crucé la mirada con la de Abdullah, cuyo rostro estaba preternaturalmente serio pero cuyos ojos centelleantes le delataban, y dije:

—El Padre de Maldiciones habla bien, amigos míos, ¿no estáis de acuerdo? Estoy segura de que vosotros, que sois sus hermanos, haréis un juramento igualmente solemne de auxiliarle y protegerle.

Los demás no eran tan críticos como Abdullah; rotundos asentimientos, en árabe y en inglés, siguieron a continuación, y lágrimas de emoción brillaban en las largas pestañas de Selim. Emerson me miró con reproche, pues disfruta dando discursos, pero puesto que yo había resumido la situación general tan pulcramente, no había nada más que él debiera añadir.

—Entonces —dijo Abdullah—. ¿Cuándo empezarás a contratar?

—No hasta dentro de otro día o dos. Te lo haré saber.

Poco tiempo después, nuestros hombres emprendieron su partida. Ramsés y Nefret los acompañaron hasta la pasarela, y

ordené el correo que Abdullah había entregado.

—Me temo que no hay nada para usted, señorita Marmaduke —comenté.

Se dio por aludida. Levantándose, dijo:

—Los mensajes que espero no llegarán por correo. ¿Me disculpan?

—Ha estado leyendo demasiada poesía —dije, después de que se fuera—. Esperaba encontrar algo de Evelyn, pero solo hay esta carta de Walter. Está dirigida a ti, Emerson.

El sobre contenía una única hoja de papel, que Emerson me tendió tan pronto como la hubo estudiado.

—No es muy comunicativo —dijo—. Él está bien, ella está bien, los niños están bien.

—Ella no está bien o él hubiera explicado en detalle su mejoría —murmuré—. ¿Hay algo más de...? ¿Qué es eso?

—Como puedes ver es un recorte de periódico. —Las tupidas cejas de Emerson se juntaron mientras leía. Tendí la mano y Emerson me pasó el recorte con un masculladó—: ¡Oh, maldita sea!

Era un breve párrafo del periódico en inglés de El Cairo, fechado algunos días después de nuestra partida, y describía el descubrimiento de un cuerpo que había sido extraído del Nilo. Era el de un hombre de mediana edad, de uno setenta y siete de altura, pero la identificación exacta aún no se había realizado, puesto que no se había encontrado en el cuerpo ninguna posesión personal y la cara era irreconocible. La policía pedía la ayuda del público para que informaran si alguien con esa descripción general podría haber desaparecido de los lugares que frecuentara habitualmente.

—¡El señor Shelmadine! —exclamé—. ¡Debemos contactar con El Cairo de inmediato, Emerson!

—Si das un paso hacia la oficina del telégrafo tendré que encerrarte —dijo Emerson con un chasquido de dientes—. Controla tu escandalosa imaginación, Peabody. La descripción podría corresponder a la mitad de la población masculina de Egipto.

—No regresó a su casa, Emerson; Riccetti nos dijo que así sería. Se necesitarían aproximadamente tres días para que los gases se acumularan en el cuerpo y lo llevaran a la superficie.

Un gesto furioso de Emerson me advirtió del regreso de Nefret.

—¿Gases? —repitió ella—. ¿De qué estás hablando, tía Amelia?

—De nada —dijo Emerson, haciéndome una mueca.

—Uno de los principios de la investigación criminal —expliqué, sabiendo que si no se lo decía ella iría y le preguntaría a Ramsés, y él estaría más que feliz de explayarse.

Nefret se sentó y cruzó sus finos tobillos.

—¿Qué tipo de gases, tía Amelia? He observado el fenómeno pero nunca he entendido sus motivos.

Emerson alzó las manos y golpeó el suelo con los pies, dejándome que explicara los procesos de descomposición. Nefret escuchó con interés e hizo algunas preguntas inteligentes.

* * *

A la mañana siguiente bajamos a tierra temprano. Emerson había tenido la intención de ir solo, creo, pero esa esperanza estaba condenada desde el principio. Ordenarme abruptamente que me quedara atrás —una orden que me habría rehusado rotundamente a obedecer, como él bien sabía— no me hubiera impedido acompañarle, y yo estaba decidida a ir porque sospechaba que estaba a punto de seguir esa pista esencial que había elegido no compartir conmigo. Ramsés estaba igualmente resuelto, y una vez que Emerson cedió con Ramsés no podía negarse a la petición de Nefret. La única persona con quien tuvo éxito en dirigir completamente fue con la señorita Marmaduke, porque ella era la única que tenía que obedecer sus órdenes. Dándole una pila de notas, le pidió que las transcribiera.

No había oído a Emerson hablar con Abdullah sobre sus planes, pero debió de haber encontrado una forma de hacerlo, puesto que Abdullah estaba esperándolo. También deduje que Abdullah no me esperaba *a mí*, puesto que no había lavado a los burros.

Emerson maldijo mucho cuando insistí en hacerlo. Era solo uno de sus cautivadores hábitos; Emerson siempre es amable con los animales, y los pobres burritos nunca eran correctamente atendidos. A estas alturas, yo había convertido el proceso en un delicado arte. Llevó menos de una hora lavar a las criaturitas, aplicarles un ungüento a las escoceduras bajo las mugrientas mantas, y remplazar esas mantas con unas limpias suministradas por mí. Ramsés ayudó con la medicación. Nefret sujetó las cabezas de los burros y les murmuró compasivamente en las orejas, y confieso que se comportaron mucho mejor de lo que usualmente hacían cuando se

les lavaba.

Emerson todavía se quejaba cuando montamos en nuestros corceles.

—Si tuviéramos un automóvil... —comenzó.

—Ya, Emerson, sé sensato —interrumpí—. ¿Cómo llevarías uno a Luxor? No hay carreteras.

La respuesta de Emerson fue inaudible porque su burro, todavía muy nervioso por sus desusadas abluciones, había echado a trotar.

Nuestro destino, como yo por supuesto había sospechado, era el pueblo de Gurneh. Habíamos disfrutados de encuentros con los habitantes de este lugar insalubre antes. Localizado en una colina cerca de Deir el Bahri, sus viviendas se entremezclaban con las tumbas de los muertos antiguos. En los primeros tiempos, sus moradas eran las tumbas y los ocupantes resistieron, algunas veces por la fuerza, a cualquier esfuerzo de las autoridades por reubicarlos. Su actitud tenía sentido. ¿Por qué correr con los problemas de construir una casa cuando hay una bonita y fresca tumba a mano? Además, como Emerson comentó en una ocasión, a un hombre le gusta estar próximo a su trabajo. Los gurnehwis eran los ladrones de tumbas más consumados de Egipto.

La otra industria floreciente de Gurneh era la manufactura de falsificaciones, que eran ofrecidas a los turistas, y en algunos casos notorios a arqueólogos ingenuos, como artículos genuinos. Las negociaciones de Emerson y mías con los gurnehwis eran complicadas por el hecho de que algunos de ellos eran parientes de Abdullah. Eso también le complicaba las cosas un poco a Abdullah. Su lealtad para con Emerson (y, espero poder decir, para conmigo) era de capital importancia, pero procurábamos evitar pequeñas vergüenzas como arrestar a sus sobrinos y a sus primos.

Dejando nuestros burros en el fondo del talud, seguimos a Emerson a lo largo del camino ascendente, que pasaba por delante de las entradas de tumbas y casas de adobe, y algunas veces atravesaba sus patios. El destino de Emerson parecía ser una morada más pretenciosa, más grande y en mejor condición que la mayoría de las demás. Noté que Abdullah se había quedado atrás y reservé el suficiente aliento como para dirigir una pregunta a Emerson.

—¿Es alguien de la familia de Abdullah a quien vas a visitar,

Emerson?

Emerson se detuvo y me ofreció la mano.

—Un pelín desentrenada, ¿no, Peabody? ¿Cómo están los niños?

—Escalando como cabras, los dos. Se detuvieron a hablar... buen Dios, ¡qué hombres de aspecto tan infame! Conocidos de Ramsés, supongo. Contesta a mi pregunta.

—¿Qué pregunta? Oh. No.

Él siguió, tirando de mí con él.

Un patio vallado era el frente de la casa misma. Nuestro acercamiento había sido observado; tan pronto como logramos llegar, la puerta de la casa se abrió y apareció un hombre. Una vara pesada en una mano y un niño, en cuyo hombro se apoyaba, soportaban su cuerpo encorvado. Levantando la cabeza, parpadeó y croó:

—*Marhaba*, bienvenido. ¿Eres tú, oh Padre de las Maldiciones? Aún para unos ojos viejos y desfallecientes como los míos esa forma majestuosa es inconfundible; y ésta que está contigo debe de ser la honorable *Sitt*, tu esposa, aunque ella es solo una pálida visión de belleza para...

—Sí, sí —interrumpió Emerson—. *Essalamu aleikum*, y todo eso, Abd el Hamed. ¿Nos invitarás a entrar?

—Honras mi casa —dijo Abd el Hamed, de forma arisca.

Dando media vuelta, transfirió todo su peso al hombro huesudo y bronceado de su asistente. El niño se quedó petrificado y se mordió los labios; los dedos de Hamed eran como garras y había cavado las uñas con fuerza en la carne del niño. Y no había mucha allí. Pude contar sus costillas, puesto que vestía solo un par de harapientos calzones hasta las rodillas. Parecía ser un año o dos menor que Ramsés, aunque tan desgraciado, subalimentado y maltratado, que resultaba difícil calcularlo. Unas magulladuras manchaban sus espinillas desnudas y el dedo gordo de su pie derecho era una úlcera supurante.

Emerson lo había visto también. Con un juramento en árabe, apartó a un lado al niño, colocó al viejo bajo su brazo, y procedió a entrar en la casa.

El cuarto era como los demás que había visto en tales casas: suelo de tierra apisonada, paredes de adobe, ventanas altas y estrechas. Además del diván a lo largo de una pared, el único

artículo de mobiliario era una mesa baja. Emerson depositó al hombre viejo en el diván, quitó a los pollos que habían estado posados allí, y me invitó a sentarme.

—Sí, descanse, honorable *Sitt* —dijo Hamed—. Llamaré a mis mujeres para que preparen...

—No hay necesidad de molestarlas —dijo afablemente Emerson —. Estoy en el mercado de las antigüedades, Hamed; nos dejarás ver qué tienes, ¿verdad? —Con una larga zancada, llegó a la puerta encortinada del fondo y pasó a la habitación contigua. Exclamaciones de sorpresa y alarma lo saludaron, y Hamed, milagrosamente recobrado de su enfermedad, dio un salto y correteó tras Emerson. Lo seguí, con Ramsés y Nefret pegados a mis talones.

La habitación era un taller, y los gritos habían sido emitidos por un niño que Emerson sujetaba por el cuello de su sucísima *galabiyya*. Los estantes alrededor del cuarto soportaban una colección de *ushebtis*, escarabajos y otras pequeñas antigüedades. Unas sencillas herramientas de trabajo yacían desperdigadas: un pequeño horno para fundir la fayenza vidriada, moldes de diversas clases, cinceles, grabadores y limas.

Emerson soltó al niño, que escapó a través de otra puerta. Seleccionando un objeto del estante, lo sostuvo para mí.

—¿Bastante bueno, eh, Peabody? El taller de Hamed produce las mejores imitaciones de Luxor. Estas no son las mejores; las guardan para los coleccionistas serios como Wallis Budge.

Ramsés había recogido un escarabajo grande modelado en fayenza verde.

—Ésta es realmente bastante buena, padre. Sin embargo, los jeroglíficos son defectuosos. Ha copiado un texto de Amenhotep III, pero el símbolo del búho...

Sorprendentemente, fue el niño, no Hamed, quien le interrumpió. Arrebatando el escarabajo a Ramsés, se enfrentó a él con los ojos resplandecientes:

—¡Es correcto, hijo de un camello ciego! ¡Conozco los símbolos!

Emerson había aparentado no observar a Hamed, pero su pie extendido interceptó la vara antes de que pudiera golpear la espinilla del niño.

—¿Así que tú hiciste esto, hijo? ¿Cómo te llamas?

El muchacho se volvió. La cólera había prestado animación a su delgado rostro; habría sido un niño atractivo si sus facciones no estuvieran distorsionadas por la suciedad, las magulladuras y una feroz expresión ceñuda.

—¿Cómo te llamas? —repitió Emerson, inflexible.

—David. —La respuesta provino de Abdullah, que estaba en la puerta—. Su nombre es David Todros. Es mi nieto.

# Capítulo 4

***"La sinceridad no es una característica habitual en los criminales".***

—¿Qué hace un nieto tuyo en un lugar como este, Abdullah? —inquirí.

Abdullah bajó los ojos ante mi indignada mirada.

—No tengo nada que ver, *Sitt Hakim*. Le hubiera aceptado en mi casa. No quiso venir. Prefiere morir de hambre y ser maltratado por este criminal a...

—Ser un sirviente de los *Inglizi* —interrumpió el chico.

Su mirada, salvaje como la de una animal atrapado, rebotaba por la habitación. Yo me encontraba en una de las puertas y Emerson en la otra, de modo que la huida era imposible. Puede que estuviera arrinconado, pero seguía mostrándose desafiante; frunció los labios y escupió, no hacia mí o Emerson: no era tan imprudente como para eso; sino entre los pies de Ramsés. La expresión de mi hijo no cambió perceptiblemente. Sin embargo, podría haberle dicho a David que acababa de cometer un serio error de juicio.

—¿Prefieres ser el esclavo de este hombre? —preguntó Emerson sin alterarse—. Los *Inglizi* no pegan a sus sirvientes.

El chico hizo una mueca.

—Les contratan para hacer recados y luego los despiden. Aquí aprendo un negocio. Aprendo... —blandió el escarabajo ante Emerson—. Los símbolos son correctos. ¡Sé lo que quieren decir!

—Oh, ciertamente —dijo Emerson—. Entonces lee la inscripción.

Era una copia de uno de los escarabajos conmemorativos de Amenhotep III; reconocí los nombres y los títulos, que David recitó de un tirón, señalando los símbolos con un mugriento dedo índice, hasta que, al rato, se quedó atascado. Ramsés, que sin ninguna duda

se sabía el texto de memoria, abrió la boca. La cerró de nuevo al percibir la mirada de su padre.

—Está bien —dijo Emerson—. Y la fabricación también. ¿Qué más has hecho para Hamed?

El chico dirigió una mirada recelosa a su maestro y se encogió de hombros. Hamed, que se había acomodado en una banqueta, decidió que era el momento de justificarse.

—Padre de todas las Maldiciones, eres el mejor de los hombres, pero, ¿con qué derecho irrumpes en mi casa a cuestionar a mi aprendiz? Si lo deseas, te mostraré mi humilde colección. Deja que el chico se vaya. No sabe nada.

—El chico puede marcharse cuando desee —dijo Emerson en el mismo tono suave. Hamed, que conocía ese tono, tragó saliva sonoramente—. Y a donde desee. David, estamos contratando trabajadores. Si vienes a nosotros, ahora o en cualquier momento, se te tratará bien.

Se apartó de la puerta.

David paseó la mirada entre él y Hamed y, por primera vez, miró directamente a su abuelo. La expresión severa de Abdullah no cambió. Creo que yo fui la única que se dio cuenta de la expresión de sus ojos. Bajando la cabeza, el chico salió corriendo por la puerta de atrás.

—¡Id tras él! —sollozó Nefret—. No podemos dejarlo con este viejo horrible.

—La elección debe ser suya —dijo Emerson.

—Sí, sí —Hamed lanzó una mirada maligna a Nefret—. La joven *Sitt* tiene un corazón tierno, no sabe nada de la maldad. Hiciste mal en ofrecerle un puesto contigo, Effendi Emerson. El chico es peligroso, atacará como un perro salvaje. Solo lo mantengo por caridad.

—Una característica por la que eres bien conocido —dijo Emerson. Lanzó el escarabajo al aire despreocupadamente y esperó al último momento para recogerlo. Hamed chilló alarmado—. Bueno, queridos...

Se vio interrumpido por un estallido de gritos, golpes y porrazos. Venían del otro lado de la puerta por la que había desaparecido el chico. A Emerson también le tocó desaparecer, porque él, como yo misma, había reconocido una voz demasiado familiar. No sabía

cómo había hecho Ramsés para deslizarse fuera de allí sin ser visto, pero obviamente lo había hecho porque no estaba en la habitación.

Un corto pasadizo, más parecido a un túnel escabroso que a un pasillo, conducía a una habitación excavada en la roca de la colina. La única iluminación provenía de unas pocas lámparas de barro de pequeño tamaño, pero era suficiente para ver no solo los rastros de pintura de la pared, sino la escena en vivo que se desarrollaba ante mí.

Emerson había separado a los dos chicos y los mantenía apartados, con una mano en el cuello de la camisa de Ramsés y la otra asiendo el hombro huesudo de David. No sabía qué daños había infligido Ramsés al otro chico, pero era evidente que Ramsés se había llevado por lo menos un golpe, dado que de su prominente nariz salía sangre a borbotones.

En principio los dos se encontraban demasiado faltos de respiración para poder hablar. Entonces Ramsés se pasó la manga destrozada por la cara y jadeó:

—Estaba escuchándonos a escondidas, padre. Huyó cuando me enfrenté a él y le perseguí y cuando le arrinconé, porque, como puedes ver, aquí no hay salida, él...

David llamó a Ramsés algo extremadamente descortés en árabe. Ramsés le llamó algo igual o más descortés, que hizo que incluso Emerson parpadeara y David abriera mucho los ojos con, me pareció, un cierto nivel de admiración. Emerson los sacudió a ambos.

—Hay damas aquí —dijo en el mismo idioma—. Los *Inglizi* no utilizan semejantes palabras en presencia de mujeres. Puede que tú no supieras eso, David. Pero tú, Ramsés...

—Mis disculpas, madre —musitó Ramsés.

—Mejor que te disculpes con Nefret también —dije, pasando más hacia el interior de la habitación de manera que Nefret pudiera entrar.

—Oh, Dios mío. No había visto que estaba ahí. De todas formas, supongo que no habrá entendido.

—Incorrecto otra vez —dijo Nefret—. Le has llamado...

Ramsés alzó la voz.

—Madre, padre, estaba...

—¿Cotilleando? —Emerson soltó a los chicos. Ellos

intercambiaron miradas amenazadoras pero consideraron más sensato dejarlo estar—. Él vive aquí, Ramsés, y tú eres un visitante. Lo que haga no es asunto tuyo.

—No me disculparé ante él —dijo Ramsés, huraño—. Él me pegó primero.

—¡Que excusa tan cobarde! —Exclamó Nefret—. Es más joven y más pequeño que tú. ¡Qué vergüenza, Ramsés! Pobre chiquillo, ¿te ha hecho daño?

Posó suavemente la mano en el brazo de David. Ramsés pareció quedarse completamente anonadado, de indignación probablemente. David estaba incluso más sorprendido. Miró los esbeltos y pálidos dedos contra su piel oscura y levantó la vista hacia el rostro que le sonreía tan encantadoramente y, por un momento... Pero decidí que debía de haberme imaginado esa fugaz respuesta, ya que salió disparado, rozando a Nefret y chocando con Hamed, que lanzó una sarta de improperios contra él.

—Echa un vistazo, Peabody —dijo Emerson, tomando una de las lámparas de arcilla y acercándose a la pared más próxima—. El viejo granuja ha construido su casa adosada a una tumba de la Decimoctava Dinastía. El corredor que conduce a esta cámara era un antiguo túnel para ladrones. De uno de los antepasados de Hamed, sin duda.

—¿Cómo sabes que es de la Decimoctava Dinastía? —Pregunté con curiosidad—. No queda apenas nada de la decoración.

—La mayoría de las tumbas privadas de esta zona son de ese período. Y se pueden distinguir algunos esbozos aquí —movió la lámpara— y aquí. Parece que se trata de la escena de un banquete, parecida a las de las tumbas de Ramose y Nebamon. Esta tumba no se llegó a terminar nunca. Observa como la pared trasera está en bruto; la superficie no se alisó ni se enyesó para los dibujantes que preparaban los bosquejos de las escenas y los pintores que les seguían. Hamed ha alargado el túnel original, que era inconvenientemente estrecho. Y esta abertura probablemente era...

Todos escuchábamos con interés, porque es un privilegio oír a un experto como Emerson disertar sobre metodología; pero cuando se aproximó al vasto hueco de la pared trasera, Hamed chilló en protesta.

—Por el Padre de las Maldiciones, estás yendo demasiado lejos.

Ese es un espacio privado. L... las mujeres...

—¿Tienes a tus mujeres metidas en este agujero oscuro? —Inquirió Emerson—. Como decía, Peabody, esta abertura tenía el propósito de conducir a otra cámara excavada en la piedra, pero no se llegó a completar; y ahora le sirve a Hamed como cómodo almacén.

El espacio tenía aproximadamente tres metros cuadrados y un metro sesenta y cinco de altura. Estaba lleno de figuras esculpidas. Los rostros pétreos nos miraban, algunos con perfil humano y otros grotescos simulacros de bestias... cabezas de pájaros y felinos, ibis y cocodrilos. Los sombríos huecos de los ojos de una esfinge con cabeza de carnero devolvieron un brillo proveniente del reflejo de una partícula de mica de la piedra.

—El almacén del escultor —remarcó Emerson mientras Hamed juraba y pataleaba.

—Hay copias, sí —musitó Hamed—. ¿Qué hay de malo en ello?

—Nada... a no ser que las vendas como genuinas —dudó por un momento y luego negó con la cabeza—. Vamos, Peabody.

Esperé a que estuviéramos fuera de la casa antes de hablar.

—Sabes, Emerson, esa ha sido una partida un tanto brusca. ¿Por qué no te quedaste hasta conseguir tu propósito? Porque no me puedo creer que...

—No he conseguido mi propósito, no. Pero no tenía sentido seguir insistiendo en el asunto. Tendré que volver en otra ocasión. Sin... —Emerson nos miró a todos por igual—...el resto de vosotros. ¡Para el caso podría haber estado gritando mis intenciones a los cuatro vientos para todo Gurneh!

—Que es lo que estás haciendo ahora —señalé.

Un grupo de holgazanes curiosos se habían juntado mientras permanecíamos a su alrededor y había un grupo de pilluelos harapientos asediando a Nefret para pedir propina.

—Ay, maldición —dijo Emerson.

Se metió una mano en el bolsillo y sacando un puñado de monedas las lanzó al suelo.

Ese hubiera sido un error fatal si se hubiera tratado de cualquier otro: la única forma de evitar el acoso continuo es no dar nada, pero los gurnawis conocían bien a Emerson, hasta los niños. Después de arrastrarse y retorcerse por las monedas, los mirones se

dispersaron sin muchas ganas y nosotros comenzamos a bajar la colina.

—Entonces, Abdullah —dijo Emerson en un tono más contenido —, ¿qué demonios pretendías al no informarme de que uno de tus descendientes estaba empleado por ese viejo villano? Si lo hubiera sabido hubiera actuado de diferente manera.

—No sabía dónde ibas —musitó Abdullah—. Creía que tu intención era visitar nuestra casa.

—Lo es. Ahora iremos. ¿Y bien, Abdullah? ¿Quién es el chico?

—El hijo de mi hija.

—¿Dónde está su madre? —pregunté.

—Muerta.

—¿Y su padre?

—Muerto.

—De verdad, Abdullah —dije exasperada—. ¿Tenemos que sacarte cada palabra con sacacorchos? No importa, creo que estoy comenzando a entenderlo. Lo has llamado David, no Daoud. ¿Su padre era cristiano? ¿Copto?

—Él no era nada —barbotó Abdullah—. Incluso los cristianos son hijos de Dios, pero él se dio a la bebida y a maldecir a Dios.

—Mmmm —dijo Emerson—. Suena muy sensato... ¡ay!

Le acababa de propinar un pequeño pellizco. Las opiniones de Emerson sobre los temas religiosos tienden a ser poco ortodoxas (heréticas lo describiría mejor). La libertad de conciencia es un derecho de todos los seres humanos y ni en sueños cuestionaría la de Emerson, pero hay ocasiones en que expresar una opinión con franqueza puede ser contraproducente, a la par que de mala educación.

Abdullah escupió las palabras por encima del hombro, mientras caminaba pesadamente por delante de nosotros.

—Mi hija estaba aquí, viviendo con su tío. Él estaba concertando un matrimonio para ella, un buen matrimonio, el casamiento que cualquier chica desearía. Michael Todros se la llevó y para cuando mi hermano les encontró, ella ya llevaba a su hijo en el vientre. ¿Qué otro hombre la iba a querer? Y ella... —le costó pronunciar las palabras, incluso ahora—. Ella no quiso dejarle. Cuando murió dando a luz a su hijo, yo intenté llevármelo, pero Todros no lo consintió y ahora... ahora él también está muerto, muerto a causa

de la bebida y las drogas que Abd el Hamed le daba como pago por el trabajo de David. Y aun así el chico no quiere dejar de hacer maldades. Todros le enseñó a odiar a la familia de su madre y él se queda aquí, en el pueblo de su familia, avergonzándolos delante de sus narices.

Nefret, siguiéndonos de cerca, dijo:

—No esté triste, Abdullah. Le traeremos de vuelta.

—Sin duda —dije con firmeza.

—Humm. —dijo Ramsés.

* * *

Abdullah solo había exagerado un poquito cuando dijo (aunque no con esas palabras exactamente) que su nieto renegado vivía demasiado cerca para que resultara cómodo. La casa que él y nuestros hombres habían alquilado se encontraba en las afueras del pueblo; la residencia de Hamed era visible desde la puerta. Les hicimos una breve visita para que yo pudiera inspeccionar las instalaciones, ya que me sentía obligada (tanto por amistad como por deber) a asegurarme de que se encontraban alojados confortablemente. Como los hombres parecen medir el nivel de confort por el grado de suciedad y confusión que prevalece, deduje que estaban muy cómodos.

Después de la obligada consumición de té y pan, montamos en nuestros burros.

—Ya que estamos aquí, podemos echar un vistazo por ahí, ¿no? —dijo Emerson—. Y mostrarle un poco la zona a Nefret. Ella no ha estado aquí antes.

—Las tumbas de los nobles —sugirió Ramsés.

—No, no, hace un día demasiado espléndido para pasarlo bajo tierra —dijo Emerson en un tono que no daba lugar a discusión.

Hay muchas panorámicas interesantes al oeste de Tebas, pero yo sabía lo que tenía en mente: tenía la mirada fija en las colinas al norte de donde nos encontrábamos: las marrones y áridas pendientes de Drah Abu'l Naga.

Pasamos por el templo de Deir el Bahri, donde Emerson desmontó para caminar con Abdullah y Daoud, que nos habían acompañado. Su intención, estoy convencida, era aliviar al pobre burro, pero la verdad es que Emerson tiene un aspecto tan ridículo montado en un burro pequeño como espléndido caminando

enérgicamente, con los hombros erguidos y la cabeza descubierta bajo los elementos.

Como me encontraba admirando la simetría de sus formas y preguntándome dónde demonios habría perdido el sombrero, no estaba prestando demasiada atención a la monótona cadencia de la voz de Ramsés. Él montaba al lado de Nefret, probablemente porque Nefret estaba tan ansiosa de aprender que estaba dispuesta a soportar el condescendiente discurso de Ramsés. Sin embargo, no me cabía duda de que acabaría pagando por su condescendencia en el momento oportuno. Las mujeres tienen sus pequeños métodos.

Para cuando nos detuvimos, el sol estaba ya muy alto y comencé a preguntarme si conseguiría almorzar ese día. Me temía que no. Emerson, con los ojos entrecerrados, tenía ese brillo zafirino que indicaba que estaba muy concentrado en alguna pista arqueológica y que hacía falta algo más que comida para distraerlo de ella. Le convencí para que permitiera a los demás descansar un momento, aunque él hubiera desdeñado semejante sugerencia, e hice circular la cantimplora de té frío que llevaba colgada del cinturón.

Había poca sombra. Las Colinas de Drah Abu'l Naga no son riscos abruptos como los de ciertas zonas de las montañas tebanas, sino que ascienden más suavemente hasta unos quince metros de altura sobre la llanura. Las escarpadas pendientes estaban salpicadas de oscuras aberturas, entradas a unas tumbas ahora vacías, que habían sido abandonadas largo tiempo atrás, y muchas de ellas llenas de escombros y montones de arena. Los pálidos caminos se retorcían hacia arriba, hacia abajo, hacia delante, hacia atrás, visibles claramente contra el tono más oscuro de la roca, del color del cuero. Emerson se cubrió los ojos con la mano a modo de visera.

—Esas columnas al sur de donde nos encontramos pertenecen al templo de rey Seti I, Nefret. Otro día le echaremos un vistazo, tiene algunas características interesantes, pero es de un período muy posterior al que nos concierne actualmente. Y ahí —señaló hacia el lugar donde la colina acababa en la planicie del desierto—, más allá de ese espolón se encuentra el camino del Valle de los Reyes.

—¿Iremos allí? —preguntó Nefret ansiosa—. Nunca he visto las tumbas reales.

—Hoy no.

Me las arreglé para reprimir un suspiro de alivio. Estaba empezando a tener mucha hambre y unos pocos sorbos de té no habían hecho gran cosa para calmar mi sed.

Emerson se sacó un fajo de papeles del bolsillo y los desdobló. Parecía un tosco mapa o plano y todos le rodeamos a la espera de explicaciones. En lugar de ofrecérnoslas, Emerson dijo:

—Hmmm —y se alejó.

Le seguimos, Abdullah tirando de los burros. Al poco rato Emerson se detuvo.

—Hmmm —dijo otra vez.

—Emerson, deja de gruñir y exponlo —exclamé.

—¿Hmmm? —Emerson me miró inexpresivamente. Continuó, como hablando para sí—. No hay ningún mapa en condiciones. ¿Por qué demonios no hace nadie uno?

—¡Emerson!

—No hace falta gritar, Peabody, mi audición es excelente —me reprochó Emerson—. Estoy tratando de localizar el punto en el que Mariette halló el sarcófago de la reina Ahhotep. Imposible, me temo, ya que ese maldito idiota...

—¿La dama que poseía esas maravillosas joyas? —Preguntó Nefret—. ¿Estaban en su sarcófago?

Sabía que sí, solo estaba tratando de hacer que Emerson se centrara, y debo admitir que obtuvo más éxito del que hubiera conseguido yo.

—Correcto, querida. ¿Doy por supuesto que conoces la historia? —Comenzó a relatarla sin esperar su respuesta—. Realmente es uno de los incidentes más curiosos de la historia de la arqueología. Mariette, ese maldito... oh, muy bien, Peabody, admito que el muchacho se merece el reconocimiento por haber fundado el Departamento de Antigüedades, pero el hecho es que le preocupaba más impresionar a sus nobles visitantes que dirigir una excavación como Dios manda. Andaba pavoneándose por El Cairo cuando sus trabajadores, que estaban sin supervisión, se encontraron con el sarcófago, con la momia y las joyas. Y ni siquiera cuando le avisaron del descubrimiento partió para Luxor: escribió una nota, el maldito idiota y, para cuando llegó, el gobernador local ya había puesto las manos sobre el sarcófago y lo había abierto. Probablemente la momia no estaba en muy buenas condiciones,

como otras del mismo período, así que el gobernador se limitó a tirar los huesos y las vendas y mandó las joyas al virrey en El Cairo. Para entonces Mariette, que se había dado cuenta por fin de que podía estarse perdiendo algo, se las arregló para interceptar el barco y rescatar las joyas.

—Es un milagro que no las robaran —exclamó Nefret—. ¿Cómo pudo ser Mariette tan estúpido? Y aun así el suyo es uno de los grandes nombres de la egiptología.

—Ese tipo de cosas eran más que demasiado habituales hace cincuenta años —contestó Emerson—. Seguramente Peabody diría que es obligado dar a nuestros predecesores el crédito que merecen por lo que lograron, pero cómo puede nadie, en ningún momento, haber sido tan débil mental como para pensar que un grupo de trabajadores indigentes y analfabetos pudieran resistir la tentación... En fin, lo más interesante acerca del sarcófago de la reina y del rey Kamose, que se había descubierto en condiciones similares unos años antes, es que ambos se encontraron no en tumbas apropiadas o cámaras mortuorias, sino enterrados bajo los escombros y las piedras sueltas de la base de esas colinas. En algún lugar de esta zona —hizo un gesto señalando alrededor.

Lo cierto es que no había restos de ninguna excavación; a derecha e izquierda se extendían las mismas rocas sueltas, las mismas desnudas colinas marrones.

—Gracias a la ineptitud de Mariette, solo podemos intentar imaginar cuál es la localización exacta —continuó Emerson—. Las momias y los objetos funerarios seguían en los sarcófagos. Nunca sabremos por qué se dejaron aquí en lugar de trasladarlas a un almacén de momias reales como el de Deir el Bahri; pero aquí se quedaron, seguras y olvidadas durante tres mil años. Hasta que ese imbécil de Mariette...

—Emerson, has dejado bastante claros tus sentimientos por el caballero —interrumpí—. ¿De modo que crees que las tumbas originales deben de estar en las cercanías?

—No necesariamente.

—Entonces por qué... No, no me lo digas. ¿No deberíamos volver al barco y continuar la discusión allí?

—Tonterías, Peabody. Son solo las doce y media.

El debate se vio pospuesto por la llegada de un individuo a

caballo. Me agradó, aunque no me sorprendió, reconocer a Howard Carter.

—Imaginé que serían ustedes los que pasaban junto a Deir el Bahri hace un momento —exclamó, desmontando y dando la mano a todos—. Porque esta mañana oí que habían llegado. Como no pararon, decidí salir en su busca.

—Estoy encantada de que lo haya hecho —repliqué—. Estábamos a punto de volver a la *dahabiyya*. ¿Nos acompañará en el almuerzo?

Se dejó convencer fácilmente y convenció a Nefret de montar en su caballo más fácilmente aún. Ella había aprendido a montar el año anterior y lucía una bonita estampa, con las delgadas manos bronceadas asiendo relajadamente las riendas y los mechones de cabello rubio rojizo rizándose sobre sus sienes. Howard insistió en caminar a su lado, aunque le aseguré que no era necesario. Nefret tenía una misteriosa relación con los animales de todas las especies, incluyendo la humana. Howard, que solo la había visto una vez anteriormente, se encontró instantáneamente cómodo con ella.

—Me incorporé a mis obligaciones el uno de enero —explicó después de que le felicitara por su nombramiento—. Pero mi nueva casa aún no está lista, de modo que monsieur Naville ha permitido generosamente que me aloje en la casa de expediciones del Fondo Egipcio de Exploraciones.

—Hmmm —dijo Emerson, cuya relación con M. Naville (como su relación con la mayor parte de los arqueólogos) no era precisamente cordial—. Será una gran responsabilidad, Howard, tendrá mucho trabajo que hacer.

—Me temo que más de lo que un hombre pueda razonablemente abarcar —admitió Howard—. Pero monsieur Maspero ha sido muy amable asegurándome que tengo su total confianza y apoyo. Acaba de estar aquí, saben ustedes. Qué pena que no le hayan visto por tan solo unos pocos días.

—La verdad es que sí —dijo Emerson.

—El territorio es enorme —dije—. Y sus deberes incluyen, según creo, no solo la conservación y la protección de los monumentos, sino también llevar a cabo excavaciones y supervisar otras.

—No las suyas —dijo Howard con una sonrisa—. Con toda certeza ustedes no requieren supervisión de nadie, ni mucho menos

mía. Pero, por favor, háganme saber si puedo servirles de ayuda. ¿Será el cementerio de la Decimoséptima Dinastía esta temporada?

El tema nos mantuvo ocupados hasta que llegamos al *Amelia*, donde Abdullah y Daoud nos dejaron. Emerson interrumpió su discurso el tiempo necesario para presentar a la señorita Marmaduke, que esperaba en el salón. Había terminado de ordenar los papeles de Emerson y preguntó qué debía hacer a continuación.

—Si no tiene más tareas para mí esta tarde, había pensado en dar un corto paseo —dijo dubitativa—. Estoy tan ansiosa por ver los magníficos templos y los Colosos.

—Pero ya ha estado antes aquí, ¿no es cierto? —pregunté—. ¿En la Gira de Cook?

—Sí, sí, por supuesto. Quería decir verlos de nuevo. Durante las giras uno no tiene mucho tiempo.

—Santo Cielo, Emerson, menudo tirano es usted —dijo Howard con una carcajada—. ¿Una ardiente estudiosa de Egipto a quien no se le permite explorar? Insista en sus derechos, señorita Marmaduke. Encontrará una gran aliada en la señora Emerson.

—Deje de inducir a mi personal al amotinamiento, Carter —gruñó Emerson.

Howard, que le conocía bien, se limitó a sonreír, pero Gertrude chilló:

—Oh, señor, no quería decir...

—Entonces debería de aprender a decir lo que quiere decir. En este grupo no va a llegar a ningún sitio con indirectas.

Pero su irresistible sonrisa y la forma en que la mirada de sus intensos ojos azules se suavizó, consiguió en respuesta una sonrisa y una mirada incluso más suave de Gertrude. Maldita sea, pensé, si Emerson seguía por ahí se iba a encontrar en una situación tremendamente embarazosa.

No piense ni por un momento, Lector, que estaba celosa. Los celos son una emoción que desprecio y, de cualquier manera, era obvio que Emerson no sentía el más mínimo interés por la pobre Gertrude.

Acordamos acompañar a Howard de vuelta a Deir el Bahri después del almuerzo y posteriormente mostrar a Gertrude alguna de las panorámicas de Tebas. No hubiera sido sensato dejarla ir sola, ya que no tenía la suficiente fortaleza de carácter para

resistirse a los mendigos, molestos conductores de burros y vendedores de antigüedades; y el burlón comentario de Howard me había hecho percatarme de que no nos habíamos portado del todo bien con ella. Seguía sin tener pruebas de que fuera una espía y una enemiga: si mis sospechas eran erróneas le debíamos el mismo trato cortés que cualquier empleado debería recibir.

Una vez solventado ese asunto, Emerson llevó la conversación al tema que le preocupaba realmente. Él creía que estaba siendo sutil, pero es imposible que Emerson me pueda engañar.

—Confío en que entre sus otros proyectos esté el acabar con el tráfico ilegal de antigüedades —fue su forma de empezar.

Howard me miró y yo le hice un gesto de apoyo que le animó, creo, a expresar una opinión que, si bien correcta, probablemente iba a irritar a Emerson.

—Profesor, sabe tan bien como yo que eso es imposible en las circunstancias actuales. Me esforzaré al máximo por frustrar y arrestar a los ladrones de tumbas y a los excavadores ilegales, pero en el momento que las antigüedades robadas llegan a los comerciantes, hay muy poco que yo pueda hacer. Ellos siempre alegan que desconocen que los objetos han sido adquiridos ilegalmente y yo no puedo exigir el arresto de los agentes consulares de gobiernos extranjeros.

—Cierto —dije, simpatizando con él—. Ni puede arrestar a los coleccionistas extranjeros que compran a los comerciantes.

—¿Arrestar? —Howard se mostró horrorizado—. ¡Santo Cielo, no, menudo escándalo causaría! No se trata solo de ciudadanos anónimos, sino también de funcionarios de determinados museos. Entenderá que no puedo dar nombres.

—¿Por qué demonios no? —Exigió Emerson—. Todos sabemos que se refiere a Budge. No es el único ofensor, pero ciertamente se trata del peor. Enfréntese a ese cerdo. Dígale...

—Emerson —exclamé—. No debes decir esas cosas. Howard, no le preste atención. Lo único que conseguirá si sigue el ejemplo de mi marido es meterse en problemas. Tacto, querido Howard. Necesita tener tacto.

—Bueno, por supuesto —dijo Emerson virtuosamente—. Ese es mi método. Tacto, persuasión sutil.

—¿Como llamar granuja al señor Budge y amenazar con

tumbarlo de un puñetazo?

La larga barbilla de Howard se estremeció ante sus esfuerzos por reprimir su diversión, pero cuando habló fue con total sinceridad.

—Profesor, su forma de ser directa y su absoluta integridad han sido una inspiración para todos. Un hombre puede hacer cosas peores que emularle a usted. Quiero que sepa... quiero decir, que soy plenamente consciente de que, en gran parte, debo este nombramiento a usted y a la señora Emerson. Su influencia con M. Maspero...

—Tonterías —dijo Emerson bruscamente.

—Pero señor...

—No quiero oír nada más sobre ese asunto —Emerson buscó su pipa—. ¿Ha aparecido algo inusual en el mercado últimamente?

—Siempre hay algo —dijo Howard con ironía—. Pero normalmente no me entero hasta que ya ha sido comprado por un coleccionista.

Emerson gesticuló impaciente.

—Hable claro.

—Bueno... supongo que no hay motivos para no decírselo. Recientemente, un rico turista americano me mostró una serie de objetos que había comprado en Luxor. Me hicieron preguntarme si no se habría descubierto alguna tumba rica e importante. Por favor —añadió apresuradamente al ver la expresión de Emerson—, no me pregunte por el nombre del caballero. Tengo la esperanza de conseguir que se interese en apoyar nuestro trabajo y no querría que se sintiera... eh... desanimado.

—Quiere decir amenazado —dije, mientras Emerson farfullaba indignado—. No le presionaremos por el nombre del caballero, Howard, pero no puede poner objeción a decirnos dónde adquirió los objetos, ¿no es cierto?

—No puedo negarle nada, señora Emerson. Se los compró a Ali Murad. Como agente consular de los americanos, Murad se siente seguro. No sacarán nada de él.

—¿Usted cree? —Emerson desnudó los dientes. Su expresión ciertamente no era una sonrisa.

Tras el almuerzo, acompañamos a Howard de vuelta a Deir el Bahri, donde nos quedamos un rato admirando el templo y discutiendo sobre la impresionante trayectoria de su constructora,

la reina Hatshepsut, que se autoproclamó faraón. La primera vez que contemplé el lugar tan solo eran visibles unos pocos fragmentos de la estructura entre inmensos montones de rocas y arena apilada, y la torre del monasterio copto del que el lugar había tomado el nombre (Deir el Bahri significa "Monasterio del Norte"). Varias temporadas de trabajo realizado por el Fondo de Exploración Egipcia habían retirado la cubierta, incluyendo el monasterio, y dejado a la vista uno de los más bellos y poco comunes templos de Egipto: columnatas ascendiendo en sucesivas terrazas hacia los amenazadores riscos que los enmarcaban, con rampas que conducían al santuario excavado en la roca.

—En mi opinión —dije, mientras nos encontrábamos ante una serie de relieves que representaban el nacimiento de la reina—, Hatshepsut debería ser adoptada por el movimiento sufragista femenino como su santa patrona o símbolo. Suplantó a su sobrino Tutmosis III con frialdad y eficiencia, sin guerra civil; ¡y se proclamó hombre y faraón! Fue la primera...

Ramsés se aclaró la garganta.

—Perdóname, madre...

Yo elevé el tonó.

—... La más grande de esas notables reinas de la Decimoctava Dinastía que descendían de la mismísima Tetisheri. En aquellos tiempos, como admiten los más reputados estudiosos, el derecho a reinar pasaba a través de la línea femenina, de madre a hija. De no casarse con la princesa heredera, el rey no podía reclamar el trono legítimamente.

—De ahí la abundancia de casamientos entre hermano y hermana en la familia real —dijo Nefret—. Tiene todo el sentido si se piensa en ello en esos términos.

—Humm —dijo Ramsés críticamente.

Nefret se rió.

—Pero Ramsés, no tenía ni idea de que fueras así de romántico. El amor no tiene nada que ver en los casamientos reales, pequeño, ni siquiera en tus civilizadas sociedades europeas.

No sé si fue la carcajada, el condescendiente "pequeño" o la terrible acusación de ser un romántico lo que indignó más a Ramsés, cuyo rostro se oscureció.

—¡Demonios, yo no soy...!

—Suficiente —dije ásperamente—. Nefret tiene razón; y de acuerdo con el dogma religioso, la princesa tenía una santidad especial porque su padre no era el rey sino el mismísimo dios Amón, tal y como indican los relieves que estamos viendo. Aquí puedes ver a la madre de Hatshepsut... esto... eh... saludando a Amón, que ha venido a ella a... eh...

—Hubiera sido tremendamente complicado para él hacer el trabajo sin un cuerpo —dijo Emerson.

Decidí que ya habíamos llegado suficientemente lejos con ese asunto. Nefret intentaba no reírse y Gertrude parecía impresionada.

—Aquí —dije, haciendo avanzar al grupo con unos suaves empujones—, podemos ver la entrega de los grandes obeliscos para el templo de la reina en Karnak. Los hizo Senmut para ella, uno de sus funcionarios con más talento, que fue Sacerdote de Amón...

—Y su amante —dijo Nefret.

—Santo cielo —exclamé—. ¿Quién te ha dicho eso?

—Ramsés —fue la escueta respuesta.

—No sé de donde ha sacado esa idea —continué a toda prisa antes de que Ramsés pudiera contarme de dónde la había sacado—. La reina jamás hubiera tomado un amante de baja cuna. Se lo hubieran impedido su dignidad y su orgullo, y los nobles de su reino lo hubieran lamentado amargamente.

—Las mismas objeciones que se hicieron a los rumores sobre Su Graciosa Majestad Victoria y determinado mozo —admitió Emerson.

Cuando Emerson está de *ese* humor es imposible mantenerlo callado. Dejé a un lado la carrera de la gran reina Hatshepsut y me volví hacia Howard.

—Usted tenía el encargo de copiar esas pinturas, ¿correcto? ¿Dispone de algunos bosquejos recientes que nos pueda mostrar?

Afortunadamente, los tenía. Tras admirarlos le dejamos trabajando.

En cierto modo esperaba que Emerson nos arrastrara de vuelta a Drah Abu'l Naga, pero evidentemente había abandonado la idea de trabajar en serio ese día; continuamos en dirección opuesta para visitar el Ramesseum y el templo de Medinet Habu. No había demasiados turistas ya que la mayoría prefieren *hacer* la Orilla Oeste por la mañana, pero había suficientes como para molestar a

Emerson. Ambos lugares estaban llenos de chavales harapientos pidiendo propinas, "guías" autoproclamados y vendedores de dudosas antigüedades. No hace falta decir que ninguno se nos acercó.

La señorita Marmaduke demostró abiertamente que estaba disfrutando. Permaneció junto a Emerson, cosa por la que no podía culparla completamente: además de ser una mina de información, la mantenía a salvo de mendigos y acosadores. Dado que ella parecía ser incapaz de hacerlo eficientemente, tuve que mantener un ojo sobre Ramsés, que no dejaba de escabullirse.

Para cuando emprendimos el camino de vuelta, el sol se estaba poniendo al oeste y decidí que era demasiado tarde para tomar el té. A cambio tomamos una cena temprana. Gertrude estaba inclinada sobre su plato y confesó, cuando se le preguntó cortésmente, que estaba muy cansada.

—Mi fatiga es tanto física como mental, señora Emerson. ¡Había tanto que asimilar! Las maravillosas explicaciones del Profesor sobre la religión egipcia me han dado mucho sobre lo que pensar. Si me disculpan, me iré directamente a la cama.

—No tardará en acostumbrarse a nuestro ritmo —dijo Emerson, pero hizo una mueca que yo conocía bien. ¿Habría intentado agotar a Gertrude deliberadamente? El ardid no había tenido éxito con Ramsés y Nefret: ambos tenían los ojos brillantes y muchas ganas de hablar, así que cuando Emerson sugirió que se retiraran, Ramsés protestó.

—Son solo las nueve, padre. Quiero...

Emerson le llevó aparte. Él creía que estaba hablando en voz baja, pero incluso los susurros más suaves de Emerson son audibles a tres metros de distancia.

—Tu madre y yo tenemos una cita en Luxor, Ramsés. No, no puedes acompañarnos. Necesito que te quedes de guardia. Sé que puedo confiar en ti.

Ramsés comenzó:

—Qué...

—Por una vez, hijo mío, no discutas. Te lo explicaré más tarde.

Después de que Ramsés se fuera pregunté:

—¿Otra cita misteriosa, Emerson? Te lo advierto, te vas a encontrar con una revolución entre manos si continúas con estos

despóticos métodos tuyos. ¿No me he ganado tu confianza? ¿Acaso no soy digna de tu sinceridad? ¿Serás...?

—Sí, sí, querida. Pero date prisa, se está haciendo tarde.

Apenas tuve tiempo de hacerme con un parasol mientras Emerson me sacaba de la habitación. Abdullah y Daoud nos estaban esperando con nuestro barco pequeño. Una vez a bordo, Daoud nos separó de la orilla y ocupó su lugar al timón.

La luz de la luna dibujaba un camino plateado a lo largo de la oscura extensión de agua, y las luces del pueblo parecían reflejarse mil veces en la bóveda estrellada del cielo. Emerson me rodeó la cintura con el brazo.

El escenario era extremadamente romántico. Yo no. Emerson había confiado en Abdullah y Daoud mientras que a mí me había mantenido en la ignorancia y, lo que es más, se encontraban a tan solo unos metros de nosotros. Me senté rígida como una estatua hasta que Emerson me estrechó tan fuertemente con el brazo que el aire abandonó mis pulmones en un explosivo jadeo.

—Peabody, ¿harás el favor de dejar de gruñir y retorcerte? —Siseó Emerson—. Abdullah va a pensar que estoy... esto... forzándote a aceptar mis atenciones. No quiero que nos escuche.

Mi bien conocido sentido del humor conquistó al enojo, porque lo cierto es que la idea de que Emerson me forzara a aceptar sus atenciones (o de que Abdullah lo desaprobara en caso de que lo hiciera) era divertida. La resistencia física hubiera resultado indecorosa, de modo que me rendí a su abrazo.

—¿Adónde vamos? —demandé saber.

—A la tienda de antigüedades de Ali Murad.

—¿Has concertado una cita?

—Por supuesto que no. Nos dejaremos caer como un par de bombas.

—Una imagen muy apropiada —admití—. ¿Qué esperas encontrar, Emerson?

—Pues, bueno... —Emerson me soltó y sacó su pipa. Había renunciado a cualquier intento de susurrar, aunque de cualquier manera no es algo que se le dé muy bien, y yo observé que Abdullah se estaba inclinando hacia nosotros, esforzándose al máximo en escucharnos. Luego él tampoco estaba informado del propósito real de Emerson—. Uno de los ladrones locales ha

encontrado esa tumba, Peabody —dijo Emerson—. Es la única explicación posible para los últimos sucesos. El anillo que nos mostró nuestro visitante nocturno debe de haber salido del enterramiento de Tetisheri, a no ser que seas tan crédula como para creer que ha ido pasando de generación en generación desde el segundo milenio antes de Cristo. Si los ladrones están trabajando en la tumba, deben de haber cogido también otros objetos. Que acabarán en los mercados de antigüedades de Luxor.

—¿Por eso fuiste a ver a Abd el Hamed en Gurneh?

—Precisamente. Está emparentado con todos los ladrones de tumbas del pueblo. Le llevan a él los objetos robados y él se los pasa a los tratantes de antigüedades. Mi intención fue pasarme por allí sin previo aviso y echar un vistazo, pero para cuando terminamos con lo del chico, el elemento sorpresa había desaparecido.

Hizo una pausa para soltar un juramento. Estaba teniendo problemas con la fuerte brisa para encender la pipa.

—Es una teoría lógica —admití—. Pero le veo un inconveniente, Emerson. No... dos. Si ya han localizado la tumba dentro de poco será demasiado tarde para salvarla, si no lo es ya. Los gurnawis son ladrones expertos. Y, mi segundo punto, si el señor Shelamdine está relacionado con las personas que encontraron la tumba, ¿por qué se ofrecería a mostrárnosla?

Emerson dejó de intentar encender la pipa. La guardó en el bolsillo y replicó:

—Tu punto de vista es indebidamente pesimista, Peabody. Lo peor que puede pasar es que encontremos la tumba; y no es probable que todo lo que contenía haya desaparecido. Los ladrones locales de Gurneh no trabajan, no pueden trabajar, con la eficiencia y transparencia de un equipo arqueológico legítimo. No solo tienen que operar en secreto, sino que no se atreverían a inundar el mercado con objetos cuyo origen acabaría por ser cuestionado. Acuérdate de los hermanos Ab der Rasul. Se estuvieron llevando papiros y estatuillas del almacén de momias reales durante casi diez años antes de que los capturaran, y todavía quedaba una buena cantidad allí.

—Sí —suspiré, con la imaginación disparada—. Pero mi segundo punto...

—Sabía que lo ibas a sacar a colación —dijo Emerson—. Déjalo

por el momento, Peabody, hemos llegado.

Declinamos el ofrecimiento de un carruaje y partimos a pie. Aún había un gran número de gente en el exterior, dado que los visitantes preferían descansar durante el calor de la tarde y retomar sus actividades después de que la temperatura descendiera, además de que durante el Ramadán las tiendas permanecían abiertas hasta bien avanzada la noche. La casa de Ali Murad, que también era el lugar donde hacía negocios, estaba cerca del templo de Karnak. Uno de sus empleados se encontraba ante la puerta abierta, invitando a los viandantes a pasar a base de agarrarlos de las mangas y tirar de ellos. Cuando reconoció a Emerson, abrió los ojos de par en par y salió disparado hacia la puerta.

—No es necesario que nos anuncies —dijo Emerson afablemente, interceptando al mozo y conduciéndome al interior—. Ah. Estás ahí, Ali Murad. Confío en que los negocios vayan bien.

Parecían ir estupendamente. Había media docena de clientes en la pequeña habitación y Murad personalmente se encontraba atendiendo obsequiosamente a la pareja de aspecto más próspero: americanos, deduje por su peculiar acento.

Ali Murad era turco, llevaba un gran bigote rizado, un fez rojo sobre la cabeza y las manos llenas de anillos. Mantuvo el control mejor que su empleado: solo una fugaz mueca delató su sorpresa y alarma.

—Effendi Emerson —dijo suavemente—. Y su esposa. Su presencia honra mi humilde hogar. ¿Desean sentarse a tomar un café conmigo?

—Estoy seguro de que Abdullah estará encantado de aceptar tu invitación —dijo Emerson, tomándome por el brazo—. Por aquí, Peabody.

Se movió con rapidez felina, y antes de que Ali Murad le pudiera alcanzar, consiguió llegar a la puerta cubierta con una cortina que se encontraba al fondo de la tienda. Abdullah nos seguía de cerca.

Yo ya había estado en la tienda anteriormente, pero nunca fui más allá de la habitación delantera. Obviamente, Emerson sí. La puerta conducía a un pequeño vestíbulo impregnado de un fuerte olor. Antes de que la cortina cayera de nuevo, tapando la mayor parte de la luz, pude ver un suelo de baldosas rajadas y un montón de trapos y papeles bajo la estrecha escalera. Emerson comenzó a

subir las escaleras sin detenerse, tirando de mí tras él. Abdullah no nos siguió. Deduje que le habían dado instrucciones de impedir que nos siguieran. Los indignados gritos que llegaban desde la tienda apoyaban mi deducción.

En lo alto de las escaleras Emerson se detuvo el tiempo imprescindible para encender la vela que se sacó del bolsillo. La casa era más grande de lo que parecía desde el exterior: un laberinto de pasillos y habitaciones llenaba la planta superior. Emerson mantuvo mi mano sujeta y yo así firmemente mi sombrilla. La gente se puede burlar todo lo que quiera de mis sombrillas: Emerson lo hace a menudo; pero no se puede poseer artículo más útil: las mías son fabricadas de manera especial, con pesadas varillas de acero y las puntas algo más afiladas de lo habitual.

La planta superior no estaba desocupada. Desde el otro lado de algunas de las puertas cerradas llegaban sonidos suaves y desagradablemente sugerentes. También se oían pisadas que se acercaban a nosotros con rapidez. O Ali Murad había conseguido pasar por delante de Abdullah, o éste tenía órdenes de solo retrasarle.

Finalmente Emerson se detuvo sosteniendo la vela en alto. Yo me di la vuelta de golpe, lista para defenderlo, ya que Murad nos había alcanzado. Cuando vio mi sombrilla se detuvo y chilló, levantando las manos cargadas de anillos.

—No sea tan cobarde, Murad —dijo Emerson—. No supondrá que una dama como la señora Emerson atacaría a un hombre en su propia casa, ¿no? Creo que ésta es la habitación correcta. Espero que tenga la llave, me disgustaría tener que tirar la puerta abajo.

Mirando a Emerson con la expresión de un hombre ante un perro salvaje, Murad hizo un último intento de conservar la dignidad.

—Está incumpliendo la ley, Emerson *Effendi*. Está desafiando a la Bandera Estrellada. Llamaré a la policía.

Emerson soltó tal carcajada que tuvo que apoyarse en la pared.

Ali Murad abrió la puerta maldiciendo por lo bajo. Las ventanas de la habitación estaban cerradas con gruesas persianas de madera. Deduje, por la gran cantidad de polvo que las cubría, que llevaban largo tiempo sin abrirse. No hacía falta luz. A los clientes

potenciales no se les llevaba allí, las mercancías de ese almacén especial se llevaban abajo hasta ellos.

El mobiliario consistía en unas cuantas mesas y estanterías repletas de pequeños objetos. La limpieza del hogar de Ali Murad dejaba mucho que desear. Los artefactos no estaban colocados siguiendo ningún orden en particular: los *ushebtis* se encontraban junto a recipientes de piedra y loza y encima de ostraca. Solo Dios sabía cuánto tiempo llevaba sin barrerse el suelo: la porquería que lo cubría probablemente merecía una excavación por sí misma.

Mientras Emerson se movía lentamente alrededor de la habitación, a la escasa luz de la vela iban apareciendo un objeto tras otro, para luego desvanecerse de nuevo entre las sombras. Se detuvo ante una losa de piedra, cuadrada en los lados salvo por su parte superior redondeada. Se trataba de una estela procedente de alguna tumba, probablemente de la Decimonovena Dinastía, a juzgar por la calidad de la escena esculpida en la parte superior. El resto de la superficie estaba cubierta de inscripciones jeroglíficas.

Escuché un sonido chirriante. Procedía de Emerson, de sus dientes para ser precisos, pero continuó moviéndose sin comentar nada. Su comportamiento estaba poniendo muy nervioso a Ali Murad. Como yo, él sabía que cuando Emerson contenía tanto su temperamento, era porque estaba tramando algo.

Los objetos que había en la habitación eran genuinos, y todos y cada uno de ellos procedían de fuentes ilegales: robados por trabajadores de excavaciones legítimas o saqueados en lugares supuestamente protegidos. Los inspectores como Howard Carter tenían una función imposible de llevar a cabo: no podían custodiar cada tumba y cada templo de Egipto. Por consiguiente, mientras los coleccionistas continuaran estando dispuestos a pagar altos precios por bloques tallados y escenas pintadas, los monumentos continuarían siendo expoliados.

Había apabullantes muestras de tal vandalismo apoyadas de cualquier manera contra la pared del fondo, o yaciendo descuidadamente por el suelo: secciones de pinturas y bajo relieves que habían sido arrancados de las paredes de las tumbas. Reconocí un fragmento, que representaba el sereno perfil y la cabeza elegantemente tocada de un alto aristócrata, como parte de una escena que había contemplado tan solo cinco años atrás en una

tumba en Gurneh.

Me encontraba bastante cerca de Ali Murad, por lo que pude percibir un aumento gradual de la tensión de su postura cuando Emerson comenzó a examinar los fragmentos, acercando la vela a cada uno de ellos por turnos. En un momento dado dejó escapar un suspiro de alivio apenas audible... y luego volvió a contener el aliento cuando Emerson volvió a prestar su atención a una pieza en particular.

Estaba pintada, no tallada. Los colores eran nítidos y brillantes, salvo donde el polvo los empañaba.

Antes de que tuviera tiempo de distinguir los detalles, Emerson se giró bruscamente, manteniendo la vela en alto. Tanto si era su intención como si no, esto tuvo el efecto de acentuar las sombras que recalcaban sus fuertes rasgos que, para empezar, no presentaban una expresión agradable. Tenía un aspecto absolutamente demoníaco.

—¿De dónde lo has sacado?

Ali Murad habló con voz tan entrecortada como lo hubiera hecho Ramsés.

—*Effendi*...

—Te lo voy a sacar de una manera u otra —dijo Emerson.

El rostro de Ali Murad, igualmente distorsionado por las sombras, era una máscara de puro terror. Yo sospechaba que Emerson no era el único al que temía. Atrapado entre la espada y la pared, como suele decirse, jadeó con un frágil hilo de esperanza.

—Todos saben que el Padre de las Maldiciones no utiliza el *kurbash*.

—Por supuesto que no —aceptó Emerson—. El látigo es un arma para débiles. Un hombre fuerte no lo necesita, ni recurre a amenazas vanas. Me dirás lo que quiero saber porque soy el Padre de las Maldiciones y mis amenazas no son vanas. ¿De quién se trata? ¿Mohammed Abd er Rasul? ¿Abd el Hamed? Ah. Eso pensaba. ¿Ves, Murad, qué fácil ha sido?

Se deshizo del abrigo y envolvió cuidadosamente el fragmento pintado con él, antes de tomarlo en sus brazos. El rostro de Ali Murad brillaba de grasiento sudor, pero ante ese acto de flagrante bandidaje acumuló el coraje suficiente para protestar.

—No puede hacer eso. Me quejaré...

—¿A la policía? Venga, vámonos. Voy a violar todos mis principios y voy a permitir que se quede con el resto de su mercancía robada. Ni siquiera les contaré a esos turistas americanos que la cabeza de piedra es una falsificación. Una de las de Abd el Hamed, diría yo, no está nada mal. Coge la vela y alúmbranos el camino hacia abajo.

Abdullah, que seguía de guardia ante la puerta, se hizo a un lado para permitirnos pasar.

—¿Todo va bien? —preguntó en el tono de quien no espera otra cosa.

—Sí, por supuesto —contestó Emerson en el mismo tono. Volviéndose hacia Ali Murad, que sujetaba la vela encendida como un portador de antorchas, le deseó una agradable velada.

No hubo respuesta por parte del mercader de antigüedades. Parecía no darse cuenta de que la cera caliente le goteaba sobre la mano.

Tan pronto como salimos de la tienda, Emerson entregó a Abdullah el fragmento de pintura. Caminaba a mi lado, pero no me ofreció el brazo y no dejaba de mirar a uno y otro lado, inspeccionando a cada viandante y examinando cada oscura puerta. En realidad, yo no creía que Ali Murad nos fuera a atacar para recuperar su propiedad... si se podía llamar "suya". Parecía estar bastante acobardado, por no decir petrificado. Sin embargo consideré más sensato no distraer a Emerson con conversación, así que esperé a llegar al barco y ponernos en camino para hablar.

—No has mirado a ver si había allí más artefactos de esa tumba.

—Hubiera llevado demasiado tiempo. Ya has visto el batiburrillo que había. Quería entrar y salir antes de que el tipo reuniera el coraje suficiente como para pedir ayuda. Con esto es suficiente. Es la prueba de lo que sospechaba.

—Bien hecho, querido. ¿Cómo sabes que este fragmento proviene de la tumba que buscamos?

—Estoy familiarizado —dijo Emerson modestamente— con todas las tumbas de Egipto y con sus relieves decorativos. Este fragmento me resulta desconocido.

La afirmación era tan dogmática que rayaba en la arrogancia. Viniendo de Emerson resultaba convincente, pero no probaba necesariamente sus conclusiones.

—¿Pero la tumba de Tetisheri? —insistí—. Tenía entendido que las tumbas de las reinas de este período no estaban decoradas.

—No se han encontrado tumbas de reinas de este período —replicó Emerson un tanto cáusticamente—. No se sabe *si* estaban decoradas o no, y en su caso tampoco *cómo*. Si das por buena mi conclusión por el momento, te explicaré mi razonamiento en cuanto tengamos la oportunidad de examinar el fragmento más de cerca.

—Por supuesto querido. Ni en sueños me atrevería a cuestionar tus conocimientos.

—Humm —dijo Emerson—. Estamos en el camino correcto, Peabody, no tengo la menor duda. El siguiente paso es... esto... persuadir a Abd el Hamed para que me cuente quién de los saqueadores locales le llevó el fragmento.

—Y entonces... esto... persuadiremos al saqueador para que nos conduzca hasta la tumba. ¡Oh, Emerson!

—Puede que no sea tan sencillo, Peabody.

—No —admití—, ya que hay por lo menos dos bandas de criminales detrás de nuestra tumba. Una desea ayudarnos, la otra...

—Amelia —el barquito había arribado a la orilla suavemente, pero Emerson no se levantó. Volviéndose, me cogió las manos y se inclinó hacia mí. Supe claramente, incluso antes de que hablara, que su intención no era tener un gesto romántico—. Sé lo que estás pensando, Peabody. No lo digas. Ni siquiera lo pienses.

—No tenía intención de decir nada por el estilo, Emerson. Sé que la mera mención del nombre de ese hombre hace que te enfades.

—¿Qué nombre? —el grito de Emerson reverberó en la tranquila noche—. Nunca hemos sabido su nombre, solo una colección de alias... varios de ellos inventados por ti. ¡Maestro del Crimen, por favor!

—Sus hombres le llamaban el Maestro, Emerson, no puedes negarlo.

—No estoy negando nada —declaró Emerson con poca sinceridad—. Por todos los diablos, Peabody, sabía que estabas pensando en Sethos cuando comenzaste a repetir esa afirmación absurda de Riccetti. ¡En serio, ayudarnos! ¡Nadie nos va a ayudar! Riccetti mentía y Sethos está muerto. ¿Por qué insistes en esa visión romántica de ese granuja? ¡Solo acudió en tu rescate porque te

quería para él, ese canalla despreciable! Hizo todo lo que estuvo en su mano para exterminarme. Amelia, ¿puedes, por favor, dejar de revolverte así? No me estás prestando atención.

—Estás gritando, Emerson. Y me estás estrujando las manos bastante dolorosamente.

Él relajó el apretón. Se llevó mis manos a los labios y besó los dedos, uno por uno.

—Perdóname, querida. Admito que he sentido algún vago toque de celos ocasional, sin importancia, a causa de ése... —echó un vistazo a Abdullah por encima de su hombro—. ¿Por qué sonríes, Abdullah?

—No sonrío, Padre de las Maldiciones. Es la luz.

—Ah. Y —Emerson continuó—, durante una temporada me pregunté si realmente estaba muerto.

—Vimos como moría, Emerson.

—No me extrañaría que hubiera sobrevivido aunque solo fuera para fastidiarme —declaró Emerson—. Sin embargo, la reaparición de Riccetti demuestra que la organización de Sethos no tiene líder. Los buitres se están agrupando.

—¡Qué extraordinario, Emerson! Esa misma metáfora se me ocurrió la otra noche.

—Eso no me sorprende en absoluto.

—¿Entonces admites que Riccetti puede no ser el único villano que está intentando hacerse con el tráfico ilegal de antigüedades? ¿Que el señor Shelmadine era un rival para Riccetti y fue vilmente asesinado con el objeto de evitar que divulgara información?

—Maldita sea, Peabody, déjalo ya. No admito nada de todo eso. No tengo ni la más remota idea de por qué Shelmadine vino a vernos, ni tú tampoco la tienes. Y no tengo fuerzas para escuchar el tipo de teorías que seguramente vas a proponerme.

Se produjo un breve silencio.

—¿Te encuentras bien, Peabody? —Preguntó Emerson—. No me has interrumpido.

—Nuestra discusión había llegado a un punto muerto —dije—. No disponemos de información suficiente como para llegar a ninguna conclusión, salvo que, obviamente, están implicados dos grupos distintos de criminales. Unos desean ayudarnos, los otros...

—No seas tonta, Amelia —gruñó Emerson—. Eso lo dijo Riccetti

y yo no me lo creo porque...

No completó la frase. La quietud de la noche se vio quebrada por un penetrante y agudo chillido. A este le siguieron sonidos de violentos forcejeos, fácilmente identificables para mí, ya que había llegado a acostumbrarme a ellos. Su origen no era difícil de localizar. Habíamos arribado todo lo cerca de la *dahabiyya* que Daoud había podido.

Me percaté de ese último detalle mientras saltaba del barco ágilmente. La lodosa orilla era bastante resbaladiza: solo el apoyo de mi fiable sombrilla evitó que me cayera hacia delante. Emerson no me había esperado: se encontraba ya a cierta distancia, acortando terreno a grandes saltos. Justo cuando alcanzó la base de la pasarela, una forma oscura bajó corriendo por ella, tan precipitadamente que derribó a Emerson, a quien pilló desprevenido.

Yo dudé por un momento, incapaz de decidirme entre perseguir al fugitivo, atender a mi esposo caído o averiguar lo que había ocurrido a bordo. Un nuevo chillido agudo desde la cubierta terminó de decidirme. Emerson se puso en pie y, chorreando barro y maldiciendo vehementemente, me precedió por la pasarela.

Alguien había tenido la presencia de ánimo de ir a buscar una lámpara. Nefret era quien la sostenía, con pulso firme aunque su rostro aparecía tan blanco como su camisón. A su luz pude presenciar una escena que parecía la conclusión de un melodrama teatral. Había sangre salpicada por la cubierta y cuerpos caídos por todas partes.

*Bastet*, la gata, permanecía sentada junto a uno de los cuerpos, con las orejas levantadas y un brillo misterioso en los ojos. El cuerpo se agitó y se sentó.

A Ramsés le sangraba de nuevo la nariz. Le habían arrancado la mitad de la *galabiyya* que llevaba puesta a modo de camisa de dormir, descubriendo sus estrechos hombros. Llevaba un delgado cuchillo en la mano derecha.

Aparté la mirada de mi hijo para observar la forma inconsciente de Gertrude Marmaduke y a continuación el tercer cuerpo yacente. La sangre desdibujaba sus facciones, pero reconocí las costillas, el dedo del pie infectado y las espinillas llenas de heridas.

—¡Ramsés! —grité—. ¿Qué has hecho ahora?

# Capítulo 5

***"La caída fatal de un Fellah".***

—Te pido perdón, Ramsés —dije—. En la confusión del momento hablé sin pensar. Sé, por supuesto, que nunca serías tan poco civilizado para llevar un cuchillo o usarlo en una criatura viva.

—Sus disculpas han sido escuchadas y aceptadas, madre. Aunque si debo decir la verdad...

Emerson amortiguó el resto de sus palabras presionando una tela sobre su cara.

—Sostén esto en su lugar, Ramsés, detendrá el sangrado.

Eché un vistazo brusco a Ramsés. Solo una despeinada masa de rizos y un par de amplios ojos negros eran visibles sobre la tela. La "verdad" que él había estado a punto de decir podría ser un comentario sobre mi propio hábito de llevar un cuchillo (una cosa totalmente diferente) o la admisión de algo que prefería no escuchar, así que no insistí. Habiendo observado que la hemorragia nasal parecía ser la más grave de sus heridas, concentré mi atención en el otro muchacho, que se encontraba en un estado mucho peor.

Emerson había llevado a David al cuarto de Ramsés y lo había acostado en la cama. Fui menos delicada con mi tercera paciente, abofeteando sus mejillas hasta que se recuperó de su desmayo, luego la empujé a su cuarto y le ordené que permaneciera allí hasta que yo regresara. El camarote de Ramsés estaba incómodamente atestado con nosotros cinco allí reunidos. Abdullah había llegado a la escena a tiempo de ver a Emerson levantar el flojo y sangrante cuerpo del muchacho. Aunque ninguna palabra escapó de sus labios, nos había seguido a la cabina y yo no tuve corazón para despedirlo. Él se había retirado a un rincón donde permaneció de pie como una estatua majestuosa, con los brazos cruzados sobre su

pecho y el rostro impasible.

—¿Cómo está? —preguntó Emerson, inclinándose sobre la cama.

—Él está, utilizando la palabra en su sentido literal, hecho un sangriento desastre —contesté—. Desnutrido, exhausto, magullado y sucio. El cuchillo de su atacante infligió dos heridas. La herida de la espalda es poco profunda, pero esta cuchillada en la sien necesitará puntos. Lo mejor es que lo haga mientras aún está desmayado. Por favor, Nefret, trae una palangana de agua limpia.

Obedeció rápida y eficazmente, vaciando el agua ensangrentada en un cubo y aclarando la palangana antes de volver a llenarla.

—¿Qué más puedo hacer? —preguntó ella.

Su voz era tranquila y sus manos estables, el color había regresado a su cara. No había peligro de que se desmayara ante la vista de la sangre.

—Podrías ver a Ramsés —dije.

Ramsés se puso de pie de un salto y retrocedió, envolviéndose con los jirones de su traje.

—No necesito que me vean —dijo él, la dignidad glacial de las palabras fue algo estropeada a causa de su cara manchada de sangre y las ropas rasgadas—. Soy absolutamente capaz de cuidar de mí mismo si así fuera necesario, lo cual no es el caso, ya que el único daño fue hecho a mi apéndice nasal.

—Humm, sí —dijo Emerson, distraído por esta admisión sincera —. Deberé enseñarte como protegerte contra ese golpe en particular, Ramsés. Tu nariz parece particularmente...

—Ahora no, Emerson, por el amor de Dios —interrumpí—. Déjalo así, Nefret.

Nefret había arrinconado a Ramsés en una esquina.

—Solo quiero ayudarlo, tía Amelia. Se está comportando como un niñito tonto. Estoy completamente acostumbrada a la vista de...

—Te dije que le dejaras. Trae la lámpara, no puedo enhebrar esta aguja. Ramsés, lávate la cara y luego cuéntame que ha pasado.

—Estaba en guardia, como padre instruyó —explicó Ramsés—. Asumí que quería decirme que tuviera cuidado con David. Había estado siguiéndonos todo el día.

—¿Qué? —Grité.

—Intentó, como se dice, perderse entre la muchedumbre. Su intento fue un fracaso, ya que yo estaba preocupado. Creí posible

que Abd el Hamed lo hubiera enviado para espiarnos. —En mayor o menor medida, Ramsés completó sus abluciones, ajustó modestamente su túnica y se puso en cuclillas junto a la cama al modo árabe—. Después de apagar la lámpara, *Bastet* y yo tomamos posiciones junto a la ventana. La noche era tranquila, el aire fresco y frío; mis sentidos estaban en su mayor agudeza, ya que me había apresurado a retirarme mucho antes de la hora a la que estoy acostumbrado. Y si puedo observar al respecto...

—No, no puedes —dije, sin alzar la vista.

—Sí, madre. Me senté, como dije, junto a la ventana, y aunque mi mente estaba ocupada con temas filosóficos, sobre los que me explayaría si creyera que me lo permitirían, no interfirieron ni en lo más mínimo en mi concentración. Fue *Bastet* quien me avisó de la llegada de un intruso, como yo había anticipado que haría, ya que sus sentidos son más agudos que los de cualquier humano. Su suave gruñido y el erizamiento del pelaje a lo largo de su columna me alertaron. Al poco fui recompensado al ver aparecer una cabeza sobre la borda. La cabeza fue seguida de un cuerpo cuando el individuo se impulsó sobre cubierta, y justo en ese instante reconocí a David, pero aunque me esperaba que fuera él, no soy tan imprudente como para saltar...

—Ramsés —dije.

—Sí, madre. David, supe que era él por su perfil y la forma en que se movía, se arrastró hacia los camarotes. Permanecí inmóvil, ya que temí que una actuación precipitada pudiera permitirle escapar de mí. Mientras esperaba a que se acercara a mi alcance donde pudiera agarrarlo, me sobresalté un poco al observar aparecer otra cabeza y otra forma más abultada que trepaba por la borda. Me enfrentaba, así lo creí en ese momento, con dos oponentes; estaba considerando mis opciones cuando el segundo individuo saltó hacia adelante y vi que la luz de la luna hacía brillar un objeto en su mano levantada. Salvé la vida de David —dijo Ramsés, sin falsa modestia—, debido a que mi grito de advertencia le permitió girar a un lado de modo que el cuchillo rozó su espalda en vez de entrar en su corazón. Esperaba que el atacante escapara al oír mi voz, pero se inclinó sobre David, que yacía caído sobre la cubierta y golpeó otra vez. Así que salté por la ventana y luché cuerpo a cuerpo con el tipejo.

—¡Cielos, Ramsés! —exclamé—. Eso fue valeroso, pero muy tonto.

Ramsés concluyó que era aconsejable revisar su declaración.

—Ehh... la palabra "lucha" no es precisamente exacta, madre. El tipo logró asestarme un golpe... en mi nariz, como ve... antes de que yo... eh... le diera una patada.

—¿Dónde? —preguntó Nefret inocentemente.

—Deja de tomarle el pelo, Nefret —ordené—. Bien hecho, Ramsés. Generalmente deploraría cualquier desviación de las reglas del combate civilizado, si puede haber tal cosa, pero cuando un combatiente es un hombre grande con un cuchillo, inclinado al homicidio y el otro es un pequeño...

—Perdóneme, madre —dijo Ramsés, ruborizándose—. ¿Desean que prosiga con mi narración?

—No en este momento —dijo Emerson—. El muchacho está despierto, Amelia.

Cuando volví mi atención a David vi que sus ojos estaban abiertos.

—Tendré que limpiar y coser esta herida de tu cabeza —dije en mi mejor árabe—. Será doloroso.

—No —dijo el muchacho con los dientes apretados—. No necesito su ayuda, *Sitt*. Déjeme ir.

—¿Por qué has venido, David? —preguntó Emerson.

—Querido, no deberías preguntarle eso ahora, sufre dolor y requiere...

—No tengo nada en contra de tu ética médica o tus intenciones altruistas —contestó Emerson, ahora hablando en inglés, tal como yo lo había hecho—. Puedes medicarlo, vendarlo y coserlo tanto como gustes, pero primero es esencial averiguar la razón por la que fue atacado y que yo tome las medidas necesarias para prevenir futuros atentados contra él... o contra uno de nosotros. ¿Bien, David? Escuchaste mi pregunta.

La última oración fue hecha otra vez en la lengua natal de David, pero sospeché, por la forma en que el muchacho apretó los labios, que al menos había entendido algunas de las palabras del discurso precedente. Abdullah ciertamente sí.

Emerson no repitió la pregunta, esperó de pie tan inflexible como un juez. Entonces Ramsés se puso de rodillas y los ojos de

David se dirigieron hacia él. Durante un momento, tuve la extraña impresión de que estaba viendo a mi hijo reflejado en un espejo que le mostraba, no como él era, sino como podría haber sido si la dura vida y la pobreza le hubieran cambiado. Sus ojos y los de David eran casi idénticos en color y forma, con la misma franja de oscuras y gruesas pestañas.

Ninguno habló. Tras un momento, Ramsés reanudó su posición en cuclillas y David miró a Emerson.

—Después de que usted se fue, Abd el Hamed intentó pegarme —murmuró—. De un golpe le quité el palo de las manos y escapé.

—Te había pegado antes —dijo Emerson.

—Sí. Había huido antes.

—Pero antes siempre regresabas —dijo Emerson.

—No tenía a dónde más ir —exclamó Nefret—. ¿Debe continuar, Profesor? Es obvio que él...

—No, querida, esto no es obvio —fue la respuesta amable pero firme—. Podría haber acudido a la familia de su madre. ¿No es verdad, Abdullah?

Abdullah asintió, pero su cara era tan severa que solo alguien que lo conociera tan bien como yo habría sido capaz de percibir la emoción más suave que él estaba avergonzado de mostrar. Podía entender por qué David, que conocía a la familia de su madre solo por los discursos amargos de su padre, no quiso buscar refugio con ellos. Y algo le había pasado al muchacho ese día, la gentil preocupación de Nefret, el interés y la oferta de ayuda de Emerson, hasta la vulgar e infantil pelea con Ramsés, no un evento solitario, sino la combinación de todos, quizás sin que él fuera consciente de ello había afectado su decisión.

—Humm —dijo Emerson, que conocía a Abdullah tan bien como yo—. Así que decidiste aceptar mi oferta de ayuda. ¿Por qué esperaste hasta la noche?

—No vine a pedirle ayuda —dijo David arrogantemente—. Pensé en las cosas que usted dijo... todo el día, mientras estaba escondido en las colinas, pensé en ellas y pensé: veré al *Inglizi* otra vez, hablaré con ellos otra vez, y luego quizás... Pero habría sido estúpido venir abiertamente a la luz del día; sabía que Abd el Hamed me buscaría, intentaría cogerme y llevarme de regreso. No sabía que llegaría a estos extremos...

—¿No sabes por qué prefiere verte muerto antes que fuera de sus manos?

—No lo sé. Quizás no era Abd el Hamed. No sé quién era, o por qué...

Su voz se volvió ronca y débil. Así que firmemente dije:

—Suficiente, Emerson. Coseré este corte y luego tendrá que guardar reposo. Sujétalo. Ramsés, siéntate a sus pies.

Pero antes que las grandes manos bronceadas de Emerson pudieran cerrarse sobre los hombros huesudos del muchacho, fue apartado a un lado y Abdullah tomó su lugar.

Teniendo considerable práctica curando a Emerson, hice un decente trabajo de costura. David no gimió ni movió un músculo, con su abuelo observándolo no habría lanzado un grito ni aunque yo hubiera tenido que amputarle la pierna. Pero se desmayó cuando acabé, y la frente de Abdullah estaba perlada de sudor.

Tenía ganas de ponerme a trabajar con el muchacho con una pastilla de jabón y un cepillo de fregar, pero decidí ahorrarle ese ejercicio hasta que descansara. Unas gotas de láudano, a las que estaba demasiado débil para resistirse, me aseguraron que descansaría. Así que mandé a los demás a sus cuartos.

—Este *es* mi cuarto —dijo Ramsés.

—Cierto. Puedes dormir en el sofá del salón.

—Si me permite hacer una sugerencia, madre, podría ser lo mejor para mí que durmiera aquí, en el suelo. De esa manera...

—No necesitas indicar las ventajas de tu sugerencia —dije algo bruscamente (ya que creía haber detectado un deje sarcástico en su oración introductora)—. Es una buena. Hay mantas extras en el armario de mi habitación. Despiértame si hay algún cambio.

—Sí madre.

Esperé a que Nefret saliera y Emerson se marchara con Abdullah antes de decir:

—¿Estás herido, Ramsés? Sé sincero, por favor. Negarlo, de ser falso, sería tonto, no valeroso.

—No estoy herido. Gracias por preguntar.

—Ramsés.

—¿Sí, madre?

Él se puso rígido cuando lo abracé, pero no por el dolor, y después de un momento me dio a cambio un abrazo torpe.

—Buenas noches, Ramsés.

—Buenas noches, madre.

Encontré a Emerson en el pasillo.

—¿Qué dijo Abdullah? —pregunté.

—Nada. Está hecho trizas por el muchacho, pero es demasiado orgulloso para admitirlo. Maldita sea el viejo tonto obstinado, ¡se comporta más como un inglés que como un egipcio! Los árabes por lo general no son tan reticentes a la hora de expresar sus emociones. Si antes hubiera sido más afectuoso con el muchacho, David podría haber acudido a él en vez de venir aquí. Estoy dispuesto a aceptar las explicaciones de David hasta cierto punto, pero no explican la ferocidad del ataque contra él. ¡Y te lo pido, Peabody, no comiences a inventar teorías! No estoy de humor para escucharlas y quiero echarle una mirada más cercana a ese fragmento de pintura mural. Daoud lo ha llevado a nuestra habitación.

—Daoud no ha vuelto a Gurneh, espero. Le quiero...

—¿Por qué clase de idiota me tomas? Está en la cubierta, fuera de la ventana de Ramsés. Te digo Peabody, que Ramsés lo hizo bien esta noche, ¿verdad? Espero que se lo hayas dicho.

—No había necesidad de que yo se lo dijera. Solo déjame comprobar a Gertrude un momento y luego te acompañaré.

Gertrude estaba dormida o pretendía estar dormida. Fui a nuestra habitación.

—Está dormida.

—O fingiendo estar dormida.

—Ja —dije, desabotonando mi chaqueta—. ¿Así que se te ocurrió la posibilidad, verdad?

—Ciertamente. En este momento estoy preparado para sospechar de todo el mundo y prácticamente de todo. ¿Qué hacía en la cubierta, desmayada?

—Supongo que ella afirmará que el grito de advertencia de Ramsés a David la despertó, y que la vista de la sangre causó su desmayo. Creo que deberíamos despedirla. O es una espía, en cuyo caso es peligrosa, o es inocente, en cuyo caso es un maldito fastidio.

Después de quitarme las prendas exteriores me puse una bata sobre mis enaguas; creí sabio estar preparada para la acción por si fuera convocada por la noche. Por una vez Emerson no prestó ninguna atención a esta actividad, que por lo general le interesaba

mucho. Estaba inclinado sobre la mesa, estudiando el fragmento pintado.

—Echa un vistazo, Peabody.

—Oh, querido —exclamé—. Ese es un rey, Emerson, no nuestra reina Tetisheri. El tocado nemes y la serpiente uraeus en su frente...

—Cierto. Solo quedan rastros del cartucho, pero es probable que sea el marido de Tetisheri. Él estaría representado en su tumba y probablemente su nieto Ahmose aparecería también, si ella vivió durante su reinado y fue sepultada por él.

—¡Por supuesto! —Me incliné para examinar los detalles más estrechamente—.Es un trabajo hermoso ¿verdad? No tenía idea de que los artistas de ese período fueran tan expertos.

Emerson frunció el ceño y manoseó la hendidura de su barbilla.

—Yo tampoco. Esto me hace preguntarme si... Oh, diablos, Peabody, no me molestaré en pronunciar una conferencia a esta hora de la noche. El mero hecho de que no reconozca esta pieza es prueba suficiente de que viene de una tumba no descubierta.

—Por supuesto, querido. ¿Nos atrevemos a esperar que el resto de la tumba esté decorada del mismo modo?

—Lo desconozco. Sin embargo, esto ciertamente forma parte de una escena más grande. ¿Estabas buscando algo para animar a Evelyn, no es así? Creo que esto podría funcionar.

—¡Vaya, Emerson! —grité—. ¿Qué quieres decir?

—Debemos empezar a reunir personal cualificado, Peabody. Necesitaremos con certeza un artista. Carter es un copista excelente, pero no puede descuidar sus otros deberes. Necesitamos a Evelyn, es hora de que reanude la carrera que abandonó cuando se casó con Walter. También le necesitaremos a él... habrá inscripciones, posiblemente papiros. —Emerson había comenzado a caminar a zancadas por la habitación de un lado para otro con los ojos brillantes—. Telegrafiaré por la mañana.

—¿Así que son tus propios motivos egoístas la razón por la que propones esto?

Emerson dejó de caminar de un lado a otro y me miró seriamente.

—Muy cierto, aparte del hecho que pienso que Evelyn tiene un talento peculiar para capturar el espíritu así como los detalles de la pintura egipcia, esto es exactamente lo que necesita en este

momento: distracción, trabajo duro, elogio. Pero no aceptará a menos que podamos convencerla de que nos está prestando un servicio. Debes persuadirla.

Lágrimas de admiración nublaron mis ojos mientras miraba afectuosamente a Emerson. Él es tan grande y tan fuerte que incluso yo de vez en cuando pierdo de vista su sensibilidad y percepción subyacente. Pocos hombres habrían entendido las necesidades de una mujer con tanta precisión. (Desde luego, a menudo él necesitaba que le recordara mis necesidades, pero se le podía perdonar por creer que soy única). Había dado en el clavo. El trabajo duro, la apreciación, el ejercicio de su talento dado por Dios y un olorcillo de peligro como pimienta, era exactamente lo que Evelyn necesitaba, y lo que ella en secreto anhelaba. Me encontré recordando cierta gran sombrilla negra. Nadie sabía que Evelyn poseyera una hasta que se vio obligada a usarla para golpear a un ladrón y hacerlo entrar en vereda.

—Has dado en el clavo, Emerson —dije—. Ambos telegrafiaremos por la mañana. Pero si no localizamos la tumba...

—La localizaremos, Peabody.

—¿Cómo?

—Es tarde, querida. Ven a acostarte.

* * *

Me levanté con el alba, inspirada hasta más allá de mi energía habitual por las interesantes actividades que me esperaban. Enemigos a la distancia de mi mano, un sufriente paciente aguardando mis atenciones, la persuasión a Evelyn... y una tumba real que encontrar y rescatar. ¡Probablemente tendríamos que pelear con la mitad de la población de Gurneh cuando la localizáramos! Las perspectivas eran encantadoras.

Dejando dormido a Emerson me apresuré a ir al cuarto de Ramsés, donde encontré a ambos muchachos despiertos y capté parte de su conversación en voz baja, si podía llamarse conversación cuando Ramsés era quien conducía toda la conversación. Después de examinar al paciente decidí que lo primero que se debía hacer era alimentarlo. Solicité a Ramsés que trajera una bandeja. Esto pareció sorprender mucho a David. Supongo que no estaba acostumbrado a ser servido. Comió con buen apetito y cuando terminó expliqué mis siguientes intenciones.

Después de un poco de animada discusión, Ramsés sugirió que le dejara el trabajo a él. Al principio protesté, debido a que Ramsés aún tenía que demostrar su propia capacidad para lavarse a sí mismo, lo que hacía muy difícil que lo hiciera con otra gente, pero la expresión de David me advirtió que lucharía como un tigre si yo insistía. Nada menos que una inmersión completa y remojo prolongado tendrían el efecto deseado, así que lo abandoné a los tiernos cuidados de Ramsés y me marché para disfrutar de mi propio desayuno.

Los demás ya se habían reunido, y después de informarles sobre la condición de mi paciente, Gertrude dijo dubitativa:

—Deseo disculparme, señora Emerson, por mi comportamiento cobarde de anoche. Fue una conmoción descubrir esa escena terrible. Pero debería haber tenido mejor control de mí misma. Prometo que esto no ocurrirá una segunda vez. El Profesor me ha contado lo del pobre muchacho. ¿Desea que hoy me siente con él mientras usted realiza sus actividades arqueológicas?

—No es necesario —contestó Emerson—. Hoy requiero su ayuda, señorita Marmaduke. Reúna su equipo, cruzaremos a Luxor después del desayuno.

—Sospechoso —refunfuñé, después que ella se marchara—. Muy sospechoso, Emerson.

—Todo te parece sospechoso, Peabody.

—No confío en esa mujer —declaró Nefret—. Anoche llegó a cubierta antes que yo. ¿Qué estaba haciendo allí?

Con los codos sobre la mesa, Emerson dijo:

—No lo sé. ¿Qué estaba haciendo?

—No tuvo tiempo de hacer algo, yo casi le pisaba los talones. Tan pronto como me vio gritó y se cayó. Pero si yo no hubiera llegado cuándo lo hice ¿quién sabe qué podría haber pasado? —Los ojos de Nefret brillaron—. No la deje a solas con David, Profesor. Su oferta de sentarse con él fue muy sospechosa.

Emerson miró de Nefret hacia mí y de regreso a Nefret.

—Esto es como oír un eco —refunfuñó él—. Comienzo a preguntarme si soy bastante fuerte para manejar a dos de vosotras. Ah, bien. “Haré lo que pueda”. ¿Supongo que Ramsés comparte tus dudas sobre la señorita Marmaduke? Sí; lo hace. Bien, no te preocupes por David. Uno de nuestros hombres estará de guardia y

hasta que yo esté seguro de los motivos de la señorita Marmaduke, la vigilaré estrechamente. ¿Por qué crees que me voy a llevar con nosotros a la maldita mujer?

* * *

Cuando regresé al cuarto de Ramsés encontré a David de vuelta en la cama, llevando una de las *galabiyyas* de Ramsés. Tenía el aspecto de una persona que acaba de ser sometida a la clase más agónica de tortura y no emitió objeción alguna cuando lo examiné, por supuesto, con la consideración debida a su dignidad. Sus contusiones, cortes y raspaduras requerían atención mínima, pero el dedo del pie ulcerado se veía aún más repugnante ahora que había sido lavado. Le faltaba la uña y la infección era profunda. Cuando terminé de limpiarlo y vendarlo, Emerson machacaba la puerta exigiendo que me apresurara.

Le invité a entrar.

—Estoy casi lista, Emerson. David, quiero que tomes esta medicina.

—¿Láudano? —Con las manos en sus caderas, Emerson me observó con recelo—. ¿Estás segura que es prudente, Peabody?

—Sufre mucho dolor, aunque él no quiera admitirlo —contesté —. Necesita descansar.

—¡No! No debo... —David se detuvo forzosamente, ya que le había pellizcado la nariz con mis dedos y había echado meticulosamente el líquido por su garganta.

—No te preocupes —dijo Emerson—. Uno de tus tíos o primos o quienquiera que sea, estará de guardia. Estás seguro aquí. ¿Hay algo más que quieras decirme?

—No, Padre de Maldiciones. No sé...

—Hablaremos más tarde —dijo Emerson—. Venga, Peabody... Ramsés.

—Confío —dijo Ramsés tan pronto como yo cerré la puerta—, que no lo haya medicado porque sospeche que intentará escapar, madre. No lo hará.

—Te dio su palabra, supongo —dije sarcásticamente.

—Sí —dijo Ramsés—. Y yo le he prometido que si permanece con nosotros le enseñaré cómo leer jeroglíficos.

No hubo tiempo para seguir con la conversación. Gertrude y Nefret estaban esperando y Emerson nos apresuró a subir al bote.

Ramsés comenzó a dar una conferencia sobre los templos de Luxor y habló sin interrupción durante todo el viaje. Esto me dio la oportunidad de reunir mis propios pensamientos, los cuales necesitaban organización. ¡Cuán ocupados habíamos estado y cuántas cosas debían hacerse! La identificación del aspirante a asesino de David tenía principal importancia, no solo para prevenir asaltos adicionales, sino para saber por qué alguien estaba tan decidido en hacer que él guardara silencio. Podríamos conseguir esa información del mismo muchacho, si él quisiera hablar... y si lo supiera.

Primero, sin embargo, eran los telegramas a Evelyn y Walter. Leyendo rápidamente por encima del hombro de Emerson mientras él escribía, me vi impulsada a murmurar:

—¿Emerson, realmente crees que es inteligente decir que hemos encontrado una tumba real desconocida? No dudo que el contenido de este mensaje será de conocimiento público en todo Luxor antes del anochecer y muy poco después en El Cairo. Cada ladrón de Gurneh estará tras nuestra pista, y M. Maspero estará muy enojado con nosotros por no informarle de inmediato y además...

—Escribe tu propio mensaje, Peabody y déjame esto a mí —dijo Emerson, frunciendo el ceño de manera autoritaria.

Y eso hice. Se me ocurrió una explicación para su comportamiento. Lo habría pensado antes si hubiera creído que Emerson era capaz de tal disimulación sutil.

La oficina de telégrafos estaba localizada cerca del hotel Luxor, y Emerson sugirió que tomáramos el café en el jardín del hotel. Esta actitud tan parsimoniosa era tan impropia de él que supe al instante que tramaba algo... varios “algos”, como resultó al final.

—No hay mucha gente a esta hora —comentó él, contemplando los dispersos turistas en las otras mesas.

—La mayoría ha salido ya para Karnak o hacia la orilla oeste —dije, enganchando mi sombrilla en el respaldo de la silla—. Solo los huéspedes perezosos, que están más interesados en el libertinaje que en aumentar sus conocimientos, se levantarían tan tarde.

—Es un lugar hermoso —dijo Gertrude, como si estuviera soñando—. ¿Cómo se llaman esas flores púrpuras que caen en cascada sobre la pared detrás nuestro, señora Emerson?

—Buganvillas —contesté (ya que la botánica es uno de mis

pasatiempos favoritos)—. El clima es tropical, lo cual permite el cultivo de flores exóticas como ésta, así como flores familiares de nuestros jardines ingleses.

Emerson miraba a la gente ir y venir. Impacientándose, interrumpió mi conferencia.

—¿Te importa, Peabody? Es hora de contar a la señorita Marmaduke y a los niños nuestros proyectos.

—Procede, querido —dije, preguntándome qué diablos eran "nuestros" proyectos.

Dar rodeos no es un hábito propio de Emerson.

—Conozco la posición precisa de la tumba —dijo él.

Nefret y Gertrude respondieron con las exclamaciones de admiración que un caballero espera de las féminas cuando él ha hecho algo para impresionarlas. Ramsés respondió con una pregunta.

—¿Y cómo determinó esa información, padre, si puedo preguntar?

—Tengo mis métodos —dijo Emerson, tratando de parecer misterioso—. En cuanto a dónde... Descubrirás la respuesta a eso mañana por la mañana, cuando os lleve al sitio. Hasta el momento, señorita Marmaduke, yo soy la única persona que conoce la posición precisa. Ni siquiera la señora Emerson conoce mi secreto, por el simple motivo de que el conocimiento podría ponerla en peligro. Inexperta como es usted, no puede entender lo lejos que pueden llegar los ladrones locales para conocer un secreto así.

Gertrude se inclinó hacia adelante, sus manos entrelazadas como si fuera a rezar.

—Pero con seguridad, más personas tendrán la información...

—Prefiero ser el único en correr peligro —dijo Emerson heroicamente—. No sugerirá que yo pondría en peligro a mi esposa o mis inocentes niñitos compartiendo esa información mortal.

Nadie que me conociera en lo más mínimo podría creer un discurso tan idiota, y el intento de Ramsés por parecer inocente estaba lejos de ser convincente. Gertrude podría haber insistido si no fuera porque la distrajo una exclamación de Nefret. Solo fue un sofocado «¡Ah!» pero fue pronunciado en tono lo suficientemente intenso como para atraer mi mirada hacia el individuo cuya aparición lo había ocasionado.

Él nos había estado observando y ahora avanzaba con el sombrero en la mano y el rostro dominado por una sonrisa.

—¡Qué placer tan inesperado! —exclamó—. Buenos días, Profesor y señora Emerson, señorita Forth, señorito Emerson. No me atrevo a esperar que me recuerden...

—Buenos días, señor Edward —contesté, dando un fuerte pisotón al pie de Ramsés. El impacto consiguió un brusco «Señor» por parte de él, lo cual era mucho más de lo que yo razonablemente podría esperar. El saludo de Nefret consistió en una sonrisa y un hoyuelo.

Emerson lo miró de arriba abajo, desde su cabeza rubia hasta sus botas pulidas.

—Buenos días. Nos conocimos el año pasado, creo. Usted estaba con la Expedición Northampton.

—Me halaga, señor, que pueda recordar un encuentro tan breve.

—¿Usted, un arqueólogo? —exclamé con sorpresa.

El joven se rió amablemente.

—No merezco esa honorable designación, señora Emerson, aunque lo anhele. Lord Northampton es un pariente lejano de mi madre o para expresarlo de otra forma, yo soy un pariente pobre muy distante. Él fue lo suficientemente generoso como para emplearme como fotógrafo la temporada pasada.

¡Cuán amargamente lamenté haber dejado que su idolatrado guardián conociera el comportamiento escandaloso de Nefret con esta persona! Ahora era demasiado tarde, la mirada calculadora del rostro de Emerson me aclaró sus intenciones. De hecho, me pregunté si habría venido al jardín con la esperanza de reunirse con sir Edward. Podría haber conseguido la información de todos los recién llegados a Luxor. (Y en efecto, lamenté mucho no haber hecho lo mismo. Los buitres se reunirían...)

Sir Edward permaneció de pie, humildemente. Emerson le señaló una silla.

—Ese automóvil suyo... —comenzó a decir él.

—No es mío, Sir; es propiedad de un amigo que a veces me permite conducirlo. Los parientes pobres...

—Sí, sí —prorrumpió Emerson—. ¿Qué opina, cuáles son las posibilidades de conseguir un vehículo de este tipo en Luxor?

—¡Santo Dios, Emerson! —Exclamé—. ¡Qué idea tan ridícula!

Aunque pudieras conseguirlo, ¿qué harías con uno?

Sir Edward me miró. Parecía intentar formar una respuesta que no ofendiera a ningún bando.

—Uno así necesitaría neumáticos especiales para viajar por el desierto, por supuesto. Pero son vehículos resistentes, el año pasado Stanley Steamer subió con uno hasta la cumbre del Monte Washington.

—¿Nombrado en memoria de un miembro de su familia, quizás? —pregunté con un nivel perdonable de sarcasmo.

—Así lo tengo entendido —fue la llana respuesta—. El primer presidente americano fue descendiente de...

—Volviendo al tema del automóvil —dijo Emerson.

—Emerson —dije bruscamente—. Te olvidas de tus buenos modales. Creo que la señorita Marmaduke aún no ha sido presentada al caballero.

Ambos asintieron a las presentaciones con visible indiferencia. ¿Muy sospechoso o no? Ella no era la clase de dama que atraía el interés de un pobretón hijo menor. Sir Edward, sin embargo, era la clase de caballero que atraía el interés de cualquier mujer. Decidí que únicamente la reacción de Gertrude era sospechosa.

—Entonces estaba en Drah Abu'l Naga con el señor Newberry —dije, esperando distraer a Emerson del automóvil.

Tuve éxito, por el momento.

—¿Estaba presente cuando ocurrió el accidente mortal? —preguntó Emerson.

—¿Accidente? —Sir Edward parecía tan desconcertado como me sentía yo. Era la primera vez que escuchaba algo semejante—. No hubo ningún accidente serio, Profesor. Fuimos singularmente afortunados en este sentido.

—Uno de sus trabajadores encontró la muerte al caer del acantilado —dijo Emerson—. Yo llamaría a eso un accidente mortal.

—Ah, eso. —La cara del joven se despejó—. Sin lugar a dudas. Pero tales cosas ocurren. Creo que no, aunque la fecha exacta se me escapa, creo que no estuve presente ese día. ¿Es verdad, señor, que planea trabajar allí este año?

—¿Cómo se ha enterado? —preguntó Emerson.

—Por el señor Newberry —fue la pronta y fácil respuesta—. Fue

muy amable conmigo el año pasado y le visité antes de salir de El Cairo. Busco empleo, ya ve, y esperaba que él me recomendara.

Emerson abrió la boca. Yo me apresuré a decir:

—¿Cuánto tiempo permanecerá en Luxor, Sir Edward?

—Todo el invierno, si soy lo suficientemente afortunado de encontrar un puesto. Nosotros los parientes pobres debemos trabajar para ganarnos la vida.

Esta vez no fui capaz de adelantarme a Emerson, ya que su boca había permanecido abierta.

—Planeo trabajar en Drah Abu'l Naga, sí. Si cena con nosotros mañana por la noche en nuestra *dahabiyya*, podemos tener algo de qué hablar.

Sir Edward expresó un efusivo placer y yo fulminé con la mirada a Emerson.

—Debemos irnos, Emerson —dije—. A menos que tengas intención de perder toda la mañana. Usted también, Sir Edward, debería levantarse y hacer lo mismo.

—Pero mi querida señora Emerson, estoy levantado desde el amanecer. —Él no se molestó en ocultar su diversión—. Ya he dado las rondas de rigor por las tiendas de antigüedades, su señoría es un coleccionista, como sabrá, y yo había esperado encontrar algo que le interesara. Sin embargo, el mejor de los mercaderes está cerrado... indefinidamente, me dijeron.

—¡Qué! —Emerson se puso de pie de un salto, volcando su silla —. ¿Está hablando de Ali Murad?

—Vaya, sí.

—¡Maldición! —gritó Emerson. Las pobres flores temblaron y echaron una lluvia de pétalos púrpuras sobre nosotros—. Venga, Peabody. ¡Apresúrate!

—Excúsenos, Sir Edward —dije.

—Espero que no sea por nada que yo haya dicho.

—Bien, sí, lo es, pero usted no podía haber anticipado su reacción —admití.

Sir Edward ayudó galantemente a Nefret a levantarse de su silla. Ella procuró no mirarlo, ni siquiera cuando él retiró una flor caída de su pelo con una sonrisa y una disculpa murmurada. Mientras nos alejábamos rápidamente lo vi meter tiernamente la pequeña flor en el bolsillo de su chaleco. Se aseguró de que Nefret lo viera también.

Por suerte sabía a donde se dirigía Emerson, ya que él no estaba a la vista cuando llegamos a nuestro destino. Lo encontramos dando una patada a la puerta cerrada de la casa de Ali Murad.

—Continúa, Emerson, si esto consigue calmar tus nervios —comenté—. Patear la puerta no puede servir a ningún otro objetivo. Podríamos haber anticipado esto.

—Humm —dijo Emerson—. Al menos yo debería haberlo esperado. El viejo bribón es más astuto de lo que pensaba.

—Y más culpable, Emerson.

—Posiblemente, Peabody, posiblemente.

—¿Pero su temor por nosotros explica su huida? Ya tenemos el fragmento y la información que querías; ¿por qué debería esconderse de nosotros?

Emerson soltó una exclamación profana.

—Por Dios, Peabody, tienes razón otra vez. El único cómplice que mencionó es Abd el Hamed. No había peligro para Ali Murad, ya sospechábamos de Abd el Hamed y podríamos haber obtenido su nombre de cualquier otra fuente. No. Si Murad se ha ocultado es porque teme a alguien más. Deberíamos tener otra pequeña charla con Abd el Hamed. Si Ali Murad le ha advertido, él también puede haber echado el vuelo.

—O ha sido permanentemente silenciado —dije.

—Siempre considerando el lado brillante de las cosas, Peabody. Rápido, regresemos al bote.

No me habría afligido excesivamente si hubiera encontrado a Abd el Hamed en medio de un charco de su propia sangre. Sin embargo, cuando llegamos a su casa estaba sentado en un banco en el patio disfrutando de la luz del sol y fumando una pipa. Parecía tan ostentosamente a gusto que sospeché que alguien le había advertido de nuestra llegada y que de hecho, había esperado que fuéramos.

Emerson interrumpió sus untuosos saludos.

—Todavía aquí, ¿verdad? Ali Murad es más sabio que tú, se ha ocultado.

Hamed jadeó con sorpresa exagerada.

—¿Escondiéndose de qué, oh Padre de las Maldiciones? Sin duda Ali Murad disfruta de unas vacaciones merecidas. Ay, yo no puedo permitirme tal lujo.

—En este caso mi precipitado viaje para advertirte fue un esfuerzo en vano —dijo Emerson—. Pero quizás ignoras que el muchacho aún vive.

El golpe fue astuto. El horrible semblante de Hamed estaba bien adiestrado para el engaño, pero la boquilla de la pipa se deslizó de su mano.

—Tu criado fue descuidado —continuó Emerson—. No te molestes en enviar otro. David me ha dicho todo lo que sabe, y me lo tomaré como una afrenta personal si es atacado mientras permanece bajo mi protección.

Hamed se había recuperado.

—No sé nada de eso. No envié a nadie tras el muchacho. Huyó de mí. Es un mentiroso, un ingrato, un ladrón...

—Suficiente —dije—. ¿Emerson, no registraremos la casa?

—¿Por qué molestarse? —Emerson se rió de Hamed, quien se agitaba como una gallina distraída—. Tenemos mucho que hacer antes de comenzar el trabajo en la tumba mañana por la mañana. —Metiendo la mano en su bolsillo, tiró una moneda al anciano—. Para tus vacaciones, Hamed.

Seguidos por la habitual muchedumbre curiosa, incluyendo una cabra y varios pollos, bajamos la colina y nos dirigimos a la casa donde nuestros hombres se alojaban. Selim fue el primero en alcanzarnos, su primera pregunta fue un impaciente:

—¿Es verdad, Padre de las Maldiciones, que has encontrado la tumba? ¿Dónde está? ¿Cuándo comenzaremos?

Emerson frunció el ceño, pero podría decir que estaba sumamente contento consigo mismo. Me lanzó una mirada significativa antes de decir en voz alta:

—Es un secreto, Selim, conocido solo por mí. Entremos en la casa. Un hombre sabio no grita sus negocios al viento.

La conferencia no tomó mucho tiempo, ya que Emerson (como había comenzado a sospechar) no tenía nada particular que decir. Apretó los labios, pareció misterioso y lanzó vagas insinuaciones. No obstante, los hombres estaban extremadamente impresionados. Después de que Emerson les dijera que estuvieran listos en un día o dos, nos marchamos. Demorándome en el vano de la puerta a fin de atar los cordones de mis botas, oí que uno de ellos decía con voz sobrecogida:

—Solo el Padre de las Maldiciones podría averiguar semejante secreto.

—No, es la magia de la *Sitt Hakim* —insistió Selim.

—O la magia de su hijo. Se sabe que habla con los *afreets* y demonios...

No repetí este intercambio a Emerson.

—¿Qué hacemos ahora? —Pregunté, después de alcanzarlo.

—Almorzar —dijo Emerson—. Déjeme ayudarla a subir a su burro, señorita Marmaduke.

Envalentonada por su afabilidad, la señorita Marmaduke dijo:

—Estoy fascinada, sino desconcertada por sus actividades de esta mañana, Profesor. ¿No me explicará por qué fue con tanta prisa a esa casa en Luxor y qué le dijo a ese anciano horrible?

Emerson procedió a explicárselo. Nunca he escuchado tamaña mezcolanza tan poco convincente de mentiras y verdades a medias, pero yo conocía a Emerson mejor que ella. Después de divagar innecesariamente sobre ladrones de tumbas y el alijo real en Deir el Bahri y otros asuntos sin relación, él terminó embaucadoramente:

—Sospeché que fue Hamed quien envió al asesino tras David. El muchacho sabía demasiado y ahora él me ha dicho lo que sabía.

—¿Entonces entrará en la tumba mañana por la mañana? ¡Qué emocionante! Apenas puedo esperar. —Ella levantó sus ojos brillantes hacia Emerson.

Nefret, quien montaba a mi lado, dijo algo por lo bajo. Decidí no darme por enterada.

Me pareció que Emerson había pasado por alto un peligro potencial, pero cuando acudí a ver a mi paciente encontré que la preocupación era, lamentablemente, innecesaria. Cuando nos reunimos en la mesa del almuerzo informé, sinceramente, que David estaba demasiado enfermo para ser interrogado.

—Temía que pudiera pasar. Aquí la infección está en el aire y ese pie suyo ha estado ulcerándose durante semanas. Está febril y semiconsciente. Tengo intención de mantenerle sedado, despertándolo solo para que tome líquidos.

Después del almuerzo fui a sentarme con el muchacho, ya que estaba de verdad preocupada por su condición. No pasó mucho tiempo antes de que Emerson me acompañara.

—Bien hecho, Peabody. Marmaduke no le molestará si cree que

él... ¡Ah, maldita sea! Estabas diciendo la verdad. Está enfermo.

Retorciendo un paño, limpié la cara y el huesudo pecho del muchacho.

—Creo que lo superará, Emerson. He tratado con éxito casos más desesperados.

—Lo sé bien, Peabody. —Emerson colocó una mano en mi hombro—. Aunque siempre he sido de la opinión que tu éxito no se debe tanto a tu habilidad médica sino a tu testarudez. Nadie tendría la audacia de morirse cuando tú lo estás atendiendo.

Estuve a punto de responder con un discurso igualmente tierno cuando Ramsés entró en el cuarto.

—Ahora podemos hablar —susurró él—. Nefret tiene lección de literatura con la señorita Marmaduke.

—Nefret fue muy inteligente al pensar en ello —dije.

—Fue una sugerencia mía —dijo Ramsés—. Expresada de tal manera que ninguna de ellas pudo rechazarla. Padre...

—Oh, querido —exclamé—. Ahora ella planeará como devolverte el golpe. Ramsés, realmente deseo que intentes llevarte mejor con Nefret. Hermana y hermano...

—Ella no es —dijo Ramsés—, mi hermana. —Sin darme tiempo para contestarle, él se dio la vuelta hacia Emerson—. Padre, aún no se ha dignado a confiarme el secreto, pero creo que me he anticipado a sus intenciones. De hecho no ha localizado la tumba. Pero espera hacerlo esta noche, siguiendo a los ladrones que realmente saben su posición.

—Tenía la intención de decírtelo —dijo Emerson con resignación—. Ya que daba por descontado que lo averiguarías de todos modos. Este es el plan...

Un gemido de mi paciente llamó nuestra atención hacia él. Se movió débilmente, mientras entreabría los ojos, pero cuando le hablé no obtuve respuesta y el agua que vertí sobre sus labios goteó por su barbilla.

—Debe tomar agua —dije—. Su mayor peligro es la deshidratación. Emerson, sostenlo...

—Déjame intentarlo, madre. —Ramsés tomó la taza que le tendí.

Él habló suavemente en la oreja de David. La respuesta fue asombrosa. Los ojos débiles adquirieron una chispa de inteligencia y los labios hinchados se separaron obedientemente. Apoyado en el

brazo de Emerson, bebió.

—Ahora un poco más de láudano —dije, mezclando la dosis en el resto del agua. También la tomó.

—¡Bien! —Exclamé, mientras Emerson lo acomodaba sobre la almohada—. ¿Cómo lo lograste, Ramsés? Y por favor no me digas que lo hipnotizaste o amenazaste.

—Salvé su vida —dijo Ramsés—. Somos hermanos de sangre. O lo seremos, tan pronto como pueda recuperar lo suficiente de ese fluido para intercambiarlo en la ceremonia apropiada. No lo sentí aconsejable en este momento.

—Muy correcto, también —comentó Emerson, mirándome colocar la botella de láudano sobre la mesa—. Esto... Peabody...

—Toma la botella, no faltaría más, Emerson.

—Hazlo, Peabody. ¿Solo no exageres, eh? Queremos asegurarnos de que la señorita Marmaduke duerma bien esta noche, no que permanezca en coma durante varios días. Y, Ramsés...

—¿Sí, padre?

—Desecha la idea al instante. Estrictamente te lo prohíbo.

—¡Pero padre, si Nefret está despierta cuando nos marchemos, insistirá en acompañarnos esta noche! Seguramente no piensa permitir que una mujer... —Se detuvo, tragó saliva y me miró aprensivamente—. Una mujer joven, una chica, de hecho...

—Esa es decisión de tu madre —dijo Emerson—. Pero creo saber lo que ella dirá al respecto.

—Cierto, Emerson. Puede ser joven y mujer, pero a pesar de esas deficiencias espantosas ha demostrado su capacidad para cuidar de sí misma... y de otros. —Fue un golpe bajo, a Ramsés no le gustaba que le recordaran la ocasión en que Nefret le había rescatado del peligro, pero sentí que necesitaba que lo pusieran en su lugar. Ignorando su mirada reprobadora, continué—: Ella es uno de nosotros.

—Todos para uno y uno para todos —concordó Emerson alegremente—. Desiste, Ramsés, he intentando durante años mantener a tu madre fuera de estos asuntos y nunca he tenido éxito. Nefret es de la misma clase, creo. Así que, ¿Peabody, te asegurarás de que la señorita Marmaduke duerma profundamente esta noche?

—Si crees que es necesario. Por regla general ella se retira temprano.

—Quiero estar seguro de que se va temprano a su cama y que se queda en ella. —Emerson se tocó el hoyuelo de la barbilla—. Puede ser tan tonta e inofensiva como aparenta, pero queda el hecho que ella fue quien se acercó a nosotros en vez de lo contrario. Pero en ese entonces no teníamos motivos para sospechar algo.

—No, pero la situación ha cambiado y estoy de acuerdo en que no debemos dejar cabos sueltos. ¿Cuándo quieres marcharte?

—Tan pronto como sea posible después que caiga la noche. Ellos harán lo mismo, tienen una larga noche de trabajo.

Terminé de lavar con una esponja a David y lo cubrí con una sábana liviana.

—¿Realmente crees que los ladrones volverán a la tumba esta noche?

—Si no lo hacen, no perderemos nada —contestó Emerson—. Pero hay una buena posibilidad de que crean mi declaración sobre que sé la posición y querrán llevarse tanto como puedan antes de que nos pongamos a trabajar. Hemos andado ajetreados de un lado a otro, Peabody, amenazando a personas y removiendo cosas; podría haber sabido la verdad de un sinnúmero diferente de fuentes.

—Fue una idea sumamente ingeniosa, padre —dijo Ramsés en su forma más condescendiente—. Madre, si tiene alguna otra cosa que hacer me sentaré un rato con David.

Se lo agradecí. Pero me llevé la botella de láudano conmigo.

* * *

Ya que el tiempo era primordial no esperé a poner el láudano en el café de la señorita Marmaduke, como había querido en un principio. Seleccioné un delicioso borgoña para acompañar la comida, el pegajoso líquido negro se disolvió completamente y el vino era lo bastante oscuro para esconder el color. La señorita Marmaduke no era una gran entendida en vinos para saber que nunca se debía servir un borgoña con el pollo, pero ciertamente lo disfrutó. Tuve que sujetarla cuando se levantó de la mesa con disculpas incoherentes por su extraordinaria fatiga.

Nuestros preparativos habían sido hechos. Nos acompañarían Daoud y Selim, mientras Abdullah se quedaría de guardia en la *dahabiyya*. No le gustó que lo dejáramos atrás, pero si nos topábamos con problemas deseábamos que hombres más jóvenes

nos ayudaran. Nos reunimos en la cubierta esperando a que Daoud regresara de su expedición exploratoria. Nuestra salida debía pasar inadvertida.

—¿Todo está claro ahora? —dijo Emerson suavemente—. Seguirán uno de estos dos caminos: el camino de montaña que viene de Deir el Bahri o a lo largo de la base de la colina desde el norte. Ramsés, tú, Nefret y Daoud cubriréis la ruta del norte. Recuerda, no interfieras de ningún modo. Mantente fuera de la vista y muy detrás de ellos. Una vez que hayan entrado en la tumba, marca la posición y te reúnes con nosotros. Estaremos...

—Padre, estoy familiarizado con el terreno tan bien como usted —dijo Ramsés—. Y ya ha explicado el plan tres veces. Allí está Daoud. Nos está dando la señal para que procedamos.

En fila india nos arrastramos por la plancha de acceso y buscamos refugio en las sombras de un grupo de palmeras. Allí asumimos nuestros disfraces: *galabiyyas* a la usanza de los aldeanos, nos envolvimos harapos alrededor de nuestras cabezas y pañoletas cubrían las partes inferiores de nuestras caras. Debo decir que Nefret hacía un árabe poco convincente, hasta con su brillante cabello escondido.

Aunque aún era temprano para los estándares europeos, los aldeanos de la orilla occidental seguían el horario del campo, se levantaban con el sol y se retiraban cuando este se ponía. La mayoría. Estos que esperábamos encontrar trabajaban solo de noche.

Nos topamos con cabras curiosas y perros ladradores mientras cruzábamos los verdes campos de cultivo, evitando los grupos de paupérrimas chozas. La luna estaba en cuarto creciente, pero emitía suficiente luz para permitirnos ver el camino. La luz de las estrellas iluminaba las pálidas columnatas del templo de Deir el Bahri y de la casa de la Fundación para la Exploración de Egipto, ahora ocupada por nuestro amigo Howard, sobresalía un brillo de luz de lámpara. Dimos un amplio rodeo; si Howard hubiera sabido en lo que estábamos metidos lo habría desaprobado con seguridad, pero sobre todo por el peligro que representaba para nosotros.

De tener éxito, el plan de Emerson podía ser peligroso. Los gurnawis habían atacado antes a arqueólogos, y los hombres como Riccetti eran incluso menos escrupulosos con la vida humana.

Después de cruzar la planicie del desierto abierto y comenzar a subir el acantilado, me aventuré a hablar.

—Crees que tomarán este camino.

—¿Por qué crees que envié a Ramsés y a Nefret en la otra dirección? Esa ruta es demasiado tortuosa para los hombres tras los que vamos; vendrán de Gurneh, y la tumba debe estar en lo alto de las colinas; las laderas inferiores han sido rebuscadas por los arqueólogos... si se puede llamar a Mariette un arqueólogo...

—Emerson.

—Humm, sí. Dame tu mano, Peabody; este trecho es un poco escarpado. —Me llevó hasta una repisa y luego continuó—. Como sabes perfectamente bien, Peabody, he estado contando cuentos y estupideces. Creo que los ladrones volverán a la tumba esta noche, pero esta es una extensión considerable de terreno, y sin más información específica que las oscuras pistas académicas que discutí contigo hace algunos días, podríamos vagar por estas colinas toda la noche sin encontrar hombres que obviamente intentarán pasar desapercibidos. Por suerte tengo más información específica. ¿Recuerdas mi pregunta a sir Edward sobre la muerte de un trabajador durante las excavaciones de Northampton el año pasado? De hecho ya había averiguado la verdad del asunto por Newberry. Como sir Edward, ¡es un típico esnob inglés! Newberry no consideró importante la fatal caída de un *fellah*, pero cuando le pregunté sobre ello fue capaz de decirme aproximadamente donde ocurrió el así llamado accidente. Todavía no sabe por qué estaba yo interesado —añadió Emerson, con una sonrisita maliciosa.

—Pero yo sí.

—Por supuesto que tú sí, Peabody.

—¡Así que por eso estabas tan ansioso por ver al señor Newberry! ¿Por qué... por qué no lo dijiste, y por qué no mencionaste el tema durante nuestra cena?

—Porque —dijo Emerson, dándome la clase de sonrisa que conducía a las mujeres a la violencia—, ya le había visitado. Después de considerar el asunto decidí que sería lo mejor solicitar una entrevista privada. Había oído hablar de la muerte del trabajador, pero en ese momento no le presté atención, no fue hasta después de darme cuenta que un número considerable de personas estaban tras la tumba que se me ocurrió que el incidente podría ser

significativo.

—El hombre estaba demasiado cerca de la tumba —dije—. O realmente encontró a los ladrones cuando estaban en su labor. Bien hecho, Emerson. ¿Entonces conoces la posición?

—Aproximadamente. Deberíamos dejar de hablar ahora. ¿Estás con nosotros, Selim?

Cuando alcanzamos la cumbre hicimos una pausa para recuperar el aliento. Detrás y abajo estaba la franja estrecha de verde que bordeaba el Nilo. Delante, a lo largo de cientos de kilómetros, se extendía una tierra tan estéril como un mundo muerto. Hendiduras y *wadis*, cañones y valles profundos rompían la superficie de la meseta.

Los caminos, algunos de ellos antiguos, se entrecruzaban en sus laderas. Uno de los más antiguos iba del Valle de los Reyes a Deir el Bahri y continuaba hacia el sur a lo largo del risco hacia Ramesseum y Medinet Habu. Fuimos al norte, siguiendo la ruta menos definida que hiere de arriba a abajo la ladera. A pesar de su talla, Emerson tiene un pie tan firme como una cabra en tal terreno y parecía sentirse familiarizado con cada centímetro de éste ya que siempre elegía el camino más fácil.

Cuando se detuvo, estábamos justo debajo de la cima de la colina, con una ladera escarpada abajo y un páramo de cantos rotos, cañones y hendiduras detrás y delante. Nos sentamos a la sombra de un montón de piedras y pasé mi cantimplora. Los ojos de Selim brillaron. Sabía que su respiración agitada no se debía al esfuerzo. Yo fui quien sugerí que nos acompañara él, y dejé que el más viejo y apacible Daoud vigilara a los niños. Ramsés podía enredar al pobre Selim alrededor de su dedo meñique... y yo también. Le sonreí y alcé un dedo a mis labios. Él asintió vigorosamente.

Pronto Emerson comenzó a agitarse. Sabía que lo haría. Esperar no es algo que haga bien. Me acerqué a él y lo mantuve quieto durante un rato, pero fue una suerte que no tuviéramos que esperar mucho más tiempo. La luna se había ocultado y la ladera estaba en penumbras. Uno de los hombres que se aproximaba debía haberse tropezado o golpeado el dedo del pie. Su grito involuntario de dolor fue lo bastante fuerte como para recorrer alguna distancia.

Emerson comenzó a levantarse.

—¡Maldi...!

Le tapé la boca con ambas manos. Después de un momento, volvió a sentarse y sentí que era seguro quitar la mano.

—¡Sssh! Escucha —susurré.

El murmullo de voces y sonidos de movimiento continuaron durante algún tiempo, y finalmente mis ojos se adaptaron y distinguieron no formas aisladas, sino un grupo en movimiento en la oscuridad. ¿Cuántos había allí? Ciertamente más de uno o dos. Parecían estar discutiendo. Sus voces se elevaron gradualmente y un susurro áspero perforó el silencio de la noche.

—¡Te digo que mintió! Lo que el Maestro nos hará si se entera que...

Otro estallido de sibilante discusión apagó su voz. Ésta murió en el silencio; debían haber llegado a un acuerdo temporal. Los siguientes sonidos fueron los de alguien moviéndose subrepticiamente. Los guijarros rodaron y traquetearon; algo chirrió en la roca.

Emerson ya no pudo soportarlo por más tiempo, se apoyó sobre una rodilla. Le agarré firmemente por su turbante y presioné mi boca contra su oreja.

—Emerson, espera hasta que todos hayan entrado en la tumba. Entonces podemos alejarnos a rastras...

—¿Y dejar que ellos roben MI tumba? —Su susurro furioso resonó como la voz distante de una colérica deidad. Giró la cabeza, dejando su turbante en mis manos, y se levantó. Quitándose la túnica por la cabeza, me la arrojó—. Selim y tú id a traer a Carter.

—¡Emerson! Al menos toma mi... —Pero para cuando me liberé de los pliegues enredados de su túnica, Emerson ya estaba fuera de mi alcance. Pistola en mano, le seguí tan rápido como me atreví. Selim, que jadeaba por la excitación, me pisaba los talones.

Encontré a Emerson; estaba de pie sobre una cornisa a aproximadamente tres metros debajo del camino. Ésta era tan angosta que las puntas de sus botas sobresalían sobre un espacio vacío tan oscuro y estrecho como las fauces de un cocodrilo.

—Ah, ahí estás, Peabody —comentó él—. Espera un minuto, volveré enseguida.

Y sin más preámbulos se arrodilló, con ambas manos agarró la cornisa de roca y se balanceó hacia la hendidura.

El silencio y la precaución ya no eran necesarios. Emerson caería al interior de la tumba o la pasaría en su camino hacia el fondo del barranco, informando inequívocamente a aquellos del interior de su presencia.

Aunque cada uno de mis músculos y nervios dolían con la necesidad de acción, me obligué a permanecer tranquila. Era un ejercicio al que me había acostumbrado tras vivir tantos años con Emerson. Quitándome mi propia túnica la tiré a un lado. Entonces me eché sobre el suelo y encendí una vela.

La ladera no era abrupta, en circunstancias ordinarias no habría dudado en abordarla usando mi fiel sombrilla como bastón. En las presentes circunstancias, cuando un resbalón podría precipitarme a un abismo sin fondo, decidí no correr el riesgo. Dejé con pesar mi sombrilla y la vela a un lado, instruí a Selim que se tumbara al borde de la caída y me diera la mano. Abdullah habría discutido conmigo (aunque no durante mucho tiempo). Selim nunca discutía conmigo, pero lo hubiera hecho si se hubiera atrevido. Nuestros rostros estaban cerca mientras comenzaba el descenso, agarrándome a su mano; sus ojos estaban tan abiertos que sus globos oculares brillaban como los huevos de una paloma.

Mis pies no habían tocado completamente la repisa cuando tuve que soltar la mano de Selim, su cabeza y hombros así como su brazo estaban sobre el borde.

Hubo un momento desagradable cuando una bota resbaló; el chirriar del metal sobre la piedra fue repetido por un grito ahogado de Selim.

—Quédate quieto, Selim —siseé—. Estoy en la repisa, estoy bien.

—¡Ah, por Alá! *Sitt Hakim*...

—¡Sssh!

No era tanto porque temiera ser descubierta, aunque si Emerson estuviera en manos de una cuadrilla de desesperados ladrones de tumbas, la sorpresa sería mi mejor arma cuando cayera sobre ellos, pero no si era escuchada. No podía ver nada abajo, salvo oscuridad. No obstante, pude escuchar sonidos. El hoyo no era uno sin fondo, pero debía ser muy profundo; los ruidos eran débiles e imposibles de clasificar. ¿Los gemidos de un hombre fatalmente herido? La caída de un cadáver... ¿el cadáver de Emerson? Mis manos estaban

tan inestables que tuve que prender tres fósforos antes de poder encender otra vela.

Habían atado una cuerda alrededor de una estribación de roca y desaparecía en la oscuridad, tal como Emerson había hecho. Arrodillándome, la palpé. La soga estaba floja; ningún peso la tensaba. Vivo o muerto, caído o triunfalmente llegado a su objetivo, Emerson no se sostenía de la cuerda. Agarrándola, me adentré en la oscuridad.

Cubrí los primeros metros más rápido de lo que hubiera querido, pero finalmente logré envolver mis rodillas alrededor de la maldita y endeble cosa, y fui capaz de continuar más pausadamente. Fue un largo descenso, más de veintisiete metros, como descubrimos después. Los sonidos que había escuchado ya no eran audibles. Oh, cielos, pensé: ¿llegaba demasiado tarde?

La oscuridad era intensa. Podría haber pasado por alto la entrada de la tumba si la cuerda no hubiera terminado justo debajo de ella. Esto me provocó una sorpresa considerable y durante uno o dos momentos desagradables colgué suspendida solo por mis manos. De repente la punta de mi bota encontró una grieta y mis ojos distinguieron un brillo débil de luz. Débil de hecho, pero brillante como un faro para los ojos acostumbrados a la más completa oscuridad.

La entrada de la tumba había sido cortada en el lateral del barranco. Era de aproximadamente dos metros cuadrados, pero estaba llena de escombros salvo por un estrecho túnel cavado por los ladrones. La luz provenía del extremo más lejano del túnel. Con la ayuda de los agujeros en la cara de la roca, los cuales, comencé a creer, no eran naturales sino artificiales, entré en el túnel. Arrastrándome tan rápido como me fue posible, fui vagamente consciente de los afilados restos de piedra que magullaron mis manos y rodillas.

Algo de improviso emergí en una cámara pequeña y débilmente iluminada. Antes de que pudiera observar los detalles fui agarrada, puesta en pie de un tirón y atrapada en una estrecha sujeción que fijo mis brazos a mis lados.

Aunque la fiebre arqueológica ardía con furia en mi cerebro, en ese momento solo tenía ojos para Emerson. ¡Estaba vivo! ¡Estaba bien e ileso! También estaba muy enojado, y con razón. Una figura

vestida con túnica y turbante cuyo rostro estaba oculto por un pañuelo sostenía una pistola presionada contra su cabeza.

—Maldición, Peabody —comenzó él—. Te dije...

El hombre retiró su brazo y golpeó. Fue solo un golpe oblicuo, pero lancé un grito de alarma.

—¡Contrólate, Emerson! No te arriesgues a otro golpe en la cabeza.

Emerson estaba demasiado furioso para prestar atención a este excelente consejo.

—Quita tus manos de ella, tú... tú...

Se detuvo cuando la persona que me agarraba obedeció puntualmente, no a la orden de Emerson, sino a un gusto del compinche que sostenía el arma. Yo no representaba una amenaza para ellos, mi propia pistola estaba en mi bolsillo, ni me habría atrevido a usarla cuando otra arma estaba siendo presionada contra la sien de Emerson.

El hombre que me había sostenido estaba vestido como el primero, y también había un tercero, con una igual y anónima túnica y pañuelo. ¿Dónde estaban los demás? ¿Me había equivocado en su número?

Tranquilizada por la seguridad de Emerson (al menos por el momento), tuve tiempo suficiente para mirar los alrededores. Era difícil distinguir detalles, ya que la única luz provenía de una linterna de diseño europeo sostenida por el tercer hombre, pero vi lo bastante para elevar mi fiebre profesional. Láminas de piedra y fragmentos de otros materiales cubrían parte del suelo; en algunos sitios los escombros habían sido retirados o amontonados a un lado. Hacia el extremo lejano de la cámara había una alta pila, a mitad de camino a la entrada en aquella pared. Enmarcada por un dintel pesado y jambas inscritas, la apertura había sido bloqueada con esmero por piedras cortadas. Un bloque oscuro rompía la superficie donde una de las piedras había sido removida. Estas pruebas de la intrusión de los ladrones en las cámaras más lejanas, quizás la misma cámara de entierro, fue un poco descorazonadora, pero lo que vi en la pared a la izquierda de la puerta me hizo aguantar la respiración. ¡La tumba estaba decorada!

Las lajas amontonadas y las sombras profundas ocultaban la mayor parte de las superficies pintadas. El débil brillo de la linterna

iluminaba, aunque débilmente, una porción de una única escena, la parte de la cabeza y el torso de una mujer con las manos levantadas a la altura del hombro. Parte de una inscripción jeroglífica la nombraba; pude distinguir la forma curvada de un cartucho, pero no los signos individuales. La conocía, sin embargo, como si hubiera encontrado a una vieja amiga. El ala de la misma corona de buitre representada en su estatua enmarcaba un perfil familiar.

Empecé a avanzar impulsivamente. El gruñido de Emerson y la mano levantada de uno de los hombres me recordaron que la investigación arqueológica era absolutamente inapropiada en ese momento. Después de un intercambio de miradas y asentimientos, el mismo individuo cuyo gesto me había detenido habló en un susurro ronco, obviamente disfrazado.

—No saldrán heridos si no ofrecen resistencia. Ponga las manos a la espalda.

Se dirigió a Emerson, que lo fulminó con la mirada.

—Creo, Emerson, que deberíamos hacer lo que pide —dije—. La alternativa sería mucho peor y no veo como puedes impedirles hacer todo lo que ellos decidan.

La lógica de esta afirmación era invencible, pero no puedo recordar otro momento en que haya visto a Emerson tan agraviado. Continuó mascullando una sarta de maldiciones mientras ellos ataban nuestras manos y pies. Emerson insistió tercamente en permanecer de pie, pero uno de los hombres me bajó, muy suavemente, a una posición sentada. Se marcharon después de completar su trabajo, arrastrándose uno detrás del otro por el túnel. Nos dejaron la lámpara. Me sentí agradecida por eso.

—Espero que Selim tenga el sentido común de ir a por ayuda —dije ansiosamente.

El rostro de Emerson se volvió morado mientras forcejeaba con sus ligaduras. Entre gruñidos de esfuerzo, comentó:

—No creo... que pueda oírnos... si lo llamamos.

—Probablemente no. Pero nos encontrará finalmente, me vio bajar. Deja de forcejear, Emerson, solo te cansarás.

—Quiero salir de este maldito lugar —dijo Emerson de mal humor—. ¿No trajiste tu cuchillo, Peabody?

—Sí, querido, lo hice, y en este mismo momento procuro alcanzarlo. Cálmate.

Después de un momento, con una voz totalmente diferente, Emerson dijo:

—No pueden haber sacado el sarcófago de la momia o la momia, Peabody. Esa entrada debe llevar a la cámara de entierro, pero la apertura solo tiene cuarenta y cinco centímetros de diámetro.

—Lo noté. ¡Y las pinturas... oh, Emerson, es la tumba de Tetisheri! La reconocería en cualquier parte. ¡Cuán excitante es todo esto! Ah... tengo el cuchillo. Iré dando saltitos hacia ti y... Santo Dios, es difícil mantener el equilibrio con todos estos escombros asquerosos. Creo que acabo de pisar un hueso.

La cabeza de Emerson giró bruscamente hacia la entrada del túnel. Dándose la vuelta, él empujó sus manos atadas con fuerza contra las mías, y después de varios tanteos consiguió colocar la lámina del cuchillo entre sus muñecas.

—Apresúrate y quítame estas malditas cuerdas, Peabody. Están regresando.

# Capítulo 6

*“¡Otra camisa arruinada!”*

El recién llegado se acercaba lenta y deliberadamente. Cuando su cabeza apareció por la apertura del túnel, Emerson lo estaba esperando.

Mi marido presentaba una imagen horrenda, su cara estaba deformada por un gruñido, sus puños en alto goteaban sangre, ya que con la prisa por liberarse se había infligido varias heridas desagradables en sus muñecas, y no me sorprendí en absoluto cuando Selim aulló y se replegó, como una tortuga al esconderse en su caparazón. Emerson extendió las manos y lo sacó de él.

—¿Qué demonios intentas hacer acercándote de esa forma tan sigilosa? —gritó.

—Emerson, por favor baja la voz —pedí—. El ruido definitivamente es ensordecedor en este espacio tan reducido. Desearía que no fueras tan precipitado; solo mírate, estás sangrando sobre todas estas reliquias históricas. Podría haberte dicho que era Selim quien se aproximaba.

—¿Entonces por qué no lo hiciste? —Emerson recogió el cuchillo y liberó mis manos y pies.

—No me diste la oportunidad, por eso. Por suerte traje dos pañuelos. Déjame vendar tus muñecas, no puedes trepar por una cuerda cuando tus manos están resbaladizas por la sangre.

—Oh, bah —exclamó Emerson.

Pero no añadió más porque Selim nos lanzaba preguntas y excusas. Él no había sabido qué hacer. ¿Había tardado demasiado tiempo? ¿Había llegado demasiado pronto? ¿Qué debía hacer ahora?

—Salir de aquí, creo yo —contesté a la pregunta final—. Espero

que no tomes esto como una crítica, Selim, ya que actuaste correctamente, pero si alguien corta esta cuerda estaremos en un atolladero.

—Cierto —dijo Emerson—. Selim... mis disculpas por gritarte, muchacho, no era yo mismo... ¿cómo eludiste a los caballeros que subieron por esa misma cuerda hace unos minutos?

—Nadie ha subido, Padre de las Maldiciones. No vi a nadie. Escuché ruidos terribles, rocas cayendo, voces de demonios de las profundidades, pero finalmente se desvanecieron. *Sitt Hakim*, yo no vacilé por miedo, solo esperé porque...

—Imposible —exclamé.

—Humm —dijo Emerson, tocándose la barbilla—. Recomiendo que pospongamos la discusión hasta que hayamos seguido tu prudente sugerencia, Peabody. Iré primero, luego tú, querida. Apaga la linterna antes de que la sigas, Selim; algunos de estos desechos están tan secos como la yesca.

Emerson me estaba esperando al borde de la abertura con una vela encendida en su mano.

—Esto explica un misterio —dijo él, indicando una segunda cuerda que colgaba desde el borde—. Nuestros amigos se marcharon por la puerta trasera. ¿Seguiremos su ejemplo?

Tomé la vela de él y me asomé.

—Pero es un callejón sin salida, Emerson; puedo ver el fondo de la hendidura, solo hay unos cuantos metros hacia abajo.

—Tonterías. La cuerda no estaría aquí si no llevara a ninguna parte. Maldita sea, Peabody, no te quedes ahí parada tan cerca del filo. Bajaré y echaré un vistazo.

Agarrando la cuerda, Emerson bajó.

—Ah —dijo él, con satisfacción—. Es lo que pensaba. Hay una abertura. Un poco estrecha, pero creo que puedo... Detente donde estás, Peabody, ni siquiera te muevas hasta que yo te dé permiso.

Lentamente fue quedando fuera de la vista: primero sus pies y miembros inferiores, luego su cuerpo y finalmente su cabeza fueron tragados por las sombras. Selim, todavía en el túnel esperando mi señal, comenzó a gemir.

—¿Oh, *Sitt*, qué está pasando? ¡Oh, Padre de las Maldiciones, no me dejen aquí!

—¡Cállate! —Dije bruscamente, ya que mis nervios comenzaban

a sentir cierta tensión. Tan densas eran las sombras allí abajo, que sentí como si hubiera visto a Emerson ser tragado por arenas movedizas negras.

De pronto su cabeza surgió de las profundidades.

—Bien, Peabody —dijo él alegremente—. Espera hasta que sientas tres tirones fuertes en la cuerda antes de seguirme, prefiero no arriesgarnos a un peso doble. Será fácil una vez que atravieses el espacio estrecho, querida; ¿podrás lograrlo?

El rostro que se alzó hacia mí ostentaba una sonrisa alentadora, pero su ceño fruncido era prueba de su preocupación.

—¿La caída es bastante larga, verdad? —Contesté—. Oh, Emerson, realmente ten cuidado.

—Y tú, mi amor.

—*Sitt Hakim* —dijo una voz temblorosa desde el túnel—. Algo está agarrando mi pie. Creo que es un *afreet*.

Arrodillándome con mis ojos fijos en la tensa y temblorosa cuerda, dije por encima de mi hombro,

—Dame tu mano, Selim. Mi poder pasará a través de ti hasta tu pie y el *afreet* te soltará.

Como era de esperar, fue capaz de liberarse del *afreet* (un trozo de piedra caída), y lo ayudé a salir a la cornisa, sugiriéndole que permaneciera inmóvil ya que el espacio era estrecho. La cuerda quedó laxa apenas él salió.

—¡Emerson! —chillé, incapaz de controlar mi ansiedad.

Se produjeron tres tirones, y luego llegó la voz de Emerson, extrañamente deformada.

—Baja, Peabody.

Una vez que atravesé la abertura, bastante amplia para mi tamaño, aunque debía haber sido bastante estrecha para mi fiel cónyuge, me sorprendió encontrar una superficie inclinada en vez de una caída perpendicular. Emerson había encendido una vela y la había colocado en una repisa. Sus manos estaban listas para sujetarme por la cintura y ponerme de pie.

Mientras esperábamos a que Selim se nos uniera, encendí mi propia vela y eché un vistazo a los alrededores. El espacio solo tenía unos cuantos metros de extensión y parecía como si pudiera derrumbarse en cualquier segundo: cantos rodados de varios tamaños sobresalían a cada lado y en lo alto. Si no hubiera sabido

que debía haber una salida dudo que hubiese podido encontrarla, ya que fue necesario deslizarse entre una roca y rodear la esquina sobresaliente de otra, hasta que un estrecho pasaje nos llevó al frío aire de la noche. Estábamos en las laderas de Drah Abu'l Naga, a solo unos cientos metros de Deir el Bahri. Sus columnatas brillaban pálidamente bajo la luz de las estrellas.

—No me extraña que el lugar no haya sido descubierto en tanto tiempo —jadeé—. La entrada de la tumba no puede ser vista desde arriba o abajo. ¿Quién creería que este montón de rocas oculta una abertura?

—Sospecho que no *había* abertura alguna hasta hace poco —dijo Emerson pensativamente—. Pero dejemos la especulación para un momento más conveniente. Deberíamos recoger a los niños y regresar a la *dahabiyya*.

Dejando a Selim para marcar el lugar, nos marchamos cogidos del brazo, Emerson adaptó su paso más largo al mío.

—¿Tienes frío, querida? —preguntó cuando mi cuerpo se estremeció.

—¿Durante una noche tan hermosa? ¡Solo mira las estrellas! Es la excitación lo que me hace temblar. ¡Qué descubrimiento! ¡Qué coraje y brillantez mostraste al localizar la tumba! Me sorprende que no estés saltando de felicidad.

—Sería una vista muy bonita. La adulación no importa, Peabody; la suerte tuvo tanto que ver en estos eventos como mis talentos. Y esta noche de aventuras ha tenido varios aspectos extraños. Cuando llegué a la tumba caí en medio de una pequeña guerra.

—Por favor explícate, Emerson.

—Los hombres que vimos descender a la tumba eran miembros de una ilustre familia de ladrones gurnawis. Reconocí a varios de ellos. Pero no eran los hombres que viste allí adentro, ya que cuando llegaste a la escena, los gurnawis habían sido tomados prisioneros por otro grupo de individuos que debieron llegar poco antes a través de la entrada inferior. Cuando entré en la antecámara, un hombre del segundo grupo me estaba esperando, pistola en mano, y no vi razón para objetar cuando se llevaron atados a los gurnawis por el túnel. Era evidente que fueron persuadidos a bajar por la cuerda inferior mientras tú bajabas por la

superior.

—Parece una deducción lógica. ¡Pero qué extraordinario, Emerson! ¿No identificaste a alguno de los hombres del segundo... del primer grupo? Sabes lo que quiero decir, los hombres que me estaban esperando.

—¿Cómo podría? Estaban tapados hasta las cejas, y fueron cuidadosos en decir lo menos posible. Lo cual es algo sorprendente...

—...si no hubiéramos podido reconocer a algún conocido habrían sido menos cuidadosos. ¡Sí, Emerson! Sir Edward...

—¿De qué demonios estás hablando? Le conocí el año pasado; es el típico y molesto jovenzuelo de la nobleza, pero por lo que sé, absolutamente respetable. Ni —añadió Emerson con una sonrisita— era la señorita Marmaduke. ¿Estabas a punto de sugerir su nombre, no es así? Lo que tenía intención de decir antes de que me interrumpieras era que me sorprendería si alguno o todos ellos fueran egipcios.

—Esto explicaría sus disfraces y su reticencia —dije—. Al menos podemos estar seguros que ninguno de ellos era el signor Riccetti.

—Imposible disfrazar esa mole —concordó Emerson—. Pero él está en esto hasta su gordo cuello, no tengo ninguna duda.

—Puede ser tan deshonesto como obeso, Emerson, pero el encuentro de esta noche no justifica la declaración que hizo ¿que existen personas que nos ayudarían si pudieran? No, querido, por favor no brames —ya que conocía los síntomas que precedían a ese ejercicio—, solo escucha. El segundo grupo de individuos no nos quiso ocasionar ningún daño. Ni siquiera me registraron en busca de armas. De hecho, si no hubieran estado allí cuando entraste en la tumba, podrías haber sido asesinado o seriamente herido por los gurnawis. Ellos fueron, si me permites llamarlos así, nuestros Preservadores.

—No puedo impedirte llamarlos como te plazca —contestó Emerson furiosamente—. Pero la idea es aún más fantástica que tus teorías habituales. Olvida el tema, Amelia, por favor.

Eso hice, ya que no deseaba que la discordia nublara el placer de nuestro paseo iluminado por las estrellas. Después de un momento Emerson comenzó a silbar. Era la señal convenida, la conmovedora tonada de *Rule Britannia*, y en respuesta un trío de formas

fantasmales se materializaron en la oscuridad.

* * *

Ramsés se sintió sumamente enojado por haberse perdido "la diversión," como él la llamó. Nefret estaba más interesada en los hombres desconocidos. Nos bombardeó con preguntas en los intervalos entre las quejas de Ramsés hasta que alcanzamos el barco y Emerson terminó la discusión con un recordatorio de que había varias cosas que debían hacerse sin demora.

—Muy cierto —dije—. Debo ver como está David, y asegurarme que Gertrude está a salvo metida en su cama; debemos notificar a Howard Carter y a M. Maspero. Y estoy muy preocupada por Selim, solo allí en la oscuridad.

—No estará solo mucho tiempo —dijo Emerson.

Cuando lo acompañé a nuestro cuarto no me sentí sorprendida al enterarme que él pensaba regresar con Selim de inmediato. Intentar disuadirlo habría sido malgastar aliento.

—Al menos llévate a Abdullah y a Daoud —pedí.

—Querida, estaré hasta el cuello de aplicados ayudantes por la mañana —dijo Emerson, quitándose la camisa sucia, manchada de sangre. Tirándola al suelo, me sonrió socarronamente.

—Otra camisa arruinada —citó él.

Yo no podía bromear. La premonición de peligro era tan fuerte que impregnaba mis labios como el sabor de hierbas amargas. Me aferré a él.

—Déjame ir contigo.

Gentilmente separó mis manos.

—Vamos, Peabody, no sigas. Abdullah ha ido a reunir a los hombres, me reuniré con ellos en Deir el Bahri, y avisaré a Carter mientras estoy en ello. Apenas puedo esperar a ver su cara.

—Te llevas a Ramsés. ¿Por qué yo no puedo...?

—Porque tú eres necesaria aquí. Tú puedes ser quien corra mayor peligro, Peabody. Todavía no sabemos por qué fue atacado el muchacho. Si fue para evitar que nos informara sobre la tumba, entonces está fuera de peligro, pero dudo que ese fuera el motivo. Es improbable que pudiera haberse enterado de un secreto tan celosamente guardado. Debe ser protegido y también debes vigilar a la señorita Marmaduke.

—Sí, lo sé. Pero...

—Llevaré a *Anubis*. ¿Qué tal?

—Un gran consuelo —dije agriamente. Al escuchar su nombre, el gato que yacía en la cama se sentó. Emerson chasqueó los dedos, *Anubis* saltó al suelo y lo siguió a la puerta. De hecho, saber que el gato estaría con él realmente me consoló un poco. El pelaje manchado de *Anubis* y su cuerpo musculoso, sin mencionar su disposición hosca, eran propios de un animal salvaje, y era completamente devoto a Emerson.

—Duerme un poco, Peabody.

—Oh, claro. Es la cosa más fácil del mundo.

Después de que se fuera me cambié mis propias ropas, las cuales estaban un poco mejor que las de Emerson. Bajar por los acantilados con una cuerda y arrastrarse sobre excrementos de murciélago tiene un efecto perjudicial en el guardarropa de cualquiera. Luego regresé con David. Estaba dormido la primera vez que lo miré, y dejé a Nefret para que lo cuidara. Ahora se encontraba despierto, sus grandes ojos negros fijos en Nefret, que estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo y le devolvía con ojos muy abiertos la mirada.

—Se ha despertado —dijo ella.

—Ya veo. —Me senté en la cama y palpé la frente del muchacho. Estaba fría. La fiebre se había ido, pero aún estaba muy débil.

—¿Dónde ido él? —preguntó David.

Sabía a quien se refería, pero antes que yo pudiera contestar, Nefret dijo:

—¿Dónde ha ido él?

David asintió con la cabeza.

—¿Dónde haaa ido él?

—Intenta aprender un inglés adecuado —explicó Nefret, cuando le dirigí una mirada crítica—. Me pidió que lo corrigiera.

—Ya veo. Bien, David, Ramsés está con su padre. Hemos encontrado la tumba. Sabes a cual me refiero.

David negó con la cabeza.

—Muchas tumbas. No las conozco.

—La tumba de la cual hablo está en El-Dira. Ha sido conocida por ciertos hombres de Gurneh durante varios años. El Padre de las Maldiciones y yo la encontramos esta noche. Él y Ramsés han

regresado para resguardarla junto con nuestros hombres. Ahora, David, es tarde y necesitas descansar. Solo contesta a una pregunta. Si no sabes sobre la tumba ¿por qué intentó Hamed asesinarte?

—Yo no... —Él vaciló, mirando a Nefret, y continuó lentamente —, no lo sé. Le abandoné. Intenta hacer que me quede. Dije que él era un...

Otra vez vaciló, esta vez, pensé, porque había recordado la instrucción de Emerson sobre el lenguaje inadecuado en presencia de mujeres. El muchacho tenía una mente rápida y una loable ambición. Podríamos hacer algo de él, si podíamos mantenerlo vivo.

Dejando de guardia a Yusuf, otro de los innumerables descendientes de Abdullah, envié a la cama a Nefret para que durmiera unas horas, aunque dudaba que pudiera hacerlo. En cuanto a mí, ¿cómo podría cerrar los ojos cuando Emerson podía estar en peligro?

Dormí porque sabía que debía, pero ya estaba despierta con el alba y lista para el deber. Emerson me había confiado varias diligencias vitales y las realicé con mi eficacia acostumbrada, aunque cada partícula de mi ser sufría por el deseo de abandonar deberes cuyo interés palidecía en comparación con las emocionantes actividades de las que él estaba disfrutando. Ya era media mañana antes de que fuera capaz de montar mi burro y azuzarlo (solo con palabras, ya que nunca he golpeado a un animal) hacia las colinas al norte de Deir el Bahri. Nefret y Gertrude me acompañaban, creí aconsejable mantener a la última bajo mis ojos observadores de aquí en adelante.

No fue difícil localizar el lugar que buscaba. Una muchedumbre de considerable tamaño se había reunido. Me divirtió ver entre los espectadores a varias de las familias más celebres de ladrones de tumbas de Gurneh, que intentaban sin éxito aparentar alegría. Hussein Abd er Rasul me saludó con efusivas felicitaciones y ofreció su ayuda y la de sus hermanos. Decliné la oferta.

Emerson y Howard Carter sobresalían por sus ropajes europeos. Sus ojos brillaban con entusiasmo, Howard me congratuló y luego comenzó a reprenderme.

—¡Francamente, señora E, no debe hacer esa clase de cosas! Es horriblemente peligroso. ¿Por qué no acudió a mí?

—Ya conoce a Emerson —contesté.

—Sí, y la conozco a usted —se vio obligado a decir Howard.

—Ahora no, Howard. —Me giré hacia mi marido, quien estaba gritando órdenes a Abdullah—. Buenos días, Emerson.

—Ah —dijo Emerson—. Así que aquí estás, Peabody. ¿Qué te retuvo? —Sin esperar respuesta, ahuecó las manos alrededor de su boca y gritó—: ¡Ramsés, baja de ahí en este instante! Te dije que debías esperar hasta que Nefret y tu madre llegaran antes de entrar en la tumba.

—¿Entonces no has vuelto a entrar? —Pregunté—. Gracias, Emerson, has sido muy amable al esperarme.

Con las mangas enrolladas a los codos y la morena cabeza descubierta brillando a la luz del sol, Emerson se veía tan fresco como si hubiera dormido durante ocho horas seguidas, pero una preocupación afectuosa dirigió mi siguiente sugerencia.

—Traje té y comida, querido, tomate tiempo para comer algo y cuéntame tus planes.

Emerson me rodeó casualmente con un brazo y me apartó del camino de un canto rodado que cayó retumbando por la ladera. Los espectadores se dispersaron y luego se reunieron, como un grupo de hormigas alrededor del azúcar derramado.

—Como puedes ver, Peabody, estoy limpiando la entrada inferior. No podemos seguir subiendo y bajando por esa mal... er... maldita cuerda. Si ensanchamos el pasaje podremos usar escalas de mano o construir escaleras.

Aceptó una taza de té; Ramsés, que nos había acompañado, comentó:

—Es posible abrir la parte inferior del pasaje por completo, padre. Creo que fue un alud o terremoto lo que lo cerró en la antigüedad. Buenos días, madre. Buenos días, Nefret. Buenos días, señorita Marmaduke.

Emerson interrumpió las breves cortesías.

—De todas formas, no seremos capaces de comenzar a trabajar en la tumba misma hasta dentro de varios días. Oh... aquí está tu sombrilla, Peabody. Anoche la olvidaste en la cima.

—Gracias, querido, me alegra recuperarla. ¿Enviaste a algunos hombres a hacer guardia en la entrada superior?

—No hay necesidad —contestó Emerson, golpeando un huevo hervido contra una conveniente roca—. Nuestros amigos estarán

aquí abajo. Si alguien intenta bajar por esa cuerda le oirán, y... Bien, no me gustaría estar en su lugar. Ahora pues, Peabody, cuéntame las noticias. ¿Cómo está David? ¿Telegrafiaste a Maspero y enviaste mensajes a los demás?

Era tan propio de él preguntar primero por el muchacho enfermo. Con una sonrisa afectuosa lo tranquilicé en cuanto a la condición de David y continué:

—Ocurrió algo sumamente asombroso, Emerson. Cuando fui a la oficina del telégrafo, encontré un mensaje de Walter. Debe haberlo enviado momentos después de que llegaran nuestros telegramas.

—¿Entonces vendrán?

—Tienen intención de partir hoy. ¿Qué demonios les dijiste? La mención de Walter de "una profunda preocupación" a duras penas puede referirse a la tumba.

—Les dije que Ramsés estaba enfermo —dijo Emerson tranquilamente—. Y que tú estabas en un estado de profunda preocupación.

—¡Emerson! ¿Cómo pudiste?

—No tengo escrúpulos para emplear medidas drásticas cuando son necesarias, Peabody. Y este caso las merecía. —Se zampó otro huevo y, como su capacidad de hablar estaba bastante limitada, hizo gestos enfáticos.

—Oh, querido —murmuré—. Pobre Evelyn, cómo estará. Bien, no hay nada que yo pueda hacer al respecto en este momento. Como pediste, dejé un mensaje para sir Edward repitiendo nuestra invitación a cenar.

Emerson tragó.

—Maldita sea, Peabody, te dije que lo trajeras aquí de inmediato. Quiero un registro fotográfico completo de nuestro trabajo, desde el inicio hasta el final.

—¿Entonces por qué no esperaste antes de remover esas rocas? El aspecto original...

—Los pedruscos son un fenómeno natural. Estoy hablando de...

—¿Cómo sabes que no fueron colocados allí deliberadamente? Tal información...

—¡Porque examiné las malditas cosas! —gritó Emerson—. No podrían haber sido...

—Emerson, por favor detente...

—Peabody, si sigues con...

Dándome cuenta que estaba a punto de comportarme de una manera poco digna, me callé. Emerson dejó de hablar porque se había quedado sin resuello.

Ramsés, que había estado esperando una tregua en la conversación, solo emitió un "¡Ouch!", porque Nefret, al levantarse, le había dado un pisotón en el pie.

—Lo siento tanto, Ramsés —exclamó ella—. ¡Qué torpe soy! Me ha dado un calambre por estar sentada en esta roca. Profesor, he traído mi nueva cámara de bolsillo. Su alcance es limitado, por supuesto, pero si quiere, intentaré hacer algunas fotografías.

—¿Ah, tenéis una de esas? —exclamó Howard—. Yo también. Son muy buenas al aire libre, con un sol brillante, pero en sombra u oscuridad...

—Es un problema que tendremos que solucionar —declaró Emerson—. Creo que los reflectores servirán. Adelante, Nefret, averigua qué puedes conseguir.

Cuidando su pie, Ramsés comentó:

—Señor, dijo que podríamos entrar en la tumba después de que madre llegara.

—Madre y Nefret —dijo aquella jovencita, dirigiéndole una sonrisa dulce a Emerson.

—Es una subida difícil —protestó Ramsés—. Incluso con una cuerda.

—¿Y cómo sabes eso? —Exigió Nefret—. ¿Lo has intentado? Te dijeron que esperaras.

—No tema, señorita Nefret —dijo Howard, con una mirada admirada a su enardecido e indignado rostro—. Conseguiremos que entre de una forma u otra.

—No habrá tal dificultad. —Emerson se puso de pie y se estiró —. Puse a Mohammed a trabajar para que construyera una escala de cuerda. La llevaré conmigo cuando suba por la cuerda y la anclaré firmemente. Podréis seguirme... de dos en dos, el espacio es limitado.

Abdullah, que sabía bien cuando intervenir, se aclaró la garganta.

—Iré primero, Emerson, y llevaré la escala de cuerda.

Emerson le dirigió una sonrisa amistosa.

—Espera tu turno, Abdullah. Primero irá Ramsés y... eh... no, las damas primero. Tú y Nefret, Peabody, después Ramsés y Carter, luego... excúseme, señorita Marmaduke, no quise pasarla por alto.

Ella le había hecho fácil el hacerlo. Sentada a poca distancia del resto de nosotros, con la cabeza agachada y las manos dobladas como una institutriz humilde en compañía cortés, no había dicho ni una palabra. Pero ahora alzó la vista.

—Es muy amable al pensar en mí, señor. Anhelo ver ese maravilloso lugar, pero prefiero no contemplarlo hasta que todo esté preparado.

—Puede esperar también hasta que tengamos peldaños de acceso —dijo Emerson, visiblemente aliviado—. Muy bien, entonces. Abdullah y Daoud irán después de Ramsés y Carter. Abdullah, diles a los hombres que paren de trabajar mientras subimos; toda la estructura es muy inestable y no quiero que nadie sea triturado al caer una roca.

Me parecía que se había hecho muy poco, pero en ese momento me di cuenta del motivo para que Emerson procediera tan lentamente. Si la entrada había sido deliberadamente bloqueada (y estaba segura que así era, a pesar de la declaración dogmática de Emerson de lo contrario) o cerrada por un accidental alud, las rocas eran inestables; el retiro incorrecto de una podría hacer que el resto cayera.

Emerson lanzó la escala de cuerda sobre su espalda, agarró el extremo de la cuerda y comenzó a subir. De pie cerca de mí, Nefret comentó:

—¿Por qué necesitamos la escala, tía Amelia? El ángulo de la cuesta no puede tener más de cuarenta y cinco grados, y con la cuerda...

—No es tan fácil como Emerson lo hace aparentar, querida —contesté, observando inquieta cuando la oscuridad engulló a mi marido—. Tú eres joven y ágil, pero no tienes la fuerza de Emerson en los brazos y hombros. Cuando él... —Me interrumpí, protegiendo mi cara con el brazo, cuando una lluvia de guijarros cayeron sobre nosotros.

—¡Tened cuidado allí abajo! —gritó Emerson, algo tardíamente —. Mis disculpas, queridas; estos malditos rellenos se derrumban con un solo toque.

Me temía que no fuera roca desmoronándose. Hombres desesperados nos habían estado esperando anoche, y en este momento la posición de Emerson era aún más vulnerable. Una piedra lanzada desde arriba podía hacer que Emerson soltara su agarre sobre la cuerda, un cuchillo afilado cortando la cuerda tendría el mismo efecto, provocando una caída que ciertamente sería fatal. Y los momentos más peligrosos serían los últimos, cuando se acercara a la entrada. Creo que no volví a respirar con profundidad hasta que le escuché repetir su advertencia, y la escala de cuerda cayó por la cuesta, acompañada por un repiqueteo de piedras. Huelga decir que mi pie ya estaba en el primer peldaño en el instante en que estuvo al alcance.

Tan pronto como mi cabeza pasó por la parte más estrecha del pasaje vi a Emerson. Había encendido varias velas y las había ubicado contra la cara de la roca. Agachándose, agarró mis muñecas y me alzó a la cornisa.

—Continua, querida, pero ten cuidado con los murciélagos. Están algo inquietos.

—¿Ya has entrado en la cámara?

—Antes de dejar caer la escala, Peabody. ¿Crees que permitiría que tú y Nefret os aventurarais a entrar aquí hasta estar seguro de que no hubiera invitados indeseados? Tendrás que tantear el camino, no quise dejar un fuego sin vigilancia.

Muchos arqueólogos habrían considerado innecesaria la preocupación de Emerson por el fuego, y pocos hombres habrían hecho que sus mujeres entraran en una oscura cámara mortuoria infestada de murciélagos y pedazos de momia. Estaba de acuerdo con sus precauciones, y su confianza incondicional en mis capacidades era el firme cimiento en el que nuestro matrimonio se apoyaba. Mientras me arrastraba en la oscuridad, con puntiagudos guijarros pinchando mis rodillas y manos, reconocí, como a menudo hacía, que era la más afortunada de las mujeres.

Mi entrada en la cámara irritó a varios de los murciélagos más animados y tuve que hablarles bruscamente antes de que volvieran a asentarse. Encendí una vela. Cuando Nefret y Emerson me acompañaron yo aún miraba incrédula el objeto que había atrapado de inmediato mi atención.

Interrumpí los comentarios introductorios de Emerson.

—Mira. No lo vi anoche. ¿Estaba allí cuándo entraste hace poco?

—¿Dónde estaba qué? —exigió Emerson con irritación—. No realicé una inspección detallada, Peabody, solo me aseguré que nadie estuviera... Oh, Santo Dios.

La estatua tenía aproximadamente sesenta centímetros de alto y estaba esculpida en basalto negro. Había sido colocada al lado de la puerta que llevaba a la cámara mortuoria. Sus mandíbulas estaban abiertas mostrando sus formidable dentadura, su abdomen hinchado enmarcado por franjas de luz reflejada, representaba a la grotesca diosa hipopótamo, Taueret.

* * *

Cuando todos tuvimos nuestro turno en la tumba ya era media tarde, y hasta Emerson admitió que deberíamos volver a la *dahabiyya*. Sin embargo, mientras caminábamos lado a lado él mantuvo un malhumorado monólogo.

—No tenemos suficientes hombres, maldita sea. Tendrán que permanecer de guardia a todas horas, y no me atrevo a dejar a menos de cinco hombres. ¿Viste la mirada en el rostro de Mohammed Abd er Rasul esta mañana? No me extrañaría que él y sus hermanos...

—Emerson, sabes que has hecho lo mejor que podías, así que deja de preocuparte.

Conseguí persuadirlo para que durmiera unas horas. Esperaba que le pusiera de mejor humor, porque yo había arreglado una pequeña cena, del tipo que le disgusta particularmente a Emerson. Ya que había sido necesario invitar a sir Edward, decidí que también podría incluir a varios de nuestros colegas profesionales, quienes reclamarían noticias de la nueva tumba.

Un baño y un cambio de ropa me refrescaron por completo, y fui a ver lo que estaban haciendo los demás. Gertrude estaba en el salón transcribiendo las notas que Emerson había hecho esa mañana. Parecía cansada, y le habría gustado charlar, pero me excusé. Su mirada desolada hizo que me sintiera un poco culpable. ¿Me había equivocado con ella? Si era nuestra enemiga no era una muy eficiente. Hasta ahora no podía acusarla de nada más que hacerle ojitos a mi esposo, y no había nada extraño en eso.

Encontré a Ramsés y Nefret con David. Los tres estaban sentados en el suelo alrededor de una bandeja de comida, claramente

reunida por Ramsés ya que consistía en una combinación nauseabunda de platos egipcios e ingleses. Al verme, Ramsés se puso de pie como yo le había enseñado. David sin demora siguió su ejemplo, y exclamé:

—No deberías estar fuera de la cama, mucho menos de pie. Déjame ver ese pie.

Una gruesa pasta verde cubría el dedo del pie herido. Cuando pregunté dónde había consiguió el horrible producto, David hizo gestos a la ventana. Daoud, quien había estado observando con una sonrisa paternal y amistosa, retiró con presteza la cabeza. Lo llamé. Mi interrogatorio obtuvo la información de que el "bálsamo" era un viejo remedio de familia consistente principalmente en varias hierbas y grasa de cordero.

—¿Principalmente? —Repetí con recelo.

—Parece no haber ocasionado perjuicio alguno, madre —dijo Ramsés—. Aunque no hay dudas que tu tratamiento ha resultado muy eficaz. Como puedes ver, la hinchazón ha remitido y puede estar de pie sin dolor. —Continuó sin tomar aliento—. ¿Nos acompaña? Le estamos contando a David lo de la tumba y tenemos un consejo de guerra.

Más halagada de lo que me gustó demostrar, acepté la galleta y la copa de jarabe de caña de azúcar que él me ofreció y tomé una silla.

—¿Qué os hace suponer que un consejo de guerra es necesario? —Pregunté.

—Ciertamente eso es obvio —dijo Ramsés—. Aún tenemos que entender el comportamiento inexplicable del individuo que visitó sus habitaciones en El Cairo, así como la visita igualmente extraña del signor Riccetti y el asunto aún más peculiar del segundo grupo de ladrones de tumbas.

—Solo que no lo eran —dijo Nefret—. Si hubieran ido allí para robar la tumba, no se habrían comportado tan amablemente con usted y el Profesor. Creo que fueron allí para protegerles.

—¿Por qué dia... por qué lo harían? —pregunté.

Ramsés cruzó las piernas y me miró con seriedad. Años de experiencia me habían dado algunas pistas sobre cómo leer su enigmático semblante, y sus ojos destellaban de una forma que me hizo sentir sumamente inquieta.

—¿No mencionó el signor Riccetti dos grupos diferentes de individuos, aquellos que nos ayudarían y aquellos que interferirían con nuestro trabajo?

El alivio me sobrecogió. Ramsés no debería saber eso, pero la información era menos incómoda que algunos otros hechos que se suponía debía ignorar.

—Me imagino que se lo sonsacaste a tu padre —dije con resignación.

—Padre me informó del asunto —corrigió Ramsés—. En su opinión la información se convirtió en relevante a la vista de lo que ocurrió anoche. Esos acontecimientos justificarían una declaración que al principio parecería...

—¿Ramsés, tienes que hablar así? —Cuestionó Nefret—. David no entiende la mitad de las palabras que has usado y tu estilo oratorio prolijo y pomposo es condenadamente molesto.

Yo no podía haberlo dicho mejor. Ramsés parpadeó, una demostración extravagante de emoción para él, y Nefret continuó:

—Todo apunta a lo que tía Amelia y yo hemos sabido desde un inicio. Al hombre que tenía el anillo lo envió el líder de uno de los grupos, probablemente Riccetti, y fue asesinado por alguien del otro grupo.

—¿Pero cómo lo llevaron a cabo? —Pregunté.

—Seguro que ya ha pensado en eso, tía Amelia —dijo Nefret—. El asesino estaba en el balcón. Le disparó al señor Shelmadine un dardo envenenado.

—Por Dios —exclamé—. Naturalmente que ya lo había pensado, Nefret, pero eso realmente suena... bien... un poco dramático, ¿no crees?

—Es la única explicación —insistió Nefret—. El asesino pudo haber sobornado al *sufrayi* para que le dejara entrar o lo que es más probable, cruzar al balcón desde otro cercano. Estaba oscuro y nuestros cuartos daban a la calle, nadie le habría visto. Entonces, después de golpear al Profesor, él o un cómplice enviaron al *sufrayia* una diligencia y se llevaron el cuerpo a un cuarto cercano, el mismo desde el que había alcanzado el balcón. Pudieron deshacerse del cuerpo más tarde, en un baúl o caja.

—Humm —dije—. ¿Qué opinas tú, Ramsés?

—Es una hipótesis razonable... eh... idea —dijo Ramsés—. Por lo

que hemos estado discutiendo quiénes podrían ser esos misteriosos individuos... eh... personas. Quién tendría un motivo... eh... razón... para impedirnos excavar... eh... desenterrar... eh...

Se había tomado a pecho la crítica de Nefret, pero sus intentos de simplificar su vocabulario no tuvieron mucho éxito. Nefret le sonrió condescendientemente.

—Permíteme, Ramsés. Es evidente que estas personas desean mantenernos lejos de la tumba y así poder robar su contenido. Eso significa que están o han estado relacionados con el comercio ilegal de antigüedades. Riccetti ciertamente es uno de ellos. Pero también hay un hombre llamado Sethos... ¿Algún problema, tía Amelia?

—Me atragante con una miga —dije—. ¿Cómo conoces a Sethos, Nefret?

—Por Ramsés, por supuesto. Él me advirtió que no mencionara el nombre del tipejo ante el Profesor o usted, pero no puedo entender por qué —dijo Nefret con aspecto inocente—. Parece un hombre fascinante. Lamento no haberlo conocido.

—En cambio a mí me complace que no lo hayas hecho —refunfuñé—. Han pasado cinco años desde que tuvimos noticias de Sethos, y como Ramsés sabe, su último mensaje nos informó que dejaba Egipto para siempre.

—Y no tenemos razón alguna para dudar de esa afirmación —dijo Ramsés. Fue una declaración, no una pregunta, pero sus fríos ojos negros se concentraron en mi rostro como si aguardaran una respuesta.

—Ninguna —dije firmemente—. Sethos no puede estar implicado en este asunto.

—Entonces —dijo Ramsés, después de una larga y angustiosa pausa—, su imperio carece de líder. Podemos estar enfrentándonos a algunos de sus ex-subordinados... eh... lugartenientes... maldita sea, personas que trabajaron para él. —Miró lastimosamente a David, quien asintió enérgicamente.

Ramsés continuó con más afirmaciones.

—Sethos tenía muchos ayudantes, de todas las nacionalidades y de ambos sexos. Ya que conocemos a la mayoría, nos conviene preguntarnos...

Se interrumpió, viéndose cohibido. Nefret dijo tranquilamente:

—¿Es la señorita Marmaduke una espía para el grupo que desea

robar la tumba?

—Ella no es la única posibilidad —dijo Ramsés, con una mirada malévola a su "hermana"—. Sir Edward es un personaje altamente sospechoso.

—Puedo pensar en al menos dos motivos sobre por qué sir Edward puede desear mejorar su relación con nosotros —murmuró Nefret—. Ninguno implica un motivo criminal.

David había estado siguiendo el diálogo, para cuyo beneficio se había realizado, con boquiabierto interés su cabeza daba vueltas de uno a otro de los hablantes. No podría decir cuánto entendió, pero no estaba equivocada de hacia donde se dirigía la discusión.

Ramsés emitió un "Humm" tal como Emerson habría hecho cuando se enfrentaba con la indiscutible lógica femenina y Nefret se rió de él.

—Estoy de acuerdo, querido hermano, que no deberíamos dar nada por supuesto. Tú y yo somos dos y dos son los sospechosos. Te dejo la tarea de congraciarte con la señorita Marmaduke y sonsacarle sus secretos. Sir Edward será mi responsabilidad. Tengo mucha ilusión por cumplir el desafío.

* * *

Emerson armó alboroto y echó humo cuando le comuniqué lo de la cena. No solo rechazó llevar traje de noche (algo que había esperado), sino que rechazó cambiarse en absoluto, apareciendo en el salón con las arrugadas ropas de trabajo y botas. Fue el único de los caballeros (no incluyo a mi hijo en esa categoría) que no hizo ese esfuerzo. Howard y los otros arqueólogos usaron sus mejores trajes y sir Edward estaba ataviado con sus galas de noche, las cuales destacaban su cabello rubio y buena constitución física.

Sin embargo, fue incapaz de monopolizar a Nefret, porque varios de los otros caballeros (y Ramsés) la rodearon. Monsieur Legrain, responsable del trabajo en el templo de Karnak, la encontró particularmente fascinante. Por supuesto, era francés.

En semejante compañía y en tal ocasión, los ociosos cotilleos sociales pronto cedieron paso a la conversación profesional. Nos vimos sitiados con preguntas sobre la tumba, pero Emerson, por lo general categórico hasta el punto del dogmatismo, fue inusitadamente reservado.

—En esta etapa prefiero no comprometerme. Conocen mis

opiniones sobre la excavación. El corredor está lleno de escombros, llevará tiempo limpiarlo y examinar los materiales.

—Pero la cámara mortuoria —exclamó Howard—. ¿Entraron en ella los ladrones? ¿Está intacta la momia? Seguramente lo habrá investigado antes...

—Ciertamente no —dijo Emerson, lanzándole una glacial mirada —. Tanto a la señora Emerson como a mí nos guían los principios científicos, no la curiosidad ociosa.

—¿Por tanto la señora Emerson trabajará con usted? —Sir Edward fue quien habló. Enarcando una ceja, pasó su mirada de mí a Emerson y viceversa—. ¿Haciendo qué, si puedo preguntar?

—Excavando —dije—. Examinando los escombros, anotando cualquier hallazgo que encontremos y su posición precisa.

—¿En la propia tumba?

—Sería difícil realizar esas actividades en cualquier otro sitio.

Arqueó la ceja aún más alto. De repente se rió y alzó su copa de vino.

—Mis respetuosos saludos, señora Emerson. Comienzo a ver que una dama puede ser... en resumen, una dama, con toda la gracia, la belleza y el encanto de su admirable sexo, y aún así ser tan osada y capaz como cualquier hombre. Mis prejuicios se han visto sacudidos, ¿me aventuro a esperar que una continua asociación con usted los romperá por completo?

—Hablando de eso —dijo Emerson y se llevó aparte al joven.

Este final bastante abrupto de la discusión general hizo que los demás se dispersaran en grupos más pequeños. Ramsés conversaba absorto con M. Legrain, cuando me acerqué me di cuenta que éste último estaba describiendo, con eufóricos gestos galos, un acontecimiento ocurrido en Karnak unos meses antes. Varias de las columnas monolíticas de la sala hipóstila se habían caído, con un estruendo que sacudió toda la ciudad de Luxor.

—Fue un acontecimiento formidable —exclamó Legrain.

—Debe haberlo sido —dijo Ramsés cortésmente. Y añadió con voz meditativa—. Por fortuna para mí no estaba allí entonces.

—¿Perdón? —dijo M. Legrain.

Me detuve en seco y observé fijamente la nuca de mi hijo. No me sentí tentada de pedirle que repitiera la declaración, la había escuchado con total claridad, pero no podía creer lo que había oído.

Yo tenía la tendencia (una tendencia comprensible, considerando su historial) de culpar a Ramsés por cualquier adversidad que ocurriera en sus cercanías inmediatas, ¡pero seguramente no podía creer que sospecharía de él por la explosión del templo de Karnak!

¿Podría ser que Ramsés estuviera desarrollando cierto sentido del humor?

Ramsés se dio la vuelta y me vio. Con seguridad hubo un centelleo en su mirada. En cualquier otro que no fuera Ramsés lo habría llamado brillo.

* * *

Al finalizar la velada incluso yo misma comencé a flaquear un poco, después de una noche sin dormir y un día lleno de esfuerzo. No obstante mientras estaba sentada ante el espejo peinándome el cabello con las usuales cien cepilladas, examiné mentalmente las actividades del día y me sentí satisfecha de que todo estuviera en orden. Se había colocado otro catre en el cuarto de Ramsés. Monsieur Legrain nos había ofrecido su ayuda y la de sus hombres. (Emerson, que no tenía intención de dejar entrar a otro arqueólogo en nuestro descubrimiento, rehusó la oferta). Los mensajes habían empezado a llegar a raudales: de M. Maspero, ofreciendo felicitaciones; de Cyrus Vandergelt, quien había llegado a El Cairo, expresando su intención de ir tan pronto como le fuera posible a "donde estaba la acción" según sus propias palabras; y de otros amigos arqueólogos, preguntando en qué podían ayudarnos. Emerson le había ofrecido a sir Edward el puesto de fotógrafo oficial, añadiendo que la oferta podría ser rescindida si sir Edward continuaba haciéndole ojitos a su esposa...

—¡Por Dios Santo, Emerson! —exclamé, dejando caer mi cepillo —. Solo estaba siendo cortés. Espero que no lo hayas expresado tan directamente como ahora.

—¿Por quién me tomas, Peabody? No recuerdo las palabras precisas, pero fui la encarnación del tacto, como siempre.

Sus manos se posaron en mis hombros y su rostro se reflejó en el espejo frente a mí. No pude evitar sonreír, él se veía tan complacido consigo mismo.

—Al joven no le importa un pimiento tu esposa, Emerson. Es Nefret en quien está interesado.

—Apenas le habló en toda la noche.

—Precisamente por eso. Emerson ¿qué estás haciendo?

—Me estoy asegurando —dijo Emerson— que no te dejarás llevar por el mal camino debido a las atenciones de un persuasivo aristócrata.

—Pero Emerson, debes estar cansado, y yo no he terminado con mis cien cepilladas, y es tarde...

—¿Entonces por qué estamos perdiendo el tiempo conversando?

Ese ciertamente era un argumento razonable. Además, tenía la intención de usar todos los medios posibles a mi alcance para impedir que Emerson regresara a la tumba esa noche. Éste podía ser tan eficaz como esperaba.

Pero no íbamos a disfrutar de un relajante sueño nocturno. Eran algo más las dos de la mañana cuando me despertaron los ahora sonidos familiares de una violenta lucha. Largos años de práctica me han entrenado en responder al instante y completamente alerta, recuperé mi camisón y me lo puse antes de que Emerson estuviera totalmente despierto. Le dije un seco recordatorio:

—No olvides tus pantalones, querido —cogí mi sombrilla y corrí a la puerta.

Me encontré un poco confundida al principio, pero por supuesto me dirigí instintivamente al cuarto de Ramsés, el cual estaba al otro lado del nuestro. La puerta de Ramsés estaba entornada, pero también lo estaba otra... la de la recámara de Nefret. La luz se derramaba a través de la apertura y los persistentes sonidos de un altercado provenían de allí.

Con la sombrilla lista, me abalancé... y me detuve en seco. Dos individuos estaban luchando. Tal como lo había anticipado. Lo que no había esperado era que los individuos fueran Nefret y la señorita Marmaduke.

Avanzando, les ordené que desistieran de inmediato. Ambas se apartaron, jadeando y temblando. El cabello suelto de Gertrude colgaba sobre su cara y su camisón de noche había perdido varios botones, pero Nefret estaba en peor estado. Su camisón colgaba abierto hasta la cintura y se le había deslizado por un hombro. Captando mi mirada se apresuró a ajustárselo y se lanzó a hablar.

—¡Ella le golpeó, tía Amelia! Estaba tratando de...

—¡Oh, cielos! —Las rodillas de Gertrude flaquearon y se apoyó pesadamente contra la pared—. ¡No lo sabía! ¡Pensé... Santo Dios!

¡Ha regresado! ¡No le deje acercarse a ella!

"Él" era David, acompañado por Ahmed, que había estado de guardia en la ventana de Ramsés. Nefret se dejó caer de rodillas al pie de la cama. Me pareció un momento inadecuado para rezar, pero antes de que pudiera comentárselo, Nefret me dirigió un gesto de súplica y para mi horror vi que su mano alzada estaba manchada de carmesí.

—Ayúdame, tía Amelia. Y no dejes que esa mujer...

—Claro que no —dijo Emerson, desde la entrada—. Amelia, es mejor que hagas lo que pide. Qué nadie más se mueva.

Sabía lo que vería. Solo un miembro de nuestro grupo no estaba a la vista, y por lo general era el primero en aparecer.

Ramsés estaba doblado en el suelo, medio escondido por la ropa de cama caída y al lado de la cama. Nefret intentaba apartarle las manos llenas de sangre, las cuales estaban fuertemente apretadas sobre su costado. Sus ojos estaban abiertos. Al verme, dijo:

—Buenas noches, madre. No fue David.

—¿De verdad? —Aparté a Nefret de mi camino, con un poco más de fuerza de la necesaria, y me arrodillé junto a Ramsés. Me permitió levantarle las manos, comentando:

—Creo que sería aconsejable detener la hemorragia, comienzo a sentirme un poco mareado, y hay varias cosas que quiero decir antes...

—Puedo creer eso muy bien, Ramsés.

Él había estado sosteniendo un trozo de sábana sobre la cuchillada en su costado. Doblé otra sección en una almohadilla más mullida e hice presión sobre ella.

—Ay —dijo Ramsés—. Madre...

—Estate quieto. Emerson, trae mi botiquín. Nefret, rasga esa sábana en tiras.

Emerson estuvo de vuelta casi de inmediato.

—¿Cómo está?

—Tiene más suerte de la que se podría esperar. El pulmón no ha sido afectado, probablemente porque el cuchillo golpeó una costilla. Ramsés, deja de retorcerte. Sé que el alcohol arde, pero debo desinfectar la herida antes de vendarla.

—No me estoy retorciendo —dijo Ramsés, débil pero indignadamente—. Eso fue un reflejo físico involuntario. Y puedo

decir, madre, que me siento ofendido por la palabra “suerte”. Al observar un destello de luz sobre la hoja de un cuchillo pude...

—Estate quieto, Ramsés.

—Por lo menos, todavía puede hablar —dijo Emerson, con un largo suspiro de alivio—. ¿Qué demonios ha pasado aquí?

—El muchacho entró sigilosamente e intentó... a... asaltarla —gritó Gertrude—. Escuché su grito y vine al instante, pero debe haber escapado por la ventana antes que yo pudiera...

—Es mentira —dijo Nefret—. No fue David.

—Estaba oscuro. —La voz de Gertrude se elevó histéricamente —. ¿Cómo pudiste ver quién era? Yo vi su perfil contra la ventana.

—Vio a Ramsés —dijo Nefret—. Fue el primero en responder a mi llamada de socorro. El hombre que... el hombre me dejó ir y corrió a la ventana. Ramsés fue tras él. —Sus manos siguieron moviéndose mecánicamente, rasgando tiras de la sábana, pero estaba tan pálida como su camisón y su voz era inestable.

—Eso bastará, querida —dije—. Emerson...

Él la tomó en un abrazo paternal.

—Aclararemos esto mañana —dijo, acariciando con torpeza la cabeza brillante que se apoyó contra su pecho. Las manos de Emerson, como yo sabía bien, nunca eran torpes. Era la rabia lo que las hacía temblar ahora.

Con aparente calma continuó:

—Señorita Marmaduke, regrese a su habitación. Después hablaré con usted. Nefret, tu tía Amelia te llevará a nuestra habitación tan pronto como termine con Ramsés. Es mejor que él permanezca aquí. Yo me quedaré con él. David...

—No fue David. —Los ojos de Ramsés estaban medio cerrados, pero estaba lo bastante consciente para escuchar cómo la voz de su padre se había endurecido al pronunciar el nombre del muchacho —. Él se estaba despertando cuando yo dejé nuestra habitación. El hombre era más grande y más fuerte que David, aunque vestido de la misma forma. Alguien intenta...

—Has dejado claro tu punto, Ramsés —dijo Emerson. Rodeando a Nefret con el brazo, la llevó hacia el pie de la cama y permaneció allí mirando a su hijo—. ¿Bien, Peabody?

—Ahora puedes ponerlo en la cama —dije, atando un nudo prolijo—. Con cuidado.

Realizada esta operación, tapé a Ramsés y le sequé el sudor de la cara. Creí que estaba dormido o inconsciente, pero debería haber sabido que Ramsés insistiría en decir la última palabra. Abrió los labios.

—Ahora serás capaz de conservar tu reputación con la tía Evelyn. Cuando llegue puede mostrarte... una genuina...

Supongo que habría continuado un poco más, si no hubiera perdido el conocimiento. Dejando a un hermético y silencioso Emerson a un lado de la cama y notando que David se había instalado en un rincón con una mirada que me decía que se requeriría la fuerza bruta para sacarlo de allí, rodeé con el brazo a Nefret y la llevé a nuestro cuarto.

No había dudas al respecto, Ramsés estaba desarrollando cierto sentido del humor. Como podría haber esperado, era un sentido del humor peculiarmente retorcido.

# Capítulo 7

***"La suave voz del Padre de las Maldiciones resuena como el gruñido de un león enojado".***

A la mañana siguiente, por primera vez Emerson se levantó antes que yo. Intentó moverse sigilosamente, pero no es bueno en eso; una palabrota contenida me despertó y abrí los ojos para contemplar a Emerson cojeando como una cigüeña, sosteniéndose el pie descalzo entre las manos. Deduje que se había golpeado el dedo del pie contra el armazón de la cama, ya que sus maldiciones masculladas iban dirigidas hacia ese artículo del mobiliario.

Había la suficiente luz para que pudiera distinguir su forma.

—¿A dónde piensas que vas a estas horas de la mañana? —Pregunté. Pero creía saber la respuesta.

—Maldita sea —dijo Emerson, en lo que ingenuamente creía que era un susurro—. No quería despertarte, Peabody.

—Entonces no deberías tropezar en un cuarto a oscuras con los pies en calcetines. —Como no había respondido a mi pregunta, volví a hacerla—. ¿A dónde vas?

—A realizar un saludable paseo matutino. —Emerson se sentó y comenzó a ponerse las botas.

—Una idea excelente. Te acompañaré.

Nefret todavía dormía con la mejilla apoyada sobre su mano. Salí de la cama y me coloqué detrás del biombo para vestirme. Lo hice incluso con mayor celeridad que de costumbre porque temí que Emerson tratara de irse sin mí, pero cuando salí lo encontré de pie junto a la cama.

—¿Estará bien? —preguntó ansiosamente.

—Oh, sí. Los jóvenes poseen asombrosas capacidades de recuperación, y ella no estaba herida, solo asustada.

—¿Estás segura?

—Sí, querido. El hombre apenas la tocó. Creo que está más afligida por Ramsés que por sí misma. ¿Cómo está él?

—Si hubiera algún motivo de preocupación te lo habría dicho al instante —contestó Emerson—. Selim está con él.

—¿Selim? Pero él no estaba aquí, estaba...

—No tan alto, Peabody. La despertarás.

—Estoy despierta. —Los ojos azules, cuyo color era ahora discernible con la mayor claridad de luz, se abrieron bruscamente —. ¿Cómo está Ramsés?

—Como le estaba contando a tu tía Amelia, duerme profundamente, sin signo de fiebre.

—¿Van a algún sitio, verdad? —Salió apresurada de la cama, mostrando en su prisa una larga extensión de sus esbeltos miembros —. Me sentaré con Ramsés.

El camisón de noche era mío, yo había hecho un fardo con su ropa rasgada y lo había puesto fuera de la vista. Él mío la cubría cuando que se puso de pie desde los hombros al suelo. Sin embargo, sentí necesario administrar un pequeño recordatorio.

—Ponte tus ropas primero.

—Qué estupidez —refunfuñó Nefret—. Oh, muy bien. No se preocupen por Ramsés, yo cuidaré de él.

—Estoy segura que lo harás —dije, esperando que Ramsés se abstuviera de mencionar su rescate heroico cada cinco minutos, y que el afecto agradecido de Nefret evitara que discutieran durante al menos algunas horas.

—¿Señor? —Emerson, camino de la puerta, se dio la vuelta. Nefret lo miró directamente a los ojos y en su mejor árabe dijo lentamente—: Que la buena fortuna le ayude en sus objetivos, oh Padre de las Maldiciones.

Emerson solo me dio el tiempo suficiente para echarle un vistazo a mi hijo, quien en efecto dormía plácidamente. Cuando dejamos la *dahabiyya, Anubis* se materializó desde algún sitio, tal como suelen hacer los gatos, y nos siguió por la plancha de acceso.

—Emerson —dije—. ¿Qué quiso decirte Nefret?

—¿Entiendes árabe, no es así?

—Sí, pero... Me sonó como si te estuviera alentando... aprobando, al menos... alguna acción que...

—No necesito ser alentado, querida —dijo Emerson suavemente.

Si no hubiera sabido ya que no estaba de humor para bromear, lo habría deducido por el hecho de que los animales que nos esperaban eran caballos, no los pequeños burros. Abdullah también nos estaba esperando con el rostro excepcionalmente adusto. Emerson me arrojó sobre uno de los caballos y subió a su propia montura.

—No propongas bañar a los malditos caballos, Peabody, después tendrás tiempo para preocuparte por ellos. Los he alquilado por el resto de la temporada y he enviado a uno de los hombres a Luxor a comprar sillas para nosotros. Éstas están, lo admito, un poco desgastadas. Maldita sea, Abdullah, date prisa o te dejaré. Tú también —añadió, lanzando una mirada al gato, quien respondió saltando ágilmente sobre las rodillas de Emerson.

—¿Emerson, anoche dormiste algo?

—Me entretuve planeando lo que pienso hacer con Hamed.

—Pero no puedes estar seguro de que fue...

Se alejó antes de que pudiera terminar la frase y tuve que obligar a mi pobre criatura a adoptar su mejor paso para que pudiera mantenerse a la par con el corcel de Emerson. No me atreví a dejarle adelantarse, en su estado actual era capaz de azotar al anciano hasta casi matarlo, una acción que probablemente lamentaría una vez que se hubiera calmado... y Abdullah no era el hombre para controlarlo. El honor de la familia así como el cariño que Abdullah escondía de todos los ojos salvo de los míos, exigía venganza por las sospechas lanzadas sobre su nieto.

La necesidad de contener a dos machos furiosos sería un desafío hasta para mí, pero creí que podría manejarlo... con un poco de suerte. La suerte estaba conmigo o más probablemente con el hecho que Hamed se había enterado de nuestra llegada. El viejo bandido no aparecía por ninguna parte. El patio estaba vacío, carecía de cualquier indicio de vida a excepción de las gallinas, los criados y aprendices habían huido.

Emerson irrumpió como un vendaval en la casa, pateando mobiliario y desgarrando las cortinas que cumplían la función de puertas. Hasta invadió el harén, si alguien podía usar esa palabra para distinguir una pequeña habitación ocupada por dos mujeres encogidas. Una única mirada nos mostró a Emerson y a mí que

ninguna podía ser Hamed; una era una vieja bruja arrugada y la otra una muchacha de ojos negros quien no podía tener más de trece.

Se habían olvidado de ponerse el velo y solo se encogieron porque eso se esperaba de ellas. Ambos rostros contemplaron a Emerson sin alarma y con gran interés. Saludándolas respetuosamente, él miró bajo el diván, detrás de una cortina y se retiró.

—Esto es una pérdida de tiempo, Emerson —dije—. No está aquí. Has buscado...

—Mi querida Peabody, solo acabo de empezar.

Regresamos con Abdullah, que estaba en el salón. Cuchillo en mano, pinchaba el suelo a diestro y siniestro.

—Nada —dijo, enderezándose.

—Estará en la recámara principal, supongo —dijo Emerson, curvando sarcásticamente los labios.

Este era un cuarto amueblado más cómoda y chillonamente que el resto de la casa. El suelo estaba cubierto con alfombras. Cojines se apilaban sobre un diván; junto a éste permanecía una pipa y una bandeja con una botella y una copa. La copa estaba medio llena. Emerson la recogió y olisqueó el contenido.

—Brandy. No solo ha violado el precepto contra las bebidas espirituosas, sino las leyes del Ramadán. Muy bien, Abdullah, pongámonos manos a la obra.

No se molestaron en apartar las alfombras. Después de unas puñaladas, Abdullah gruñó con satisfacción.

—Madera. Es aquí, Emerson.

La puerta secreta estaba cubierta con una delgada capa de suciedad para hacer que se pareciera al resto del suelo de tierra. Emerson la levantó.

En vez de la figura acurrucada de un fugitivo, distinguí una pila de extraños bultos envueltos en trapos. El primero que Emerson sacó resultó ser una exquisita vasija de alabastro tallada (más correctamente, calcita). Los jeroglíficos grabados en un lado estaban rellenados de pasta azul.

—Ahmose Nefertari —refunfuñó Emerson—. Esposa real, hija real, madre real. No nuestra reina, Peabody. ¿Cuántas tumbas reales han localizado estos bastardos?

Lo colocó cuidadosamente a un lado y volvió a meter la mano en el agujero. Los objetos se amontonaban: parte de un *ushebti* de madera finamente esculpido, real por el tocado, pero sin inscripción; un escarabajo de feldespato verde; varios otros *ushebtis* de vítrea fayenza azul; un puñado de cuentas de turquesa y oro cuidadosamente envueltas en una tela... y una pequeña estatua, de veinticinco centímetros de alto, que parecía extrañamente familiar.

—¡Tetisheri! —Exclamé—. Entonces había un par de estatuas. O un trío.

—Es más probable que haya toda una serie. Esta es una de las copias de Hamed, Peabody. Me pregunto cuántas más hizo antes de deshacerse del original. —Emerson se puso de pie y le entregó la figurilla a Abdullah, quien la guardó en la pechera de su túnica.

—¿No vas a... eh... confiscar las otras antigüedades? —pregunté.

—En este momento no las quiero, quiero a Hamed. ¿Dónde demonios se habrá metido el bastardo? Si es necesario registraré cada maldita casa de este condenado pueblo, pero debería haber un modo más fácil de localizarlo. Quizás si interrogo a las señoras...

—Puede que le teman demasiado como para traicionarlo, Emerson. Pero esa muchacha... es tan joven, apenas más que una niña. ¿No podemos llevárnosla?

—Dudo que quiera venir, Peabody. Oh, comparto tu aborrecimiento por esa costumbre, pero si estás de humor reformador podrías comenzar más cerca de casa. Las leyes de la civilizada Inglaterra permiten que las féminas se casen a la edad de doce años.

Por una vez mis instintos bien afilados y mi entendimiento de la psicología femenina se equivocaron. Las señoras estaban demasiado ansiosas por cooperar. Respondieron a las preguntas de Emerson poniendo los ojos en blanco y encogiéndose de hombros, pero una de ellas, la mayor, mencionó, en un tono estudiadamente casual, que Hamed había contraído matrimonio recientemente por tercera vez.

—Ah —dijo Emerson—. ¿Ella tiene su propia casa? Debe ser una perla de belleza, para merecer un hogar separado... o una viuda rica. Con mayor probabilidad lo último. Hamed ama el dinero aún más que a... eh, hmmm. Marhaba, *Sitt; Alá isabbekhum bilkheir*.

Mientras dejábamos el cuarto vi a la muchacha arrastrarse más

cerca de la anciana, quien la rodeó en un abrazo maternal. La poligamia es una viciosa costumbre antinatural, que nunca entenderé o aprobaré, pero una tierna flor de afecto puede crecer en una pila de estiércol. Me pregunté si habían sido celos a cuenta de la muchacha, no del poco atractivo Hamed sino de las atenciones que otorgaba a su nueva esposa, lo que había motivado la traición de la mujer mayor.

Nuestra presencia y las ruidosas acciones de Emerson atrajeron una concurrida audiencia. La mayoría eran los habituales curiosos de todas las edades y sexos (y especies), pero vi varias caras hoscas entre la muchedumbre, y le dije suavemente a Abdullah:

—¿Deberíamos ir por refuerzos?

Con su cuchillo en una mano y la otra en el pecho de su túnica, Abdullah me miró con sorpresa.

—No, *Sitt*, ¿por qué?

Él me invitó, con un gesto, a precederlo. Apreté firmemente mi sombrilla y seguí a Emerson.

Uno de los espectadores suministró alegremente la información que Emerson solicitó. La casa no quedaba lejos. Era un establecimiento bastante elegante, más grande y en mejor estado que el de muchos de sus vecinos. La puerta era muy vieja y estaba bellamente tallada. Por consideración a esto Emerson se abstuvo de abrirla con un puntapié. Pero tampoco se molestó en llamar.

Los rasgos de la mujer sentada con las piernas cruzadas en el diván frente a la puerta mostraba la mezcla racial que uno encuentra en Egipto, en particular en el sur, combinados con un modelo poco común y asombroso de carácter, labios llenos y pómulos altos, un par de ojos de un matiz más verde que avellana y una nariz tan sobresaliente como la de un general romano. Su piel era marrón oscuro, tan suave como el terciopelo.

Después de un lanzarme una mirada desinteresada, estudió a Emerson de la cabeza a los pies y de los pies a la cabeza, y sus labios se separaron en una sonrisa. Obviamente había estado esperando compañía, ya que estaba vestida con sus mejores ropas. Las joyas de plata que colgaban de sus orejas, frente y muñecas tintinearon cuando se llevó un cigarrillo a los labios.

Emerson empezó a decir:

—*Salaam aleikhum... er...*

Ella lo interrumpió, haciendo gestos con el cigarrillo.

—Mi nombre es Layla, Padre de las Maldiciones. Él está aquí.

—¿Aquí? —repitió Emerson estúpidamente. No había esperado semejante docilidad.

—Se oculta en un escondrijo, como la comadreja que es —fue la respuesta despectiva—. Lo encontrará pronto, ¿así que, por qué no debería decírselo antes de que arruine mi pobre casa?

—Muy sensato —dijo Emerson con aprobación. Se sumergió a través de las cortinas que ella le había indicado. Un chillido anunció el hallazgo de Hamed. Emerson regresó, arrastrando al hombrecillo por el cuello de su túnica.

La mujer se levantó y le siguió a la puerta.

—Si me visita, Padre de las Maldiciones, para usted bajaré el precio a...

—¡Dios Misericordioso! —Exclamé—. Es suficiente, señorita... señora...

—No importa, Peabody —dijo Emerson—. Maldita sea, no supondrás que estoy de humor para... y aunque ese fuera el caso, yo nunca... ¡Maldita sean las mujeres, siempre distraen a un hombre!

Los espectadores se dispersaron cuando salimos de la casa, y luego se reagruparon a poca distancia, dejando a tres personas delante de nosotros. Eran los hombres que había notado antes, y sus expresiones eran aún más hoscas. Hamed, arrancándose la tela que constreñía su garganta, jadeó:

—Dejadme ir. Dejadme ir o ellos...

—Oh, creo que no —dijo Emerson, estrechando su apretón de modo que la amenaza terminara en un gorjeo atascado—. Peabody, tu sombrilla, por favor.

No sabía exactamente qué tenía en mente, pero guiada por sus palabras y sus gestos blandí el instrumento en cuestión.

Dos de nuestros oponentes retrocedieron con prontitud y uno, el más grande y fornido, cayó de rodillas.

—¡No! —chilló—. ¡No, eso no! ¡*Sitt Hakim*, Emerson *Effendi*, por favor, se lo ruego... eso no!

Fue una escena dramática: el hombre encogido de miedo, su rostro brillante por la transpiración, con las manos alzadas como si estuviera rezando; el sobrecogido círculo de observadores; la impresionante figura de Emerson cerniéndose sobre el suplicante; y

el gimiente y rastrero bulto de andrajos que era Hamed. No obstante, admito que la sombrilla era una nota ligeramente discordante. Dividida entre el asombro y la diversión, mantuve mi postura, y Emerson dijo:

—Levántate, Ali Mahmud, y márchate. Peabody, puedes bajar tu... eh... arma. Así pues, Hamed, vamos a hablar.

Sentó al anciano en una roca. Abdullah, cuchillo en mano, gruñó.

—Él es mío por derecho, Emerson. El honor de mi familia...

—Lo puedes asesinar después que yo terminé de interrogarlo, Abdullah —dijo Emerson—. O no, como decida. Hamed, te dije que estaba cansado de tus atenciones. Pocas veces repito una advertencia. ¿Quién es el hombre al que enviaste anoche? También quiero tener una pequeña charla con él.

Los ojos de Hamed giraron salvajemente de Emerson a mí y a Abdullah. No se dejó engañar por el tono afable de Emerson. En las aldeas de Egipto se había propagado un proverbio: "La suave voz del Padre de Maldiciones resuena como el gruñido de un león enojado".

—¿No dejaréis que me mate si os digo la verdad? Soy un anciano, viejo y roto...

—¿Quién fue? Uno de tus hijos, presumo. ¿Cuál?

No me sorprendí al encontrar que Hamed estaba listo para jugar a Abraham con un Emerson en el papel de un colérico Jehová.

—Solimen —espetó él—. Pero él no causó daño alguno. No quería hacer ningún daño.

Otra vez Abdullah dio un paso hacia adelante.

—¿Ningún daño? ¿A una muchacha joven, una doncella que nunca ha conocido varón, que está bajo la protección de Emerson *Effendi* y de Abdullah ibn Hassan al Wahhab? Solo por eso te cortaría esa flacucha garganta, Hamed, aunque no hubieras intentado echarle la culpa a mi nieto.

Los ojos bizcos de Hamed se abrieron hasta un grado que yo no creía posible para esos orbes hundidos. Sus palabras se dispararon como balas.

—¿Qué dices? ¡Es una locura, lo que dices! Emerson *Effendi*... *Sitt Hakim*... no creerán... Si yo deseara morir saltaría de los acantilados de El Dira, sería una forma más fácil de morir que la

muerte que semejante hecho acarrearía sobre mi cabeza. *Wahyat ennebi*, por la vida del Profeta, juro...

—Humm —dijo Emerson—. Sabes, Hamed, casi estoy inclinado a creerte. ¿Entonces qué fue a hacer?

Aflojó la mano. Hamed exhaló y reajustó los pliegues de tela alrededor de su garganta. Compartía la opinión de Emerson, que sus aterrorizadas negaciones eran genuinas, pero el intervalo le dio el tiempo para volver a reunir su ingenio.

Finalmente refunfuñó:

—Por el muchacho. Es mío, pagué bien por él. Tengo derecho a recuperarlo.

—¿Y Solimen fue al cuarto incorrecto? —preguntó Emerson amablemente, dándole un codazo a un Abdullah que gruñó en respuesta.

Hamed era más perspicaz que eso.

—No podía pasar por la ventana de vuestro hijo, había un hombre haciendo guardia. La doncella despertó antes de que pudiera salir de la habitación y gritó. Solimen es joven y tonto, perdió la cabeza, solo pensó en impedirle gritar pidiendo ayuda —añadió, con una mirada astuta a Emerson—. Es fuerte y valiente como un gato del desierto, Padre de las Maldiciones; si ella no se hubiera resistido, Solimen no... Os lo entrego. Haced con él lo que os plazca, se merece el castigo por su estupidez.

—Un gesto noble —dijo Emerson con sequedad—. A estas horas probablemente está a medio camino de Sudán. Será inteligente que se quede allí. No importa cuales fueran sus motivos, se atrevió a poner la manos sobre mi hija. Si lo encuentro, le mataré.

La tajante irrevocabilidad de la declaración fue mucho más aterradora que un grito de rabia. Hamed se estremeció.

—En cuanto a ti —continuó Emerson—. No puedo asesinar a sangre fría a un maldito saco de huesos como tú, ni permitir que Abdullah lo haga. Romperé mi propia regla y te daré una segunda, y última, advertencia. Si tú o alguien enviado por ti me molestan otra vez, le daré permiso a Abdullah para que proceda a realizar esas actividades de las que en estos momentos le estoy reteniendo. Su gran círculo de amigos y parientes puede desear participar. Ya me entiendes.

—¡Sí, sí! —El anciano se bajó a rastras de su asiento rocoso y

cayó sobre sus rodillas—. Eres misericordioso, Padre de las Maldiciones; las bendiciones de Alá estén contigo.

Una mano deforme se extendió hacia la mano de Emerson, quien la alejó con una mirada de disgusto. Pero de repente su expresión cambió. Tomando la mano en un férreo apretón, la examinó estrechamente.

—Mira esto, Peabody.

Preferiría no haber tenido ese miembro repelente tan cerca de mí, pero cuando lo inspeccioné vi lo que había despertado la curiosidad de Emerson. Bajo la suciedad incrustada se podía ver una red de pálidas cicatrices que cubrían el dorso de la mano y se extendían por los dedos retorcidos.

—No es el reumatismo o la artritis quien lo ha tullido —exclamé —. Sus manos fueron rotas... aplastadas... por una roca caída o...

—Una bota. —Con tranquilidad Emerson bajó hasta el codo la manga de la túnica de Hamed. El antebrazo expuesto era fibroso y arrugado, pero sin una cicatriz. Emerson dejó caer la mano de Hamed y distraídamente se limpió la suya en su pantalón—. Las heridas deben haber sido infligidas deliberadamente. Están en ambas manos y solo en ellas. Finge invalidez, pero ya debes haber observado que puede moverse tan rápido como una serpiente cuando quiere. ¿Quién te hizo esto, Hamed? ¿Cuándo? ¿Y por qué?

Los labios delgados se retorcieron en un gruñido silencioso.

—Creo que puedo arriesgar una conjetura, Emerson —dije—. Sus heridas son viejas... diez años o más. Hamed ha estado en el comercio de antigüedades más tiempo que eso. Sabemos quién controlaba el comercio en ese entonces en Luxor y sabemos cómo lo controlaba.

—Bien hecho, Peabody. ¿La única pregunta que queda es por qué?

—Trató de estafar a Riccetti, obviamente —dije—. Es lo que él haría, y así es como Riccetti reaccionaría. ¿Importan los detalles ahora? Por amor de Dios, vámonos Emerson.

—Humm, sí, hagámoslo. No puedo soportar el hedor de esta criatura mucho más tiempo. Venga, Abdullah.

Miré hacia atrás, a la casa. La mujer, Layla, estaba de pie en la entrada, con una mano sobre su cadera. Me dirigió una amplia sonrisa y levantó la otra mano en señal de despedida.

—Creo que es una viuda rica —dijo Emerson, quien había observado el intercambio—. La casa debe ser suya y tiene el carácter suficiente para intimidar a Hamed. ¿Cuánto, me pregunto, sabrá ella sobre sus actividades?

Me sostuve firmemente de su brazo.

—No lo suficiente para requerir una visita tuya.

—Cómo sabes cuánto sabe ella... ¡Ah! —dijo Emerson—. Capto la sutil indirecta, Peabody. ¿O era una amenaza? Innecesaria, te lo aseguro. ¿Dónde está ese maldito gato?

—Cazando —dije, cuando *Anubis* llegó trotando trayendo una rata gorda en su hocico. La dejó caer a los pies de Emerson.

—Cuan considerado de tu parte —dijo éste, recogiendo la rata por la cola y entregándosela a Abdullah—. Espera hasta que estemos lejos para deshacerte de ella, Abdullah, sería descortés parecer desagradecido.

—Agh —dijo Abdullah, con los labios fruncidos.

Emerson levantó al gato a su hombro y yo dije:

—Ese hombre... uno de los matones, creo que así lo puedo llamar... ciertamente se comportó de forma muy extraña. ¿Cómo lograste reducirlo a ese estado de terror farfullante?

—No fui yo —contestó Emerson—. Fuiste tú. O, para ser más preciso, esa absurda sombrilla tuya. ¿Acaso ignoras que se la considera un arma de gran poder mágico?

—Seguramente estás bromeando.

—Te estás convirtiendo en una leyenda a tu propio ritmo, Peabody —dijo Emerson solemnemente—. Las historias se cuentan una y otra vez alrededor de las fogatas del pueblo, volviéndose más impresionantes con cada repetición. Cuentos sobre la gran y terrible *Sitt Hakim*, cuya poderosa sombrilla puede hacer que hombres fuertes se pongan de rodillas, suplicando piedad. Debes agradecérselo a nuestros fieles hombres —añadió con una risa—. Sobre todo a Daoud, es el mejor narrador de historias de la familia.

—Qué ridículo —exclamé.

—Pero útil. —añadió Emerson muy serio—. Sin embargo, no confíes en tu leyenda, querida. Solo los más supersticiosos y más ignorantes de los aldeanos creen en ella.

Me giré para mirar a Abdullah, quien avanzaba atropelladamente detrás de nosotros, refunfuñando. Supongo que

todavía estaba enojado porque no le habíamos permitido mutilar a Hamed. Captando mi mirada, dijo, con un aire tímido:

—Es verdad, *Sitt*. Daoud no cree en las historias, solo las cuenta porque es un gran mentiroso y le gusta la atención.

Una vez que montamos, Emerson se sentó sin moverse durante unos momentos con los ojos clavados en las colinas al norte. El anhelo en su cara era tan doloroso como el de un amante que observa a su inaccesible amada, pero, como la criatura noble que es, apartó a un lado el deseo por el deber.

—Regresa a la tumba, Abdullah, y haz que los hombres empiecen a trabajar. Me reuniré contigo tan pronto como pueda.

Abdullah comenzó a decir:

—El muchacho...

—Le veré. —Emerson no tuvo que preguntar a qué muchacho se refería—. Dame la estatua, Abdullah, luego vete.

Solo su preocupación por el caballo que montaba, el cual no se encontraba en buenas condiciones, impidió que Emerson lo urgiera a galopar. Temblaba por la frustración, debido a que a duras penas había vislumbrado el objeto largamente deseado de su búsqueda y ansiaba comenzar a trabajar en ello. Yo compartía su ansia, pero la fiebre arqueológica conmigo al igual que con mi marido cedía paso ante los lazos más sagrados; y ya que montábamos a caballo lado a lado, a un paso bastante sosegado, hablamos de nuestros proyectos inmediatos y nos decidimos por un curso de acción.

Nuestra primera visita, por supuesto, fue a Ramsés, a quien encontramos sentado en la cama dándole a David una lección de egipcio antiguo.

—Por Dios, Ramsés, se supone que debes estar descansando —exclamé, mientras el otro muchacho se retiraba a una esquina, agarrando fuertemente el cuaderno y el lápiz—. ¿Dónde está Nefret?

—Haciendo sopa de pollo —dijo Ramsés—. No quiero una maldita sopa de pollo, madre, quiero huevos y tocino. Ella no me dejará tener un desayuno decente, solo...

—Muy bien —interrumpí—. Como puedes ver, Emerson, tu hijo está en excelente estado. Vete ya, querido; sé cuánto ansías investigar tu preciosa tumba.

—Como tú. —Emerson me atrajo a la puerta—. Gracias, querida.

No olvidaré tu noble sacrificio, esta noche te lo contaré todo.

Los impulsos del deber (y, por supuesto, del afecto maternal) no impidieron que mis pensamientos divagaran durante el curso de ese ajetreado día. Cuán fascinantes fueron las imágenes que llenaron mi mente: los enigmáticos escombros que plagaban la cámara, las imágenes pintadas bajo su friso de murciélagos y esa apertura oscura e inexplorada en la pared.

Si Emerson atraviesa ese agujero sin mí, le asesinaré, pensé.

Mandé llamar al doctor de Luxor, recuerdo con diversión la mirada de sorpresa de la cara de Emerson cuando le expresé mi intención de hacerlo, y modestamente recibí sus felicitaciones por mis procedimientos profesionales. Poco más se requería hacer, declaró. A mi solicitud, fuertemente protestada por Ramsés, le puso unas puntadas en la incisión. Dejé a Ramsés contemplando rebeldemente un gran plato de sopa de pollo y me dirigí en busca de Gertrude. No estaba en la cubierta superior ni el salón, así que llamé a su puerta.

Una larga pausa y una serie de sonidos que señalaban susurros de faldas y pies arrastrándose siguieron al anuncio de mi llegada. Finalmente abrió la puerta.

—Siento mucho haberla hecho esperar, señora Emerson. Estaba... no estaba apropiadamente vestida.

Solo podía suponer que había estado completamente desnuda, ya que la ropa que llevaba solo era una floja envoltura. Arrugando mi nariz contra el agobiante olor a incienso, dije:

—¿Por qué se esconde en su habitación durante un día tan hermoso?

—Estaba estudiando... intentaba estudiar. —Apartó un mechón de cabello castaño de su mejilla—. No puedo dejar de pensar en la noche pasada. Lamento amargamente...

—Razón de más para disfrutar de la luz del sol y el aire fresco —dije enérgicamente, ya que no deseaba escuchar una repetición de sus excusas y disculpas—. Deprimirse en la habitación no es prudente. Saque su libro a cubierta y pida a Mahmud que le lleve una taza de té.

—Sí, esa es... es una buena idea. —Echó un vistazo impotente por encima del hombro. Yo también. No había estado estudiando; los libros sobre la mesa estaban cerrados y se apilaban en un

montón ordenado, el libro de encima estaba cubierto por una fina capa del polvo arenoso que rápidamente se acumula en todas las superficies planas de esta región. Tampoco había estado descansando en la cama. El cubrecama no mostraba arrugas y las almohadas estaban mullidas.

Gertrude dijo:

—Espero que no crea, señora Emerson, que estoy descuidando mis deberes. Fui a ver qué podía hacer por Ramsés, pero Nefret no me permitió entrar en su cuarto, y cuando le pregunté si le apetecía tomar una lección me contestó que estaba ocupada.

—Muy bien, Gertrude. —Me pregunté qué le había dicho Nefret —. Sus deberes no incluyen hacer de enfermera y este no es momento de preocuparse por las lecciones.

A pesar de todo, decidí que debería hacer que Nefret saliera del cuarto de Ramsés, ya que él nunca descansaría si ella se lo ordenaba. Mis premoniciones fueron exactas, y mi llegada afortunada; Ramsés, con la boca fruncida y los ojos furiosos, se resistía a los esfuerzos de Nefret de "arroparlo". Yo lo arropé y me llevé a Nefret. Viendo que Gertrude había obedecido mis órdenes y estaba en la cubierta superior con un libro en la mano y los ojos fijos sin ver en el horizonte, nos retiramos al salón.

Había esperado que Nefret se quejara de la terquedad de Ramsés y su falta de gratitud, pero ella tenía algo más serio en la mente.

—No quise preguntárselo delante de Ramsés, tía Amelia, podría alterarlo; ¿pero me contará qué ocurrió esta mañana en la casa del cruel empleador de David?

—¿Cómo sabes a dónde fuimos?

Una pequeña y perturbadora sonrisa rondó sus labios.

—Conozco bien al Profesor, tía Amelia, y he visto esa misma mirada en los ojos de otros hombres. Como usted dice, tengo más experiencia en semejantes asuntos que las muchachas inglesas de mi edad.

—Oh —dije—. Bien, Nefret, el Profesor no es como los otros hombres, es muy superior a ellos, y él no iba a... No hizo... oh querida. Supongo que te contaré lo que pasó exactamente. No existe razón para mantener en la ignorancia a Ramsés, no se altera con facilidad.

Cuando terminé, ella asintió pensativamente.

—Puede que sea así. El hombre estaba parado junto a la cama la primera vez que le vi, y es posible que un suave sonido, un tropezón o un paso en falso, me despertara. No me tocó hasta que grité. ¿Puedo ver la figurilla de Tetisheri que encontrasteis?

El abrupto cambio de tema me dejó sin palabras durante un momento.

—Sí, claro. ¿Pero no quieres hablar sobre el...el otro asunto durante un rato más?

—¿Para qué? Conocemos pocos hechos y estos pueden interpretarse de varias formas diferentes. Si el Profesor y usted creen que el anciano decía la verdad...

—Sobre eso, por lo menos —murmuré—. Su terror parecía genuino... y, te aseguro, bien fundado. No estoy segura del resto.

Así que fui en busca de Tetisheri, a quien Emerson había dejado en nuestra habitación. La conversación me convenció de que Nefret no escondía miedos de los que no quería hablar. Soy una observadora perspicaz, y la había observado estrechamente cuando habló sobre esa desagradable aventura; no hubo ni un temblor, ni un cambio en el matiz o en el tono de su voz. Creo en el subconsciente, pero solo hasta cierto punto.

Ya que no había tenido oportunidad de estudiar la estatua de cerca, la examinamos juntas y la comparamos con las fotografías de la única existente en el Museo Británico. Parecían ser idénticas. Fue Nefret quien indicó que hasta la ruptura en la inscripción jeroglífica de la base había sido copiada con exactitud.

La dejé estudiando, con mi permiso, mi traducción de "La Charca del Hipopótamo" y fui a cumplir mis deberes. Las tareas domésticas: ordenar comidas, comprobación de provisiones y el lavado de los caballos me llevaron varias horas; casi era la hora del té cuando regresé a la habitación de Ramsés y encontré, como esperaba, que Nefret había regresado a lo que ella consideraba su deber. No obstante, la atmósfera era sorprendentemente cordial. Selim estaba repantigado en la alfombra, profundamente dormido. La gata *Bastet* yacía al pie de la cama y Ramsés, recostado sobre mullidas almohadas como un joven sultán, sostenía la estatua de Tetisheri. Las fotografías del original estaban tiradas junto a él; era evidente que él y sus otros dos compañeros las habían estado comparando.

—Se lo he contado a Ramsés y David —se apresuró a explicar Nefret—. Dijo que podía.

No le había dicho que podía contárselo a David. Sin embargo, no había ninguna razón prudente para oponerme. Ante un gesto de Ramsés el muchacho fue a por una silla para mí y me senté.

—¿Hiciste eso, David? —pregunté.

—No, señora.

Ramsés o Nefret, o los dos, le debían haber enseñado las maneras así como las palabras en inglés y solo el Cielo sabía qué más. En esta ocasión su vocabulario inglés era insuficiente para sus propósitos, después de algunos intentos se rindió y prorrumpió en un árabe excitado.

—No puedo hacer un trabajo tan fino, *Sitt*... todavía no. Esto fue hecho por Hamed, hace mucho, antes de que le hicieran daño a sus manos. Él era el maestro, nadie era tan hábil. No podía mostrármelo, pero podía decirme qué hacer y corregirme cuando me equivocaba.

—Con un palo, supongo —dije con sequedad.

—Es así cómo uno aprende. —Después de un momento añadió con una voz completamente diferente—. O así creía.

—Pero —dijo Ramsés, que había estado silencioso durante más tiempo del que yo esperaba—, encontrasteis esto, si el informe de Nefret sobre los acontecimientos es exacto...

—Estoy segura de que lo fue —dije rápidamente.

—Cierto —dijo Ramsés, casi tan rápido—. No quise sugerir algo más allá de las inexactitudes inevitables e inconscientes que sigilosamente se cuelan cuando una historia pasa de un narrador a otro. Como decía, encontrasteis esto escondido junto con otras antigüedades que eran genuinas. ¿Por qué creéis que ésta no lo es?

Estaba mirando a David, no a mí. Estuve a punto de traducir, o al menos proporcionar una versión más entendible del comentario de Ramsés, cuando Nefret dijo con impaciencia:

—Ramsés, no seas tonto. El original está en el Museo Británico, por tanto esta debe ser una copia.

—Entonces Hamed la hizo hace más de diez años —dijo Ramsés —. El señor Budge compró la otra en 1890, si recuerdo correctamente.

David entendió la primera oración al menos. Asintió la cabeza

con impaciencia.

—Muchos años, sí. No puede trabajar durante muchos años. Cuando vine a él sus manos estaban heridas. Pero era el maestro, él me enseñó.

No obstante, la tutela de Hamed no podría haber tenido tanto éxito si el muchacho no hubiera poseído un talento excepcional desde un inicio. La fabricación y venta de falsificaciones es la ocupación más común de los residentes de Luxor y pueblos aledaños; Hamed debió encontrar al muchacho un día cuando intentaba fabricar una falsificación y reconoció sus insipientes capacidades.

¿Y quién mejor que Hamed para verlo? *Había* sido un maestro, aunque no poseyera título y fuera poco escrupuloso; privarle de la capacidad de practicar su arte era un castigo tan cruel que bien podría haber sido concebido por un sádico. Solo sus manos habían sido heridas.

* * *

Emerson estuvo de vuelta antes de lo que yo esperaba. Sabía lo que había provocado esa desviación de sus costumbres habituales, y cuando irrumpió en el cuarto de Ramsés, vistiendo sus ropas de trabajo arrugadas y las botas polvorientas, fue rápido en expresar sus sentimientos con su forma característica.

—¿Qué demonios hacéis todos aquí? Ramsés debería estar descansando. ¡Esto se parece a una... una orgía!

David fue el único que retrocedió ante la centellante mirada azul de Emerson y el ceño fruncido. Selim le miró con admiración y yo dije:

—Ve a cambiarte, querido, y luego subiremos todos a tomar el té. El doctor dijo que Ramsés podía salir de la cama durante un rato esta noche si tiene cuidado.

Algo avergonzado, Emerson aceptó una galleta del plato que Nefret le ofreció y permitió que yo lo sacara de la habitación.

—¿Bien? —Pregunté.

—¿Bien qué? —Emerson cerró nuestra puerta y se acercó a mí.

—Hueles terriblemente a murciélago, querido —dije, evadiendo su abrazo.

—¿Yo? Sí, supongo que lo hago. Mis disculpas, Peabody; uno llega a acostumbrarse al olor, sabes. —Posicionándose ante la

palangana comenzó a remediar esa dificultad, y mientras continuaba con sus abluciones contesté a sus preguntas sobre la visita del doctor y le conté lo que David había dicho sobre la estatua de Tetisheri.

—No añade mucho a lo que ya sabemos —gruñó Emerson—. Me gustaría hacerle a ese joven algunas preguntas. ¿Recuerdas la estatua que encontramos ayer en la antecámara... la diosa hipopótamo?

—Apenas podría olvidarlo. ¿Has averiguado cómo llegó allí?

—Tengo una teoría o dos, pero no he tenido oportunidad de investigarlas. Ha sido un improductivo... ¿Dónde demonios están mis camisas limpias?

# Capítulo 8

***"Ninguna persona inocente puede llevar una vida libre de ningún vicio inicuo".***

Una semana más tarde todos estábamos en el andén cuando el tren nocturno de El Cairo entró en la estación. Incluso Emerson había hecho una pausa en su trabajo.

Evelyn fue una de las primeras en bajar del tren. Estaba pálida y delgada, ostentaba manchas oscuras bajo los ojos debido al cansancio, pero había un cambio indefinible en su comportamiento que me hizo esperar que la tan anhelada recuperación hubiera comenzado. Me di cuenta que no había recibido ninguno de los mensajes alentadores que le había enviado, ya que después de lanzarme una rápida mirada corrió hacia Ramsés y lo abrazó.

—¡Gracias a Dios! ¿Estás mejor, Ramsés? ¿Estás recuperado?

—Sí, tía Evelyn —respondió Ramsés—. Por suerte el cuchillo falló todos los órganos vitales y el doctor al que madre consultó, contrariamente a su costumbre habitual, demostró ser competente. Perdí una cantidad considerable de sangre, pero en parte gracias al consumo de varios litros de sopa de pollo...

—¿Cuchillo? —Evelyn se ajustó el sombrero, el cual se le había torcido debido a la impetuosidad de su abrazo—. ¡Cielo Santo! ¿Estuviste herido, entonces? Tenía la impresión de que habías estado enfermo.

—Eh, esto... —dijo Emerson—. No te preocupes por Ramsés, ya está bien, como puedes ver. Tal como tú, mi querida Evelyn. Vayamos al hotel. ¿Dónde está el resto de vuestro equipaje?

No habían traído más equipaje que el de mano. No se habían tomado el tiempo de embalar un baúl o descansar a lo largo del camino, deteniéndose lo estrictamente necesario para esperar el

siguiente medio de transporte disponible. Con el brazo de Evelyn rodeándome, dándome apoyo como ella creía, sentí una punzada de culpa, pero solo una pequeña. Los métodos de Emerson eran poco ortodoxos, pero parecían haber sido eficaces.

Cuando llegamos al hotel, Walter estaba interrogando a Emerson sobre la tumba. Intenté persuadir a Evelyn para que se acostara pero ella no lo permitió, afirmando que el placer del rencuentro con los que amaba y el alivio de descubrir que sus peores miedos eran infundados habían restaurado sus fuerzas; así que nos acomodamos en el salón de su suite y ordenamos el té mientras Emerson daba su charla.

—Hemos progresado menos de lo esperado —admitió él—. He tenido que malgastar tiempo ahuyentando a los malditos periodistas y turistas curiosos, y nos hemos visto molestados por accidentes. Dos derrumbes...

—¿Dos? —exclamó Walter, mirando involuntariamente a su esposa—. ¿Estás seguro que fueron accidentes?

—¿Qué otra cosa podrían haber sido? —Era una respuesta evasiva, pero habíamos sido incapaces de descubrir cómo alguien podría haber manipulado las rocas para que se derrumbaran; la tumba estaba protegida noche y día.

La sonrisa que iluminó el delgado rostro de Walter fue la primera expresión genuina de diversión que yo veía en su semblante en meses.

—Mi querido Radcliffe, nunca he tenido conocimiento de que tú y Amelia sufrierais accidentes ordinarios. Di por sentado que como de costumbre teníais una cuadrilla de criminales tras vosotros.

—Y aun así habéis venido —exclamé, conmovida.

—Mayor razón para venir —dijo Evelyn firmemente.

—De hecho... —comenzó a decir Ramsés.

Emerson y yo dijimos al unísono:

—Guarda silencio, Ramsés.

—Tengo intención de confiar totalmente en vosotros —continuó Emerson, sacando un lápiz de su bolsillo—. Pero primero dejadme terminar mi descripción de la tumba. El acceso es difícil...

Ya que no había una hoja de papel a mano, le permití usar el mantel. Dibujó un plano tosco de la abertura y de la entrada a la tumba, y luego terminó diciendo:

—Después del segundo derrumbe decidí seguir la sugerencia de Ramsés de que despejáramos completamente la parte inferior de la abertura. No quiero arriesgarme a que se propaguen rumores de la existencia de una maldición en la tumba.

—Por no mencionar el riesgo de que uno de los hombres o uno de nosotros acabara mutilado o muerto debido a la caída de una roca —interrumpí—. Ahora ya no hay peligro, Walter, te lo aseguro. La sección inferior de la abertura está abierta y los hombres están construyendo una escalera.

—Pero la tumba —insistió Walter—. ¿Hay inscripciones allí? ¿Ha sido perturbada la cámara de enterramiento?

—Vamos, Walter, no te me adelantes —contestó Emerson, exasperantemente imperturbable—. Hasta ahora no hemos penetrado más allá de la primera cámara. Aquí está el pasaje de entrada...

Su lápiz avanzó sobre la tela blanca, y sonriéndome, Evelyn apartó una taza de té de su camino.

—El pasaje y al menos parte de la cámara inmediata estaban llenos de guijarros —continuó Emerson.

—¿Deliberadamente llenos? ¿Cómo puedes saber si los escombros no fueron llevados a la tumba por una inundación?

—Maldita sea, Walter, ¿pones en duda mi pericia? —preguntó Emerson.

Walter sustituyó su ceño con una sonrisa afable, y Emerson dijo de mala gana:

—Es una pregunta razonable. Aunque la lluvia es infrecuente aquí, las tormentas inclementes no son desconocidas, y muchas tumbas han sido dañadas por inundaciones repentinas o filtraciones. Por alguna razón, posiblemente porque el agua de lluvia fue canalizada hacia el subsuelo por la grieta, esta tumba parece haber sufrido muy poco. Fue deliberadamente rellenada con el fin de protegerla.

»Los ladrones cavaron un túnel a través del pasaje y removieron al menos algo del relleno de la primera cámara... no sé cuánto, ya que ignoro cuántos escombros existían en un inicio, pero había una acumulación considerable de guijarros de esa clase en el fondo de la grieta.

»En el extremo opuesto de esa sala hay una entrada —la dibujó

en el mantel—, bloqueada con losas de piedra. Nuestros amigos lograron quitar una de las piedras y comenzaron a hacer un túnel a través del relleno del pasaje inmediato, ya que también estaba clausurado con rocas y guijarros. Desconozco qué habrá más allá de esa abertura.

La conclusión abrupta dejó a Walter boquiabierto.

—¡Pero mi querido amigo, qué inhumana falta de curiosidad! ¿Por qué no lo has investigado?

—Porque desconocemos la longitud del túnel y es tan estrecho que solo un niño podría pasar por él. Aunque estuviera deseoso por permitir que Ramsés intentara algo tan peligroso, en los últimos días no ha estado en su mejor forma para tal ejercicio.

—Y no confiarías en algún chiquillo de la localidad para explorar el lugar —dijo Walter pensativamente.

—No sin registrarle hasta la piel después de salir —contestó Emerson con un crujir de sus dientes—. Y hay otros escondrijos... No, no me arriesgaré a eso, o a que un muchacho inexperto destruya un objeto frágil.

Evitó los ojos acusadores de Ramsés mientras hablaba. Había rechazado permitirle a David entrar en el segundo túnel, afirmando que él era, en primer lugar, inexperto y, en segundo, que todavía no estaba totalmente recuperado de sus heridas. Pero yo sabía, tal como lo hacía Ramsés, que Emerson todavía sospechaba del muchacho. Parecía aceptar la insistencia de Ramsés de que David no podía haber sido quien atacó a Nefret, pero la pregunta de por qué alguien llegaría a tamaños extremos para incriminar al muchacho todavía permanecía sin responder. Era posible que el incidente se hubiera amañado con ese objetivo, y algunas personas estarían demasiado cegadas por el prejuicio contra un extraño y un nativo para sopesar las pruebas correctamente.

—Bien, mi curiosidad está al rojo vivo —dijo Walter—. Estoy listo para actuar cuando tú quieras.

Se puso de pie. Emerson lo estudió con afectuosa diversión.

—¿Vestido de esa forma?

Más joven y ligeramente menos corpulento que su hermano, Walter había llevado una vida mucho más sedentaria al dedicarse a criar una familia y concentrarse en el estudio de la lengua egipcia. Sus hombros caídos y la palidez relativa de su cutis le hacían verse

algo mayor que su verdadera edad y su chaqueta de Norfolk, arrugada por sus muchos días de viajes, habría sido más apropiada para un paseo por los prados ingleses que para una excavación arqueológica.

—Sí, ciertamente debes cambiarte —dijo Evelyn—. Instruí a George para que empacara tus botas de equitación, pero me temo que no hay nada apropiado en tu guardarropa para actividades vigorosas.

Ella no quería sonar crítica, creo yo, pero su voz fría y la falta de sonrisa de Walter me aseguraron que las relaciones entre ellos no habían mejorado mucho. Tendría que ocuparme de ese asunto, y estaba segura que las medidas que había tomado facilitarían el acercamiento que deseaba.

Evelyn estaba decidida a acompañarnos y declaró que no nos retrasaría cambiándose de ropa; sus ropas de viaje eran un conjunto de tweed, a la moda pero práctico, con faldas hasta el tobillo y zapatos resistentes. También rechazó ir en un carruaje.

—Lamentablemente, estamos fuera de forma desde aquellos días en Amarna, debemos comenzar nuestro programa de ejercicios inmediatamente o nunca seremos capaces de mantenernos en pie hasta el final.

—¿Eso quiere decir entonces que te quedarás? —Emerson, cuyo brazo ella había aceptado, la miró de manera inquisitiva.

Evelyn le sonrió, casi como antes.

—No has dicho nada sobre la decoración de la tumba, pero te conozco bien, Radcliffe, tratas de afilar mi curiosidad. ¿Son tan hermosas las pinturas como esperabas?

—Son únicas, mi querida Evelyn; revolucionarán la historia del arte egipcio. Nunca antes se ha encontrado una tumba real decorada tan profusamente; si me lo hubieras preguntado, te lo habría dicho...

Sonriendo con satisfacción, retrocedí y me reuní con Ramsés, quien caminaba solo, Nefret y Walter nos precedían.

—¿Te sientes bien, Ramsés?

A juzgar por su expresión, Ramsés salió de algunos perturbadores pensamientos privados.

—Es muy amable de su parte preguntarlo, madre. Tomo la pregunta como una señal de afable cariño, en vez de una petición

de información, ya que debe ser consciente de la respuesta, debido a su insistencia en inspeccionar la herida diariamente, aunque al menos en los dos últimos días no había necesidad de esa invasión particular de mi...

—Por todos los cielos, Ramsés, tenía la impresión de que intentabas corregir la innecesaria prolijidad y formalidad de tus discursos.

—Cierto —dijo Ramsés—. Y aprecio el recordatorio. Puedo decir que la tía Evelyn tiene mejor aspecto, ¿verdad?

Físicamente su mejoría no era visible, el cambio era mucho más sutil. Claramente el afecto de Ramsés hacia su tía le había dado una perspicacia inesperada. Estuve de acuerdo, y él procedió a sugerir que como ya estaba totalmente recuperado, yo debería persuadir a su padre para que le dejara investigar el segundo túnel y los misterios que yacían en sus profundidades. (Cita textual).

Nuestra llegada al bote acabó con sus argumentos. Me senté junto a Evelyn, ya que todavía no había tenido la oportunidad de disfrutar de una charla cómoda con ella.

—Las palabras me fallan —dije sinceramente—, cuando intento expresar mi placer al verte, en particular al verte aquí, mi queridísima Evelyn. ¿Me atrevo a esperar que te quedes el resto de la temporada, y que en efecto disfrutes de una nueva tranquilidad de ánimo?

El viento trajo un poco de color a su cara e hizo volar sus rizos alrededor del rostro. Ahora había hilos de plata entre los dorados, pero estos refulgían tan brillantes como siempre.

—Nos quedaremos mientras Radcliffe y tú nos necesitéis, Amelia. No fue hasta que llegó su mensaje que me di cuenta que yo no soy la única que ha sufrido una pérdida y que otros lo han encarado con mayor coraje y fe. ¿Me puedes perdonar por comportarme tan mal?

—¡Mi queridísima muchacha! —Nos abrazamos. Cuando la solté vi que había lágrimas en sus ojos, pero su sonrisa era la vieja y dulce sonrisa.

—Tuve tiempo suficiente durante nuestro largo viaje —continuó —, para considerar mi falta de carácter y compararla con la valentía de otros. Recordé las innumerables ocasiones en que te has enfrentado al peligro por aquellos a los que amas, esos largos días

del último invierno, cuando creíste que Radcliffe estaba muerto o peor, ocasiones, incluyendo la presente, cuando temiste por la vida de Ramsés...

—Ah bien, en lo que a Ramsés concierne, una se acostumbra —contesté, sintiendo que era hora de aligerar el humor de la conversación—. No reclamo ningún crédito por poseer temple en lo que se refiere a Ramsés. Una descripción más exacta sería sentir un entumecimiento paralizante.

—Te conozco muy bien para dejarme engañar por tu modestia, querida Amelia.

—Hmmm. Esa palabra, creo yo, no es una que se aplique a mí con frecuencia. Pero olvidemos las penas del pasado por las alegrías del presente. Mira, Evelyn. Tus ojos de artista deben apreciar la belleza de la vista... el dorado de los acantilados, el verde esmeralda de los sembrados. Y allí, justo al frente y hacia la derecha, ¿puedes reconocer una forma familiar?

—¡La querida y vieja *Philae*! —Evelyn junto las manos—. Pero ahora la debo llamar *Amelia*. Radcliffe nos contó que tenía la intención de comprarla para ti, en mi pena egoísta no pude responder como sin duda él esperaba que hiciera, pero ¡qué recuerdos tan felices me trae a la memoria el verla! No es una nave tan grande, solo tiene cuatro camarotes, si no recuerdo mal. Dijiste que habías contratado a una institutriz para los niños...

Me eché a reír.

—Mi querida Evelyn, no estás equivocada. Creí que serías más feliz en el hotel que en las atestadas habitaciones de a bordo, pero desalojaría a diez institutrices por ti y Walter si prefirieres ese arreglo. Enviaremos a la señorita Marmaduke al hotel.

Acepté sus gracias y protestas con una sonrisa humilde. De hecho, ya había reservado una habitación para Gertrude en el Luxor, y le había dicho que comenzara a hacer las maletas.

Cuando desembarcamos, Selim estaba esperándonos con los caballos, y noté que Emerson había tenido la intención de volver a la excavación tan pronto como le fuera posible. Cuando llegamos, la temperatura había comenzado a elevarse y observé con alguna preocupación el rostro enrojecido de Walter y la rigidez con la que desmontó. Debo hacer patente que él no exageraba y que estaría dolorido y quemado por el sol durante días.

Discretamente impulsé a Evelyn y a Walter hacia las sillas plegables y mesas que había dispuesto para la ocasión bajo un toldo de lona. Emerson me armó un alboroto por "perder el tiempo" con esto, pero la incomodidad innecesaria es una forma de martirio con la que no simpatizo. Además también se debía tener en cuenta su efectividad. No había otra sombra cuando el sol estaba en su cenit, y era muy difícil leer las notas de Emerson cuando usaba una roca o la espalda de uno de los hombres como escritorio.

Gertrude estaba sentada ante la mesa, hojeando las notas más recientes. (La letra de Emerson, aun cuando no use una roca como escritorio, es difícil de descifrar). Ambos gatos se estiraban al sol, cerca, ignorando ostensiblemente a Gertrude. No existe criatura mejor en el arte de ser grosero con delicadeza que un gato, y *Bastet* había elevado a la categoría de arte el ser grosera con Gertrude, a pesar de los esfuerzos de la dama por atraerla con restos de comida y elogios inapropiados. Le había advertido a Gertrude que no se dirigiera a *Bastet* con apelativos de "lindo minino" y "dulce cariñín", pero ella continuaba haciéndolo, para profundo disgusto de *Bastet*. Nadie, ni siquiera Gertrude, habría tenido las agallas de llamar a *Anubis* "lindo minino".

Presenté a Gertrude, y los gatos procedieron a hacer aún más patente su insulto yendo a saludar a Walter y a Evelyn.

—Parece que se llevan mejor —dijo Evelyn, acariciando a *Bastet* mientras la gata se frotaba contra sus tobillos y *Anubis* favorecía a Walter arañándole los zapatos.

—Ella deja que *Anubis* se le acerque a metro y medio sin escupirle —contesté—. Supongo que eso es una clase de progreso.

Aunque nuestros hombres fueran trabajadores concienzudos, no sentían aversión a una pequeña interrupción de sus labores. Se agruparon a nuestro alrededor, presenté a cada uno por su nombre y Evelyn les sonrió con su gentileza habitual. Algunos de los hombres de mayor edad conocían a Walter, aunque él no los hubiera visto en años. Walter fue particularmente amable con Abdullah, estrechándole la mano y dirigiéndose a él en un árabe trabado.

—Me tomará algo de esfuerzo recobrar mi antigua fluidez en árabe —añadió con una risa—. He estudiado lenguas muertas durante demasiado tiempo, Abdullah.

—Es bueno tenerlo de regreso —dijo Abdullah gravemente—. Y a *Sitt*, su esposa.

Se retiró cuando Ramsés se acercó, tirando de un reacio David. No se podía decir que David y su abuelo estuvieran en términos amistosos, el muchacho avanzaba mucho mejor con sus demás parientes, especialmente con su afable y tranquilo primo Daoud. Pero yo sabía que no se metería en problemas con el ojo de águila de Abdullah sobre él.

Su aspecto había mejorado desde su llegada. La mayoría de sus llagas y cortes habían curado, le había recortado el cabello y me había impuesto para que se bañara con más frecuencia de lo que él consideraba necesario. No obstante el cambio era relativo, y supongo que todavía se veía bastante patético, ya que el rostro de Evelyn se suavizó con compasión maternal. Sin embargo, fue lo bastante sabia como para contenerse de expresarla. En cambio dijo:

—Estoy muy contenta de conocerte, David. Si eres amigo de Ramsés, debes ser mi amigo.

—Somos hermanos de sangre —explicó Ramsés.

—¿Así que lo has hecho? —exclamé—. Maldición, Ramsés...

—Solo se requirió una pequeña cantidad del fluido vital —dijo Ramsés. Empujó ligeramente a David con el codo, recordándole, supongo, que estaba esperando que respondiera.

El muchacho brincó. Había estado contemplando a Evelyn.

—¿Cómo está usted? —pronunció cada palabra lentamente y con cuidado. Ramsés asintió con aprobación, y David continuó—: Tiene la cara de *Sitt* Miriam en el libro santo. Ella es hermosa. Ella sostien... ¿sostiene? —Echó un vistazo a Ramsés, quien estaba demasiado atónito para responder—. Sostiene —repitió David—, al Niño. Ella le mira así. ¿Cómo está usted?

*Sitt* Miriam es el nombre que los egipcios cristianos dan a la Virgen. El pequeño discurso me sorprendió tanto como a Ramsés. No podía estar segura de cuánto de éste entendió Evelyn, pero estaba visiblemente conmovida. Impulsivamente extendió la mano. David se la tomó y, después de un momento de vacilación, la sacudió con solemnidad.

—¿Cómo está usted? Estoy muy contento de conocerla.

Ramsés se lo llevó.

—Por Dios —dijo Emerson, mirándolos marchar—. Parece que

tenemos entre nosotros a un cortesano. Me pregunto cuánto de ese bonito discurso le fue instruido por Ramsés.

—Creo que muy poco —repliqué—. Ramsés no sobresale en los discursos bonitos.

—Humm —dijo Emerson—. Bien, Amelia, si has terminado con las cortesías, me gustaría reanudar el trabajo.

El resto de nosotros le siguió al fondo de la cuesta, a tiempo para ver bajar una cesta a las manos de Selim, que se la llevó a una pequeña distancia y la vertió sobre un creciente montículo de escombros.

—¿Parte del relleno? —Preguntó Walter—. Parece estar falto de artefactos; ¿por qué no lo arrojas simplemente por el borde?

—Parece que has olvidado mis reglas —contestó Emerson con alguna acritud—. Si bien hemos encontrado poco, eso no es excusa para técnicas de excavación descuidadas. Si me perdonáis, debo subir.

Walter estaba acostumbrado a las maneras de su hermano.

—Voy contigo. Estoy deseoso de ver la tumba.

—Creo que la escalera todavía no está terminada, Walter —dijo Evelyn.

Era obvio que aún no lo estaba, ya que Mohammed estaba acuclillado en el suelo trabajando en ella, estructuras simples con peldaños de madera y soportes, con estacas para un pasamanos de cuerda.

Walter se tensó.

—La escala de cuerda es adecuada.

—Al menos espera hasta que tengas botas apropiadas, y quizás guantes para proteger tus manos.

Ese era un acercamiento erróneo por completo, tal como le podría haber dicho. Los hombres se comportan como niños cuando alguien, sobre todo una mujer, pone en duda su valentía. Walter podría haber cedido, como algunos hombres hacen, ya que él es relativamente sensato, de no haber aparecido otro hombre bajando por la escala con la velocidad y la agilidad de un atleta. Posándose ligeramente en tierra, se quitó el sombrero e hizo una venia a las damas.

Su fluida gracia hizo que el pobre Walter pareciera aún más frágil y más ineficaz. Nunca he conocido a un hombre cuyo físico se

equiparara al de mi esposo, pero el traje de trabajo de sir Edward, sobre todo la camisa, húmeda de transpiración, mostraba de forma favorecedora su constitución atlética.

Emerson lo saludó a su típica manera.

—Le dije que hoy no le necesitaría.

—No tenía nada mejor que hacer —fue la alegre respuesta—. Como le dije, señor, cuando mis servicios fotográficos no sean requeridos, echaré una mano en cualquier otra tarea. He estado ayudando a Daoud a rotular las cestas.

Juzgué más sabio permitir que Emerson hiciera las presentaciones, las cuales realizó de mala gana. Sir Edward se había tomado a pecho la advertencia de Emerson; apenas se había aventurado a hablarme desde que se unió al personal y se había mantenido bien lejos de Nefret. Se inclinó deferentemente sobre la mano de Evelyn y exclamó, mientras estrechaba la de Walter, que era un honor conocer al hombre cuya sapiencia era reverenciada por todos aquellos que conocían el campo de la egiptología.

Emerson le estudió con recelo, pero decidió que había seguridad en los números y que yo estaría adecuadamente acompañada.

—Vamos, Walter, si vas acompañarme. Será mejor que me precedas, estabilizaré la escala desde abajo.

—Permita que yo la estabilice para usted, Profesor. —Sir Edward les siguió, y yo escuché que añadía—: Señor Emerson, señor, tome mi salacot, si es que le encaja, existe un ligero peligro de derrumbe.

—Ah, querida —exclamó Evelyn—. Amelia, intenta disuadir a Walter, no está en condiciones para esto.

—Sería una pérdida de tiempo, querida. Pero bien podemos sentarnos a la sombra, ¿no crees?

Volvimos al refugio, donde Evelyn entabló conversación con Gertrude, disculpándose por sacarla de su habitación. Esta demostración de consideración pareció sorprender muchísimo a Gertrude. Supongo que no estaba acostumbrada a ello, la cortesía hacia aquellos que consideran sus inferiores es rara entre las clases altas.

—Los deseos de la señora Emerson son, por supuesto, órdenes para mí. —Después de una breve pausa añadió, suavemente pero con sentimiento—. Solo desearía poder persuadirla de que ella y

Nefret me acompañen en el hotel. Sería mucho más seguro.

—¿Más seguro? —preguntó Evelyn.

—Ah, solo la clase de cosas habituales, Evelyn —contesté, lanzándole a Gertrude una mirada de reproche—. Tenía la intención de contarte todo al respecto en otra oportunidad pero ya que el tema ha sido mencionado, bien puedo hacerlo en este momento.

La narración al menos sirvió para distraer a Evelyn del temor de ver a su marido estrellarse contra el suelo. No entré en detalles debido a que sabía que después tendría que repetirle la historia a Walter, y debido a que Ramsés querría indudablemente dar su propia y embellecida versión.

—Definitivamente la clase de cosas habituales —dijo Evelyn con una sonrisa, cuando yo terminé de contar la historia—. ¡Pobre señorita Marmaduke! Espero que no la culpes por su nerviosismo, Amelia, lleva un tiempo acostumbrarse a vuestro estilo de vida.

—Ciertamente no tenía la intención de asustarla —dijo Gertrude seriamente—. Usted y su marido no corren peligro alguno. Es Nefret por quien me preocupo. ¿No dejará que venga conmigo, señora Emerson? Podría compartir mi habitación y prometo vigilarla en todo momento.

La misma idea de que Gertrude pudiera cuidar a la muchacha con más eficacia que nosotros era absurda. Debía pensar que yo era una tonta para proponer semejante plan, y odié pensar en el lenguaje que Nefret usaría si siquiera se lo propusiera.

—Me alarma, señorita Marmaduke —exclamó Evelyn—. ¿Por qué cree que Nefret corre mayor peligro que los demás? Ramsés...

—Él no es una muchacha —dijo Gertrude, pareciendo tan remilgada y piadosa que yo no pude evitar reír.

—Eso es indiscutible. ¿Qué está tratando de decir, Gertrude?

Ella bajó los ojos y su cara se cubrió con un profundo rubor, pero habló con firmeza.

—Mi primera impresión, en esa noche terrible, fue que el hombre había entrado en su cuarto a fin de en... a...

—¿Violentarla? —pregunté—. No estoy de acuerdo. Ese delito en particular es casi desconocido en Egipto, y solo un loco atacaría a una mujer extranjera... mucho menos a una mujer bajo la protección del Padre de las Maldiciones.

—Quizás tenga razón —murmuró Gertrude—. Pero no me puede

culpar por temer lo peor. La vista de la pobre niña, su ropa rasgada, su terror tan grande que me atacó cuando intenté tranquilizarla...

Un estremecimiento la embargó. Así que dije con impaciencia:

—Sí, Gertrude, ya escuché su explicación. Basta; no quiero estropear este feliz rencuentro con una conversación deprimente. Supongamos... Ah, pero ahí regresan los hombres. Ya ves, Walter está sano y salvo.

Estaba a salvo, pero no completamente sano; sus manos estaban arañadas, su rostro encendidamente rojo, las ropas rasgadas y empapadas por la transpiración. Sin embargo, cuando propuse que regresáramos de inmediato a la *dahabiyya* él me miró con estupefacción.

—¿Ahora? Inadmisible. ¡Los hombres han encontrado fragmentos decorados! Están bajando la cesta en estos momentos. ¡Inscripciones, mi querida Amelia, inscripciones! ¡Vi claramente escritura jeroglífica!

Apartó a un lado a Evelyn y se alejó cojeando hacia Emerson, quien supervisaba el descenso de la preciosa cesta. Miré a sir Edward, que había seguido a Walter a una distancia discreta. Alisándose el pelo húmedo, dijo con su encantadora sonrisa:

—He tenido el privilegio de atestiguar una discusión profesional entre dos de los más grandes expertos en el campo. Ahí están seguramente escribiendo sobre una de las piezas. El Profesor querrá fotografías, espero; por favor perdóneme.

—No hay forma de que logres alejar a Walter en estos momentos —le dije a Evelyn, quien murmuraba con angustia—. Vamos a la *dahabiyya*, tú y yo. Los demás pueden seguirnos. —Bajando la voz, añadí—: Debo hablarte en privado.

Anuncié nuestra partida a Emerson, que contestó con un gruñido absorto. Como de costumbre, Ramsés estaba en medio de la muchedumbre, tratando de echar una mirada a los fragmentos antes de que su tío pudiera hacer lo mismo. Arrastrándolo a un lado le dije que encontrara a Nefret y se quedara con ella.

—Está con David —dijo Ramsés—. Espero que tú no estés insinuando que él...

—No insinúo nada, te estoy dando una orden. No la dejes fuera de tu vista. Y no me preguntes por qué. Y trata de no enojarla más de lo acostumbrado.

Ramsés cruzó los brazos y levantó las cejas.

—¿Algo más, madre?

—Probablemente. Pero no puedo pensar qué en este momento.

Nos escoltó hasta los burros. Nefret y David estaban sentados en el suelo a poca distancia. La cabeza dorada de Nefret y la negra de David estaban juntas, inclinadas sobre algo que David sostenía. Parecía ser un cuaderno similar a los que Ramsés usaba.

—¿Qué hacen? —pregunté, mientras Ramsés ayudaba a su tía a montar.

—Le estamos enseñando a leer —dijo Ramsés.

—¿Inglés? ¡Pero si ni siquiera puede hablar el idioma!

—Lo está aprendiendo —dijo Ramsés—. ¿Se opone, madre?

—No, supongo que no. Dile a Nefret... Es mejor que se lo diga yo misma. ¡Ponte tu sombrero, Nefret!

—No le gusta recibir órdenes de Ramsés —dijo Evelyn con una sonrisa, cuando los burros se alejaron al trote.

—¿Lo notaste, verdad?

—Me complace verlo, Amelia. La primera vez que llegó con nosotros era tan mansa y obediente que temí que le permitiera a Ramsés avasallarla... con la mejor de las intenciones, naturalmente. Ahora ha ganado más confianza y la fuerza natural de su carácter ha surgido.

—No había pensado en ello de esa forma —confesé—. Me tranquilizas, Evelyn, como siempre haces. Sus constantes peleas me crispan los nervios, pero esta situación es ciertamente preferible al encaprichamiento inicial de Ramsés. Estaba tan deslumbrado que apenas podía pronunciar el nombre de Nefret.

—Solo era un muchachito —contestó Evelyn tolerante—. Estaba segura que tus preocupaciones sobre ese aspecto eran infundadas. Después de todo, no hay nada como la proximidad continua para retirar los velos del romance.

Esa era una declaración sorprendentemente cínica. Decidí no ahondar en ella.

—¿Pero qué era eso que querías decirme, Amelia? —Preguntó Evelyn—. ¿Ahora estamos lo suficientemente en privado?

Reduje la marcha de mi montura, permitiendo que Selim, que nos escoltaba, se adelantara.

—Sí, y puede que no tengamos otra oportunidad semejante en

un futuro inmediato. Esto es entre nosotras, Evelyn. No quiero que Emerson o Walter... y ciertamente no Ramsés... se entere de lo que planeo hacer.

Cuando llegamos al *Amelia* ya le había explicado mis intenciones y las razones. El amable semblante de Evelyn reflejaba una variedad de emociones, pero su único comentario, tal como lo esperaba, fue la seguridad de que haría exactamente lo que le pedía.

Por lo tanto, nos apresuramos directamente a la habitación que ocupaba Gertrude. La puerta no estaba cerrada con llave, había barras en el interior de las puertas, pero ninguna forma de asegurarlas desde el exterior, y, en circunstancias ordinarias, no había necesidad de hacerlo.

Era la primera vez que entraba en el cuarto de Gertrude desde su enfermedad. Ciertamente estaba mucho más ordenado que antes. Había embalado sus pertenencias, salvo algunos artículos de tocador y una muda de ropa, dos maletas aguardaban al pie de la cama.

—¡Qué fastidio! —exclamé—. Supongo que las ha asegurado con llave; busca las llaves en los cajones de su tocador, Evelyn. No creo que las haya dejado allí, pero prefiero no forzar las cerraduras a menos que sea necesario.

Evelyn obedeció, aunque con visible renuencia. La tarea violaba todos sus principios... y, apenas tengo que decir que los míos también. Sin embargo, nunca permito que mis principios interfieran con el sentido común.

—Nada —informó, cerrando el cajón con las puntas de los dedos.

Esperando esto, ya había extraído dos horquillas del moño en mi nuca. Desde una cierta ocasión memorable en que me encontré con ninguna otra arma formidable excepto las horquillas, me había empeñado en seleccionar las más largas y duras disponibles. Debía tener cuidado al pincharlas al hacerme un moño o una corona de trenza, ya que no se doblaban en absoluto, pero las otras ventajas pesaban más que esa pequeña dificultad.

Evelyn estaba de pie a mi lado, mirando hacia la puerta y luego otra vez a mí.

—Cuánto tiempo...

—No tengo ni idea, querida —repliqué—. ¡Maldita sea! Esto está

resultando ser más difícil de lo que esperaba. Tendré que pedirle a Ramsés que me dé una lección.

—Quizás —dijo Evelyn tímidamente—, podrías permitirme intentarlo.

Me recosté en mis talones y la contemplé con sorpresa. Sonrojándose, continuó:

—Ramsés siempre disfruta mostrándome sus nuevas habilidades. No, querida Amelia, no sé cómo adquirió esa y creí que lo más inteligente era no preguntar.

Le di las horquillas y miré con interés mientras ella abría con suma habilidad las cerraduras.

Me dejó la tarea de rebuscar en las maletas. Con cuidado inspeccioné cada ropa. Buscar en una maleta o cajón sin dejar rastros de esa actividad requiere cierta destreza... y mucho tiempo.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Evelyn.

—No tengo la menor idea. Pero estoy segura que lo reconoceré cuando lo vea.

Vacié y embalé de nuevo una maleta sin encontrar nada fuera de lo normal excepto una llamativa y voluminosa prenda de delicada seda carmesí bordada con símbolos egipcios antiguos. Mi entendimiento de la psicología humana me recordó que las personas que son tímidas y modestas en público a menudo se permiten tener fantasías románticas cuando se encuentran a solas. El vestido no era prueba de culpabilidad, ni lo eran los libros sobre religión oriental. Yo ya había deducido por su conversación que sentía inclinación hacia filosofías esotéricas.

—Apresúrate —pidió Evelyn.

—Lo estoy haciendo tan rápido como puedo, Evelyn. ¿Podrías cerrar otra vez con llave la primera maleta, por favor, mientras examino la segunda?

La segunda contenía varios artículos interesantes, incluyendo la fuente del extraño olor: palitos de incienso y una base de bronce para ellos. Lo más informativo de todo fue un delgado volumen envuelto reverentemente en un pañuelo de terciopelo dorado.

—¡Bien! —exclamé—. Esto explica varias cosas, incluso esas preguntas sobre religión egipcia que Emerson disfruta tanto en contestar. ¡La bendita mujer es una teosófica, Evelyn! Esto es una copia de Isis sin Velo, escrita por madame Blavatsky, la fundadora

de la Sociedad Teosófica.

—¿Es una sociedad secreta, Amelia? —preguntó Evelyn con esperanza.

—Me temo que no, querida. Es una sociedad completamente inocua aunque mezcle equívocamente la filosofía india y el ocultismo. Querida, qué desilusión. Quizás la señorita Marmaduke sea inocente después de todo... de todo salvo de la credulidad.

—¿Estás satisfecha, Amelia? —Preguntó Evelyn con inquietud—. Volverán dentro de poco y sería muy embarazoso si nos atraparan.

—Querida, seremos ampliamente advertidas. La forma normal de hablar de Emerson es audible a una distancia considerable, sin contar los gritos que probablemente anunciarán su llegada.

Sabiendo la absoluta verdad de mi afirmación no me preocupé por ser atrapada en flagrante delito, y completé la búsqueda sin prisas y sin resultados.

—Maldición —exclamé—. Debe ser culpable. ¡Ninguna persona inocente puede llevar una vida libre de ningún vicio inocuo! Ni cartas amorosas, ni botellas de licor, ni siquiera una caja escondida de bombones. Pero supongo que algunos pueden pensar que creer en el ocultismo es un vicio, de naturaleza intelectual al menos.

Sometí el cuarto a una intensa revisión visual. No había pasado nada por alto; había inspeccionado cada centímetro. Excepto...

Agarré rápidamente el par de botas ubicadas junto al pie de la cama, las volteé boca abajo y las sacudí enérgicamente. De no ser por la sacudida, la pequeña caja de cartón habría pasado desapercibida. Había estado apretujada en la parte más estrecha de la punta del pie.

Desaté el lazo y retiré la tapa. Estaba llena de algodón y me dijo que debía actuar con delicadeza; un destello de oro me dio una premonición de lo que encontraría. Era el anillo que había visto en el dedo del señor Shelmadine, la joya que llevaba el cartucho de la reina Tetisheri, el cual desapareció de nuestra sala durante la noche en que él desapareció con su conocimiento mortal.

* * *

Después del almuerzo, que se sirvió en la cubierta superior, nos dispersamos. Emerson, por supuesto volvió a la tumba, llevándose a sir Edward y a los niños con él. Como Gertrude había terminado de empacar, la acompañé a ella y a los Emerson más jóvenes a Luxor,

para realizar el cambio de alojamiento y algunas compras necesarias.

No hubo oportunidad de que Evelyn y yo pudiéramos discutir del asombroso descubrimiento del anillo. Advertida por el saludo de Emerson, apenas tuvimos tiempo de ocultar las pruebas de nuestra visita y realizar una retirada precipitada. Cuando Gertrude se reunió con nosotros en la cubierta, se había cambiado de ropa y usaba las botas. Si había notado algo fuera de lo común, no mostró señal de ello. Me pregunté que había hecho con el anillo. No lo podía llevar en una cadena alrededor de su cuello; habría observado la protuberancia.

Cuando llegamos al hotel fui con ella a su cuarto para estudiar las disposiciones, por si quisiera, en alguna futura ocasión, pasar sin ser invitada. Era completamente satisfactorio, estaba en el segundo piso, con un pequeño balcón y una vid más que conveniente no muy lejos.

Gertrude fue lo bastante amable como para aprobar los alojamientos, pero pareció poco dispuesta a dejarme ir.

—¿No desea que regrese con usted y reanude las lecciones de los niños? Ha pasado casi una semana desde...

—Esta noche no estarán en un estado de ánimo adecuado para concentrarse en la literatura inglesa —dije con impaciencia—. La disciplina es una cosa, Gertrude, la expectativa irrazonable es otra totalmente diferente. Enviaré a alguien a buscarla mañana por la mañana, o quizás podría usted acompañar a sir Edward. Esto será con toda probabilidad lo mejor. Él le notificará la hora y el lugar cuando regrese esta noche.

Parecía como si ella estuviera a punto de protestar, aunque no podía imaginar a qué... ¿A ser obligada a compartir un bote, sin carabina, con un joven bien parecido? Ofreciéndole las buenas tardes, me fui.

Las compras apenas llevaron algo de tiempo, ya que las tiendas de Luxor ofrecen poco al viajero, excepto antigüedades falsas y genuinas. El curso más prudente de acción habría sido buscar a Walter para regresar a El Cairo, donde los bienes europeos están disponibles en el acto, pero él tercamente rechazaba hacer esto, así que me vi obligada a telegrafiar y a esperar que mi amiga la señora Wilson fuera capaz de atinar con las tallas de Walter en pantalón y

botas.

Cuando regresamos al bote con nuestras exiguas compras, el sol se ocultaba por los acantilados occidentales y los colores del ocaso se extendían sobre las aguas ondulantes. Pensé con mucha ilusión en el momento que podría despedir a Walter, para que tomara un baño, una siesta o algo así, y conversar en privado con Evelyn, pero no pudo ser. Los demás llegaron de la excavación al mismo tiempo que nosotros alcanzábamos el *Amelia*.

Con el sombrero en la mano, sir Edward me llevó aparte. Tenía por costumbre cenar con nosotros, pero en ese instante anunció su intención de volver inmediatamente al hotel.

—Esta noche deseará estar en familia, señora Emerson. No se tome las molestias de enviar el bote por mí mañana, tomaré el ferry e iré directamente a la excavación.

Ese era un gesto galante, caballeroso, y le contesté de la misma forma.

—Quizás no se oponga a traer a la señorita Marmaduke con usted mañana, Sir Edward.

—Claro que no. Podría... con su permiso, por supuesto... pedirle a ella que cene conmigo esta noche. Parece muy asustadiza y tímida, quizás pueda tranquilizarla.

Estaba a punto de contestar cuando Emerson apareció por el pasillo que llevaba a los camarotes.

—¡Amelia! ¿Qué demonios estás haciendo? Te estoy esperando.

Sir Edward se apartó e intenté calmar a Emerson informándole de la conversación.

—Humm —dijo Emerson, llevándome a nuestro cuarto—. ¿Así que ha dirigido sus atenciones hacia la señorita Marmaduke, verdad?

—Ese podría ser el caso, Emerson.

—¡Vaya, Peabody, me impresionas! —Con su buen humor restaurado, Emerson se arrodilló y comenzó a desatar mis botas. (Es propenso a tales gestos sentimentales en privado)—. Seguramente no dejarías suelto a un libertino mundano como sir Edward con una tímida solterona.

—Si fuera una tímida solterona, semejante experiencia le hará muy bien. —Emerson rió entre dientes, y yo continué—: Pero la señorita Marmaduke no es lo que parece, Emerson. No estoy segura

si esa cena será una conferencia entre compañeros conspiradores o una reunión de advertencia entre rivales, pero ha sido inteligente por parte de él hacer la sugerencia abiertamente, ya que la mayoría de personas reaccionarán como tú acabas de hacerlo.

—Es un tipo astuto —estuvo de acuerdo Emerson—. Pero quizás no es tan diabólicamente astuto como crees. Podemos imaginarnos enemigos donde no existen, Peabody. Y ahora que hemos encontrado la tumba, hasta Riccetti puede darse por vencido.

—Estás sugiriendo que nos abstengamos de contarle a Evelyn y Walter los ataques anteriores, las circunstancias misteriosas, el...

—Sí, maldición, lo estoy. ¿Por qué alarmarlos innecesariamente?

Tomó mis pies desnudos entre sus grandes manos bronceadas y alzó la vista hacia mí con una sonrisa.

—Si hubiera creído que la preocupación era innecesaria no se lo habría contado a Evelyn —repliqué.

Emerson soltó bruscamente mis pies y se levantó.

—Debería haberlo sabido. Bien, Peabody, te me adelantaste, como de costumbre, y supongo que Ramsés habrá estado hablando también. A veces me pregunto cómo sería ser el respetado patriarca de una familia inglesa ordinaria.

—Muy aburrido, Emerson.

El ceño de Emerson dejó paso a una sonrisa reacia.

—Otra vez estás en lo cierto, Peabody. Sube al salón cuando te hayas cambiado, tendré el whisky listo.

Disfrutábamos de nuestro whisky, Walter, Emerson y yo, cuando Ramsés exigió su parte...

—Según las leyes del Islam, del Judaísmo y varias tribus de Nubia, pronto seré un hombre, padre. —Pero era un argumento mecánico, ya que no esperaba que su discurso tuviera mejores resultados en esta ocasión que en el pasado. La noche había caído, las estrellas brillaban tenuemente en las oscuras profundidades del cielo, la brisa llevaba los suaves sonidos de los animales bebiendo agua y el aroma místico de Egipto.

Comenzaba a lamentar haberme apresurado en hacer partícipe de mis confidencias a Evelyn. Se veía muy frágil y ridículamente juvenil esa noche, su cabello rubio caía suelto sobre sus hombros, sostenidos solo por un pañuelo. Walter era un caso peor, su cara estaba chamuscada por el sol y sus movimientos eran tan rígidos

como los de un anciano caballero reumático. Algunas semanas de actividad arqueológica ordinaria le endurecerían y le harían bien, pero nuestras actividades arqueológicas rara vez eran ordinarias, y este año de excavación prometía ser aún más peligroso. Solo pude rezar para que nuestra tentativa bien intencionada de ayudar a nuestros amigos no hubiera puesto sus vidas en peligro.

No mientras nosotros estuviéramos involucrados, me dije, con una mirada afectuosa al perfil resuelto y la inquebrantable figura de Emerson. Rechacé mis aprensiones y hablé con Walter.

—Aunque me siento poco dispuesta a echar una sombra sobre esta alegre reunión, Walter, debo advertiros a Evelyn y a ti de lo que ha estado pasando. Es una historia bastante larga...

Sonriendo, Walter me interrumpió.

—Creo que la tuya no será tan larguísima como fue la versión de Ramsés. Sin duda, querida hermana, tu interpretación de esos acontecimientos se diferencia de la de él, pero no tienes que repetir los hechos.

—Las interpretaciones de Amelia generalmente se diferencian de las de todo el mundo —dijo Emerson—. En un inicio, lo confieso, éramos el sujeto de ciertas... eh... atenciones. Todas diseñadas para impedirnos localizar la tumba. Ahora que la hemos encontrado no hay razón para que esas atenciones continúen.

Sacó su pipa, con el aire de un hombre que ha dicho la última palabra y no tiene intención de permitir discusión alguna.

Ramsés se aclaró la garganta.

—Con todo respeto, padre, esa hipótesis no puede explicar todas las... eh... atenciones. La más curiosa de ellas fue la visita del señor Shelmadine y su posterior desaparición. Debió haber sabido que sus insinuaciones de cultos antiguos y reencarnación le enfurecerían a usted en vez de persuadirlo, y si el anillo no era genuino, gastó muchos esfuerzos y pasó por muchos problemas para que lo pareciera.

Evelyn me lanzó una mirada interrogativa. Sacudí mi cabeza. Este no era el momento para mencionar nuestro reciente descubrimiento. Tenía la intención de evitar el detalle final que demolería el escepticismo de Emerson y le obligaría a admitir que yo había tenido razón desde el principio.

—Era un desquiciado —dijo prontamente Emerson—. La

egiptología inspira teorías lunáticas.

—Cierto —concordó Walter—. ¿Pero es una coincidencia, verdad, que el individuo aparezca con esa lunática teoría en particular poco después de que tú decidieras buscar esa tumba en particular?

Emerson comenzaba a perder los estribos. Su respiración acelerada le impidió hablar a tiempo de evitar que yo le adelantara.

—Es al revés, Walter —expliqué—. Realmente Emerson tenía la intención de trabajar en el cementerio de la Decimoséptima Dinastía, pero no fue hasta después de la visita del señor Shelmadine que comenzó a encajar las otras pistas. Vamos, Emerson, no lo niegues; lo dijiste tú mismo. Alguien había encontrado la tumba de Tetisheri. Es la única hipótesis que explica toda esta inquietante actividad.

—Ninguna hipótesis sensata explica lo de Shelmadine —dijo Emerson furiosamente—. Su visita fue una coincidencia.

—¿Y su muerte fue otra coincidencia? —dije—. El cuerpo ha sido identificado, Emerson.

Emerson inhaló profunda y estremecidamente.

—¿Y cómo sabes eso, Amelia? Maldita sea, ¿has estado en comunicación con la policía de El Cairo? Cómo...

—Como sabes, querido, sir Eldon Gorst es un viejo amigo. Respondió a mi telegrama hace unos días. Shelmadine fue identificado por...

Hice una pausa. Pocas veces le tomo el pelo a mi querido Emerson, pero esta vez la tentación fue irresistible.

—¿Bien? —exigió—. No seas tan malditamente teatral, Amelia. Supongo que fue por el anillo.

—No, querido. Estaba a punto de decir, por una mujer que reconoció con seguridad... eh... ciertas características físicas. El anillo no estaba en la persona del señor Shelmadine. Está ahora en posesión de la señorita Marmaduke.

Siempre me he sentido interesada por la profesión teatral. Había empleado ciertas técnicas teatrales en la construcción de mi anuncio, la dilatación, la mala dirección y finalmente el uso de lo que se llama una línea de “remate”, y el efecto fue todo lo que podría haber esperado. Todos los asistentes se quedaron mudos e inmóviles por el asombro. Incluso Evelyn parecía sorprendida, no

por las noticias, sino por mi método de revelarlo, y quizás, por su efecto en Emerson. La sangre inundó su cara, y sus labios se separaron en una serie de resuellos jadeantes.

—Es verdad —exclamó Evelyn—. Lo encontramos en la habitación de la señorita Marmaduke, en una bota. Ah, querido. Por favor, Radcliffe, toma un vaso de agua.

Emerson agitó las manos.

—Vosotras... vosotras dos... buscasteis... ¡Por Dios!

—Era necesario, Emerson —le aseguré—. ¿Crees que habría cometido una violación tan flagrante de los buenos modales si no hubiera sentido que debía?

El rubor de furia desapareció de las mejillas de Emerson. Sus labios se movieron nerviosamente.

—Un éxito, Peabody, un éxito palpable —dijo—. Y muy bien hecho, también.

—¿Entonces das tu brazo a torcer, Emerson?

—Te debo una por esto —refunfuñó Emerson—. Pero arderé en el infierno si doy mi brazo a torcer en algo, Peabody, hasta que sepa exactamente por qué debo hacerlo.

—Solo está haciendo una de sus bromitas, Profesor —dijo Nefret —. Sabe tan bien como yo lo que el anillo significa. ¡La señorita Marmaduke es una espía y un miembro de la banda que asesinó al señor Shelmadine! Puede haber sido un lunático, pero no era inofensivo. Fue asesinado con el propósito de impedirle que le diera información que sus rivales no querían que usted supiera.

Ramsés carraspeó.

—Hay otra explicación a eso...

—Ramsés —comencé a decir siniestramente.

—...la cual estoy seguro debe habérsele ocurrido a madre y que se abstuvo de mencionarla porque le estaba tomando el pelo un poco, padre, y estaba esperando a que usted mismo lo planteara.

—Plantéalo —dijo Emerson, mirándome.

—Sí, señor. Estoy seguro que sospechó de los comentarios que la señorita Marmaduke hizo una noche durante la cena sobre que podría ser una seguidora de la señora Blavatsky y el Teosofismo. Sus reacciones a los temas que introduje confirmaron esa impresión. El libro místico hebreo llamado *La Cábala* y las creencias de ciertas sectas hindúes son parte de los cimientos filosóficos de la Teosofía.

—Ya hemos establecido que es una creyente, Ramsés —dije con impaciencia.

—Ah —dijo Ramsés—, pero... como seguro será consciente... otro principio esencial de ese dogma es la creencia en la reencarnación. "Esta vida" es solo una de muchas, y el comportamiento de un individuo en esta encarnación afecta sus futuras vidas. Ciertamente es más que una coincidencia que el hombre que les visitó en El Cairo afirmara ser la reencarnación de un antiguo sacerdote egipcio. No podemos estar seguros de que el anillo que madre encontró sea el mismo que el señor Shelmadine le mostró. Puede haber dos o más de estos, usados como insignia por los miembros de una sociedad teosófica secreta. Si este es el caso, Marmaduke y Shelmadine podrían estar de acuerdo, pero no necesariamente con objetivos criminales. Aunque —concluyó Ramsés—, no hay pruebas suficientes que justifiquen esta hipótesis, pero es tan razonable como cualquier otra, como estoy seguro que estarán de acuerdo.

Emerson volvió a mirarme. Nuestros ojos se encontraron. Nuestros labios se separaron. Y dijimos al unísono.

—Estaba a punto de proponer esa hipótesis.

—Lo tenía en la punta de la lengua.

—No estaba en la mía —confesó Nefret—. Pero es plausible, y tiene sustento por la declaración del signor Riccetti sobre la existencia de aquellos que nos ayudarían si pudieran. Si los teosofistas son tan inocuos y altruistas como Ramsés dice que son...

—Los individuos altruistas son mucho más peligrosos que los criminales —refunfuñó Emerson—. Siempre pueden encontrar excusas hipócritas para realizar actos de violencia.

Él tuvo la última palabra. Los criados comenzaron a servir la cena, algunos entendían el inglés y parecía aconsejable dejar pasar el tema.

Salvo para confirmar mi historia, Evelyn dijo muy poco. Estaba deseosa de escuchar sus teorías, ya que había llegado a tener un respeto considerable por su capacidad de raciocinio. Pero había sido un día largamente difícil para ella y Walter, y decidí que debían ir derechos a la cama después de terminar nuestro café. Mientras Evelyn seguía a su esposo renqueante hacia la habitación le entregué una botella de linimento.

—Es obvio por la forma en que se mueve que Walter no ha montado a caballo en meses, Evelyn. Mañana por la mañana estará tieso como una momia si no usa esto. Frótaselo bien, sobre todo en los... eh... los miembros inferiores.

Me lo agradeció y me ofreció las buenas noches.

La habitación era bastante pequeña y la cama estrecha. Pero fijé mis esperanzas en el linimento.

# Capítulo 9

*“¡Enterrado vivo!”*

El sol se acababa de levantar sobre el horizonte cuando salí de nuestras habitaciones, dejando a Emerson intentando conquistar su habitual confusión mañanera echándose agua fría sobre sí mismo y el suelo. Mientras avanzaba a grandes zancadas hacia la cubierta superior, pasé por el salón y vi, para mi sorpresa, que Walter ya estaba allí.

Una sonrisa calentó su rostro mientras se levantaba.

—Espero que no te importe que mire tu trabajo, Amelia. Fue una impertinencia, lo sé, pero no me pude resistir cuando vi que estabas traduciendo Apophis y Sekenenre.

—Por supuesto que no me importa. —Lo que me importaba era que se hubiera levantado tan temprano. Eso no auguraba nada bueno para la reconciliación que yo había esperado, y su expresión, aunque afable como siempre, carecía de los indefinibles pero inequívocos signos (a mi vista entrenada) que, en mi experiencia, siguen a ese tipo de actividad.

—Me he visto obligada a descuidar mi traducción estos últimos días —continué, ocultando mi decepción—. Es un texto curioso, ¿verdad?

—¿Tienes la intención de suministrar un final, como has hecho con tus otros cuentos de hadas egipcios?

—Tenía esa esperanza, sí, pero confieso que no puedo pensar en un final lógico. El texto está lejos de estar completo y la implicación del mensaje del rey de los hicsos se me escapa. Obviamente es un insulto mortal... pero ¿por qué? Por supuesto que la arrogante exigencia es la de un monarca a un inferior, pero hay mucho más que eso, sin duda. ¿Y por qué Sekenenre y sus cortesanos no saben

cómo responder?

—Puede haber algún oscuro significado religioso —coincidió Walter—. Como sabes, querida hermana, la religión egipcia es maravillosamente inconsistente, y un animal como el hipopótamo podía ser bueno o malo, la diosa benevolente del nacimiento en un aspecto, el enemigo mortal del dios sol Ra en otro. Set, el asesino de Osiris, tomó la forma de ese animal cuando luchó contra Horus, el hijo de Osiris, en el famoso cuento de "La caza del hipopótamo rojo". Los hicsos eran considerados adoradores de Set, pero eso —dijo Walter, sacudiendo la cabeza—, solo hace que la situación sea más misteriosa. ¿Por qué exigiría el rey de los hicsos la matanza del animal que representaba a su dios?

—Walter, creo que me has dado una pista —exclamé—. Estás intentando utilizar la moderna lógica occidental. Es necesario ponerse en las mentes ilógicas de los antiguos egipcios.

—Nadie puede hacer eso mejor que tú, mi querida hermana.

Antes de que pudiera responder a ese cumplido elegante, Emerson irrumpió en el salón.

—Llegamos tarde —declaró con tono acusador—. ¿Dónde están todos?

—En la cubierta superior, espero —contesté, levantándome—. Siempre desayunamos allí, como sabes perfectamente bien.

Nefret y Ramsés ya estaban comiendo, porque nunca somos muy ceremoniosos en la primera comida del día. Me estaba sirviendo cuando Evelyn se unió a nosotros. Me las arreglé para coger la tetera antes de que se derramara mucho té.

—Dios mío —exclamó Walter, mirando a su esposa—. ¿Cuándo adquiriste ese... eh... conjunto, querida? Nunca te he visto usarlo.

—Los hombres nunca recuerdan la ropa de las mujeres —respondió Evelyn, aceptando la silla que Ramsés sostuvo para ella.

—¡No creo que pudiera haber olvidado eso!

Yo tampoco creía que pudiera haberlo olvidado. Era una copia del traje de trabajo que yo había llevado antes de dar el audaz salto a los pantalones y la chaqueta masculina. Los pantalones turcos de Evelyn eran incluso más voluminosos de lo que habían sido los míos y de un brillante azul. Era obvio que sus botas, que llegaban hasta la rodilla, nunca habían sido usadas.

—No sé por qué estás perdiendo el tiempo hablando de mi

guardarropa, Walter —dijo Evelyn con frialdad—. Deberíamos volver al tema que estábamos discutiendo ayer por la noche.

Emerson, quien, por supuesto, no había observado nada raro en la apariencia de Evelyn, golpeó su taza en el platillo.

—No tengo ninguna intención de volver a ella. ¿Debo recordarte que ésta es una expedición arqueológica? La tarea que tenemos ante nosotros es formidable, y todavía estamos cortos de mano de obra.

—Radcliffe, sabes que estamos a tu disposición —dijo Walter—. Dinos lo que hay que hacer.

Emerson apartó la taza y apoyó los codos sobre la mesa.

—La tumba es sin duda la de Tetisheri. Sin embargo, las pinturas son... en definitiva, no son lo que yo esperaba. Las respuestas a las preguntas que han surgido en mi mente pueden salir a la luz cuando terminemos de limpiar el pasillo de entrada.

Hizo una pausa para llenar la pipa, y Ramsés se aprovechó de su silencio temporal para comentar:

—Queda tan poco de la decoración de ese corredor que sospecho que fue destruida deliberadamente.

—¿Qué? —exclamó Walter—. ¿Cómo llegaste a esa conclusión?

—Una pregunta inútil, mi querido Walter —dije, con un suspiro —. O más bien, por favor, no le preguntes, porque te lo contará durante un tiempo considerable. Supongo que las pinturas eran de yeso, que se han separado de la roca sobre la que se aplicó, y se han caído al suelo del pasillo. Los fragmentos de inscripciones que los hombres encontraron ayer eran parte de la decoración. Maldición, Emerson, debería estar acostumbrada a tu reticencia exasperante, pero ¿por qué has mantenido la boca cerrada sobre esto? Debes haber encontrado otros fragmentos antes o no habrías cribado tan cuidadosamente los escombros.

—El hábito, supongo —dijo Emerson, pareciendo un poco avergonzado—. La verdad es que solo encontré algunos restos, ninguno mayor de diez centímetros de diámetro. La mayor parte de ellos se han convertido probablemente en polvo, pero espero encontrar más piezas a nivel del suelo.

—Así que por eso hemos estado trabajando tan despacio. —La admiración superó la molestia de Walter—. Cualquier otro excavador habría pasado por alto esa evidencia, Radcliffe.

—Puede que no sea una prueba importante —reconoció

Emerson—. Pero uno nunca sabe. —Sacando su reloj lo miró y se puso en pie con un gruñido de fastidio—. Si habéis terminado de interrogarme, tal vez me permitiréis seguir con ello.

Trotando tras él, fui capaz de alcanzarlo antes de que llegara a la pasarela.

—¿Hay otros secretitos que me hayas ocultado? —pregunté.

Me miró con un ceño.

—Oh, ¿te interesas en la tumba? Te ruego que dejes de jugar al detective, pero lejos de mi distraerte del placer de registrar las habitaciones de las personas y de participar en especulaciones sin sentido sobre espías y bandas criminales.

—¿Es extraño, verdad, que no hayamos sabido nada más del señor Riccetti? No hay duda de que está oculto acechando y dirigiendo su...

Mi aliento salió en un suspiro explosivo cuando Emerson me rodeó con los brazos y apretó.

—¡No tienes remedio, Peabody¡Especula todo lo que quieras, busca en todas las habitaciones de Luxor. Solo promete a tu sufrido esposo que te abstendrás de correr riesgos insensatos. No sigas sospechosos a callejones oscuros, no irrumpas en el cuartel general secreto de Riccetti.

—Oh, ¿tiene un cuartel general secreto? ¿En Luxor?

Tratando de fruncir el ceño y no reírse, Emerson me hizo callar con un beso enfático.

—Prométemelo, Peabody.

—Emerson, los otros están mirando. Los niños...

—¡Promételo!

—Claro, Emerson.

Con calma y decisión de Emerson me besó de nuevo.

—No hay nada malo en ser un buen ejemplo —comentó, echando un vistazo a nuestra audiencia, que incluía no solo a nuestra familia, sino también a Selim y Yussuf. Luego me subió a mi caballo y montó en el suyo.

Si se hubiera molestado en mirar a Nefret podría haber tenido dudas sobre ser un ejemplo. No era tanto la curva de sus labios como una cierta expresión soñadora en sus ojos.

* * *

Nos llevó más de tres días terminar la limpieza del pasillo de

entrada. La extraordinaria paciencia de Emerson fue recompensada: en el suelo junto a las paredes, tumbados donde habían caído más de tres milenios atrás, había unos cincuenta fragmentos de relieve pintado. Había que trazar su ubicación precisa, ya que ello podría dar una pista sobre sus posiciones originales en la pared. Uno por uno los fragmentos, algunos tan pequeños como una uña, fueron levantados, colocados en bandejas acolchadas y etiquetados. Acostumbrada como estaba a la delicadeza del toque de Emerson, me maravillé de lo hábilmente que manejaban los frágiles restos esas manos grandes y bronceadas.

¡Qué días tan felices! Acuclillados en el polvo, la espalda encorvada sobre nuestros trabajos, disfrutando de encuentros ocasionales con murciélagos inquietos, frotándonos los ojos enrojecidos por el polvo... Disfruté cada momento y Emerson estaba tan feliz como solo un hombre puede estar cuando se dedica al trabajo en el que sobresale. Nos mantenía a todos ocupados, cada fragmento tenía que ser fotografiado (sir Edward), copiado (Evelyn y Nefret) y registrado (señorita Marmaduke). Walter, con la ayuda de Ramsés (ante la insistencia de este último), comenzó el montaje de los fragmentos. Era una tarea frustrante, según comentó Walter, era como tratar de armar un rompecabezas cuando la mayoría de las piezas faltan.

En el placer de la actividad profesional, la compañía de nuestros seres más queridos y la ausencia total de ataques, asaltos, o violencia, casi me olvidé de mis presentimientos; cuando volvieron a aparecer, comencé a preguntarme si Emerson no podría haber tenido razón después de todo. (Nunca había ocurrido antes, pero siempre hay una primera vez).

La primera "distracción", como él la llamó mordazmente, se produjo cuando volvimos a la *dahabbiya* la tarde del tercer día. Mahmud, nuestro mayordomo, nos estaba esperando.

—Los paquetes de El Cairo han llegado, *Sitt*.

—Excelente —dije—. Tienen que ser las botas y la ropa que pediste, Walter. Justo a tiempo, también, tus zapatos no habrían durado ni un día más.

—El caballero está en el salón, *Sitt* —dijo Mahmud.

—¿Qué caballero?

—El caballero que trajo los paquetes. —La sonrisa de Mahmud

se desvaneció—. Dijo que era un amigo, *Sitt*. Espero no haber hecho nada malo.

—Petrie o Quibell, espero —gruñó Emerson—. O Sayce o Vandergelt o algún otro egiptólogo inquisitivo. Maldición, sabía que tarde o temprano aparecerían escupiendo preguntas y tratando de colarse en mi excavación.

Se dirigió hacia el salón, y por supuesto todos le seguimos, con la curiosidad de saber quién podría ser el visitante. Yo tenía mis propias ideas sobre ese tema, y me apresuré a atrapar a Emerson. No tuve éxito, pero estaba pisándole los talones cuando entró en la habitación. Demasiado cerca. Su rugido casi me dejó sorda.

—¡O'Connell! ¡Maldición! ¿Qué diablos está haciendo aquí?

Al verme Kevin, que se había retirado detrás de la mesa, se sintió a salvo de acercarse. Su nacionalidad estaba escrita en su rostro; ojos azules como los lagos de Irlanda, el rostro tan pecoso como un huevo de chorlito, el cabello brillante como el borde de la puesta del sol.

—¿Por qué, Profesor? ¿No supondrá que el *Daily Yell* iba a pasar por alto una historia como ésta? Y a quién enviarían sino a su reportero estrella, ¿eh? Buenos días, señora Emerson, querida. Veo que está tan radiante como siempre.

Empujé a Emerson mientras le adelantaba, estaba rígido de indignación parado en la puerta. Si Kevin O'Connell no era la el reportero “estrella” del periódico más sensacionalista de Londres, sin duda podría ser considerado una autoridad en temas arqueológicos y en las actividades de la familia Emerson. Nuestros encuentros en el pasado no habían sido agradables, pero el joven periodista insolente había venido en mi ayuda lo bastante a menudo como para dejarme con sentimientos relativamente amables hacia él. Los sentimientos de Emerson no eran tan amables. Tenía buenas razones para detestar a Kevin en particular, y a los periodistas en general. Los informes de sus actividades le habían hecho, si no precisamente famoso, sí muy bien conocido por el público lector. (Y hay que admitir que el mal genio de Emerson y los pronunciamientos precipitados eran muy entretenidos)

—Buenas noches, Kevin —respondí—. ¿Qué le llevó tanto tiempo? Le esperábamos ayer.

—Por Dios, estoy veinticuatro horas por delante del *Mirror* —

protestó Kevin—. Y a dos buenos días de adelanto del *Times*. Ah, pero según veo hay más amigos. ¡Señor y señora Walter Emerson! Tenía la esperanza de atraparles, pero fueron demasiado rápidos para mí. El señorito Ramsés, en qué buen muchacho te has convertido. Y la señorita Nefret, seguro, es un placer para los ojos verla.

Evelyn avanzó hacia él.

—El señor O'Connell, ¿no es así? Me alegro de poder darle las gracias por la hermosa carta que escribió después... después de la pérdida de nuestro hijo. Sus expresiones de solidaridad fueron expresadas con gracia y de manera conmovedora.

La cara de Kevin se volvió de un tono rosa que chocaba terriblemente con su pelo rojo. Evitando mi mirada asombrada, movió los pies y murmuró algo ininteligible.

—Humm —dijo Emerson, en un tono más suave—. Bueno, bueno, supongo que bien podría sentarse, O'Connell. Pero no crea que...

—Oh, no, señor, nunca creo. —Recuperándose de su embarazo al descubrirse que tenía instintos caballerescos, Kevin le dirigió a Emerson una sonrisa descarada—. No le habría molestado, solo sucede que me encontré por casualidad con la señora Wilson en El Cairo, y cuando me contó que tenía algunos paquetes para usted me ofrecí para traerlos, ya que partía esa noche, y una vez aquí, era imposible para mí alejarme sin...

—Sí, absolutamente —dije—. Gracias, Kevin. Debemos excusarnos un momento, pero quédese a cenar, a menos que tenga otro compromiso. ¿No? Pensé que no lo tendría. Siéntese. Enviaré a Mahmud con refrescos.

Quería volver con Kevin lo más rápidamente posible, así que en vez de bañarme, me contenté con un chapuzón en el lavabo y un cambio de ropa. Siguiéndome al lavabo, Emerson gruñó:

—No necesitabas invitarlo a cenar, Amelia. No se puede hablar libremente con un maldito periodista presente.

—Sir Edward y la señorita Marmaduke se nos unirán, tampoco nos atrevemos a hablar libremente cuando ellos están presentes. Es hora de decidir cómo tratar con la prensa, Emerson. Deberías haber sabido que tus referencias públicas a una tumba real atraerían un considerable interés.

Desnudo hasta la cintura y goteando, Emerson tomó una toalla.

—Ya he tratado con los miembros de la prensa. Tengo intención de seguir de la misma manera.

—No puedes intimidar a los periódicos ingleses y europeos, como hiciste con ese pobre joven de El Cairo.

—Nunca puse un dedo encima del individuo, Peabody.

—Le *rugiste*, Emerson.

—Nunca he oído que haya una ley contra... eh... hablar en voz alta. —Emerson dejó caer la toalla al suelo y me examinó críticamente—. ¿Te propones aparecer en público en bata, Peabody? Ese vestido...

—Es mi nuevo vestido de té, Emerson. ¿No vas a vestirte para la cena? Sir Edward se pondrá su ropa de noche.

—No, no lo hará. Le dije que no quería volver a verlo con ese traje de nuevo. —Emerson alcanzó una camisa limpia—. Debo advertirle a él y a la señorita Marmaduke que no divulguen ninguna información sobre nuestro trabajo. Eso se aplica también a ti, Amelia. Yo hablaré. Ahora vuelve al salón y vigila a O'Connell. Probablemente esté registrando mi escritorio.

Emerson estaba claramente en uno de sus estados de ánimo autoritarios. Siempre le permito que disfrute de ellos a menos que sienta que es necesario enderezarlo, lo que, en esta ocasión, no lo era. Así que dije humildemente:

—Sí, querido —y fui recompensada con una sonrisa de satisfacción.

Kevin ni siquiera tuvo la decencia de fingir que no había estado fisgoneando. Levantándose de mi escritorio cuando entré en el salón, dijo parlanchinamente:

—Qué vestido tan encantador, señora E. Como siempre, es usted una visión de belleza. ¿Es éste su último ejercicio de traducción? Si me permite decirlo, carece del encanto de algunos de sus esfuerzos anteriores. ¿Cuál es el punto de la charca de hipopótamos?

—Tendrá que esperar a que la historia sea publicada —respondí.

Kevin ladeó la cabeza y me dio su sonrisa de duende y un acento aún más exagerado.

—Ay, ¿tengo que hacerlo? Como alguien que la ha conocido y admirado durante muchos años, no he dejado de notar que varias de sus traducciones anteriores tenían una extraña relevancia en las

actividades que realizaba en ese momento. Sus altamente desarrollados instintos para el crimen parecen poco menos que sobrenaturales. ¿Qué está tramando en esta ocasión, señora E? ¿Y qué tienen que ver con ello los hipopótamos?

—En realidad, Kevin, no puede suponer que vaya a sucumbir a su flagrante adulación y sus poco sutiles preguntas. No estoy tramando nada, y ya no hay hipopótamos en Egipto.

Experta en el disimulo como soy, mi respuesta no dio indicios de la inquietud que su aparentemente casual pregunta había despertado. Lo que él había dicho era verdad. Por lo menos en dos ocasiones anteriores, el cuento de hadas que había estado traduciendo en aquel momento resultó asombrosamente relevante para los hechos ocurridos. ¿No era este un caso parecido? Y si era así, ¿cuál era la razón para los hipopótamos?

Lo llevé a la cubierta superior. Los otros pronto se unieron con nosotros, a excepción de Emerson, que estaba al acecho abajo con la intención de interceptar a sir Edward y a la señorita Marmaduke. La oscuridad había caído cuando aparecieron. Como se le había ordenado, sir Edward llevaba un traje de tweed bien cortado y una corbata del regimiento. El pelo de Gertrude se le estaba cayendo, obviamente se le había olvidado cubrírselo con un pañuelo mientras estuvo en el río, como yo le había sugerido, y había seguido hurgando en él. Parecía más preocupada que de costumbre. Me preguntaba qué le habría dicho Emerson.

La visión de una mujer hizo que O'Connell se levantara y balbuceara unos halagos. Al verle escoltar a Gertrude a una silla, esperaba que no estuviera imaginándose atraído por ella. Gertrude carecía de los encantos personales que fascinan a un hombre, pero a Kevin siempre le gusta estar enamorado de alguien. Supongo que es porque es irlandés.

Conscientes de la advertencia de Emerson, tratamos de evitar el tema de la tumba. Sin embargo, no hubo manera de hacerlo ya que era el interés principal de todos los presentes. Sir Edward fue el primero en referirse a ello, o tal vez la culpable fue Nefret. Ella no había tenido mucha oportunidad de practicar sus encantos con él porque sir Edward se había tomado el trabajo de evitarla; esa noche, con O'Connell susurrando cumplidos a la señorita Marmaduke, Emerson discutiendo con Walter sobre el Diccionario

de Berlín, y Evelyn ocupada con Ramsés, al parecer había sentido que era seguro unirse a ella en el sofá. En una pausa de la conversación general, la oí decir:

—¿Entonces usted cree que su nueva cámara puede hacer el trabajo?

La cabeza de Kevin se giró como la de un perro mordiendo un hueso. Sir Edward levantó una ceja inquisitiva y miró a Emerson. Un encogimiento de hombros y una inclinación de cabeza le dieron permiso para responder, y, volviendo su atención a Nefret, dijo:

—Se requiere una exposición larga, pero he tenido buenos resultados con la nueva película Kodak desarrollada el año pasado.

—¿Entonces fotografiará el interior de la tumba mañana? —preguntó Kevin cándidamente.

Emerson lo fulminó con la mirada.

—Sí. Le daré eso, O'Connell, ya que probablemente se enterará de todos modos, pero no me pida que le deje echar un vistazo. Ningún amateur va a entrar en la tumba hasta que se haya limpiado.

—Siempre y cuando usted no deje que el *Mirror* se me adelante —murmuró Kevin—. ¿Le importaría especular, Profesor, sobre qué va a encontrar? ¿Una dama de la realeza descansando tranquilamente en su ataúd, adornada con joyas y amuletos mágicos?

La llegada de Mahmud, para anunciar que la cena estaba servida en el salón, salvó a Emerson por el momento, pero Kevin no se iba a distraer tan fácilmente. A lo largo de la cena salpicó a Emerson con preguntas. Creo que hasta entonces no se le había ocurrido a Emerson que con su impulsiva referencia a una "tumba real sin tocar" despertaría un interés tan intenso. Los periódicos de Londres informando sobre el descubrimiento aún no habían llegado hasta nosotros, y las cejas de Emerson se movieron alarmante mientras Kevin resumía las historias que habían aparecido en la prensa.

—¿Titulares en el *Times*? —repitió Emerson con voz entrecortada.

—Deberías haberlo esperado —añadí—. Y te debes a ti mismo corregir los... esto... malentendidos de la prensa. En justicia a ti mismo, querido.

—Humm —respondió Emerson, dirigiéndome una mirada

pensativo. Yo no tenía necesidad de explicarme, a veces Emerson se apresura, pero no es estúpido. Las afirmaciones exageradas que resultaran carecer de fundamento podrían dañar su reputación académica, y ahora teníamos razones para sospechar que la tumba había sido perturbada. ¡Qué decepción si encontrábamos a la momia despojada de sus joyas!

Así que Kevin consiguió más información de la que esperaba, aunque menos de la que quería. Emerson se negó firmemente a especular y a entrar en detalles. Aun así, fue suficiente para darle a Kevin una "primicia", como creo que se llama, y no puso ninguna objeción cuando Emerson anunció que era hora de que nuestros invitados se marcharan. (Muchas veces le he señalado la rudeza de hacerlo así, sin el más mínimo efecto).

—¿Puedo solicitar volver a Luxor con mis nuevos amigos? —preguntó Kevin, sonriendo a la señorita Marmaduke, quien le respondió con una sonrisa tonta, y a sir Edward, quien respondió con una mirada pétrea.

Así se arregló, y mientras Kevin escoltaba tiernamente a Gertrude por la pasarela, Emerson atrapó a sir Edward por el brazo.

—No necesito recordarle —dijo—, que las fotografías que saque mientras está trabajando para mí no se pueden vender o mostrar a nadie sin mi permiso.

La luna brillaba sobre el pelo rubio del muchacho y me permitió observar la rigidez de su forma.

—No, señor, no es necesario —espetó—. Buenas noches, Profesor, señora Emerson.

—Le has ofendido, Emerson —comenté, mirando cómo sir Edward se alejaba enojado.

—Más vale prevenir que curar, Peabody. O'Connell le habrá hecho una oferta antes de que se marchen.

—Espero que tengas razón, querido. Fue muy inteligente de tu parte pensar en ello.

Complacido por este pequeño cumplido, del tipo que los maridos aprecian mucho y que tengo la precaución de aplicar tan a menudo como puedo, Emerson puso mi brazo sobre el suyo y me guió a nuestra habitación. La conversación de carácter general no se reanudó hasta una hora más tarde, momento en que volví a la idea que las preguntas de O'Connell habían despertado en mi mente.

—Conozco tus métodos, Emerson, y estoy totalmente de acuerdo con ellos, por supuesto, pero ¿constituiría realmente una violación de los métodos echar un vistazo, solo un pequeño vistazo privado, a la cámara funeraria? Me muero de curiosidad.

Yo había elegido bien mi momento. Emerson se encontraba de un estado de ánimo muy afable.

—Lo comprendo, querida, yo soy tan curioso como tú, pero no será tan fácil como piensas. Los restos que hay más allá de esa puerta no son de relleno, como las lascas de roca de la antesala; son el resultado del derrumbamiento parcial del techo de lo que parece ser un tramo de escaleras, que lleva hacia abajo como es común en tales tumbas. Los ladrones modernos excavaron parte de él y apuntalaron el túnel con palos y tablas.

—¿Y cómo lo sabes? Oh, Emerson, ¿cómo pudiste? Ya has investigado ese túnel. ¡Y no confiaste en mí!

Emerson parecía un poco incómodo.

—Solo un vistazo, Peabody. Solo unos pocos metros, lo que pude alcanzar con una vela. No pude entrar en el maldito lugar, es demasiado estrecho para mí.

—Pero no para mí. Déjame intentarlo.

Abrazándome, Emerson expresó su renuencia a permitir eso y agregó:

—Tus dimensiones y las del túnel, ambos familiares para mí, no son compatibles. Te quedarías encajada, Peabody, te aseguro que lo harías.

—Podrías sacarme por los pies.

—¿Y arriesgarme a dañar tu... esto... tu persona? Bajo ninguna circunstancia, mi querida Peabody. Ramsés podrá manejarlo.

—David es más delgado que Ramsés.

Cuando Emerson no respondió, añadí:

—Todavía albergas reservas acerca de él. Eso es injusto, Emerson.

—Tal vez. Pero ¿qué ha hecho para demostrarnos su lealtad? Por dos veces, Ramsés se ha arriesgado para salvar al chico de la muerte y la sospecha de un crimen vil. Sin embargo, David sigue insistiendo en que no puede decirnos nada que nos ayude o nos explique por qué está supuestamente en peligro.

* * *

Debido a la presión del trabajo, yo no había visto mucho a David durante los últimos días. Siempre iba con nosotros a la tumba, ya que sentía que era más seguro que estuviera ahí que solo en el barco, pero se mantenía solo, evitando a todos excepto a Nefret y a Ramsés. Los comentarios de Emerson me habían hecho sentir más incómoda de lo que me gustaba admitir y decidí hablar con el chico a la primera oportunidad.

Pude hacerlo la mañana después de la llegada del señor O'Connell. Mohammed había terminado de construir la escalera la tarde anterior, y bajo la dirección de Emerson los hombres se pusieron a trabajar colocando la estructura en su lugar. No había nada para mí hasta que terminaran, y O'Connell, quien había aparecido temprano todo luminoso y preparado con su bloc de notas, estaba absorto en mirar el procedimiento, así que busqué a David.

Hay muchos pozos de tumbas privadas sin terminar y sin excavar a lo largo de la base de la colina. Como uno de los primeros anacoretas cristianos, David había elegido uno de ellos como su retiro. Él, o Ramsés y Nefret, lo había hecho lo más confortable posible, con una estera en el suelo, una jarra de agua, y varias canastas. David estaba en cuclillas sobre la alfombra, ocupado en el trabajo con martillo y cincel en algo que tenía entre las rodillas. Cuando vio que me acercaba hizo un movimiento brusco, como si quisiera ocultar el objeto. Pero no había manera de ocultarlo en su persona, ya que era tan grande como mis puños unidos, una cabeza esculpida al estilo del antiguo Egipto. Yo solo podía ver la parte de atrás, que parecía llevar un tocado de algún tipo.

—Buenos días —dije amablemente—. Me alegra ver que te mantienes ocupado, David. Practicando tu oficio, ¿verdad?

—Buenos días, *Sitt Hakim* —fue la respuesta sin sonreír—. Espero que esté bien hoy. Confío en que haya dormido a pierna suelta.

Las palabras fueron pronunciadas con un cuidado meticuloso, y la formalidad de ellas me habrían hecho sonreír si no hubiera temido ofender al chico.

—Gracias, he dormido muy profundamente y me siento muy bien. Espero que tú te encuentres igual. ¿Puedo ver lo que estás haciendo?

Metió con cuidado las herramientas en una cesta y sin hacer ningún comentario me entregó la escultura.

La obra estaba inconclusa, el tocado solo estaba esbozado. Se había concentrado en la cara. Obviamente era un retrato de Nefret, la semejanza era inconfundible, pero también era el retrato de alguien más. Una alteración casi indefinible de ciertas características reforzaban el parecido que yo había observado en otra ocasión, y el tocado era una corona, la corona de buitre usada por las reinas egipcias.

Los ojos de David eran los de un artista. ¿Era solo una forma inocente de adulación, otorgándole a su nueva amiga los atributos de la joven reina, o había visto aún más claramente que yo el parecido casual y fugaz entre Nefret y Tetisheri? Inofensivo, en cualquier caso, pero me hizo sentir incómoda. Shelmadine había divagado acerca de la reencarnación, y parecía probable que Gertrude fuera también creyente de esa doctrina absurda. Yo no quería que esas nociones penetraran en la cabeza de Nefret.

La semejanza y los inquietantes pensamientos que despertaron provocaron que mi respuesta tardara en llegar.

—Es maravilloso, David. Extraordinario.

Los delgados hombros del muchacho se relajaron.

—¿No está enfadada porque haga esto?

—Al contrario. —Me senté en el suelo junto a él—. El ejercicio de un talento como el tuyo es un deber y un derecho dado por Dios, solo un vándalo trataría de reprimirlo. —Me callé al ver su expresión de desconcierto—. No estoy enfadada. Estoy muy contenta. Solo que... ¿por qué le das la corona de buitre?

Él lo entendió, pero siguió mirando perplejo. Finalmente dijo:

—No lo sé. Era... —Hizo un gesto con una mano fina y expresiva —. Era lo correcto.

Un artista con un mayor dominio del inglés y una mejor opinión de sí mismo lo habría dicho con más elegancia. Sin embargo, yo sabía lo que quería decir.

—No pierdo el tiempo. —De otra cesta, sacó un cuaderno y un lápiz—. Aprendo. ¿Quiere que le lea?

Procedió a hacerlo, abrió el cuaderno por una página donde reconocí la letra clara de Nefret. Solo había unas pocas frases, empleando las palabras más sencillas, pero ella había tejido una

pequeña historia sobre un chico que vivía en Egipto, donde el sol brillaba y el río era ancho.

—Muy bien —dije. Estaba empezando a simpatizar con la pobre gallina madre cuyas torpes crías mostraban signos de convertirse en algo que no esperaba y con lo que no sabía cómo tratar. ¿Qué haría el muchacho a continuación? ¿Logaritmos?

Me puse de pie.

—Tengo que volver al trabajo, David. Estoy muy contenta contigo. Pero no desatiendas, ¿conoces las palabra?, el retrato de Nefret por tus estudios. Es extraordinario.

—Voy a hacerlo bien, *Sitt Hakim*. Es para usted.

Mientras me alejaba le oí repetir "ex-traor-di-na-rio", una y otra vez, tratando de imitar mi inflexión.

Decidí esperar hasta que la cabeza estuviera terminada antes de mostrársela a Emerson. Seguro que se conmovía tanto como yo, e igual de impresionado por el talento del muchacho. Sin embargo, los prejuicios de Emerson eran profundos. Se requeriría mucho para convencerle de que David era leal.

¿Cuánto? Íbamos a averiguarlo pronto.

* * *

Era casi mediodía cuando se colocaron todos los escalones. Los hombres siempre crean un alboroto innecesario con la carpintería y otras tareas simples, con la esperanza, supongo, de hacer que las mujeres crean que esas tareas "masculinas" son más difíciles de lo que realmente son, pero este trabajo en particular presentó algunos problemas. Colocar la estructura firmemente contra la superficie de la roca requirió pesados tornillos de acero y una serie de apoyos, Mohammed tuvo que hacer una serie de ajustes finales. Después de que Emerson hubiera pisado arriba y abajo varias veces para asegurarse de su solidez, me cedió el honor de ser la primera en realizar el ascenso.

El pasaje de entrada había sido limpiado hasta el nivel del suelo, así que ahora nos pusimos a trabajar en la antecámara. Las fotografías necesitaban mucho tiempo, ya que Emerson quería vistas desde todos los ángulos posibles y a diferentes distancias. Para tener luz había estado utilizando reflectores, grandes hojas de estaño en ángulo para captar los rayos del sol y dirigirlos hacia la zona a fotografiar.

Demostraron ser muy eficaces. Sir Edward revelaba las placas cada noche y los resultados eran aún mejor de lo que esperábamos.

Mientras avanzaba la tarde, mi impaciencia con estas tareas necesarias pero tediosas aumentaba. Me moría de ganas de empezar la excavación, para exponer las fascinantes descripciones de Tetisheri rindiendo homenaje a los dioses del inframundo, participando de las ofrendas, sentada en el trono real con su difunto marido y su obediente nieto; para saber si el animal bajo su silla, parcialmente oculto por los escombros, era un gato o un perro o algún otro animal doméstico; para tamizar los interesantes escombros, que contenían pedazos rotos de ataúdes y restos de sus antiguos ocupantes. Ramsés estaba igualmente afectado y al final, incapaz de resistirse, alargó la mano hacia un frágil objeto de color marrón que sobresalía de la masa. Un comentario perentorio de su atento padre le hizo saltar y retirar la mano.

Cada vez con mayor frecuencia mis ojos se sentían atraídos hacia la abertura rectangular en la pared del fondo. Por interesante como parecía ser el desorden de la antesala, palidecía ante la perspectiva de lo que podría estar esperando más allá de ese agujero negro. Cuando Emerson hizo un alto en nuestros trabajos, anunciando que colocaríamos una reja y comenzaríamos a limpiar la cámara al día siguiente, no pude soportarlo más. Él fue, como siempre, el último en salir. Yo me demoré.

—Emerson —susurré—. ¿Crees que... esta noche?

Él entendió. Yo sabía que lo haría. Ese espíritu ardiente era tan abierto como el mío a la tentación de la aventura y el descubrimiento. Él también había disparado frecuentes miradas hacia esa misteriosa abertura.

Sin embargo, dudó, y cuando habló su voz tenía una nota inusual de indecisión.

—No lo sé, Peabody.

—¿Estás sufriendo premoniciones, querido?

—¡Nunca sufro premoniciones! —Uno de los murciélagos, que colgaba del techo como si fuera un friso viviente, se agitó y Emerson continuó en un tono más moderado, pero con igual calor —. ¡Presentimientos, premoniciones, vanas fantasías! Guárdate tus premoniciones para ti misma, Peabody, ¡maldición!

—No tengo ninguna en este momento, Emerson. Solo una

curiosidad ingobernable.

—Me siento aliviado de oírlo. —Sin embargo dudó si comprometerse. Estaba preparada para contestarle con un argumento concluyente, o más bien para expresarlo en voz alta, pero Emerson estaba tan familiarizado como yo con el molesto hábito de su hijo de tratar de robar un avance a sus padres.

—Si no exploramos el túnel, Ramsés lo hará, solo y sin las debidas precauciones de seguridad. Me sorprende que no lo haya intentado ya.

—Maldición —dijo Emerson.

Evelyn me estaba esperando al pie de las escaleras, con una taza de agua y un paño húmedo.

—Te ves agotada, Amelia —dijo con ansiedad—. Sacia tu sed y límpiate la cara.

Le di las gracias y me aproveché del agua, que sin duda era bienvenida.

—Debes de estar cansada de estar sentada aquí sola —dije—. No pasará mucho tiempo, Evelyn, antes de que tus talentos sean necesarios.

—Oh, no me importa. Me gusta hablar con David. Al principio era un poco tímido, pero ahora parece estar más cómodo conmigo. Y —agregó con una sonrisa—, los gatos han sido una excelente compañía. Pensé que serían incapaces de resistirse a la tentación de una tumba llena de murciélagos, pero se han quedado conmigo.

—Debe ser tu encanto irresistible —respondí—. A *Bastet* le gustan mucho las tumbas y rara vez se aleja mucho de Ramsés, pero no se ha acercado más que a la boca del pasaje de entrada.

No informamos a los demás de nuestros planes hasta después de que Gertrude, Sir Edward y Kevin, cuyas insinuaciones para que le invitara a quedarse a tomar el té había ignorado, estaban camino de Luxor. Fue Emerson quien hizo el anuncio, y añadió, con una mirada severa hacia mí.

—No vamos a intentarlo hasta que haya examinado el lugar a fondo y me haya asegurado de que no hay peligro de más derrumbamientos. Este será un reconocimiento preliminar, y si no estoy completamente satisfecho, no continuaremos, ¿entendido?

Todos insistieron en acompañarnos. No intenté, como alguna vez lo hubiera hecho, disuadir a Evelyn. Esos pantalones turcos, a los

que ninguno de nosotros se había referido directamente, me habían afectado hasta el punto de las lágrimas (o lo habría hecho si hubiera sido dada a las lágrimas). Debía haberlo encargado en secreto, probado durante esos escasos momentos de privacidad que conseguía una esposa y madre, y ocultado de nuevo. Era una fantasía conmovedora, un sustituto para la vida activa que se le había negado. Bueno, ahora la tenía, y ¿quién era yo para impedir que asumiera los riesgos que le daban placer picante a la vida?

La reacción de Ramsés fue la más interesante. No dijo nada en absoluto. Eso era sospechoso en sí mismo. Le dije:

—¿Bien, Ramsés?

Ramsés me devolvió la mirada durante unos segundos, y luego admitió su derrota.

—Es bastante seguro, madre, para una persona de contorno pequeño. Los escombros se inclinan hacia abajo y disminuyen a medida que se avanza.

—¿Hasta dónde has ido? —pregunté, con el control que había adquirido después de años de experiencias dolorosas.

—Solo unos pocos metros. Padre volvió a subir las escaleras y yo...

—¡Maldita sea! —exclamó Emerson.

Tras un breve debate, se acordó de que sería Ramsés quien entraría en el túnel. Las objeciones de Nefret fueron las más vehementes.

—¡Yo no estoy más gorda que Ramsés! Solo porque soy una chica...

—Sabes que yo no permito esas prácticas discriminatorias, Nefret —interrumpí—. Ramsés ha tenido más experiencia que tú.

—Esto, hmmm, sí —estuvo de acuerdo Emerson. En su caso, la acusación de Nefret había sido demasiado precisa, aunque nunca lo admitiría—. Ramsés es experto en retorcerse por espacios estrechos. ¿Estás seguro de que estás en forma, hijo?

—Sí, padre, muy en forma.

—¡No lo está! —Nefret nunca discute las decisiones de Emerson. Tenía otros métodos más eficaces para convencerlo de que cambiara de opinión. En esta ocasión, podía juzgar el grado de su indignación por el abandono de esos métodos en favor de la confrontación directa—. Tendrá que arrastrarse sobre su estómago, y un borde

afilado de roca puede abrirle la herida otra vez, yo...

—Se hará así —dijo Emerson.

Nefret conocía ese tono, aunque Emerson nunca lo había usado con ella. Sus labios temblaron y sus ojos se llenaron de lágrimas. Era una expresión muy afectada. Me pregunté si habría practicado frente al espejo.

Emerson parecía tan culpable que cualquiera habría pensado que la había abofeteado, pero se mantuvo en sus trece.

—Tu preocupación por tu hermano te honra, Nefret, pero no es necesaria.

Su preocupación (si eso era lo que le había llevado a protestar) podría haber sido innecesaria, pero pensé que era mejor asegurarse. Después de la cena, antes de cambiarme a las ropas de trabajo, fui a la habitación de Ramsés.

La herida había sanado bien. Sin embargo, tomé la precaución de añadir varias capas adicionales de vendas y de sujetarlas firmemente.

No hicimos ningún intento de escabullirnos, nuestro destino no tardaría en ser conocido por los hombres de guardia. Solo esperábamos ocultar nuestro propósito, por el momento al menos. Nuestros hombres estaban aún reunidos alrededor de la fogata cuando llegamos. El grito estentóreo de Emerson los puso de pie y Abdullah se apresuró a reunirse con nosotros.

—¿Eres tú, Padre de las Maldiciones?

—Si pensabas que era otra persona, ¿por qué diablos no le has desafiado? —preguntó Emerson.

—Sé razonable, Emerson —dije, mientras Abdullah movía los pies y desviaba la mirada—. Acaban de terminar su primera comida del día y bebido su primer sorbo de agua desde el amanecer. Deberíamos haberte dicho que íbamos a venir, Abdullah.

—Maldita religión —se quejó Emerson.

Con las velas en las manos, subimos los escalones. Debió haber sido una bonita vista desde abajo, la línea de titilantes llamas subiendo lentamente en la oscuridad. En el último momento Emerson cedió y permitió que Abdullah viniera con nosotros.

Creo que lo había hecho como una disculpa tácita por sus comentarios groseros sobre la religión, pero el querido y viejo amigo demostró su utilidad. La fuerza de Abdullah y la agudeza de

sus ojos había disminuido en los últimos años, pero era el *reis* más hábil de Egipto. Juntos, él y Emerson construyeron rápidamente un rampa a partir de los tablones que habían llevado con ellos sobre los escombros amontonados en la abertura. Después de que Abdullah echara un vistazo dentro, Emerson y él se enzarzaron en un coloquio de murmullos y luego Emerson se giró hacia Ramsés.

—Cree que es seguro. Adelante.

Ramsés correteó por la rampa e insertó la cabeza y los hombros en la abertura.

—Maldita sea, Ramsés —dijo su padre, afectuoso—, ¿no sabes que es mejor no sumergirse de cabeza en un agujero negro? Enciende la vela y por el amor de Dios, trata de no prenderte fuego ni a ningún objeto inflamable que puedas encontrar.

—Estoy disgustado por haber descuidado la vela, señor. La emoción superó mi habitual cautela.

—Ja —dije—. Ve despacio, Ramsés, y sigue hablando.

—Le pido perdón, madre. ¿La he oído bien?

Ciertamente, no era una orden que yo hubiera esperado dar, pero no estaba de humor para una exhibición de la variedad particular de humor de Ramsés.

—Me has oído, jovencito. No te has metido más que unos dos o tres metros en ese agujero. Describe exactamente lo que estás viendo y qué se percibe mientras avanzas.

Con la vela en su mano extendida, Ramsés ya había introducido la mayor parte de su cuerpo en el túnel. Su "Sí, madre" resonó de una manera rara.

—Espera un minuto —ordenó Emerson. La parte visible de Ramsés, sus extremidades inferiores desde las rodillas para abajo, obedientes, dejaron de moverse. Emerson ató una cuerda alrededor del tobillo izquierdo del niño y apretó. No hubo ningún comentario de Ramsés—. Adelante —dijo Emerson—. Y sigue hablando, o al menos haz ruidos. Si tu voz se detiene durante más de treinta segundos, voy a sacarte de ahí.

Nos reunimos alrededor de los pies de la pequeña rampa y la luz de las velas mostró rostros tan serios y ansiosos como el mío. Walter puso un brazo reconfortante alrededor de Evelyn, cuyos ojos estaban fijos en la abertura por la que los pies de Ramsés habían desaparecido.

El último gesto de Emerson había recordado a los que no lo sabían, lo peligrosa que era la empresa. El túnel excavado toscamente podía derrumbarse. El aire del fondo, su alcance hasta ahora desconocido, podía ser venenoso. La lista de los posibles peligros era demasiado larga para ser cómoda y la cuerda que rodeaba el tobillo de Ramsés podía ser su única esperanza si se encontraba con uno de ellos.

Debió haber sido difícil, incluso para Ramsés, continuar hablando en ese espacio reducido y con el polvo que le ahogaba, pero cumplió. A medida que se adentraba, se hizo más y más difícil entender sus palabras. "Se abre hacia fuera" fue una frase, y "vendajes de momia" y, alto y claro, la palabra "fémur".

—Podríamos haber esperado que notara huesos —dije en voz baja a Evelyn, en un intento de aliviar su evidente ansiedad.

—No me importa lo que diga, siempre y cuando no deje de hablar —susurró Evelyn—. ¿Hasta dónde ha ido, Radcliffe?

Emerson había estado soltando cuerda.

—Menos de tres metros. Es algo lento ir con...

El grito, horriblemente amplificado por el eco, que estalló de la abertura le hizo tambalearse hacia atrás con un grito conmovedor en respuesta. Solo dudó por un instante, agarrando la cuerda le dio un tirón enfático. Ramsés seguía aullando y Emerson continuó tirando de la cuerda con todas sus fuerzas hasta que los pies de Ramsés quedaron a la vista. Dejando caer la cuerda, Emerson tiró de los pies y lanzó al chico a sus brazos.

Los ojos de Ramsés estaban cerrados con fuerza, lo cual no era sorprendente, ya que el polvo le cubría los párpados y sangre de numerosos cortes y abrasiones le manchaban la nariz y la frente. Destapé mi cantimplora y arrojé el contenido sobre la cara de Ramsés.

—Gracias —dijo Ramsés.

Evelyn, pálida como un fantasma, sacó su pañuelo y le limpió la cara.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás herido?

—No —respondió Ramsés—. A excepción de los cortes y contusiones resultantes del desalojo precipitado de mi persona del túnel por mi padre. ¡Por favor, madre! Hay damas presentes.

Yo le había desgarrado su camisa rota, provocando que los

botones salieran volando con tanta precipitación como Emerson solía hacer. El vendaje se encontraba todavía en su lugar y sin manchas. De sangre, en cualquier caso.

—Parece estar relativamente indemne —dije.

—Mordedura de serpiente —dijo Emerson con voz ronca.

—No seas absurdo, Emerson. ¿Qué estaría haciendo una cobra en las profundidades de una tumba?

—Entonces, ¿qué le hizo gritar? —El color volvió a la cara de Emerson—. Nunca le oí emitir un sonido parecido.

—El grito inicial —dijo Ramsés, con evidente disgusto—, fue provocado por la conmoción y la sorpresa. Seguí gritando, porque estaba tratando de conseguir que dejara de arrastrarme con una precipitación tan dolorosa. Puede bajarme, padre, le aseguro que soy muy capaz de estar de pie sin apoyo, y es muy humillante ser sostenido como...

—¿Por qué gritaste? —Emerson apretó los dientes igual que apretaba los brazos que sostenían a Ramsés.

—No por miedo, se lo aseguro. —Ramsés miró a Nefret—. No encontré nada que provocara alarma. De hecho, es bastante fácil avanzar tras los primeros metros. Los escalones son empinados y están rotos, pero la parte inferior está libre de escombros... y de cobras. Deben haber sido ladrones modernos quienes retiraron la tapa del sarcófago de la momia para buscar amuletos y joyas. ¡Madre! Deténgala, padre, no hay peligro físico, pero es la vista... ¡Oh, maldita sea!

Llegué a la rampa de una fracción de segundo antes que Nefret, y ya estaba en el túnel antes de que Emerson pudiera impedírmelo. Conocía el estilo expositivo de mi hijo lo bastante bien para como para estar segura de que estaba divagando, prolongando deliberadamente el suspense, hasta que me hiciera protestar de indigna forma verbal o física. Tenía que verlo por mí misma.

Una mano me agarró del pie, pero la aparté. (Soy tan experta como Ramsés en retorcerme en espacios estrechos, a pesar de que recibo menos crédito por ello).

El aire en las profundidades de las tumbas egipcias no golpea gratamente las narices, pero mientras avanzaba empecé a ser consciente de que había un olor empalagoso muy diferente a cualquier que hubiera encontrado antes. Como Ramsés había

indicado, los restos cubrían solo los escalones superiores, y mi corazón se aceleró cuando la pequeña llama de la vela mostró la inconfundible forma de un ataúd de momia. El aire era viciado y la llama ardía baja. Estaba bastante cerca del objeto antes de darme cuenta que no era el tipo de sarcófago que esperaba ver. No había brillo de oro o el resplandor de las piedras incrustadas, ni ningún signo de inscripción. El polvo cubría una superficie plana de madera pintada de blanco.

Entonces no era un sarcófago real. Decepcionada, pero todavía curiosa, me puse de rodillas. La tapa había sido apartada y arrojada a un lado. El ocupante estaba expuesto.

Expuesto verdaderamente. El cuerpo estaba desnudo, sin ni siquiera un trozo de venda para cubrirlo. Estaba, por desgracia, en un excelente estado de conservación. La cabeza estaba echada hacia atrás, la boca horriblemente distorsionada en un grito petrificado de agonía y desesperación. Me di la vuelta con las palmas de mis manos sobre la boca para contener la náusea en la garganta. El hedor nauseabundo y repugnante que emanaba del ataúd ya era bastante malo. Peor aún fue la constatación que me golpeó cuando vi las cuerdas que ataban sus manos y pies. El hombre había sido enterrado vivo.

# Capítulo 10

***"Los hombres pueden sentirse violentamente atraídos por atributos que no son evidentes de inmediato".***

Aunque nunca he sido muy aficionada a las momias, en el curso de mi carrera profesional he aprendido a lidiar con las cosas desagradables de manera eficiente y sin emoción. Me retiré de esa con considerable rapidez. Ya era tarde cuando regresamos al *Amelia*, pero admití la necesidad de un debate y unas libaciones reconstituyentes. Era imposible ir mansamente a la cama después de tal experiencia.

Todos lo habíamos visto, excepto Evelyn, quien afirmó que nuestras descripciones eran suficientes para ella. Emerson, que se siente atraído por las momias, se hubiera arrastrado sobre carbones encendidos para llegar a ésta. Con la ayuda de Abdullah se las arregló para ampliar el espacio lo suficiente para poder pasar y estuvo allí mucho tiempo. Lamenté no haberle atado con una cuerda. No fue hasta que me arrastré hasta la mitad en el túnel y amenacé con sacarlo a la fuerza que aceptó volver. Emerson no es especialmente sensible a la atmósfera, y fue eso más que el aspecto horrible de la momia lo que me afectó, la débil luz y las sombras cambiantes, el hedor nauseabundo y el hecho de que el sencillo ataúd con su terrible habitante hubiera protegido la cámara mortuoria de una reina. Aunque mi retirada fue apresurada, había observado la puerta detrás del ataúd, una puerta bloqueada con enormes piedras.

Contemplando con desdén el vaso de leche tibia que había ordenado que le sirvieran, Ramsés comentó:

—La razón de la negativa de los gatos a entrar en la tumba, se explica ahora. Su sentido del olfato, mucho más agudo que el

nuestro, debe haber captado una bocanada de ese olor asqueroso.

—Estás siendo demasiado fantasioso, Ramsés —respondí—. La noción de un gato de lo que constituye un olor asqueroso no es la misma que la nuestra. Pero sospecho que tenemos que dar las gracias a la momia, por el hecho de que los ladrones no entraran en la cámara funeraria.

—Me pregunto —exclamó Walter—. Radcliffe, ¿recuerdas la historia que escuchamos hace algunos años en Gurneh? ¿Sobre la tumba perdida en la que tres hombres habían desaparecido y no habían salido nunca?

—Cuentos populares —dijo Emerson con impaciencia.

—Esto ocurrió dentro de la memoria reciente —insistió Walter —. El tipo que nos lo contó decía ser el hermano de uno de los hombres que habían desaparecido.

—El típico cuento, sin duda —dijo Ramsés, pensativo—. Pero sería interesante, ¿verdad?, si alguno de los huesos triturados bajo los pies en la antesala resultaran ser de fecha reciente.

—Tonterías —dijo Emerson—. La primera visión de lo atroz, podría haber hecho que salieran gritando, pero los saqueadores de tumbas están acostumbrados a las vistas horribles.

—Nunca he visto una tan espeluznante como esa —murmuré.

Emerson vertió más whisky en mi vaso.

—Sin embargo, yo sí. Provenía del alijo de momias reales de Deir el Bahri.

—Emerson, ¡ese pobre hombre fue enterrado vivo!

—Por una vez, Peabody, tu interpretación melodramática es probablemente correcta. Esta momia muestra las mismas características que la otra, la que se me permitió estudiar hace algunos años. De hecho, los paralelismos visibles son tan exactos que puedo adivinar lo que vamos a encontrar cuando termine el examen que no se me permitió hacer esta noche.

Ignoré ese comentario provocativo y la mirada que lo acompañó. Él solo estaba bromeando.

—Sí, me acuerdo del espécimen de Deir el Bahri —exclamó Walter—. Sus manos y pies también estaban atados.

—En lugar de estar envuelto con vendas, había sido cosido a una piel de oveja —dijo Emerson—. Los órganos internos estaban aún en su lugar y no había evidencia alguna de que el proceso de

momificación hubiera ocurrido. Parece ser lo mismo en nuestra momia. He encontrado la piel de oveja, retirada para exponer el cuerpo, y no pude ver ninguna señal de incisión a través de la cual, por lo general, se extraían las vísceras. La expresión de intensa agonía es como la del otro ejemplo, y sin duda sugiere que ambos individuos murieron... de manera desagradable.

—Su crimen debe haber sido atroz, para justificar ese destino —dijo Nefret.

Me preguntaba si alguna vez me acostumbraría a ello, el contraste entre su delicada palidez inglesa y la placidez de ese bello rostro cuando hablaba de asuntos sobre los que el mero hecho de pensar en ellos habría hecho temblar o desmayarse a cualquier doncella inglesa.

—Un buen punto —dijo Emerson—. No solo fue un método de ejecución, porque eso debe haber sido, particularmente cruel, sino que el hombre fue despojado de su nombre e identidad y envuelto en la piel de un animal que se consideraba ritualmente impuro. Sin embargo, el cuerpo no estaba destruido, sino que fue sepultado con un muerto real, como al parecer, fue esta persona. Confieso que la explicación se me escapa.

—Hay un misterio para ti, Amelia —dijo Walter—. No creo que hayas tenido un asesinato en esta temporada, ¿por qué no emplear esos talentos detectivescos tuyos con este pobre hombre?

—Dudo que ni siquiera los talentos de los detectives de ficción favoritos de Ramsés pudieran resolver un caso como el presente —contesté en el mismo tono de broma—. Hace tanto tiempo que...

—Ja —dijo Emerson—. Creo que una vez te oí decir que ningún misterio es insoluble. Dijiste que era simplemente una cuestión de cuánto tiempo y energía esté uno dispuesto a gastar.

—Estaba alardeando un poco —admití—. Sin embargo...

—Oh, tienes una teoría, ¿verdad?

—Todavía no. ¿Cómo podría cuando la evidencia está incompleta? —La sonrisa de Emerson se hizo más grande. Era imposible resistirse al desafío de esos burlones ojos azules así que continué—. Lo que quería decir, antes de que me interrumpieras, era que en esta etapa no se puede afirmar que se pueda llegar a la solución. Se me han ocurrido una o dos ideas.

Observando que Ramsés, que nunca se quedaba sin ideas, estaba

a punto de lanzarse a un discurso, Emerson dijo rápidamente:

—Ya es tarde. A la cama, ¿eh? Ni una palabra de esto a nadie, claro está. Si O'Connell se entera alargará la vieja tontería sobre maldiciones y no me fío de que la señorita Marmaduke se resista a su maldito encanto.

—Entonces encuentras al señor O'Connell encantador, ¿verdad? —pregunté, mientras salíamos del salón.

—No, en absoluto —dijo Emerson con frialdad—. Me estaba refiriendo a su efecto sobre las mujeres susceptibles, como he tenido ocasión de observar.

* * *

El temperamento de Emerson fue puesto a prueba duramente los días siguientes, ya que el *Mirror* llegó a tiempo y el *Times* le siguió pronto, la agencia Cook nos añadió a su itinerario (vapores dos veces por semana durante el apogeo de la temporada). La cara de Emerson cuando vio por primera vez a la tropa de turistas montados en burro trotando sobre nosotros fue un espectáculo memorable. Las almas tímidas se retiraron ante su primer bramido, pero algunos fueron muy persistentes y no se fueron hasta que cargó contra ellos blandiendo una tabla.

No solo estábamos asediados por los periodistas y los turistas, sino que el ataque arqueológico que Emerson había predicho también ocurrió. El primero en llegar fue Cyrus Vandergelt, nuestro rico amigo americano. Quibell y Newberry se dejaron caer. Howard Carter pasó tanto tiempo con nosotros como pudo robar a sus otros deberes, y tuvimos incluso el honor de una breve visita de M. Maspero, a pesar de los esfuerzos de Emerson por evitarle.

Los únicos de nuestros amigos que no se presentaron fueron el reverendo Sayce, quien, lamenté escuchar, estaba sufriendo un ataque de reuma (Emerson no lo sintió), y el señor Petrie. Los Petrie estaban en Abydos ese año, lo que hizo su incapacidad para llegar aún más sorprendente. Howard lo atribuyó a los hábitos de trabajo compulsivo de Petrie. Emerson lo atribuyó a rencor y celos.

—Al menos —comentó con amargura—, no tenemos que temer interrupciones de los ladrones locales. No podrían acercarse a este lugar sin tropezar con un periodista o un arqueólogo.

Había una singular falta de interés por parte de nuestros enemigos conocidos y desconocidos. No habíamos oído nada más

sobre Riccetti; la noche transcurrió tranquila en la tumba y en la *dahabbiya*. Este fue, en mi opinión, un signo ominoso, pero Emerson se negó absolutamente a estar de acuerdo conmigo (o a discutir el asunto). Qué cierto es el dicho de que ¡no hay peor ciego que el que no quiere ver! Tengo que compartir una pequeña parte de la culpa. Nuestro trabajo me absorbió. Me convertí en complaciente y negligente. Y a su debido tiempo pagué un precio terrible por esa complacencia.

Sin embargo, ¡qué egiptólogo podía resistirse el encanto de la tumba! Los relieves pintados eran extraordinarios, los colores apenas estaban desteñidos con los contornos seguros y nítidos. Emerson y Walter pasaron una buena cantidad de tiempo discutiendo acerca de las implicaciones históricas de estas escenas y las traducciones de las inscripciones jeroglíficas, pero voy a ahorrar los detalles al Lector desinformado. (El Lector que desee ser informado encontrará los detalles en nuestra próxima publicación, *La Tumba de Tetisheri en Tebas, cuatro* volúmenes, y un quinto de tamaño folio con láminas en color)

Limpiar la antecámara costó menos tiempo de lo que esperaba. Los ladrones modernos habían estado ocupados, apartando los restos a un lado en su búsqueda de objetos comercializables, y fastidiando la estratigrafía hasta tal punto que incluso Emerson admitió que no había esperanza de reconstruir el arreglo original. La mayoría de los objetos restantes eran más tardíos que la época de Tetisheri y de mala calidad. Los ladrones de tumbas habían dejado muy poco de ellos, desmembrando a las momias en busca de amuletos y rompiendo los endebles ataúdes de madera. Provenían de los enterramientos de una familia de sacerdotes de la dinastía XXI, que había utilizado la antecámara de Tetisheri como tumba de su familia antes de que un alud o un terremoto ocultara la entrada.

Nosotros encontrábamos el trabajo fascinante, pero los periodistas no. Después de un intervalo durante el cual no salieron de la tumba ninguna momia, joyas o vasijas de oro, se retiraron a los hoteles de Luxor, donde pasaron la mayor parte de su tiempo bebiendo y escuchando las mentiras de los habitantes locales. Nuestros amigos arqueólogos también se dispersaron, tenían responsabilidades propias, y como el señor Quibell comentó con una sonrisa triste, Emerson tardaba incluso más que Petrie en

limpiar una tumba.

Ni siquiera ante nuestros colegas arqueólogos admitió Emerson que hubiéramos ido más allá de la antecámara. Había cerrado la abertura de la puerta y se negó a abrirla de nuevo, incluso a petición directa del Director de Antigüedades.

Fue divertido ver cómo se iluminó la cara de M. Maspero cuando vio nuestras agradables escaleras de madera. Al igual que Hamed, estaba un poco grueso y escaso de aliento. Después de inspeccionar los relieves, interrumpió la conferencia de Emerson sobre los artefactos que habíamos encontrado hasta el momento.

—*Mon cher* colega, estoy seguro de que está llevando a cabo las excavaciones de la forma más irreprochable. Pero ¿qué sucede con la momia de la reina?

La cara de Emerson adquirió la expresión que a menudo precede a un comentario sin tacto, y dije con dulzura:

—Todavía no hemos investigado la cámara funeraria, *monsieur*. Conoce los métodos de mi marido.

Maspero asintió con la cabeza y se enjugó la frente sudorosa. Con cualquier otro excavador podría haber insistido en que despejara el paso, pero conocía a Emerson muy bien.

—¿Me lo notificará antes de entrar en la cámara funeraria? —preguntó con nostalgia.

—Claro, *monsieur* —respondió Emerson con su fluido, pero horroroso acento francés—. ¿Cómo podría suponer que lo haría de otra manera?

—Hmm —dijo Maspero, y se fue resoplando por las escaleras.

El único visitante que se quedó fue Cyrus. Su oferta de ayudar había sido firmemente rechazada por Emerson, así que empezó sus propias excavaciones en el Valle de los Reyes, pero dado que su casa de Luxor se encuentra cerca de la entrada del Valle, fue capaz de "mantenerse detrás de nosotros día y noche" como Emerson lo expresó con amargura. La casa, que los residentes locales llaman el Castillo, era una gran residencia elegante equipada con todas las comodidades modernas. Cyrus nos invitó a tomar el té, el desayuno, el almuerzo y cena, y se ofreció a contribuir con cualquier cosa.

—El señor y señora Walter Emerson, por lo menos —insistió—. Ellos no están acostumbrados a las incomodidades como nosotros, señora Amelia, y la *dahabiyya* debe estar abarrotada con seis

personas.

No acepté la invitación, pero la mantuve en la mente. El Castillo estaba completamente provisto de personal y sus paredes eran tan robustas como las de una fortaleza. Podría llegar un momento...

Cenamos con Cyrus en el hotel Luxor la tarde en que la engañosa tranquilidad de nuestra existencia fue rota por la primera ola ominosa, que indicaba la presencia de vida debajo de la superficie. Emerson había aceptado ir a cenar de mala gana, movido más por el hecho de que al día siguiente era viernes, y por lo tanto un día de fiesta para los hombres, que por mi insistencia en que todos necesitábamos un cambio de escena. Pensé que Evelyn tenía aspecto cansado, e incluso Nefret parecía más silenciosa y preocupada que de costumbre.

Con su acostumbrada generosidad Cyrus había invitado a todo nuestro personal, así como al joven egiptólogo que él había contratado para supervisar su propio trabajo. Formábamos un gran grupo y el rostro surcado de arrugas de Cyrus se rompió en una sonrisa mientras observaba la mesa desde su puesto a la cabeza.

—¿No está todo perfecto? —Me preguntó. Yo estaba sentada, por supuesto, a su derecha—. Cuantos más, mejor, ese es mi lema. Y mucho más atractivo también, si exceptuamos al viejo presente.

Me vi obligada a estar de acuerdo. Nadie adorna una mesa (o cualquier otro ambiente) mejor que mi querido Emerson, bronceado y en forma como siempre, sus bien cortados labios curvados en una sonrisa afectuosa mientras observaba a Nefret fingiendo ser cortés con Ramsés. Ella había desarrollado un gran talento para el sarcasmo suave, que, por supuesto, pasaba por encima de la cabeza de Emerson. No pasaba por encima de la cabeza de Ramsés, pero él no había decidido qué hacer al respecto.

Sir Edward, jugando a lo seguro, había rechazado vestirse de noche en favor de un traje de color ceniza que iluminaba sus ojos azules y su cabello rubio. Kevin... bien, ni siquiera su mejor amigo podría llamarlo guapo, pero su cara pecosa brillaba con satisfacción al verse en tal compañía. La molestia del *Times*, el *Mirror* y el *Daily Mail*, en una mesa distante, sin duda, se añadía a su disfrute. Walter parecía diez años más joven que cuando llegó, su rostro estaba bronceado y saludable, había ganado al menos seis kilos.

El señor Amherst, el nuevo asistente de Cyrus, era un joven bien

parecido, con el pelo rubio y un bigote bien recortado. Ninguno de nosotros lo había visto antes, ya que acababa de llegar de Oxford, donde había estado estudiando los clásicos. Estaba conversando con Evelyn, que nunca se había visto más hermosa.

La cara más feliz de todas, sin embargo, pertenecía a la señorita Marmaduke. Como la única soltera presente, obviamente se consideraba la reina de la ocasión y floreció bajo la atención de los caballeros. Su vestido negro había sido alterado para mostrar los brazos, la garganta y los hombros, y con algún dispositivo que no me era evidente había logrado recogerse el pelo en lo alto y mantenerlo allí. Sus delgadas mejillas estaban rojas, o tal vez era pintura. La transformación era tan grande que me pregunté si sir Edward...

—Hay un buen número de turistas en Luxor este año —dijo Cyrus, interrumpiendo una línea de pensamiento que probablemente no me daba ningún crédito—. Me pregunto cuántos se han visto atraídos por la noticia de la tumba.

—En todo caso, algunos han tratado de verla —contesté, reconociendo varias caras conocidas—. Lord Lowry-Corry, y su esposa amenazaron con despedir a Emerson cuando se negó a dejarles subir las escaleras.

—¿Despedirle de qué? —preguntó Cyrus con una sonrisa perpleja.

—Solo el cielo lo sabe. Supongo que creen que los arqueólogos deben ser empleados del gobierno británico. —Asentí de manera distante con la cabeza a lady Lowry-Corry, quien procedió a ignorarme por completo.

Cyrus, que había observado el intercambio, se echó a reír a carcajadas.

—Espero que me perdone por decirlo, señora Amelia, pero hay ventajas en una forma democrática de gobierno. La aristocracia puede ser una molestia.

—Emerson estaría de acuerdo con usted, pero *me* perdonará por decirlo, Cyrus, algunos americanos también adulan a los aristócratas, no solo a los nuestros, sino a la rica aristocracia americana. Deduzco, por la forma en que las damas le adulan, que ese caballero de la mesa es un miembro de ese grupo, ya que su apariencia no es tan atractiva como para inspirar tal grado de

admiración.

—Correcto de nuevo, señora Amelia. —Cyrus frunció el ceño al pequeño hombre de los bigotes enormes, que tenía un fuerte acento americano—. Es un neoyorquino y un viejo rival de negocios. Al parecer, se ha visto bastante fascinado con Egipto, porque tuvo el supremo descaro de visitarme y bombardearme sobre mis excavaciones. Cuidado con él. Lo siguiente será tratar de intimidar para conseguir entrar en su tumba, yo no confiaría en él más que a la distancia a la que puedo arrojarlo.

—Probablemente podría arrojarlo a bastante distancia, Cyrus.

—Y Emerson podría arrojarle aún más lejos. —La cara de Cyrus se relajó en una sonrisa de anticipación—. Solo espero estar cerca si intenta esos trucos con su marido.

Me llamó la atención otro caballero que de inmediato se levantó y se acercó a nuestra mesa.

—¿Cómo está su hijo, señora Emerson? Puesto que no me ha llamado de nuevo supongo que no hubo complicaciones.

—Como puede ver, es la imagen de la salud. —Girándome hacia Cyrus, dije—: Recuerda al doctor Willoughby, Cyrus. Me alegro de poder darle las gracias una vez más, doctor, no solo por su pronta atención al pequeño accidente de Ramsés, sino por cuidar de mi marido el pasado invierno.

—Ciertamente parece haberse recuperado por completo —dijo Willoughby, mirando a Emerson, quien, a juzgar por sus gestos apasionados, estaba discutiendo sobre filología con Walter.

—Fue tal como predijo —respondí—. A medida que su salud física mejoraba, el... esto... trastorno nervioso desapareció.

—Estoy encantado de escucharlo. Y también mis pacientes —añadió con una sonrisa—, si yo fuera tan poco profesional como para hablar de mis otros casos con cualquiera excepto el paciente y su familia. Pero puedo decirle, señora Emerson, que el caso de su marido despertó mi interés en... eh... los trastornos nerviosos, y he podido ayudar a varias personas que me han consultado con problemas similares. Mi práctica está aumentando constantemente.

—Luxor está siendo conocido como un centro de salud —estuve de acuerdo—, y la presencia de un médico de su reputación debe atraer a muchos enfermos a la ciudad.

Tras un nuevo intercambio de elogios el médico regresó a su

mesa, y Cyrus, que me estaba estudiando curiosamente, comentó:

—Así que Ramsés ha tenido otro pequeño accidente, y uno lo suficientemente grave como para requerir la atención de un cirujano.

—El instinto maternal con bastante frecuencia inspira una respuesta exagerada —le contesté, y, con la esperanza de cambiar de tema, seguí sin detenerme—. Me pregunto si las otras personas de la mesa del doctor son pacientes. Algunas no parecen estar sufriendo de nada más serio que excesos.

—Ese tipo con el fez rojo sin duda podría beneficiarse de unas pocas semanas a pan y agua —coincidió Cyrus con una sonrisa—. Es holandés, señora Amelia, y un vividor. La dama de negro junto a él es súbdita del emperador de Austria. Perdió a su marido no hace mucho tiempo en un trágico accidente, era un ardiente deportista que tropezó con una raíz y se disparó a sí mismo en lugar de al ciervo que estaba persiguiendo. La pobre señora parece ser muy frágil, la mujer adusta a su izquierda es una enfermera del hospital, que la acompaña a todas partes.

—Es usted una mina de información, Cyrus. ¿Conoce a todo el mundo en Luxor?

—No estoy familiarizado con las otras damas de la mesa de Willoughby. Sin embargo, no me importaría que me presentaran. No hay nada malo en ellas por lo que puedo ver.

—Demasiado dinero y poco cerebro, sin duda. ¿Cuál le gusta, Cyrus? ¿La dama morena o la del cabello Tiziano? Dudo que sea su color original.

—Cualquiera. No tengo reparos acerca de mi admiración por el bello sexo, señora Amelia, y ya que usted no está disponible, debo buscar consuelo en otra parte.

Estoy segura que no necesito explicar al Lector que la curiosidad vulgar no era la causa de mis indagaciones. En los últimos días no había visto ninguna señal de buitres, pero no tenía ninguna duda que estaban revoloteando, intentando hacerse con el control del imperio que Sethos había dejado sin líder. El problema con los enemigos desconocidos, es que son difíciles de identificar. Cualquiera o todos de estos turistas aparentemente inocentes podía ser un enemigo.

Después de cenar nos retiramos a los jardines para tomar un

café. Las lámparas colgantes en los árboles emitían un suave resplandor sobre el exuberante verdor y las flores, el aire fresco era bienvenido después del ambiente cargado del comedor. Rápidamente Emerson procedió a contaminar el aire con su pipa y Cyrus, después de pedir cortésmente mi permiso, encendió uno de sus puros.

—Entonces —dijo éste último yendo directamente al grano—, ¿cuándo espera llegar a la cámara funeraria?

Con una mirada a Kevin, sentado en una mesa contigua, Emerson dijo:

—Uno casi puede ver como le pican las orejas, ¿verdad? No se moleste en forzar el cuello, O'Connell. La respuesta a la pregunta del señor Vandergelt es un inequívoco "¿cómo diablos voy a saberlo?" Pasarán varios días antes de que termine con la antecámara, y luego hay que despejar un pasaje de longitud desconocida. Tendremos suerte de llegar a la cámara funeraria, donde quiera que esté, antes de marzo.

—¿Otro mes? —exclamó Kevin, acercando la silla.

—Por lo menos.

—¡Pero no puedo perder tanto tiempo en Luxor! Mi editor no lo tolerará.

—Tampoco, creo yo, podrá el *Times* y el *Mirror* —dijo Emerson con una sonrisa siniestra—. Tiene mi permiso para pasarles la información, O'Connell. Ahora, Vandergelt, estaba preguntando sobre el siguiente volumen de mi *Historia*. Tengo la intención de discutir en detalle el desarrollo del poder temporal de los sacerdotes de Amón y su efecto...

Con un murmurado ¡Por Dios! Kevin se levantó y se alejó. La treta había sido un éxito. Él y sus lectores no estaban interesados en las teorías de Emerson sobre el sacerdocio de Amón. Por supuesto, yo sí, hasta tal punto que no fue sino hasta después de que termináramos una pequeña discusión refrescante sobre Akhenaton, que me di cuenta que varias personas de nuestro grupo habían desaparecido.

—¡Maldita sea! —Exclamé—. ¿Dónde está Nefret? Si esa chica se ha ido con...

—Con Ramsés, espero —dijo Emerson ingenuamente—. Es noche de luna, Amelia, y los jóvenes son demasiado inquietos para

permanecer sentados mucho tiempo.

—¿Walter y Evelyn se han ido a pasear bajo la luna también?

—Eso parece. Siéntate, Peabody, ¿de qué va todo esto?

—Es su instinto maternal —declaró Cyrus serio—. Simpatizo con usted, señora Amelia, la responsabilidad de dos jóvenes debe ser enorme. Con esa propensión de Ramsés a los accidentes y la cara bonita de la señorita Nefret... pronto va a estar hasta el cuello de pretendientes enamorados, Emerson.

—Oh, por Dios —dijo Emerson, con una mirada de angustia hacia mí—. Peabody, tal vez es mejor que vayas a buscarla... a ellos.

Era típico de él haber ignorado todas las señales obvias, incluyendo mis advertencias, hasta que un comentario casual de otro *hombre* le llamó la atención. Le dije con frialdad:

—Pretendía hacer precisamente eso, Emerson. Por favor, no te molestes.

Cogí la sombrilla (roja, a juego con mi vestido) y seguí el camino que conducía hacia los arbustos.

Había otros que disfrutaban de la belleza tropical de la noche, formas oscuras en la oscuridad, muchos de ellos tomados del brazo. Mientras avanzaba, empecé a lamentar que ese momentáneo resentimiento me hubiera impedido insistir en que Emerson me acompañara. Las noches egipcias están hechas para encuentros románticos: estrellas, la brisa suave, el aroma lánguido del jazmín y las rosas en el aire. La luna, acercándose al máximo, lanzaba rayos plateados sobre el camino. ¿Cómo podría yo, que había sido y seguía siendo susceptible a los sentimientos de esa naturaleza, condenar totalmente a una joven que se rendía a sus exquisitas sensaciones?

Porque ella tenía quince años, no... no tan madura como lo había sido yo cuando fui conquistada por la luz de la luna y Emerson.

Fue la luz de la luna lo que les traicionó, al brillar sobre su pelo rubio. La forma de ella era una sombra más oscura, medio oculta por una enredadera de flores. Una brisa agitaba las ramas, el sonido debió haber escondido el roce suave de mis faldas sobre la hierba. Me detuve, y entonces oí una voz de mujer.

—¿Qué es lo que dicen aquí? ¿Palabra de un inglés?

No era la voz de Nefret. De hecho, era difícil de identificar, ya que habló en un susurro y un toque de risa coloreó el tono. Sabía que debía ser Gertrude, antes incluso de que la respuesta llegara de la voz igualmente suave pero inconfundible de sir Edward Washington.

—La tienes. ¿Dudas de mí?

—Dame tu mano, entonces... ¿cómo hacen los caballeros cuando llegan a un acuerdo?

La única respuesta fue una inhalación. El brillo de los cabellos rubios se desvaneció cuando se movió, y como yo no sabía si se estaba moviendo hacia adelante o hacia mí, me retiré de inmediato.

Volviendo a la mesa, me sentí aliviada de encontrar que los vagabundos habían regresado.

—Fuimos a dar un pequeño paseo —explicó Evelyn—. La vista a través del río es hermosa.

—¿Has visto a los otros? —Le pregunté a la ligera.

—Nos encontramos con el señor O'Connell y Amherst —contestó Walter—. Estaban buscando tabaco. Las tiendas están abiertas la mitad de la noche durante el Ramadán, ya sabes.

—¿Sir Edward y la señorita Marmaduke no estaban con vosotros? —Bien, sabía que no, al menos no todo el tiempo, pero un investigador adecuado no da nada por sentado.

—¿Qué te importa? —preguntó Emerson—. No eres responsable de ellos, ni ellos responden ante ti por lo que hacen en su tiempo libre. —Sacó su reloj—. Ya es tarde. Debemos regresar.

—¿Qué prisa hay? —Cyrus hizo un gesto a un camarero—. Las damas tienen el mismo derecho a un día de fiesta que los trabajadores. Si usted no va a tomarse un día libre, yo estaría encantado de actuar como escolta. Templos, tumbas o tiendas, señoras... para lo que les plazca, Cyrus Vandergelt, estadounidense, es su hombre. ¿Qué tal el Valle de los Reyes? Creo que puedo afirmar que es mi dominio particular, y la señorita Nefret me dice que no lo ha visto.

No llevábamos mucho tiempo debatiendo la cuestión cuando los otros regresaron. Estaban los tres juntos. O'Connell ofrecía a Gertrude sonrisas y cumplidos irlandeses. ¿Había logrado ella llegar hasta él? Decidí que sería mejor tener una pequeña charla con Gertrude.

Con toda justicia para mí misma, debo dejar claro que mi preocupación estaba dictada por simple deber. Emerson siempre se queja de mi debilidad por los jóvenes amantes, como él lo denomina, y yo sería la última en negar que me interesa animar alianzas de carácter romántico. (Alianzas matrimoniales, claro está.) En este caso no podía existir la cuestión del matrimonio, pero podría haber una cuestión de conspiración. Le debía a mi familia saber si sir Edward y Gertrudis estaban en connivencia, como Cyrus podría decir, o si el caballero solo estaba divirtiéndose. Y en este último caso, mi sentido de la responsabilidad moral exigía que expresara una amable advertencia a una mujer que, evidentemente, no tenía mi experiencia con el sexo masculino.

Se lo expliqué a Emerson más tarde, después de haber regresado al *Amelia*. Siento tener que decir que él respondió con observaciones de la naturaleza más frívola, y propuso otra teoría que prefiero no citar literalmente. Por emplear términos menos vulgares que los que usó: Gertrude no era tan inexperta como parecía. Sir Edward (preparado como los hombres siempre están para creerse irresistibles) había sido seducido por una astuta aventurera. Emerson añadió... déjeme pensar cómo decirlo... que los hombres pueden sentirse violentamente atraídos por atributos que no son inmediatamente evidentes.

Es difícil negar la verdad de esto. Me las arreglé para rebatirle con bastante pulcritud, creo.

—Estoy totalmente de acuerdo, Emerson. De hecho, fui yo, si recuerdas, la primera en señalar que Gertrude no es lo que parece. Puede no ser más que una simple aventurera. ¡Puede ser una espía y una criminal! De hecho, sí, ¡los fragmentos de conversación que escuché sugieren fuertemente que ella estaba tratando de alistarle en la conspiración!

—Sugieren fuertemente la clase de juegos verbales idiotas a los que hombres y mujeres juegan cuando están estableciendo una... eh... relación romántica.

—Posiblemente —dije, magnánima—. Pero tenemos el deber de averiguar la verdad y advertir al pobre sir Edward si ha sido engañado.

—No te lo agradecerá —murmuró Emerson—. Oh, maldición. No sé por qué pierdo el tiempo discutiendo contigo, Peabody, lo

harás a tu manera diga lo que diga. Acosa a la señorita Marmaduke con té y simpatía y hurga en sus sentimientos más íntimos. Intentaría impedírtelo si pensara que hay la más mínima posibilidad de que ella sea otra cosa más que una mujer sentimental y estúpida que se desmayaría si alguna vez se encontrara con un criminal o un espía.

Estaba equivocado, por supuesto. No había oído la voz de la mujer, segura de sí misma, divertida, seductora, la voz de una mujer de mundo experimentada.

* * *

Habíamos planificado nuestra excursión al Valle de los Reyes para el día siguiente. Emerson había accedido a unirse a nosotros, aunque se quejó de los malditos turistas y de perder un día de trabajo.

—Por lo menos el Ramadán casi ha terminado —le dije para consolarlo—. Uno no puede esperar que los hombres trabajen bien cuando ayunan durante todo el día.

—Y se hartan toda la noche —gruñó Emerson—. Entonces tenemos que soportar tres días de indulgencia y distracción, mientras se celebra el fin del Ramadán. ¡La religión es una maldita molestia!

Por supuesto, insistió en detenerse en la primera tumba. El resto de nosotros cabalgó directamente hasta el Castillo, donde íbamos a desayunar con Cyrus antes de comenzar nuestra excursión. El grupo era el mismo de la noche anterior, ya que Cyrus había incluido amablemente a todos en su invitación. Nos guió en un recorrido por el lugar mientras esperábamos a que Emerson se nos uniera. El recorrido terminó en la biblioteca, mientras miraba como el señor Amherst sacaba un enorme volumen de la estantería para que Nefret pudiera examinarlo, llevé a Cyrus a un lado.

—¿Está seguro que el señor Amherst es quien dice ser, Cyrus?

—¡Mi querida señora Amelia! Debe superar ese hábito de pensar que todas las personas a las que conoce llevan disfraz.

—Parece muy interesado en Nefret.

—¿Qué joven no lo estaría? Está presumiendo, señora Amelia, solo está sosteniendo ese volumen de Lepsius a la manera que otro muchacho podría levantar pesas, para impresionar a una joven bonita. Ah, pero aquí está su marido. Vamos a desayunar.

La comida fue excelente, como siempre lo era la cocina de Cyrus. Inmerso en los elogios, reiteró su invitación.

—Hay un montón de habitaciones aquí, amigos. ¿Y usted, señorita Marmaduke? ¿Y sir Edward?

—Por favor permíteme hacer los arreglos para mi personal, Vandergelt —gruñó Emerson.

—No hay necesidad de pagar un buen dinero al hotel —insistió Cyrus—. Y les ahorraría hacer ese viaje a través del río dos veces al día. Willy y yo merodeamos por este lugar grande y viejo y yo no soy buena compañía para un joven enérgico. ¿No es cierto, Willy?

Amherst sonrió cortésmente.

—Su compañía, señor Vandergelt, nunca puede ser aburrida. Es asunto suyo, señor, por supuesto.

—Equivocado —dijo Emerson—. También es mío. ¡Oh, diablos! Haz lo que quieras. Todo el mundo lo hace.

Yo esperaba que Gertrude se apuntara a la oferta. No solo porque la proximidad le haría más fácil espiarnos, sino que las habitaciones, que había visto antes, eran tan elegantes como las que cualquier mujer podría desear. Sin embargo vaciló, y cuando sir Edward expresó su renuencia a aprovecharse de Cyrus, pensé que sabía por qué. Ambos aceptarían o no lo haría ninguno. Querían consultarse en privado antes de decidir.

—Piensen en eso, entonces —dijo Cyrus con buen humor—. La oferta sigue en pie, solo háganmelo saber.

Pronto nos encontramos en marcha, siguiendo un camino a través del *wadi*. Por supuesto, había visitado el Valle en innumerables ocasiones, pero nunca dejaba de lanzarme su hechizo. Mientras cabalgábamos, el desfiladero fue estrechándose gradualmente entre las paredes de roca desnuda de color amarillo dorado a la luz del sol y careciendo por completo de vida, solo los buitres planeaban perezosamente por encima de nuestras cabezas y alguna serpiente se deslizaba por las laderas rocosas, y, por supuesto, las moscas. Parecían molestar en su mayor parte a Gertrude. Ella se veía ridícula, saltando arriba y abajo en su silla de montar y agitando el aire con su abanico. De nuevo me pregunté: ¿Podría esta mujer tonta ser una aventurera o una espía?

La respuesta, por supuesto, fue: Sí, podría. Un talento para actuar y para el disfraz es esencial en ambas profesiones.

Cuando el camino se dividió, seguimos el ramal de la izquierda a través de una puerta natural de roca y vimos el valle delante de nosotros. Como Emerson había predicho, el lugar estaba lleno de turistas.

Solo unas pocas de las tumbas reales fueron consideradas por Baedeker como dignas de entrar en ellas y era alrededor de esas tumbas donde se habían reunido los turistas. Desdeñando las turbas vulgares, Cyrus nos guió al lugar que había elegido para trabajar esta temporada. Ninguno de los hombres estaba trabajando ese día, pero la evidencia de su trabajo era visible en los agujeros y montones de arena.

—Imagino que tiene que haber una tumba aquí en alguna parte —declaró Cyrus.

La señorita Marmaduke estudió el suelo árido y los montones de escombros con asombro evidente, y Emerson dijo con un resoplido:

—Estaría mejor ocupado, Vandergelt, dirigiendo una excavación adecuada de una de las tumbas que nunca han sido completamente exploradas, la número 5, por ejemplo. El plano incompleto de Burton tiene varias características interesantes.

—El lugar está lleno de malditos escombros —se opuso Cyrus—. Se necesitarían meses para cavar. De todos modos, no es una tumba real.

—Típico —murmuró Emerson—. Eso es todo lo que les importa, a usted y a los demás. Tumbas reales

Con lo cual se marchó, dejándonos permanecer allí o seguirlo, como elegimos.

—¿Adónde vas, Emerson? —pregunté, trotando detrás de él.

Cortés como siempre (cuando se lo recordé), redujo su ritmo.

—Quiero echar un vistazo a una de las tumbas que Loret encontró el año pasado.

—¿Amenhotep II? Estará llena de turistas, Emerson, sabes que el vulgo se siente atraído por las momias.

—No —dijo Emerson.

La tumba que buscaba había sido excavada en la ladera del valle. Como la mayoría de las otras, estaba abierta y sin vigilancia. Reflexioné, mientras bajaba las escaleras, que Howard tenía mucho trabajo por hacer si esperaba proteger las tumbas.

Habíamos traído, por supuesto, nuestras propias velas. En esa

época ninguna de las tumbas estaba iluminada por electricidad, y los escalones eran empinados y estaban rotos. Gertrude, con la galante ayuda de Cyrus, dejó escapar pequeños chillidos de alarma cuando tropezó por ellos.

La escalera terminaba en una habitación cuadrada, sin adornos. Una segunda escalera cortada en la piedra descendía a la cámara que había sido el lugar de descanso final del rey. Un sarcófago de piedra arenisca roja, adornado con imágenes de dioses y diosas protectoras, se abría vacío.

—Humm —dijo Emerson de manera enigmática. Se acercó a la pared de la derecha y comenzó a examinarla.

Yo no necesitaba que él me informara sobre por qué había ido allí. La tumba pertenecía a Tutmosis I, padre de la reina Hatshepsut, pero no era esa conexión lo que interesaba a Emerson. Esta fue la primera tumba real del Valle, varias generaciones después que nuestra tumba, pero más cerca en el tiempo que cualquier otra. Era mucho más pequeña que los grandes y elaborados sepulcros de épocas posteriores, y vi lo que había en la mente de Emerson. Ya que nuestra tumba era más temprana incluso que esta, podría ser tan simple. Si era así, la puerta bloqueada en la base de las escaleras que habíamos visto podría conducir directamente a la cámara funeraria.

Los demás se habían reunido en torno al sarcófago. Gertrude se quedó a la cabecera, con la cabeza inclinada y las manos juntas. Observé que la diosa representada en esa parte del sarcófago era Neftis, no más velada que Isis, ya que ambas damas se representaban llevando generalmente una vestimenta escasa y muy ajustada.

Después de examinar el sarcófago y la traducción de las inscripciones (aunque nadie se lo había pedido), Ramsés se unió a su padre en la pared.

—Estaba decorado con estuco pintado —comentó dogmáticamente.

—Humm —dijo Emerson, caminando por el lateral y sosteniendo la vela cerca de la superficie.

—Dañado por el agua —dijo Ramsés a Nefret, que se había acercado a ver lo que estaban haciendo—. La cámara se ha inundado a menudo. Esa es la dificultad de estas tumbas situadas a

los pies de los acantilados, uno habría supuesto...

—Humm —dijo Nefret, después de Emerson.

—¿Han visto lo suficiente? —preguntó Cyrus, impaciente—. No hay nada interesante aquí.

Tuve que tocar a Gertrude en el hombro para que despertara de su ensoñación, meditación o rezo, lo que fuera. Se volvió hacia mí con una mirada extrañamente tonta.

—Es maravilloso —susurró—. Verla aquí, en este contexto, el aire está impregnado de Su presencia, con la intensidad de la creencia.

—Si por Ella se refiere a Isis —comenté—, ha escogido a la diosa equivocada. Esa es Neftis. Isis se encuentra al pie del sarcófago.

Gertrude no se ofendió.

—Ella se manifiesta de muchas formas. Todas son Ella. Ella son todas.

—¿En serio? Vamos, Gertrude, o nos quedaremos atrás.

—No por mí —declaró Cyrus—. Tengo un brazo para cada una de ustedes, señoras.

—Eso le dejaría sin ninguna mano para la vela —repliqué—. Encárguese de la señorita Marmaduke, Cyrus. Iré detrás con... ¿Evelyn...?

Ella ya se había ido, no había visto con quien, pero no con su marido.

—Con Walter —terminé—. ¿Puedo tomar tu brazo, querido?

No es que yo lo necesitara. Sin embargo, su mirada de perro apaleado indicó que su frágil ego masculino requería un poco de impulso, y yo estaba feliz de proporcionárselo. Fuimos los últimos en subir las escaleras, dejando que la oscuridad llenara la cámara desierta abandonada una vez más.

A sugerencia de Ramsés, que compartía el interés de su padre por las momias (en un grado exagerado, debo añadir), fuimos a la tumba siguiente, la de Amenhotep II, que había sido descubierta el año anterior. Al igual que el alijo de Deir el Bahri, había contenido los restos de los faraones y reinas transferidos de sus tumbas para protegerlas. Los restos reales habían sido recientemente trasladados al Museo de El Cairo, a excepción del cuerpo del propietario de la tumba. Todavía yacía en el sarcófago abierto, y, naturalmente, atraía a los visitantes más macabros. Era un espectáculo indecoroso,

la dignidad de la forma envuelta, una corona de flores marchitas sobre el pecho, rodeado por curiosos que parloteaban, sudaban y jadeaban. Algunos humoristas hacían bromas groseras, y algunos goteaban cera de las velas en la momia. Me vi obligada a llevarme a Emerson.

Nos retiramos a la sala contigua, desde donde se veía una de las vistas más curiosas del Valle. Además del muerto real envuelto y dejado en su sarcófago, la tumba contenía otras tres momias. Yacían dónde habían sido encontradas, desnudas y sin nombre. Dos de ellas habían sido lamentablemente maltratadas por los antiguos ladrones de tumbas y no tenían un aspecto muy agradable, aunque el efecto no era tan espantoso como el de nuestra momia no identificada. Una de ellas, la de una mujer, conservaba su antigua belleza. Su largo cabello negro caía alrededor de su cabeza.

Por supuesto, encontramos a Ramsés allí, inclinado sobre las momias. Nefret estaba con él, y cuando entramos oímos la observación de Ramsés:

—La técnica de momificación es ciertamente de la dinastía XVIII. Observa la incisión.

Algo que Nefret hacía, con el rostro cera de la superficie desagradable de la momia. Emerson se rió entre dientes. (La cosa más extraña le ponía de un humor agradable.)

—Me alegra veros a los dos trabajando duro en vuestros estudios —dijo—. ¿Has llegado a alguna conclusión, Ramsés?

—¿Quiere decir en cuanto a la posible identidad de estas personas? —Ramsés se tocó la barbilla, pensativo—. Creo que se ha sugerido que la mujer anciana es la gran Hatshepsut.

Nefret dejó escapar una pequeña exclamación de interés y se arrodilló para examinar el cuerpo más de cerca.

—¿Podrían ser los individuos más jóvenes sus hijos?

—Imposible de determinar —dijo Ramsés—. Y no hay más razones para suponer que se trata de Hatshepsut que cualquier otra mujer real de la época cuya momia es aún desconocida.

Un fuerte *¡Pardon, madame!* detrás de mí me hizo apartarme. Entraron dos turistas, seguidos por sir Edward, cuya expresiva ceja se levantó ante la vista de Ramsés y Nefret en cuclillas al lado de las momias.

—Una jovencita increíble —murmuró—. La mayoría de las

chicas saldrían corriendo ante esa vista.

—La mayoría de las chicas han sido educadas para comportarse como idiotas —le contesté.

—Estoy totalmente de acuerdo, señora Emerson. Después de las damas a quienes he tenido la fortuna de conocer esta temporada, la jovencita inglesa normal me parecerá insulsa e infantil.

Acepté el cumplido implícito con una sonrisa.

Los turistas eran, como el Lector sin duda ha deducido, franceses. Además, deduje que era su viaje nupcial. (Eran jóvenes, sus ropas era nuevas y a la última moda, y ella se aferraba a su brazo de la manera típica de las novias). La arrogancia del joven y su tono de voz alto y las risitas con las que ella respondía a sus débiles ocurrencias también eran indicativas.

Emerson ya estaba hirviendo de rabia, había protestado en voz alta a Maspero por dejar sin protección las momias. Los comentarios groseros del joven no hicieron nada por calmarlo. Cuando este último pinchó a uno de los lamentables cadáveres con su bastón de cabeza de oro, Emerson no pudo contenerse por más tiempo.

—¡*Sacrebleu*! -gritó—. *¡Que le diable vous emporte! ¡Ane maudit!*

Y otras expresiones, aún más enfáticas, de desaprobación.

Los turistas se alejaron rápidamente. Me agarré al brazo de Emerson y le impedí perseguirlos. Sir Edward se echó a reír.

—Muy elocuente el Profesor.

Los brazos rígidos de Emerson se relajaron.

—Oh, maldita sea. No sé por qué me molesto. Es una maravilla que algún coleccionista no se haya marchado con estos pobres cadáveres. Tengo que hablar con Carter acerca de esto.

Escalar por las difíciles escaleras llenas de escombros era aún más difícil de lo que lo había sido el descenso, con solo una cuerda de pasamanos para ofrecer ayuda. Nos detuvimos a mitad de camino para ver otra momia peculiar que aún permanecía en la tumba, la cual por supuesto, Ramsés insistió en inspeccionar. Después de despojarla de sus envolturas y amuletos, los antiguos ladrones la habían arrojado descuidadamente en un barco de madera, donde se había pegado rápidamente (al haber estado todavía húmeda con los aceites y ungüentos de unción). Ante esa vista Emerson explotó de nuevo.

—¡Tela metálica! ¿Esa es la noción de Maspero de protección

adecuada? Maldición...

Me perdonará el lector si no escribo una repetición de sus observaciones.

Ni siquiera el excelente almuerzo que los sirvientes de Cyrus cocinaron alivió sus sentimientos. Todavía estaba malhumorado cuando terminamos de comer y se negó a unirse a nosotros para una inspección de la tumba de Belzoni, tal y como se la llama por el nombre de su descubridor.

—La he visto una docena de veces. No me necesita, Walter y Ramsés pueden informarle sobre los relieves tan bien como yo. Y Peabody, por supuesto.

En la tumba (la del rey Seti I, para ser precisos) —es una de las más bellamente decoradas de todas— todavía había numerosos malditos turistas merodeando, pero no estropeó el disfrute de mis compañeros. Un estremecimiento de afecto me recorrió el cuerpo cuando contemplé a Evelyn, con la cara extasiada, examinar las escenas bellamente pintadas. Su primera y única visita a Egipto había terminado en matrimonio y maternidad persistente, todo era nuevo para ella y tan fascinante como el arte puede ser para un verdadero artista. Gertrude encontró diosas suficientes para mantenerla feliz, y Ramsés conferenció hasta quedarse ronco.

Cuando salimos a la luz del sol una vez más, todo el mundo estaba listo para un descanso y un refrigerio líquido. El aire, sobre todo en tumbas profundas como la de Seti, es muy seco. Cómodamente sentados a la sombra, terminamos el té y la limonada que los criados trajeron.

La mayoría de los turistas habían desaparecido; las sombras púrpuras se alargaban mientras el sol se hundía hacia los acantilados.

—¿Dónde se ha metido mi viejo amigo Emerson? -preguntó Cyrus.

—En lo profundo de una tumba, espero —respondió Walter con una sonrisa—. Pierde la noción del tiempo cuando la arqueología lo absorbe. No tenemos que esperarle si estás cansada, Evelyn. Encontrará el camino de vuelta cuando esté listo.

Yo me levanté y sacudí mis faldas.

—El resto seguid.

—Si quiere esperar al Profesor, me quedaré con usted —dijo sir

Edward, galante como siempre.

—No tengo la intención de esperar. Sé a dónde ha ido, y voy en la misma dirección. Me reuniré con ustedes en la *dahabbiya*. Gracias, Cyrus, por un día tan agradable.

Cyrus se dio una palmada en la rodilla.

—¡Por los clavos de Cristo, soy una vieja cabra estúpida! Debería haber sabido que no podría permanecer lejos de su tumba. Espere, señora Amelia, es una caminata larga y difícil desde aquí. No puede ir a pie.

—Emerson ha ido a pie —contesté.

—¿Va a ir por el camino de la montaña? —Sir Edward negó con la cabeza y sonrió—. Un día, señora Emerson, aprenderé a no sorprenderme por nada de lo que intente. La acompañaré, por supuesto, si no puedo disuadirla. Y estoy casi seguro que no puedo.

Realmente tenía una sonrisa encantadora. Antes de que pudiera asegurarle que era bienvenido, Ramsés, ya de pie, dijo secamente:

—Eso no es necesario, señor. Yo acompañaré a mi madre.

Yo estaba ansiosa por partir así que corté la agitada discusión que siguió. Todo el mundo se ofreció a ir; seleccioné a los que sabía que podrían mantener mi ritmo.

—Ramsés, Nefret y Sir Edward. Buen día al resto de vosotros.

La vista desde la cima del acantilado era gloriosa en ese momento del día, pero no nos quedamos para disfrutarla. A medida que el sol se hundía más, mi inquietud aumentaba. Ya deberíamos habernos encontrado con Emerson regresando. Él no habría permanecido fuera tanto tiempo sin avisarme de sus intenciones.

En lugar de seguir el camino bien marcado que se dirigía a Deir el Bahri, emprendí el camino hacia el norte siguiendo la ruta que consideraba más rápida. El sendero en algunos sitios era casi demasiado difícil para los pies humanos, y probablemente había sido realizado por cabras. Como tenía algo de prisa, acepté la mano de sir Edward en las partes más difíciles. Ramsés y Nefret me seguían y lamento decir que escuché una buena cantidad de malas palabras provenientes de esta última mientras luchaba con los intentos de Ramsés de ayudarla de la misma forma. Algunas de las palabras eran árabes (aprendidas, no lo dudo, de Ramsés), y sir Edward tuvo problemas para controlar su boca. Sin embargo, me hizo la cortesía de fingir que no las había escuchado.

Lamentablemente estaba sin aliento, agitada así como agotada, cuando vi ante mí, enmarcada en rojo por la luz del atardecer, una forma inmóvil y monolítica. Emerson, sentado en una roca.

—Ah —dijo, cuando nos acercamos jadeando—. Aquí estás, Peabody. Había esperado que aparecieras antes, aunque me aferré a la vana esperanza de que tendrías el suficiente sentido común como para volver con Vandergelt.

Los reproches que se cernían sobre mis labios, en espera de aliento para pronunciarlos, no llegué a expresarlos. Pocas veces había visto a Emerson en tal estado de desorden. Sus manos estaban sangrando y su camisa estaba desgarrada por la mitad.

—Maldita sea, Emerson, ¿qué demonios has estado haciendo? —jadeé.

—Ese lenguaje, Peabody. Siéntate y recupera el aliento.

—Disculpe, señor, pero ¿es prudente permanecer aquí? —preguntó sir Edward—. Parece que ha tenido algunos problemas.

—¿Problemas? No, en absoluto. Me golpeé un poco descendiendo la escalera demasiado de prisa. Por desgracia, no fui lo bastante rápido. Escaparon.

—¿Escalera? —Empecé a levantarme.

Emerson puso su mano sobre mi hombro y me mantuvo quieta.

—Lo verás muy pronto, querida, a menos que decidas dar un rodeo por el camino largo. Eso en cuanto a tus misteriosos pasadizos secretos, ¿eh? Es una gran escalera de cuerda bien construida, y probablemente ha sido utilizada varias veces para una cosa, para poner la estatua de hipopótamo en la tumba.

—Pero dijiste que no había necesidad de proteger la entrada superior.

—Hmm, sí, bien, parece que estaba equivocado. Lo que no tuve en cuenta fue el maldito elemento religioso. Durante el Ramadán, incluso nuestros hombres están cansados y menos alerta al final del día. Tan pronto como se pone el sol empiezan a comer, a beber y se relajan. Los pequeños sonidos hechos por alguien al descender no serían oídos o los tomarían por ruidos naturales.

Ramsés volvió del borde de la pendiente.

—Lo dispusieron de manera muy ingeniosa, ¿no le parece, padre? Los apoyos son apenas visibles pero fuertes, la escalera podía colocarse y retirarse rápidamente.

Me hizo gracia observar que sir Edward, normalmente tan frío e imperturbable, estaba empezando a mostrar signos de preocupación.

—Señor, con todo respeto, se está haciendo de noche, y el viaje de regreso a través de la meseta será difícil para las damas...

—¿Qué damas? —Emerson me sonrió y rodeó con un brazo de manera cariñosa a Nefret, que estaba sentada junto a él al otro lado —. Pero tal vez tenga razón, debemos regresar. ¿Tú primero, Peabody?

—Si me lo permite, padre... —Ramsés ya estaba en la escalera.

—La galantería no es necesaria, Ramsés —dijo su padre, con una sonrisa—. Los ladrones hace tiempo que se fueron y no hay nadie abajo excepto nuestros hombres. Pero ve delante. Dejé una vela encendida en la entrada de la tumba, donde termina la escalera. Puedes esperar allí a Nefret.

Una vez más exigí explicaciones, y mientras esperábamos a que los niños bajaran, Emerson se dignó a darme una breve explicación.

—Se me ocurrió que tal vez debería echar un vistazo por aquí, así que vine por este camino para bajar, ya sabes, por uno de los caminos que hay un poco más allá. Habían apostado un vigía. Me vio llegar, el primer aviso que tuve de su presencia fue cuando gritó una advertencia. Estaba en la escalera y ya bajando antes de que yo llegara y aunque fui tras él inmediatamente, era demasiado tarde. Los otros debieron salir deprisa de la tumba y bajaron a todo correr las escaleras; había los suficientes para avasallar a nuestros guardias y saltaron. Bloquearon al pobre Abdullah y cortaron un poco a Daoud.

—¿Estás seguro que estás bien? —pregunté con ansiedad.

—Oh, sí. Solo que muy avergonzado. He estado arriba y abajo varias veces, lo que explica mi aspecto inadecuado. Bien, Peabody, ahora vas tú.

Me ayudó en la escalera y se dirigió a sir Edward.

—No quiero dejar la escalera aquí. Desengánchela y llévesela con usted.

Sir Edward debió haber expresado una objeción leve o alguna pregunta, la respuesta de Emerson, expresada en su tono de voz normal, fue audible a pesar de que yo estaba a unos metros más abajo en la escalera.

—¡Por supuesto que no puede descender por una escalera mientras se la está llevando! Vuelva por donde ha venido o siga el camino hacia el norte y el este, donde la pendiente no es tan empinada.

—En realidad —añadió, después de reunirse conmigo en la plataforma en el exterior de la entrada de la tumba—, lo que se llama la educación superior en Inglaterra se ha deteriorado aún más de lo que había creído. ¿Te imaginas a un graduado de la Universidad de Oxford hacer una observación tan idiota?

—Será un viaje difícil en la oscuridad, sin importar por donde vaya —dije.

—Debería conocer los senderos, estuvo aquí la temporada pasada con Northampton, ¿no? De todos modos —continuó Emerson—, no supondrás que iba a dejarte a ti y a Nefret a solas con él.

—Casi solas, Emerson. Realmente, tú... Oh, no importa. ¿Han causado algún daño? Porque presumo que has estado en la tumba.

—Sí.

Había caído la noche. Casi no hay crepúsculo en Egipto, solo una transformación repentina de la luz del día a la oscuridad. Emerson retiró la vela de su entorno rocoso. La llama iluminó su rostro grave, sin sonreír.

—Querían entrar en la cámara funeraria esta noche, Peabody. Y podrían haberlo hecho, si yo no los hubiera sorprendido.

—Sin embargo, optaron por enfrentarse a todos nuestros hombres en vez de a ti. —Le apreté el brazo cariñosamente.

—Es posible que hayan creído que estabas conmigo —dijo Emerson con una sonrisa—. Tú y tu sombrilla. —Pero no había humor en su voz cuando continuó—. La situación es más grave de lo que me he permitido admitir, Peabody. Un intento como éste, a plena luz del día y por la fuerza, no es característico de los gurnawis. Alguien sabe que ahora estamos cerca de la cámara funeraria y tiene la intención de llegar allí antes que nosotros. El próximo intento podría ser más violento, uno de los hombres, o uno de nosotros, podría ser herido de gravedad. Va en contra de todos mis principios, pero no veo ningún modo de evitarlo. Iremos directamente a por el sarcófago y la momia de la reina.

# Capítulo 11

***"He conocido a varios villanos que eran la los perfectos caballeros".***

El anuncio de Emerson, hecho esa tarde a nuestra familia reunida, despertó la aprobación por unanimidad. Sus argumentos eran irrefutables. El contenido de la cámara funeraria, fuera el que fuera, debía ser retirado y puesto en custodia antes de que inspirara otro ataque contra nosotros o nuestros leales hombres.

Parecíamos un pequeño grupo de conspiradores al acercarnos alrededor de la mesa, con la luz de la solitaria lámpara emitiendo sombras espectrales sobre nuestros rostros tensos. La primera declaración de Emerson, incluso antes de que anunciara su intención, había sido para advertir que nuestros planes debían ser mantenidos en secreto.

—Hasta donde sea posible, en cualquier caso —añadió a regañadientes—. Si se hiciera a mi manera, no permitiría que nadie salvo nosotros y los hombres entraran en la tumba. Sin embargo, no veo como puedo dejar fuera a sir Edward.

—¿Sospechas de él? —preguntó Evelyn.

—No. —Los ojos de Emerson brillaron cuando los giró en mi dirección. Me conformé con una aspiración, y Emerson continuó—: No tengo ninguna razón para suponer que no sea otra cosa que lo que afirma ser y si le dejo ir ahora, sin una excusa válida, despertaría sospechas y un resentimiento justificable. Cautela con él y no digáis ni una palabra de lo que hacemos a un intruso. Esto incluye a Vandergelt, Amelia. Y a tu amigo O'Connell.

—Por fortuna Kevin sufre actualmente de un pequeño problema estomacal, así que no tendremos que preocuparnos por él durante un tiempo. Pero Cyrus...

—¡Nadie! —El puño de Emerson cayó en la mesa. Dimos un brinco y agarré la lámpara cuando se tambaleó—. Puede ser que solo los expertos del pueblo estén implicados, pero la intentona de hoy era inusitadamente valiente. Lo que sugiere que hay algún poder desconocido dirigiendo las operaciones.

—Riccetti —dije.

—Muy probablemente. Si tiene informadores y aliados entre los aldeanos, como indudablemente tiene, el secreto es esencial.

—¿Debo entender que David es uno de los incluidos en tu prohibición? —intervino Ramsés.

Emerson no es, por naturaleza, un hombre injusto. Vaciló, pero brevemente, antes de contestar:

—En particular David.

Para mi sorpresa no fue Ramsés quien salió en defensa del muchacho, ni siquiera Nefret, aunque ella se mordió el labio y dirigió una mirada menos que amistosa a su padre adoptivo. La voz fue la tranquila de Evelyn.

—Estoy segura de que es de completa confianza, Radcliffe. He tenido varias conversaciones largas con él. Es un encanto de muchacho, que merece una vida mejor que la miseria que ha experimentado, y siente devoción por todos vosotros.

La voz de Emerson se ablandó, como siempre hace cuando le habla a su cuñada.

—Evelyn, tu buen corazón te hace tener fe y entiendo por qué en este preciso momento... eh, hmm. Ten en cuenta que el muchacho ha pasado la mayor parte de su vida bajo la tutela de un experto ladrón y falsificador. Las primeras impresiones...

—No seas condescendiente conmigo, Radcliffe.

La reprimenda fue tan sorprendente como una bofetada. Nunca había oído a Evelyn hablarle a nadie, mucho menos a Emerson, con aquel tono.

Emerson fue el primero en recuperarse, y a su favor corrió el responder como lo hizo. (Si bien no hubiera esperado menos de él) soltó una carcajada y se dio una palmada en la rodilla.

—¡Bien hecho! Mis disculpas, Evelyn, pero te aseguro que no estoy discriminando a David. Por Dios, Vandergelt es uno de mis amigos más antiguos, y confío en él completamente, pero tampoco pienso dejarle entrar en esto. Ojalá pudiéramos librarnos de esa

condenada mujer Marmaduke.

—Ah —exclamé—. ¡Entonces te inclinas hacia mi creencia de que ella es una aventurera y una espía!

—No, Amelia, no lo he hecho. Creo que es una romántica atolondrada, a quien O'Connell podría arrancarle la verdad con unos cuantos elogios floridos.

—Estás en tu derecho —acepté—. No te preocupes, querido, pensaré en una manera de...

—Me estremezco solo de pensarlo —dijo Emerson con considerable sentimiento—. Déjamelo a mí, Peabody. ¿Sabe ella cómo hacer funcionar una de esas máquinas de escribir?

—Sí, creo que sí.

—Entonces la pondré a trabajar transcribiendo el manuscrito de mi historia. Eso debería mantenerla ocupada y alejada de la tumba.

—Ciertamente debería —coincidí—. ¿Cómo de largo es el manuscrito, seiscientas páginas? Y con tu letra, querido... Una idea excelente.

—Entonces arreglado. Comenzamos mañana.

—Solo se necesitará otro día más o dos para terminar con los restos del yeso pintado que recuperamos del corredor de la entrada —dijo Walter—. La mayoría son, lamentablemente, demasiado pequeños para ser de utilidad, pero he encontrado una parte de un cartucho que creo te interesará mucho, Radcliffe.

—Eso tendrá que esperar, Walter. Necesito cada par de manos, sobre todo las tuyas. —Walter pareció complacido y Emerson, con su franqueza habitual, pasó a estropear el elogio añadiendo—: Pareces no haber olvidado completamente todo lo que sabías sobre técnicas de excavación.

Bostecé y Emerson, siempre tan considerado hacia mí, dijo de manera amigable:

—¿Cansada, Peabody? Sí, ya es hora de que nos vayamos a la cama.

—Supongo que querrás levantarte al amanecer —dije—. Una cosa, Emerson, ¿qué hay del almacenaje? El salón ya está lleno de bandejas y cestas de escombros, y me niego absolutamente a compartir mis habitaciones con esa momia atroz.

—Tendremos que tenerla fuera, supongo —aceptó Emerson—. Yo había pensado almacenarla temporalmente en la antecámara,

pero el hedor de la cosa es tan vil que envenenaría el aire. Hay docenas de tumbas abandonadas cerca; usaremos alguna de ellas. Y una apartada para nuestro oloroso amigo.

Fui la última en dejar la cubierta. Pudo haber sido mi imaginación, pero creí ver un movimiento, solo la sombra más oscura de una forma, en el extremo opuesto de la barandilla. Como si algo hubiera sido colgado allí, como un murciélago gigantesco, que luego hubiera descendido silenciosamente.

Como creo que he dicho, la cubierta superior estaba formada por los techos de las cabinas inferiores. El cuarto de debajo de aquella sección en particular de la balaustrada era el ocupado por Ramsés y David.

* * *

No fui la única en levantarme antes del amanecer a la mañana siguiente. Walter ya estaba en salón, revolviendo sus escombros de yeso a la luz de una lámpara. Alzó la vista con un respingo de culpabilidad cuando abrí la puerta.

—Ah, eres tú, Amelia. Pensé que conseguiría unos cuantos minutos más para trabajar antes del desayuno. El cartucho del que hablé anoche es uno que nunca esperé encontrar en ese contexto. Creo que es el nombre de...

—El desayuno se está sirviendo —dijo Emerson, detrás de mí—. Guarda y cierra la bandeja en el armario, Walter, y ven arriba.

Esperando a que los demás se unieran a nosotros, Emerson y yo nos sentamos en silencio un rato y observamos el cielo clarear, cómo la luz se arrastraba bajando lentamente por los declives de los acantilados occidentales. Emerson soltó un suspiro.

—He estado pensando sobre esto, Peabody. ¿Se te ha ocurrido...? ¡Pero por supuesto que sí! ¿...que puedo estar haciendo precisamente lo que nuestro adversario desconocido quiere que haga?

—Por supuesto que se me había ocurrido, Emerson. La intentona de ayer fue un asunto imprudente y arriesgado, si realmente tenían la intención de entrar en la cámara funeraria. Quizás nuestro enemigo se está volviendo impaciente. Si limpiamos esas escaleras le ahorraremos el problema de hacer el trabajo.

—Me disgusta ser incitado y manipulado —refunfuñó Emerson.

—Bien, desde luego que sí, querido. Pero no veo qué otra opción

tienes ahora.

La llegada de Mahmud con el desayuno terminó la conversación. Ramsés fue el siguiente en aparecer. Fue lo bastante sabio para permitir que Emerson tomara una taza de café antes de plantear una cuestión que él sabía que le molestaría, y todavía estábamos discutiéndolo cuando los demás llegaron.

—Ramsés tiene razón, Emerson —dije—. David debería venir con nosotros.

—Le retendré conmigo —dijo Evelyn con firmeza—. Él no advertirá lo que estás haciendo.

—¿Puedes mantener también a esa mujer Marmaduke fuera de mi camino? —preguntó Emerson humildemente—. No hubo tiempo para eludirla esta mañana, y tengo que localizar una de esas condenadas máquinas de escribir.

—Naturalmente —dijo Evelyn—. Déjamela a mí, Radcliffe.

Sé que yo no era la única que sentía una sensación de anticipación atravesándome cuando comenzamos aquella mañana. Incluso los ojos de Emerson brillaban como nunca. Nosotros, los arqueólogos, somos superiores al populacho por su propio bien en nuestra apreciación del conocimiento, pero somos humanos después de todo; el pensar lo que podría esperarnos detrás de aquella puerta sellada agitaría hasta la imaginación más endeble.

Ninguna sensación de anticipación recorría la figura del pobre Abdullah, que nos esperaba. El disgusto y la vergüenza alargaban su semblante, y deduje, por las miradas abatidas de sus hombres, que habían sido sermoneados en detalle sobre su fracaso al realizar sus deberes.

Emerson no perdió el tiempo en recriminaciones adicionales. (Rara vez había necesidad alguna de que repitiera una reprimenda, ya que él dejaba sus sentimientos bien claros desde el principio). Después de que Evelyn, poniéndole la mano en el hombro al muchacho, se hubo marchado con David, Emerson llevó a un aparte a su capataz y le habló de nuestras intenciones.

La cara de Abdullah se iluminó ante semejante prueba de confianza. Tanto que se olvidó lo de interrumpir las advertencias de Emerson sobre el silencio.

—Nuestros labios están sellados, Padre de Maldiciones. No te fallaremos otra vez.

—No fue culpa tuya, Abdullah —dije, acariciándole el brazo.

—Sí, lo fue —dijo Emerson, despachando el tema. Sacó su reloj —. ¿Dónde están los demás? No puedo esperarlos. Haz subir al señor Edward tan pronto como llegue, Evelyn, y mantén alejada a esa tediosa mujer. El resto venid conmigo.

Y con eso se fue escaleras arriba.

* * *

Y fue ante mi insistencia que paramos para almozar. El aire estaba denso a causa del polvo del yeso y los excrementos de murciélago removidos por nuestros movimientos; la respiración de Walter se había vuelto desigual y hasta sir Edward mostraba signos de angustia. Antes, yo había enviado a Nefret abajo, pasando por alto sus vigorosas objeciones.

Ella vino corriendo hacia mí cuando descendí los últimos escalones.

—Tía Amelia, te ves horrible.

—¿Yo? En ese caso debería arreglarme un poco antes de que nos reunamos con los demás.

Hicimos uso de los baldes de agua y las toallas, y luego nos retiramos al refugio. Sabiendo que Emerson rechazaría volver al *Amelia* hasta el anochecer, yo había pedido cestas de picnic, y dimos buena cuenta de la comida y sobre todo de la bebida con deleite. Era interesante ver como se dividió el grupo. Acompañé a Gertrude hasta la pequeña mesa, los hombres se repartieron sobre varias rocas y los niños fueron a acompañar a David en su tumba. Evelyn había estado con él, cuando ella ocupó su lugar a la mesa vi que sostenía una carpeta de dibujo. Le pedí ver lo que había estado haciendo y ella me lo tendió con una peculiar sonrisa.

—¿Das lecciones de dibujo? —pregunté, hojeando las páginas con asombro creciente.

—Más bien las tomo. ¡Qué talento tiene el chico, Amelia! No sabe nada de los principios del arte occidental, por supuesto, pero es rápido para aprender, y me está proporcionando un nuevo entendimiento del arte egipcio. Creo que él podría ayudarme con el copiado.

—Eso tendrá que esperar hasta que terminemos de limpiar la antecámara —dije, con una mirada de advertencia a Gertrude.

Ella no parecía estar del todo bien esa mañana, sus ojos estaban

ensombrecidos y parecía ensimismada. Atrajo mi atención, aclarándose la garganta y dijo titubeante:

—He estado pensando, señora Emerson, sobre la amable invitación del señor Vandergelt. Me gustaría aceptarla, pero no sé si sería apropiado.

—¿Por qué no? —pregunté, eligiendo un segundo sándwich.

—¿Por ser la única mujer en la casa?

—Tales nociones anticuadas están desfasadas, Gertrude. Ahora estamos en el siglo XX. A buen seguro no sospechará que el señor Vandergelt tenga intenciones impropias.

—¡Ay, no! Solo... Yo me sentiría mucho más cómoda si la señora de Walter Emerson estuviera allí también. ¿O Nefret?

Emerson había terminado de comer. Se acercó a nosotras a tiempo de oír el último intercambio.

—Estará absolutamente segura con Vandergelt, señorita Marmaduke —dijo él—. ¿Por casualidad sabe dónde puedo poner mis manos sobre una máquina de escribir?

—Ahora que pienso en ello —dije—, probablemente Cyrus tenga una. Ya sabes cómo son estos americanos respecto a la maquinaria.

—¡Excelente! —Emerson me sonrió con aprobación—. Entonces, arreglado. Puede embalar sus cosas esta tarde, señorita Marmaduke, y estar en el Castillo antes de que anochezca. Pasaré más tarde con mi manuscrito y le diré lo que quiero que haga. Bien puede ir ahora. Dispondré que uno de los hombres la acompañe hasta Luxor. ¿Lista, Peabody? Venga, vamos.

Se alejó trotando, dejando a Gertrude con la boca abierta. Proporcioné las explicaciones que Emerson había omitido dar —él supone, incorrectamente, que el resto de la gente piensa tan rápidamente como él y yo—, y enviamos a Gertrude con Selim.

—Es un alivio quitarla de en medio —le dije a Evelyn—. Ahora podemos hablar libremente.

Un reverberante bramido procedente de Emerson alcanzó nuestros oídos. Evelyn se rió.

—No podemos hablar en absoluto, Amelia. Me muero de curiosidad por saber lo que has encontrado, pero deberías ir antes de que Radcliffe comience a jurar en hebreo.

Los demás habían obedecido ya el reclamo. Mientras me acercaba, vi a Evelyn volver al sitio donde David estaba sentado.

Cuando Emerson fue finalmente persuadido para que parase, la barrera había desaparecido y la mayor parte de la piedra caída se había retirado de los escalones. La vista de lo que yacía abajo —las escaleras cortadas en la roca hundiéndose en un ángulo pronunciado, el techo bajo y desigual— no era alarmante o inusual, pero noté que nuestros trabajadores se marcharon con celeridad tan pronto como Emerson dio la señal. Abdullah debía haberles hablado de la momia. ¿Cómo podría yo culpar a los hombres por temer tal presagio, cuando me había afectado incluso a mí?

—Esto bastará —dijo Emerson, limpiándose la frente húmeda con su manga mugrienta—. Mañana necesitaremos más tablones, Abdullah, para terminar de apuntalar el techo, no me gusta su aspecto.

—Se hará como dices, Emerson. Y luego cogerás... — Su mano se movió en un gesto curioso y retraído, como si fuera renuente a señalar a la momia y mucho menos nombrarla.

—Sí. —Emerson me miró—. Continúa, Peabody, iremos en un momento.

Nefret y Ramsés habían dejado ya la tumba con Walter. Le permití a sir Edward que me ofreciera su mano.

—Debe estar muy cansada —dijo él compasivamente.

—No más que usted, creo. —Él era muy diferente al caballero elegante que en un principio había conocido, su ropa estaba manchada por el sudor y arrugada y tenía el pelo blanco por el polvo. Desde la suciedad que embadurnaba su cara, un par de ojos azules enrojecidos se encontraron con los míos con visible diversión.

—Me creía un hombre experimentado en esto —confesó él—. Pero comparado con su marido... Newberry y Spiegelberg, con quienes trabajé la temporada pasada, son unos diletantes decadentes.

—Ya sabe que él mantendrá este ritmo hasta que hayamos terminado. ¿Puede seguirlo?

—Caeré seco antes de admitir el fracaso —fue la risueña respuesta—. Sin embargo me preocupa el señor Walter Emerson. Si hay algo que yo pueda hacer, con sumo tacto, por supuesto, para aliviarle...

—Se requeriría un nivel considerable de tacto. Pero se lo

agradezco, y lo tendré en cuenta. ¿Ha decidido aceptar la invitación del señor Vandergelt de quedarse con él?

Mis rodillas se doblaron cuando pisé la tierra. No se trataba de fatiga, había pisado un guijarro. Su mano fue rápida para estabilizarme.

—Preferiría permanecer en el hotel, si usted y el Profesor no tiene objeción.

—No me opongo —dijo Emerson—. Si necesitas una mano, Amelia, toma la mía.

Sir Edward se apresuró hacia el balde de agua y dije:

—Emerson, debes dejar de acercarte a la gente tan sigilosamente. No solo es grosero, sino también crispante.

—Quería oír lo que él te estaba susurrando al oído tan tiernamente —dijo mi marido.

—No me estaba susurrando y no era tierno. Aunque era interesante. Habría esperado que Gertrude y él quisieran permanecer juntos.

—Estabas equivocada, Peabody. Eso pasa de Pascuas a Ramos.

* * *

Había observado antes que Walter no tenía buen aspecto, pero no lo tomé en serio hasta el comentario preocupado de sir Edward. Incluso yo me había visto afectada negativamente por el vigoroso esfuerzo, el aire viciado y el hedor asqueroso proveniente del fondo de la escalera. Walter tenía mejor aspecto, ¡como todos nosotros!, después de un baño y una muda de ropa, pero cuando nos encontramos para una cena temprana miré más de cerca a mi cuñado y no me complació lo que vi. Pero me abstuve de comentarlo, hasta que Emerson nos informó que pensaba pasar las noches en la tumba de ahí en adelante, y Walter insistió en compartir esa faena con él.

—No desearás estar lejos de... lejos del barco cada noche —dijo él, con cuidado de no mirarme—. Lo haremos por turnos, Radcliffe, como solíamos hacer.

—No veo por qué tenéis que estar allí ninguno de vosotros —dije—. A Abdullah no lo van a engañar una segunda vez y es pura arrogancia y prejuicio suponer que la presencia de un único inglés impedirá lo que cinco egipcios leales no pueden.

Esperé que esto fuera convincente y no tener que expresar mi

creencia de que Walter no estaba como para trabajar, ya que esto solo le volvería más decidido a demostrar que lo estaba. Inconsciente de mi sutil intención, Emerson frustró mi plan anunciando en voz alta que no estaba hablando de ingleses en general, sino de él mismo en particular, y que si alguien dudaba de su efectividad él podría presentar declaración escrita de la mayor parte de los residentes de Egipto.

Así que, al final, me vi obligada a decirle a Walter que él no estaba en condiciones y Walter lo negó lleno de indignación. Le envié directamente a acostarse.

Después de que Emerson se marchara, llevándose el manuscrito que pensaba dejarle a la señorita Marmaduke antes de ir a la tumba, volví al salón. Estaba sola; Nefret y Ramsés estaban en su cuarto con David, supuse que dándole una lección de inglés, o antiguo hebreo, o astronomía, y Evelyn le había llevado una bandeja a Walter. Había pensado distraerme trabajando en mi traducción, pero las palabras no penetraban en mi cabeza y finalmente me rendí, mirando el ascenso de la luna sobre la silueta de los acantilados y traté de no pensar en Emerson.

Yo había dispuesto con Ibrahim, uno de los sobrinos de Abdullah... o primo, era difícil seguir la pista de todos ellos, poner vigilancia a cierta distancia del campamento y que me informase al instante si ocurría algo raro. (No se lo había mencionado a Emerson, él habría hecho comentarios indignados sobre niñeras). Me sentí un poco más tranquila después de hacerlo, pero no mucho. Nuestros enemigos eran astutos y faltos de principios.

La puerta se abrió y Evelyn entró.

—Si estás trabajando no te molestaré —dijo suavemente.

—Eres justo la persona que quería ver —dije, dándome cuenta algo sorprendida de que era cierto—. O al menos...

—Entiendo. No sirve de nada decirte que no te preocupes por él.

—No. Espero que no estés preocupada por Walter. Creo que solo sufre de agotamiento.

—Está dormido —dijo Evelyn con desdén. Se sentó y se arregló la falda. La luz de la lámpara proyectaba una aureola sobre su cabello dorado—. Desearía que hubiera algo que yo pudiera hacer. ¡Ojalá fuera un hombre!

—Bueno, en cuanto a eso, yo no diría que los hombres tienen

todas las ventajas. Pobres criaturas, están singularmente carentes de ciertas cualidades intelectuales.

Los labios apretados de Evelyn se relajaron en una sonrisa.

—Esa no es la visión habitual, Amelia. ¿No se supone que los hombres son regidos por la razón, y las mujeres por la emoción irracional?

—Ah, pero, ¿quién define esas opiniones? ¡Los hombres, querida, los hombres! Solo considera los hechos. Durante semanas he estado intentando convencer a Emerson de que tenga una visión racional de la situación, pero él no reconocerá ni siquiera los hechos, mucho menos llegará a conclusiones lógicas a partir de ellos. Las cuales serían evidentes para cualquier mujer.

—Quizás para mí no —dijo Evelyn con una sonrisa. Ahora parecía más relajada, sus manos estaban sueltas sobre su regazo y sus hombros tensos se habían relajado.

—Eres injusta contigo misma. Por si no lo he mencionado, Evelyn, he llegado a tener un gran respeto por tus capacidades de raciocinio. Estoy segura de que si unimos nuestras cabezas podremos solucionar el problema de quiénes son nuestros enemigos y decidir el mejor método de defensa.

—Mis capacidades, las que sea (y me temo que el afecto te hace valorarlas muy en demasía), están a tu disposición, querida Amelia. Me has dado ya un breve relato de lo que ha acontecido. ¿Quizás estarías dispuesta a repasarlo otra vez con mayor detalle?

En realidad ella no estaba interesada en escuchar mi relato; lo que esperaba era mantener mi mente ocupada de manera que yo no me preocupara por Emerson. No obstante, el mío no había sido un elogio vacío. Me lancé inmediatamente a mi narración, comenzando con la visita del señor Shelmadine. Evelyn escuchó en silencio, y debo decir que fue un placer hablar con alguien que no interrumpía cada treinta segundos.

Cuando terminé, ella cogió una hoja de papel en blanco y seleccionó una pluma.

—Me resulta más fácil retener cosas en mi mente cuando las anoto. ¿Tienes alguna objeción?

—En absoluto. Yo hago lo mismo a veces, aunque he encontrado que mis procesos mentales no se prestan fácilmente a una organización de esa variedad.

—Tus procesos mentales son demasiado complejos —asintió Evelyn con seriedad—. Permíteme ver si puedo resumirlos —apuntó una lista de nombres—. Éstas, si te he entendido bien, son las personas de cuya integridad no estás segura.

—Es un modo delicado de decirlo. Debes añadir otro nombre, Evelyn. Yo también tengo cariño al muchacho, pero no podemos dejarlo completamente libre de sospecha.

—Sí, por supuesto. —Con una mano estable añadió el nombre de David a la lista y tomó otra hoja de papel—. Comencemos con la suposición, lo cual me parece razonable, de que hay dos grupos diferentes de ladrones implicados. ¿Cuál es cuál?

Para cuando terminamos, el papel estaba todo garabateado y tachado.

—Bien —dije dubitativamente—, no puedo decir que mi mente esté algo más clara respecto a esto.

—Pero tenemos un comienzo. —Señaló con la pluma mientras hablaba—. Riccetti es el jefe de este grupo. Shelmadine era su hombre. El anciano horrible de Gurneh, Abd el Hamed, está relacionado con el segundo grupo. ¿Los llamaremos A y B, para una referencia más fácil?

—Los nombres más distintivos son más fáciles a retener —dije —. Déjame ver. Nefret llama a Riccetti «el Hombre Hipopótamo» y tiene, incuestionablemente, un cierto parecido con esa bestia. Supongamos que nos referimos a su banda como los Hipopótamos y al otro grupo como los Chacales.

Evelyn se rió.

—Esos son nombres ciertamente distintivos. Entonces podemos asumir que Abd el Hamed es un Chacal. Su odio hacia el hombre que le lisió las manos debe ser intenso. Y si es así, entonces David... Ay, Amelia, no puedo creer que el muchacho te vaya a traicionar. ¡A ninguno de vosotros!

—Sería un serio error pensar que podemos entender sus motivos —dije sobriamente—. Un miedo antiguo, establecido hace mucho tiempo, puede ser más fuerte que una nueva lealtad. Si David es culpable, está trabajando para Abd el Hamed. ¿Qué hay de los otros?

Evelyn movió la cabeza.

—No veo cómo podríamos asegurarlo. El tratante de

antigüedades en Luxor debe estar implicado, pero podría estar amenazado por cualquiera de los dos grupos; ambos parecen ser igualmente inescrupulosos. Me es difícil imaginar a un caballero como sir Edward acatando ordenes de un hombre como Riccetti.

—He conocido a unos cuantos villanos que eran perfectos caballeros. Y hay europeos, ingleses y americanos metidos hasta el cuello en el juego de las antigüedades ilegales. Déjale en la lista de dudosos. ¿Y la señorita Marmaduke?

—A primera vista es un ejemplo perfecto de un cierto tipo de solterona inglesa —dijo Evelyn pensativa—. ¿Demasiado perfecto, quizás? He tenido varias conversaciones con ella, y no he podido encontrar defecto alguno en su interpretación. Hay solo una cosa que me frena, y es su... ¿no crees que excesivo interés por Nefret?

—Casi como si supiera que algún peligro en particular amenaza a la niña —coincidí con ella, inquieta—. Sí, realmente creo que es excesivo. Ella sugirió más de una vez que Nefret estaría más segura a su cuidado.

—Puede que solo sea supersticiosa e imaginativa. Una mujer sin hijos a veces desarrolla fuertes afectos por los jóvenes a su cuidado. Especialmente por las chicas.

—Ciertamente, Gertrude no ha mostrado ningún fuerte afecto hacia Ramsés —asentí, riéndome y bostezando acto seguido—. Emerson diría que nosotras somos las fantasiosas, Evelyn. Nuestras brillantes deducciones están basadas en pruebas muy tenues.

—Depende de nosotras conseguir pruebas adicionales —dijo Evelyn—. Pero estás cansada, Amelia; ¿podrás irte a dormir ahora?

—Sí. —No era cierto, pero ella también necesitaba descansar y yo sabía que se sentaría conmigo toda la noche si sintiera que yo la necesitaba.

La dejé en la puerta de su cuarto, con un beso y un afectuoso buenas noches, pero después de que aquella puerta se cerrara fui a otra habitación que no era la mía. El sonido de la respiración suave y la visión de una forma pequeña acurrucada bajo las mantas deberían haber sido suficientes, pero no dejé el cuarto hasta que me incliné y me cercioré de que la forma era Nefret.

La conversación con Evelyn había traído una punzante raíz de temor que hasta entonces yo había tratado de negar. Además de la cuestión que ella había mencionado —la preocupación poco natural

de Gertrude—, había otra, el indicio más alarmante de peligro para Nefret. Las excusas de Abd el Hamed habían sido locuaces y razonables, pero permanecía un hecho desagradable: era en el cuarto de Nefret dónde el intruso había entrado y fue a ella a quien habían agarrado sus manos.

Yací mucho tiempo despierta, y no fue solo el miedo por Emerson lo que mantuvo a Morfeo a raya.

* * *

A la mañana siguiente no nos demoramos en el desayuno. Cuando llegamos a la tumba me apresuré inmediatamente a encaramarme a la escalera, cuando entré en la antecámara vi a Emerson sentado en el suelo, con la cabeza doblada y Abdullah inclinado sobre él.

—¿Ahora qué? —pregunté, con una calma admirable.

Emerson alzó la cabeza, mostrando un semblante con un tono más enfermizo que el habitual.

—Buenos días, querida. Espero que durmieras bien.

—¿Estás enfermo? ¿Herido?

Él apartó mis manos y las de Abdullah, y se levantó con toda su antigua energía.

—Unas náuseas pasajeras, nada más. Justo acabo de terminar de retirar la tapa de esa momia y el hedor era horrible.

—¿Tenías que hacerlo? —pregunté.

—Supongo que debería haberte esperado para hacerlo —dijo Emerson suavemente. Los demás se presentaron en la sala y él los saludó de forma distraída mientras continuaba—: De acuerdo, Abdullah, saquemos esa cosa repugnante de aquí. Envía a Daoud o a Ali a que me echen una mano. Podría llevarla yo mismo, pero no quiero sacudirla.

Abdullah se cruzó de brazos y ni se movió.

—Seré tus manos, Emerson.

Emerson se acarició la barbilla y estudió a su *reis* pensativamente. Entonces sonrió y le dio una palmada en el hombro al anciano.

—¿Es cierto? Tú y yo entonces, Abdullah, como hemos hecho tantas veces. Peabody, ¿qué tal si vas en una carrera abajo y dispersas a los lugareños? Una ojeada a un féretro saliendo de aquí y se expandirá el rumor. El resto de vosotros dejad paso libre, solo estaríais estorbando.

—Solo un momento —dije—. Al menos protege tu aparato respiratorio. Deberías haberlo hecho antes. ¿Dónde está tu pañuelo, Emerson?

Era una pregunta tonta. Nunca tiene uno. Mientras él hurgaba en sus bolsillos, Walter sacó el suyo y Emerson se lo ató sobre la boca. Abdullah se enrolló el suyo sobre la parte inferior de la cara, y luego comenzaron a bajar las escaleras. Ambos tuvieron que inclinarse, eran hombres altos y el techo era bajo.

Con la ayuda de mi leal y mágica sombrilla dispersé a los lugareños como se pidió. Tuve que perseguirlos hasta cierta distancia, y cuando volví vi a Emerson en la escalera. Tenía el frontal del féretro sobre el hombro, Abdullah lo mantenía nivelado con sus manos soportando el otro extremo.

Una vez que alcanzaron el suelo se movieron rápidamente y sin vacilar hacia el lugar que Emerson debía haber seleccionado de antemano. Éste era apenas poco más que un hoyo, la entrada a una tumba medio obstruida con escombros. Había el espacio justo para el féretro.

Los hombres que miraban se apartaron un tanto alarmados de su camino. Nefret, que estaba de pie junto a mí, dijo suavemente:

—Es eso lo que el Profesor quiso decir, tía Amelia, cuando dijo «¿es cierto?» ¿Y por qué Abdullah insistió en ayudarle?

—En parte era el orgullo de Abdullah lo que estaba en juego, Nefret. Odia admitir que se está haciendo viejo. Pero temo que tengas razón, algunos hombres podrían haberse opuesto, o incluso haberse negado a tocar esa cosa. Ay querida, espero que no vayamos a tener otro problema a cuenta de las maldiciones, verdaderamente es un fastidio.

—Eso le daría a Radcliffe la posibilidad de realizar uno de sus famosos exorcismos —dijo Walter. Una noche de descanso le había hecho bien, una diversión nostálgica empalidecía su cara—. Discúlpenme, señoras, iré y les ayudaré a cubrir el hoyo. Mejor hacer el trabajo uno mismo que arriesgarse a una negativa rotunda por parte de los hombres.

Ramsés ya estaba con su padre, ayudando a él y a Abdullah a verter arena sobre el féretro. Al poco rato Selim se les unió, fanfarroneando y sonriendo desdeñosamente a los otros hombres. Ellos no podían ser menos, cuando todos estuvieron en el trabajo,

Emerson y Walter volvieron con nosotros. Por lo visto habían estado discutiendo, puesto que la cara de Walter estaba encendida y le oí decir:

—De ninguna manera voy a permitirlo, Radcliffe.

—¿Permitir? —Repitió Emerson—. No sé como la has mantenido bajo control todos estos años, Walter, nunca he sido capaz de saberlo, pero me temo que tu tiranía doméstica está acabada. Podríamos ponerlo a prueba. Le diré lo que quiero que se haga y tú le prohibirás hacerlo, y luego veremos lo que pasa, ¿eh?

—¿Cuál es la desavenencia, señores? —pregunté.

—Necesito un dibujo detallado del área antes de que demolamos la entrada. —Esa era la respuesta que yo había esperado—. Incluso con los reflectores puede que no haya luz suficiente para una fotografía y... ¿dónde diablos está sir Edward? debería estar ya aquí.

—Mira, Radcliffe —comenzó Walter.

—Maldita sea, Walter, ¿dejarás de provocarme? Después de todo —añadió Emerson con voz herida—, fui lo bastante considerado como para abstenerme de pedirle hacer el esbozo mientras esa cosa repulsiva todavía estaba in situ, aunque ese hubiera sido el procedimiento apropiado.

Se alejó con paso resuelto sin darle tiempo a Walter para contestar. Le acaricié al brazo.

—Tu preocupación es innecesaria, Walter.

—Humm —dijo Walter, sonando asombrosamente a su hermano.

Evelyn prontamente estuvo de acuerdo con la petición de Emerson, por supuesto; de hecho, parecía encantada de ser consultada. Había estado sentada con David, mirándolo mientras él trabajaba en la cabeza esculpida. Me demoré demasiado en alabarle, porque realmente era una cosa por completo encantadora. Él no contestó excepto con una larga mirada sostenida y sentí sus ojos sobre mí cuando me alejé.

Los demás ya estaban en el trabajo cuando bajé los escalones. La extracción del féretro había dejado expuestos, tras de sí, varios objetos dispersos al azar en el suelo. Evelyn estaba haciendo un esbozo rápido de sus posiciones relativas mientras Nefret anotaba los números y descripciones que Emerson dictaba.

—Ofrendas de alimentos —dijo Ramsés, antes de que yo pudiera

preguntar—. Vasijas de aceite y vino, la mayor parte de ellos rotos, un anca de carne momificada.

—¿Para nuestra momia?

—No le habrían sido de mucha utilidad —dijo Emerson, sin alzar la vista—. Cuatro centímetros y medio, Nefret. Un espíritu anónimo no podía participar de las ofrendas. Y cinco centímetros de ancho.

Al oír pasos en la escalera del exterior, volví a la antecámara. El recién llegado era sir Edward, cámara en mano.

—Me he quedado dormido, *mea culpa*, señora Emerson, lo confieso. Estuve levantado hasta bastante tarde revelando las placas. Y luego la balsa encalló en un banco de arena.

—Siempre es así cuando uno tiene prisa —dije—. No importa, Sir Edward, Emerson está haciendo dibujos.

—Realmente lo siento mucho —comenzó el joven, y luego se interrumpió, mirando más allá de mí, a los escalones descendentes —. ¿Ya está fuera el féretro? Han tenido un trabajo duro.

Yo había creído que Emerson estaría demasiado preocupado como para notar mi ausencia, pero me equivoqué.

—¡Peabody! —gritó él—. Trae algunas de aquellas cestas, y hazlo rápido.

Sir Edward cortésmente me las cogió.

—Encantador —dijo con una sonrisa—. Que él use su apellido de soltera, quiero decir.

—Es empleado como un término de aprobación —expliqué—. Un signo de igualdad profesional y respeto.

—Así lo supuse. Por favor permítame que la preceda, los escalones son muy desiguales.

Emerson tomó las cestas de sir Edward sin alzar la vista.

—Habrá que hacer esto, Evelyn —gruñó—. ¡Maldición! ¡Nunca me perdonaré esto! Ramsés, ¿has terminado de numerar los objetos?

—Es lo único que se puede hacer, Emerson —dije en tono consolador.

—Humm. —Rápidamente, pero con la delicadeza de toque que marcaba todas sus acciones, comenzó a levantar y depositar los objetos en las cestas.

Entonces llegó el momento que todos habíamos estado

esperando. En silencio Abdullah le dio el cincel y el martillo a Emerson. En silencio Emerson nos hizo gestos para que retrocediéramos.

El antiguo enyesado se derrumbó y cayó fragmentado al suelo bajo sus golpes precisos y continuos. Por fin le pasó los instrumentos a Abdullah, que colocó una palanca en la mano extendida de Emerson. Emerson la insertó en la grieta y ejerció presión. Bajo su camisa empapada de sudor los músculos de la espalda se flexionaban y tensaban.

Un escalofriante gemido chirriante, como la protesta de un animal dolorido, fue la primera indicación de éxito. Hasta que no vi una sombra a lo largo del borde del bloque, no pude decir que se había movido. Despacio la sombra se alargó. Emerson cambió su sujeción y habló por primera vez:

—Treinta centímetros. Está listo, Abdullah.

Las manos del *reis* estaban ya bajo el borde delantero del bloque. Sir Edward me apartó con gentileza de su camino. No dijo nada cuando se deslizó por delante de mí; sus ojos tenían un brillo salvaje. Cayendo de rodillas, puso ambas manos bajo la piedra.

—Maldito tonto —dijo Emerson claramente—. No trate de sostenerla, deje que la parte de atrás se deslice hacia abajo y luego saque los dedos de debajo. Cuando diga la palabra... ¡Ahora!

La piedra cayó. Abdullah era más lento que el hombre más joven, pero sabía exactamente lo que se hacía. Fue su habilidad la que permitió que el borde trasero del bloque golpeara el suelo primero, de modo que hubiera tiempo para que sir Edward retirara sus manos. El bloque se instaló en el suelo con un ruido sordo.

—Estúpida cosa —se quejó Emerson, añadiendo en aras de la justicia—: También es culpa mía. Si yo no tuviera esta puñetera prisa... Te pido perdón, Peabody; solo dame una vela, ¿quieres?

Yo apenas había prestado atención a sus palabras malsonantes. Éste era el momento. Por primera vez, adivina en cuántos siglos, la luz entraría en la oscuridad eterna de la tumba y los ojos del profano violarían los restos de los muertos reales. ¿O lo habrían hecho ya? ¿Veríamos el brillo de ornamentos dorados, la forma maciza de un sarcófago intacto... o solo envolturas y trozos rotos de huesos dispersos? La llama vaciló cuando le di la vela, y una lágrima enturbió mi visión. Él me había convocado, de entre todos

aquellos que estaban ahí cerca, de modo que pudiera ser la primera en compartir ese momento con él.

Metió el brazo. La llama vaciló, ardió azul y se apagó. Pero antes de que muriera vi lo que nunca me habría atrevido a esperar: un derrumbe caótico de madera podrida y piedra caída, sí; pero la breve luz había encendido un centenar de chispas doradas y surgiendo por encima de la basura había un rectángulo sólido de piedra; un sarcófago, con su tapa maciza todavía en su lugar.

* * *

Era un grupo serio el que se agrupó junto a las cestas de picnic. Uno habría supuesto, viendo nuestras caras sombrías, que habíamos encontrado una cámara saqueada y vacía en vez de un descubrimiento que resonaría en los corredores de la historia de la egiptología. La magnitud del hallazgo y la enorme responsabilidad del mismo pesaban sobre todos nosotros; sobre todo sobre Emerson, que se sentó con la cara entre sus manos y la cabeza agachada. Tras distribuir el té y los sándwiches a los demás, lo toqué en el hombro.

—¿Queso o pepino, Emerson?

Él bajó las manos. Su cara estaba ojerosa.

—No puedo hacerlo, Peabody.

—Lo sé, querido —dije compasivamente—. No supuse que podrías.

—Esto es arriesgado. —Me agarró las manos y las apretó. De haber sido un momento menos cargado de emoción yo habría gritado—. Cuanto más tardamos en retirar los objetos, sobre todo la momia, mayor es la posibilidad de ataque. Si acabaras herida por mi fanática fijación en los procedimientos profesionales...

Su voz se quebró y me miró a los ojos fijamente.

Podríamos haber estado solos, «nadie escuchando, nadie mirando» por citar una antigua fuente egipcia. Mi corazón se hinchó. El peligro para los demás era igualmente grande, pero era mi peligro lo que le hacía vacilar, yo quien tenía preferencia en sus pensamientos. Hubo muchos momentos conmovedores en nuestro matrimonio, pero ninguno tan conmovedor como éste. Elegí mis palabras con cuidado:

—¡Por Dios, Emerson, qué alboroto estás haciendo por nada! Si hubieras violado *nuestras* pautas profesionales me habría visto obligada a hablarte severamente. Ahora ve y anúnciale a Abdullah

el cambio del plan.

Emerson echó los hombros hacia atrás y soltó el aliento lentamente. Sus ojos ardían y tenía los labios firmes curvados; su cara era la del joven y apasionado erudito que había ganado mi corazón y mi lealtad incondicional allá, en la necrópolis de Amarna. Dándoles a mis manos un mortificante apretón final, las liberó y se puso de pie con ímpetu.

—Llevas razón, Peabody. Guárdame unos cuantos sándwiches, ¿quieres?

Me froté los dedos entumecidos y miré a mis compañeros. El interés con el cual habían seguido la conversación era evidente por sus expresiones. En su mayor parte, la aprobación y el entendimiento marcaban aquellas caras, pero una sombra ensombrecía el ceño de Walter y sir Edward estaba claramente mirando.

Éste fue el primero en hablar:

—Le ruego me disculpe, señora Emerson, pero me temo que no capto la idea de ese cambio. A menos que se trate de asuntos personales, los cuales usted prefiera no discu...

—Mi esposo y yo no tenemos el hábito de discutir asuntos personales en público, Sir Edward. —Suavicé la reprobación aparente con una sonrisa amistosa y una explicación—: Habíamos decidido despejar la tumba tan pronto como fuera posible, antes de que los ladrones pudieran llegar a ella. Habría sido un trabajo relativamente sencillo si esta tumba hubiera sido más parecida a las demás, vacías excepto por una miscelánea de pequeños objetos. Pero ahora... Los escombros que vio, Sir Edward, son los restos de los enseres originales de la tumba de una reina. Algunos eran de madera, que se ha podrido y deshecho, derramando su contenido en una maraña. Parte del techo parece haberse derrumbado, aplastando otros objetos. Si usamos las palas y lo metemos todo junto en cestas, cualquier esperanza de restaurar los diseños originales estará perdida. Y este descubrimiento es único; la primera, quizás la única tumba real que contiene al menos algunos de sus enseres originales. Sería un crimen contra la investigación egiptológica pasar por alto la más leve pista. Los procedimientos apropiados requerirán no días, sino meses, quizás años.

—Sí, ya veo. He oído hablar de los meticulosos procedimientos

del Profesor. —Pero todavía tenía el ceño fruncido.

—Sea franco, Sir Edward —le insté—. Si no lo comprende totalmente, haga preguntas y yo se las aclararé.

—Bien, entonces, señora, ya que me lo permite, seré franco. ¿Qué es lo que le preocupa al Profesor? Sé que los ladrones locales robarían cualquier cosa que les cayera en las manos, pero no tiene miedo de un variopinto montón de árabes descalzos, ¿verdad?

Un revuelo de indignación compartida recorrió a los otros. Con los ojos centelleantes, Walter se puso en pie impetuosamente, y Ramsés comenzó a decir:

—La palabra «miedo», señor, en relación con mi padre...

—Ya, ya —dije, haciendo gestos con las manos para que Walter volviera su silla—. Creo que la pregunta no trataba de ser un insulto, sino una expresión de incredulidad. Mi esposo, Sir Edward, es absolutamente intrépido en sí mismo. Con lo que estamos tratando aquí, no es con un variopinto montón de árabes descalzos, sino con al menos dos bandas de criminales despiadados y bien organizados.

Sir Edward me miraba fijamente otra vez. Continué con la explicación (tal como el Lector puede haberse dado cuenta, me había decantado por una nueva estrategia, cuyos detalles se harán evidentes mientras prosigo). La expresión estupefacta del joven dejó traslucir alguna evidencia de inteligencia cuando mencioné a Riccetti.

—He oído hablar del tipo —confesó él—. Y algunas historias desagradables sobre él. Si es uno de los implicados...

—Lo es. Dejemos el tema —añadí, ya que vi que Emerson regresaba.

Sir Edward asintió con la cabeza. Solo hubo tiempo para que dijera:

—Cuente conmigo, señora Emerson. Para lo que sea y cuando sea.

Emerson era de nuevo su alegre, entusiasta y autocrático antiguo yo. Comenzó a recitar a toda prisa instrucciones.

—Quiero cien fotografías de aquella sala antes de que toquemos un solo escombro. No, no he revocado mi prohibición respecto a la iluminación artificial, usaremos reflectores. Los he manejado antes en circunstancias casi tan difíciles. Tendremos que subirlo a usted y

a su equipo sobre la tapa del sarcófago, Sir Edward. Vuelva a Luxor inmediatamente y traiga más placas, apenas tiene suficientes. Y más reflectores.

—Déjale terminar su almuerzo, Emerson —dije—. No hay ninguna necesidad de tanta prisa.

—Gracias, señora Emerson, pero he terminado. —Sir Edward se levantó—. Discúlpeme, señor, mas si puedo preguntar... pensaba que no quería que nadie anduviera dando vueltas por la sala. No veo como puedo ir hasta el sarcófago sin abrirme paso entre los escombros.

Emerson le estudió pensativamente.

—¿Qué tal es usted con el trapecio?

—Solo está haciendo una de sus bromas —expliqué al sorprendido joven.

—Pues había considerado la posibilidad —dijo Emerson tranquilamente—. Sin embargo, creo que podemos colocar una rampa desde la entrada hasta la parte superior del sarcófago. Tendrá que tener cuidado, Sir Edward, si resbala y cae sobre mis antigüedades, lo mataré.

—Sí, señor. Volveré tan pronto como sea posible, Profesor.

Emerson, devorando sándwiches de pepino, lo despidió con la mano. Evelyn, que había estado mirando a la figura solitaria sentada a la sombra con las piernas cruzadas, dijo:

—Le llevaré a David su almuerzo y me sentaré con él un rato.

—Tráelo aquí —dijo Emerson.

—Pero dijiste... —comenzó Ramsés.

—Ya no hay esperanza de mantener esto en secreto —dijo Emerson—. Si hubiéramos seguido el plan original, podríamos haber sido capaces de guardarlo en secreto durante un día más o menos, pero nuestras próximas actividades serán incuestionablemente evidentes. Le contaré yo mismo al muchacho tanto como deba.

Ramsés se puso en pie de un salto.

—Iré a por él, tía Evelyn.

Debo reconocerle a Emerson más astucia de la que esperaba de él. Expuso el caso a David de tal modo que le daba a entender que él era uno de los pocos elegidos honrado con nuestra confianza. Su perorata, aunque algo florida, fue una obra maestra de retórica

persuasiva.

—Todavía hay peligro, para ti y para nosotros. No tengas miedo, te protegeré como haría con mi hijo. Y tú cuidarás de él, tu hermano y tu amigo. ¿No es así?

David movió su mano en un gesto curioso, no pude distinguir si se estaba santiguando según el uso cristiano o realizaba el clásico saludo árabe. Él habló en inglés:

—Así es, Padre de las Maldiciones.

—Bien —dijo Emerson en la misma lengua. Se puso de pie, con las manos en las caderas nos examinó uno a uno y sonrió—. Vamos a ello, entonces.

# Capítulo 12

***"Es mejor tener a un demonio como amigo que como enemigo".***

—Obviamente —le dije a Evelyn—, debemos tomar medidas de inmediato para dejar a nuestros enemigos impotentes.

Las sombras de la noche se extendían por el terreno mientras cabalgábamos una al lado de la otra hacia el *Amelia*. Detrás de nosotras quedaban las colinas y la llanura desértica; por delante y a los lados, campos de cebada y caña de azúcar brillaban en verde como esmeraldas bajo la luz dorada.

—No sé lo que tienes en mente, Amelia —dijo Evelyn, dirigiéndome una mirada aprensiva—. Pero seguramente atacar no solo es peligroso, sino innecesario. Si nuestras defensas son lo bastante fuertes...

—Imposible, querida. Un regimiento armado en la tumba y otro protegiendo el barco no serían suficientes.

—Desearía que los tuviésemos, no obstante.

—Y yo —confesé—. Una abundancia de defensores fiables ciertamente mitigaría el peligro. Nuestros valientes hombres son completamente de fiar y nos defenderían a muerte, pero solo hay los justos para proteger la tumba. Los guardas empleados por el Servicio de Antigüedades son peor que inútiles; la mayor parte de ellos son tipos locales que igualmente robarían la tumba ellos mismos. Pero sabes tan bien como yo que si el talento local, como Emerson lo llama, fuera nuestra única preocupación, yo dormiría tan profundamente como un bebé. Conozco a la mayoría de los bribones personalmente; son deshonestos, avariciosos y poco de fiar, pero no creo que ninguno de ellos sea capaz de asesinar a sangre fría. Riccetti *ha asesinado*... y algo peor.

Evelyn tembló.

—Son los niños los que deben ser protegidos.

—Mi querida muchacha, he estado intentando durante casi trece años mantener a Ramsés apartado de los problemas; no es cuestión de protegerlo, es cuestión de impedirle localizar a un león en cuya boca pueda meter la cabeza. Nefret es casi tan mala como él —añadí amargamente—. Preví dificultades con ella, pero nunca esperé que tomaran esta forma. Están en constante competencia, cada uno tratando de superar al otro. No, Evelyn, la defensa está muy bien, pero no funcionará en lo que concierne a esos dos. ¡Debemos encontrar a nuestros enemigos! ¡Y debemos dejarlos incapacitados!

* * *

Me sentí algo desconcertada al enterarme de que Walter había llegado a la misma conclusión. No era propio de él recomendar una acción directa, al menos no para el cortés estudioso en que se había convertido, y yo había tenido la intención de mantenerlo apartado del peligro. Pensé que sabía por qué se había vuelto tan belicoso, y dirigí una silenciosa maldición a Emerson por negarse a permitir que Walter compartiera su vigilia en la tumba. Si Walter hubiera obtenido permiso para participar en ese peligroso deber, no se habría sentido obligado a probar su virilidad. (La mayoría de hombres parecen pensar que la mejor manera de demostrarla es pegándole a alguien.)

Pero no podía pensar en Emerson con severidad; no había un rincón en mi corazón para cualquier emoción que no fuera la tierna preocupación por mi esposo ausente. Se había negado incluso a regresar a la *dahabiyya* con nosotros.

—Esta noche es el momento de máximo peligro, Peabody.

—¡Ya has dicho eso antes, Emerson! ¿Y qué hay de mañana por la noche y todas las noches que la seguirán?

—Pensaré en algo —dijo vagamente Emerson. Entonces sus labios se curvaron en una sonrisa y sus ojos azules brillaron con una mirada que conocía bien—. No supondrás que prescindiré de tu... eh... compañía indefinidamente, ¿no? Te pediría que te quedaras conmigo esta noche si tu presencia a bordo no fuera absolutamente vital.

Quedarme con él... y con Abdullah, Daoud y otros seis individuos con una marcada tendencia a la curiosidad no era una

perspectiva que resultase muy atractiva, excepto por la oportunidad de ser de ayuda para proteger a Emerson. Pero eso significaría abandonar a otros más necesitados de mi cautela. Él tenía razón; el deber me llamaba, con un grado de renuencia que no puedo expresar, fuera de su lado.

La responsabilidad era aterradora. Me hizo darme cuenta de que mis seres queridos parecían ser particularmente vulnerables esa noche: Ramsés y Nefret, vibrantes con el coraje temerario de la juventud; Evelyn, exquisita y frágil como una muchacha con su vestido de tarde con volantes; Walter, algo perdida la silueta y suavizado por años de estudio, ajustando nerviosamente sus anteojos. Y, claro está, la gata *Bastet*, que esta vez había elegido el regazo de Ramsés. De hecho, estaba menos preocupada por la gata que por los demás. Ella tenía más sentido común que cualquiera de los niños. Igual que *Anubis*, que se había ido con Emerson.

David formaba parte de nuestro grupo aunque no a propósito, pensé. Se había retirado a una esquina, donde estaba sentado con las piernas cruzadas tallando un trocito de piedra. No era la cabeza de Nefret, sino una pieza más pequeña, más plana, que parecía adoptar los contornos de la figura de un *ushabti*. Supuse que la estaba haciendo para conservar sus manos ocupadas, como una mujer podría bordar o coser.

Durante la cena habíamos hablado solo de temas arqueológicos. No fue hasta después de que los platos fueron retirados, que Walter introdujo bruscamente otro asunto.

—¿Por qué no me dijisteis Radcliffe y tú que habíais visto y hablado con Riccetti? —exigió.

—Hablas de él como si lo conocieras —repliqué, esperando no tener que inventar una excusa.

—Me lo encontré en una ocasión. Fue hace muchos años, pero las historias que se contaban de él le atribuían un carácter que no es fácil de olvidar. Maldita sea, Amelia, no tienes derecho a mantenerme fuera de esto. Si hubiera sabido que él había vuelto al negocio...

—Habrías tratado de enviarme a casa —interrumpió Evelyn.

—No te habría permitido venir, en primer lugar.

—¿Permitido? —Su tono de voz debería haberle advertido que desistiera. Como era un hombre, comenzó a perder los estribos.

—No sabes de lo que es capaz un bellaco como Riccetti. No estás acostumbrada a la violencia.

La voz de ella se alzó:

—Pareces haber olvidado las circunstancias en que nos conocimos.

La amonestación era justa. Naturalmente esto enfureció a Walter aún más:

—Supongo que piensas que puedes defenderte tú sola, y a mí, con esa sombrilla absurda que has estado escondiendo todos estos años. Sabía que la tenías, ¿sabes? No vi ninguna razón para oponerme, si te complacía jugar a ser una heroína...

—Oh, queridos —dije—. Por favor, Walter, Evelyn, delante de los niños no.

Ambos estaban demasiado enojados para prestarme atención. Evelyn se había levantado. Los volantes de su pecho temblaban debido a la rapidez de su respiración.

—¿Que no te opusiste? Qué amable y generoso por tu parte. Consentirme mis juguetes, como si fuera una niña...

—¡Te comportas como una niña! —gritó Walter—. Negando tus responsabilidades...

—¿Y qué hay de tus responsabilidades?

Decidí que la riña ya había ido lo suficientemente lejos. Probablemente era un ejercicio excelente para unas personas que estaban demasiado acostumbradas a mantener sus sentimientos estrechamente controlados, pero Nefret y Ramsés no necesitaban lecciones de malos modales, y David se había arrastrado más cerca, con su cuchillo-cincel en la mano. No me gustó la forma en que miraba a Walter.

—¡Basta! —grité—. Ya está bien. Disculpaos el uno con el otro de inmediato. Y —añadí— deberías pedirme perdón también a mí, Walter, por tu comentario peyorativo acerca de la sombrilla.

Como había planeado, mi pequeño toque de humor rompió la tensión. Las disculpas que había exigido fueron dadas (aunque, debo decir, no con mucha convicción). Evelyn volvió a sentarse y Walter me miró con una sonrisa pesarosa.

—Perdóname, querida Amelia.

—Disculpado. Todos sufrimos los efectos de la excitación y la tensión nerviosa. En lugar de regodearnos en recriminaciones y

preguntas inútiles, ¿no haríamos mejor en discutir cómo tratar con nuestros diversos adversarios?

Walter dijo con vacilación:

—Nunca cuestionaría tus habilidades como detective, Amelia, pero ¿qué te hace estar tan segura de que Riccetti no es nuestro único enemigo? No veo ninguna prueba de una segunda banda de villanos.

Dediqué a Evelyn media sonrisa ladeada. La declaración de Walter era un ejemplo perfecto de esa falta de lógica masculina que habíamos discutido la noche previa. Dije lenta y pacientemente:

—El señor Shelmadine fue asesinado, Walter. Te aseguro que yo no lo hice y en realidad no sospecho de Emerson tampoco.

—¿Cómo sabes que fue asesinado? —replicó Walter— ¿Le hicieron la autopsia?

Nefret se mostró como una alumna admirable, comentando interesada:

—Supongo que no pudieron hacérsela, tío Walter. Después de estar en el agua tanto tiempo, el cuerpo probablemente se cayera a pedazos y estaría roído por peces y langostas.

—No hay langostas en el Nilo —dijo Ramsés, con una voz peculiar. Se cubrió la boca con la mano.

—Eso no importa —dije, antes de que Nefret pudiera desaprobar su risa—. Santo cielo, Walter, el señor Shelmadine sucumbió a un ataque, Emerson fue golpeado hasta quedar inconsciente, Shelmadine desapareció y, dos semanas más tarde, su cuerpo es sacado del Nilo. A menos que creas que Shelmadine fingiera su ataque para acabar con un hombre con quien había conversado cordialmente medio minuto antes y luego saliera precipitadamente del hotel, sin ser visto por los *sufrayi*, y saltara al Nilo, no veo cómo puedes obviar la inevitable conclusión de que una segunda banda fue la responsable de su caída y desaparición. Por lo que respecta al mismo Shelmadine, espero que no seas tan ingenuo como para suponer que se acercó a nosotros por puro altruismo, para compartir un secreto de oro con nosotros. ¡No! Tuvo un motivo oculto, todo el mundo lo tiene, y no fue altruista.

Walter abrió la boca.

—Es más —proseguí—, había dos grupos de hombres en la tumba esa primera noche. El mismo Emerson dijo que un grupo

expulsó al otro a punta de pistola. Ahora presta atención, Walter, admito que la parte que sigue es un poco complicada. El único miembro del segundo grupo —los que no van con Riccetti— que podemos identificar con seguridad es Abd el Hamed.

—¿Con seguridad? —repitió Walter. Sonaba bastante aturdido.

—Seguramente no necesito recapitular los pasos de lógica deductiva que me han conducido a esa conclusión, ¿no?

—No, creo que preferiría que no lo hicieras, Amelia. Esto... ¿no te importará si le hago a David algunas preguntas?

Miré a mi alrededor buscando al niño. No había regresado a su anterior lugar, sino que estaba sentado con las piernas cruzadas junto a la silla de Evelyn. O bien sabía más inglés de lo que había admitido, o lo había aprendido rápidamente, porque entendió lo que había dicho Walter. Contempló a Evelyn. La mano de ella descansó por un momento sobre la negra cabeza rizada, y dijo:

—Todo va bien, David. Contéstale, si quieres, por favor.

—Humm —dijo Walter—. Bien, entonces, David, ¿quién fue el hombre que lastimó las manos de tu amo?

David no había esperado esa pregunta, para ser honesta, era algo que yo no había pensado en preguntar, pero la contestó fácilmente:

—Fue antes de que yo llegara, señor. Pero dicen que él roba... robaba para el *Mudir*.

—¿*Mudir*? —Repitió Walter— ¿el gobernador de la Provincia?

—No, señor. El gobernador de las antigüedades.

—¿Sabes su nombre?

—No, señor. Era un gran hombre, los vendedores de antigüedades de Luxor le tenían miedo.

—Riccetti —dije con firmeza.

—Eso parece. —Walter se ajustó los anteojos— ¿Ese hombre, ese *Mudir*, ha vuelto, David?

—Ellos dicen que sí.

—¿Qué *ellos*?

—No lo confundas, Walter —interrumpí—. Está aprendiendo la gramática correcta. ¿Quiénes *son* ellos, David?

Hacer la pregunta con otras palabras no disminuyó la confusión del niño. Hizo un gesto.

—Los hombres. Todos los hombres del pueblo. Y Abd el Hamed

dice... —miró a Evelyn—. No voy a decir esas palabras. No es educado.

—¿Abd el Hamed lo maldijo? —Walter fue incapaz de reprimir una sonrisa.

—Lo maldijo. —David asintió con la cabeza vigorosamente.

—Bien —dijo Walter—. Eres una gran ayuda, David. ¿Viste alguna vez a ese *Mudir*? ¿Vino al pueblo o a la casa de Abd el Hamed?

—No señor.

—¿Fue algún hombre extraño a la casa para hablar en privado con Abd el Hamed, o a comprar antigüedades? ¿Un hombre extranjero?

David vaciló.

—Unos extranjeros, sí. El señor reverendo de Luxor, el inglés gordo del museo, el hombre del Cairo que se llevó las momias reales.

A pesar de su limitado vocabulario inglés, había descrito a los individuos en cuestión con la suficiente exactitud como para su identificación.

—Chauncey Murch, Budge y Emile Brugsch —dijimos—. Todos trafican, más o menos abiertamente, con antigüedades. Hmm. No supondrás que el señor Budge...

—No —dijo Walter. Su voz estaba algo alterada, por la cólera supuse—. Amelia, tú y Radcliffe realmente debéis dejar de sospechar del señor Budge por cada crimen del calendario. Desde luego carece de escrúpulos en sus métodos para adquirir antigüedades, pero ni siquiera tú puedes suponer que un oficial del Museo Británico recurriría al asesinato y al asalto.

—No supongo eso —dije con pesar—. Es inglés, después de todo.

—Bien —dijo Walter—. David, no te pregunto por aquellos hombres que son conocidos y que fueron abiertamente a comprarle a tu amo. ¿Hubo algún hombre que fuera en secreto, con el rostro oculto?

Después de un momento, el niño negó con la cabeza.

—Si fuera en secreto, se aseguraría de que nadie le viera —dije con impaciencia—. La prueba negativa no es concluyente, Walter.

—Por supuesto. No niego la... eh... lógica de tu razonamiento, Amelia querida, pero puesto que no tenemos la más remota idea de

quién es ese individuo, creo que deberíamos concentrar nuestros esfuerzos en Riccetti.

—Está bastante claro, Walter. ¿Qué sugieres?

—Solo hay una forma de tratar con un perro como Riccetti —dijo Walter, con un chasquido de sus dientes.

—Bien, no sería contraria a utilizar... esto... métodos moralmente dudosos. El problema es, Walter, que no sé cómo encontrarlo.

—Te reuniste con él en el Luxor.

—No es un huésped.

—¿Cómo lo sabes?

—Pregunté hace dos días, cuando cenamos en el hotel con Cyrus —dije serenamente—. Me llevó solo un momento.

—De uno de los otros hoteles, entonces.

—El Luxor es el mejor. Habría supuesto que un hombre tan amante del lujo como Riccetti no se conformaría con menos. Podríamos indagar, de todas formas.

—Lo haré mañana —dijo Walter.

La sola idea hizo que se me helara la sangre. ¿Walter, el pobre e inocente Walter, solo en Luxor, haciendo averiguaciones cuyo éxito podría conducir a ser raptado o asesinado?

—No —dije rápidamente—. Tu experiencia será necesaria en la tumba, Walter. Emerson no puede prescindir de ti. Yo lo haré... eh... enviaré a uno de los hombres.

Vacilé porque en ese mismo momento se me había ocurrido una idea particularmente inteligente. Quise considerar la idea antes de proponerla, puesto que he descubierto que las ideas particularmente inteligentes no siempre se mantienen firmes bajo un escrutinio detallado.

Encontré la ocasión más tarde —mientras le daba a mi cabello sus cien pasadas de cepillo— para examinarla con atención. Había traído a Nefret a pasar esa noche en mi cuarto, ella no había dado muestras de estar nerviosa, pero yo sí lo estaba, solo un poco, por ella. Le había dado permiso para leer durante un rato, y podía ver su reflejo en el espejo, su cara absorta mientras volvía las páginas. (El libro, recuerdo, era *Cumbres Borrascosas*. Algunos podrían considerarlo una lectura poco relajante para la hora de acostarse, pero pensé que una chica que podía discutir serenamente sobre la

descomposición de un cadáver, probablemente no era de naturaleza nerviosa).

Después de la obligada deliberación, decidí que mi idea era buena. El único problema era persuadir a Emerson para aceptarla.

Estaba equivocada. Hubo otro problema, que no se me ocurrió hasta que fue demasiado tarde. La pura brillantez de la inspiración concentró mi atención de tal forma, que dejé de anticipar lo que podría devenir de una frase casual. Fue ciertamente un error, estuvo cerca de ser un error fatal.

* * *

Cuando llegamos a la tumba a la mañana siguiente, Emerson estaba construyendo una valla y maldiciendo un montón, porque odia desperdiciar el tiempo que podía ser empleado en la excavación. La tarea era necesaria. Incluso a una hora tan temprana, había una multitud de mirones. Se había corrido la voz. Nunca descubrimos cómo; la velocidad a la que se propaga la murmuración en las sociedades reducidas parece a veces estar al borde de la magia. A menudo lo había observado en mi propio hogar. Los sirvientes siempre lo sabían todo, a veces antes de que yo misma lo supiera.

Cuando digo que Emerson construía una valla, quiero decir exactamente eso, a diferencia de otros supervisores que reclaman el crédito por las acciones de otros, él realmente estaba acarreando estacas. Entregándole el martillo a Ibrahim, se apresuró a saludarme.

—¿Todo va bien, Peabody?

—Sí, querido. ¿Y aquí?

—Nada más que una piedra arrojada. Muy molesto —añadió con un semblante ceñudo.

La luz del sol naciente se reflejaba en sus negros rizos y resaltaba su espléndida silueta. Aunque sus abluciones habían tenido lugar en un cubo de agua del Nilo y no había tenido más que unas pocas horas de sueño, parecía fresco como un joven con la mitad de su edad. Yo sabía lo que tenía en mente; ansiaba enfrentarse con nuestros enemigos y esperaba que las noticias de nuestro descubrimiento los condujesen hasta aquí, lejos de aquellos a quienes amaba.

—¿Has comido, Emerson? —Pregunté.

—¿Comido? ¿Qué?

—Eso pensaba. Te traje el desayuno; ven y compártelo. No puedes empezar el trabajo hasta que llegue sir Edward. Tengo un pequeño plan que quiero proponer.

Eso captó su atención.

—¿Qué plan? Bien, mira, Peabody...

—No tuvimos tiempo para discutir todas las combinaciones anoche. —Enlacé mi brazo con el suyo y lo conduje hacia el refugio, donde los demás estaban esperando—. Si mantener el secreto es imposible, nuestra segunda opción es darle la mayor publicidad posible.

—¿Otro de tus aforismos, Peabody? —La diversión iluminó los ojos azules, bajo sus cejas descendidas. Después de saludar a los demás, condescendió a tomar una silla y una taza de té.

—Muy bien, Peabody, ya estoy preparado y dispuesto. Propón tu plan.

—Las noticias se han extendido —dije—. Si no se han propagado ya hasta Luxor, pronto lo harán, y luego estarán de camino hacia El Cairo. Debemos enviar la notificación oficial a monsieur Maspero.

—Que me maldigan si lo hago —gruñó Emerson—. Vendrá como una liebre hasta aquí e insistirá en abrir el sarcófago. No voy a tenerlo pisoteando mis escombros.

—¿Preferirías que se entere por cualquier otro? Porque seguro que lo hará y entonces tendría fundamentos para el resentimiento.

—Pensábamos construir plataformas y rampas elevadas —dijo Ramsés.

Emerson se volvió hacia su hijo con un ceño horrible.

—¿Lo bastante robustas como para soportar el peso de Maspero?

—Eso es grosero, Emerson —dije, mientras Walter reprimía una risa detrás de su mano—. Y, si me perdonas, irrelevante. Si no podemos impedir que las noticias se propaguen, al menos podemos controlarlas... y hacer buen uso de los amigos leales quienes ahora pueden ser depositarios de nuestra confianza.

—¿A quién tenías en mente? —inquirió Emerson con suspicacia.

—Cyrus, por supuesto, y su nuevo asistente; Howard Carter...

—Si pronuncias el nombre de cierto periodista pelirrojo, Amelia, puedo perder los estribos.

—Solo sugiero, Emerson, que me dejes este aspecto del problema a mí. Tú estarás completamente ocupado con la

excavación. Yo me encargaré de todo lo demás.

—Lo harás de todas formas —masculló Emerson—. Oh, muy bien. ¿Va a llegar ese sir Edward? ¡Condenado tiempo! Nefret, coge tu cuaderno de apuntes.

No pude resistirme a subir con ellos para echar otra mirada. La tarde anterior los hombres habían retirado todo menos el lecho más bajo de piedras restantes, y habían construido una rampa inclinada hacia la parte superior del sarcófago. Estaba firmemente asentada en la base y asegurada en su extremo superior por un complicado entramado de cuerdas, pero la pendiente era pronunciada, y debo admitir que fue bastante gracioso observar a sir Edward subiendo a rastras sobre manos y rodillas, cámara y trípode atados a su espalda. Obviamente había tomado en serio la amenaza de Emerson, pues se movía muy cuidadosamente.

Había algunas cosas maravillosas en ese pequeño cuarto. A la izquierda de la puerta, una silla tallada o trono yacía al lado en lo que parecía ser un charco de oro. La madera se había encogido y cuarteado, y la capa de oro que cubría la mayor parte de la superficie se había desprendido. Esas láminas de pan de oro definían las dimensiones originales de la silla. Podría ser reconstruida si el oro era manejado con cuidado. Lo mismo se cumplía para los otros muebles empotrados: un armazón de cama baja con pies de león, unas varas largas que podrían formar parte de una silla de manos o un dosel. Apoyados contra la pared había dos grandes objetos circulares que arrancaron a Emerson un reverente: "¡Por el todopoderoso!". Parecían ser ruedas, ¿pero pertenecientes a qué clase de vehículo? Mi sugerencia de que hubiera sido la carroza de una reina guerrera, hizo a Emerson gemir en voz alta.

—Imposible —masculló—. No en este período. A menos... ¡Oh, buen Dios!

Él tendría que restringir su ardiente curiosidad, pues las ruedas estaban en el lado más alejado de la sala, separadas de nosotros por varios metros de una increíble cantidad de basura: canastas, cazuelas, vasijas de piedra, objetos de bronce y fayenza. Mi mirada fue atraída por un montón de abalorios: oro, cornalina, lapislázuli y turquesa mezclados con espaciadores de oro y hebillas con exquisitas incrustaciones. El joyero de la reina estaba destrozado y hecho pedazos y las cuerdas se habían corrompido; pero si

pudiéramos conservar la actual disposición, la joyería podría ser restaurada a su belleza original. La parafina sólida, derretida y derramada sobre los fragmentos, sujetaría esos abalorios en su lugar....

Mis dedos ardían, pero volví la espalda al tentador desorden. Emerson no me había dado las gracias por mi sacrificio; estaba segura, sin embargo, de que él lo admitiría finalmente. Él sabía, ¿quién mejor?, que yo hubiera preferido quedarme. La fiebre arqueológica ardía en mi interior, pero debía rendirse a los sagrados lazos del afecto familiar.

* * *

Cuando alcancé el Castillo me enteré de que Cyrus ya había salido con destino al Valle de los Reyes. El lacayo de Cyrus o mayordomo, como prefería que lo llamaran, era un belga que había vivido muchos años en Egipto. Lo conocía bien, igual que él a mí; a petición mía, me llevó de inmediato hasta la biblioteca.

La máquina de escribir estaba sobre la mesa, con una pila de manuscritos a su lado. No había mucho hecho; solo había algunas páginas de material mecanografiado. Bien, pensé caritativamente, quizá se requiere un tiempo para acostumbrarse a un aparato nuevo... y la caligrafía de Emerson era conocida por ser difícil de descifrar. Pero ¿por qué Gertrude no estaba en ese momento trabajando?

El mayordomo me informó que la señora estaba en su cuarto. Me guió hasta allí y llamé a la puerta.

Hasta que no anuncié mi identidad, Gertrude no la abrió. Llevaba puesta una túnica suelta y parecía un poco aturdida.

—¿Qué pasa? —exclamó—. ¿Qué ha ocurrido?

—¿Por qué?, nada. ¿Por qué debería usted suponer eso?

Ella sujetó mi manga.

—Tuve un sueño anoche —susurró—. Estaba en mi dormitorio en la *dahabiyya*, y oí un grito...

—Basta, Gertrude, no tengo tiempo para escuchar su sueño. He venido a buscar al señor Vandergelt. Sí, sé que él ha salido, y debo ir tras él, pero pensé en hacerle una visita y asegurarme de que está cómoda.

—¿Para qué lo quiere? —Ella mantuvo su agarre en mi manga —. ¿Está diciéndome la verdad? ¿No le ha ocurrido nada a ella?

Comencé a sentirme un poco inquieta, no por mi seguridad, puesto que eso sería absurdo, sino por su cordura. Tenía una mirada absolutamente salvaje. La habitación a su espalda estaba sumida en las sombras, pues las contraventanas estaban cerradas, y olía a ese extraño incienso.

—Nada le ha ocurrido a nadie, Gertrude. Quería ver al señor Vandergelt para decirle lo que voy a decirle a usted: que hemos entrado en la cámara funeraria y hemos encontradas cosas maravillosas.

Su mano fue hasta su pecho.

—¿La cámara funeraria? Oh, cielos, ¿es cierto? Pero el Profesor dijo...

—Cambió de idea. ¿Qué le ocurre? ¿Está enferma?

—¡No! No, gracias. Estoy bien, soy fuerte. Tan solo dígame... ¿está ella allí?

—Su pregunta es un poquito ambigua, Gertrude —dije... un tono firme, incluso censurador, es necesario al hablar con la histeria incipiente—. Si se refiere a Nefret, está allí, trabajando con el Profesor y los demás. Si se refiere a la reina Tetisheri, no lo sabemos. El sarcófago está cerrado y permanecerá así hasta que el Profesor decida abrirlo.

—¿Hoy?

—No, hoy no, ni en los próximos días. Debo irme, Gertrude. Debería recostarse.

Sin embargo, no fui al Valle inmediatamente. Tomé posiciones en la boca de una de las innumerables y pequeñas cañadas talladas en los acantilados y esperé. Podía ver el frente de la casa, pero no pensé que pudieran verme, inmóvil en las sombras.

En menos de media hora, el carruaje de Cyrus llegó a la puerta principal. Gertrude, con el sombrero torcido y el cabello despeinado, se apresuró a salir y se metió en el carruaje. Partió en medio de una nube de polvo y observé hasta que estuvo fuera de la vista. No había tomado la carretera del sur, hacia Drah Abu'l Naga y Deir el Bahri, sino que iba directamente hacia el trasbordador.

¡Lo que habría dado justo entonces por tener la habilidad de estar en dos lugares a la vez! Sin embargo, me habría sido difícil seguir a Gertrude sin ser vista, y si ella me veía, no iría adónde pensaba ir. Lamentaba ahora el impulso que me había llevado a

hablar con ella. No fue hasta después de haber visto su extraña reacción, que se me ocurrió que ella podría apresurarse a informar a su desconocido líder.

Oh, bien, pensé filosóficamente, la comprensión retrospectiva tiene poca utilidad. Urgiendo a mi cabalgadura al trote, procedí a cumplir con mi plan original.

Contemplé a Cyrus observando mientras sus trabajadores acarreaban canasta tras canasta de arena sin, como era evidente por la expresión sombría de mi amigo, ninguna señal de una tumba. Guié a mi cabalgadura rápidamente a través de los molestos turistas y me paré en seco delante de Cyrus.

Mi aspecto, quizá, era un poquito demasiado alterado. Cyrus dio un respingo y exclamó agitado:

—Maldita sea, señora Amelia, ¿qué ha pasado?

Le reconforté e hice mi anuncio. El alivio y el placer llegaron uno tras otro a su expresivo semblante, para ser reemplazados por una mirada de envidia conmovedora.

—¿Puedo echar un vistazo? —preguntó esperanzado—. Regresaré con usted ahora mismo, si está de acuerdo. Simplemente déjeme pasar por la casa a por mi caballo, esta mañana vine caminando.

—Tengo un pequeño recado que hacer antes de regresar —contesté—. Pero es bienvenido a visitar a Emerson cuando guste. Estoy segura de que le complacerá verle.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Cyrus, sonriendo ampliamente —. Pero no podrían mantenerme a distancia ni con un palo. —Volviéndose hacia su asistente, comentó—: Lo siento, muchacho, pero tendrás que esperar. Al Profesor Emerson no le gusta la compañía, y preferiría no poner a prueba su temperamento.

—Yo también preferiría que no lo hiciera —dijo el señor Amherst, con considerable sentimiento—. Pero señor, le preguntará...

—Claro, por supuesto. Él puede querer nuestra asistencia. Si es así, cerraremos este lastimoso trabajo y nos uniremos a él. Te lo haré saber esta tarde. Señora Amelia, ¿volverá caminando conmigo hasta el Castillo, o tiene prisa?

—Me complacerá acompañarle, Cyrus. Hay algo que me gustaría decirle.

La excitación había dado alas a los pies de Cyrus. Mientras desarrollaba mi historia, él iba tropezándose con las cosas.

—Santo Josafat, señora Amelia —exclamó cuando terminé—. ¿Es cierto?

—¿No me supondrá capaz de prevaricar, espero? ¿O de imaginar cosas?

—¿Usted imaginando cosas? —Sonriendo, Cyrus se acarició la perilla. Luego se puso serio—. No puedo en buena lid acusarla de inventar patrañas, cuando he visto con mis propios ojos la clase de peculiares aventuras en las que se mete. Por mi vida, no puedo imaginar cómo lo hace.

—Hay, creo, algo llamado olfato para las noticias, Cyrus. ¡Quizá yo tengo olfato para el crimen! Y Emerson tiene...

—Una forma de atraer a tipos irritados. Bien, señora, usted sabe que puede contar con Cyrus Vandergelt contra viento y marea, con una pala o con un revólver de seis tiros. Tan solo dígame qué puedo hacer para ayudar.

—Cuento con usted, Cyrus, y necesito su ayuda. Quiero que observe a la señorita Marmaduke. ¿Puede confiar en sus sirvientes? Excelente. Cualquier mensaje que ella envíe debe serle entregado a usted, cualquier visita, registrada, todas sus acciones, observadas.

Cyrus tropezó de nuevo.

—¿Habla en serio? ¿Esa joven tonta? Es la criatura de aspecto más inofensivo que he visto nunca.

Describí la reacción de Gertrude a mi anuncio, y su partida apresurada de la casa. Cyrus se tiró de la perilla y parecía serio.

—Le dije que el carruaje estaba a su disposición. No hay ninguna razón por la que no debería decidir ir de compras o de visita turística, supongo, pero... está bien, haré lo que dice.

Partimos del Castillo; Cyrus, ansioso como un niño, salió cabalgando del establo mientras yo volví a montar y cabalgué hacia el trasbordador, donde dejé mi caballo. Una vez en la orilla este, me mantuve ojo avizor buscando a la señorita Marmaduke, pero no vi ninguna señal de ella; me llevaba una buena hora de adelanto, y quizá a estas horas había completado su misión, fuera la que fuese. Después de telegrafiar a monsieur Maspero me dirigí, todavía alerta, al hotel Luxor.

Tuve que despegar a Kevin del *Times* y el *Mirror*, que lo

ayudaban a celebrar su recuperación consumiendo copiosas cantidades de cerveza en la barra del hotel. Lamentablemente, me vi forzada a recurrir a turbios manejos para hacerlo, pues prestaron poca atención a mis insinuaciones de que deberían irse. Mirando a mi alrededor esperando inspiración, vi a la dama viuda vestida de negro entrar al vestíbulo, apoyándose en el brazo de su enfermera.

Señalando a las dos mujeres, pregunté a *Times* en un susurro emocionante:

—¿Es cierto que la duquesa es sospechosa de haber asesinado a su marido?

Kevin, que me conocía bien, no siguió a sus colegas periodistas cuando salieron corriendo en busca de su nueva víctima.

—¿Qué está haciendo, señora E? —preguntó.

—No tengo tiempo de explicarlo, Kevin. Excúsese con sus amigos, retírese a su cuarto, salga sin que le vean y cruce hasta la tumba. Si ambos o alguno de ellos tienen éxito en seguirle, no obtendrá una exclusiva.

—No diga más, señora —exclamó Kevin, con los ojos iluminados de fervor profesional.

No dije nada más.

Había algunas otras averiguaciones que tenía muchas ganas de hacer, pero no me atrevía a demorarme en Luxor; si no preparaba a Emerson para la llegada de Kevin, podría surgir un cierto grado de disgusto.

Después de escalar una pared de detrás del hotel, decidí tomar una ruta indirecta hacia la ribera para deshacerme de posibles perseguidores, incluyendo al *Times* y al *Mirror*. Aunque el aumento del negocio turístico ha causado considerables mejoras, partes del viejo pueblo de Luxor siguen inalteradas incluso hoy. Los estrechos callejones serpenteantes, medio bloqueados con piedras y repletos de basura y desechos animales, hacían de éste un lugar perfecto para jugar al escondite, y yo dudaba que el *Times* se arriesgara a ensuciarse sus pulidas botas.

Después de continuar alguna distancia sin observar signos de persecución, estaba a punto de volverme cuando algo atrapó mi mirada, a través de las orejas de un burro que había decidido detenerse justo en medio del callejón. La forma del cuerpo encorvado era familiar, pero seguramente Abd el Hamed, acosado

por el reumatismo, no era capaz de tal velocidad de lagartija, ¿no?

Impaciente, el burrero dejó caer su vara en los flancos del pobre animal, y me vi forzada a hablar seriamente con él. Para cuando hubimos arreglado el asunto y el burro continuó la marcha, Abd el Hamed, si es que era él, había desaparecido.

Decidí caminar un poco más allá. La estrecha senda parecía finalizar justo delante, pero cuando alcancé ese punto vi que giraba, bruscamente y sin razón aparente, hacia una calle ligeramente más ancha bordeada de casas altas y viejas. No había rastro de la figura que había visto, y cuando hube avanzado otros quince metros, me encontré con que esa calle acababa en un callejón sin salida cerrado por una pared alta.

Decidí que ya había desperdiciado bastante tiempo en una investigación sin sentido, así que di media vuelta y volví sobre mis pasos. Había hecho casi medio camino de vuelta cuando la puerta de una de las casas se abrió, y salió un individuo muy grande.

No hizo ningún movimiento amenazador. Simplemente se quedó allí, clavando los ojos en mí; pero era lo bastante grande como para obstruirme el paso.

El pobre tipo debía de ser bastante deficiente en inteligencia, pensé con compasión, un niño en el cuerpo de un (enorme) hombre, pues su apariencia era más de aprensión que de amenaza. Éste resultó ser el caso. Cuando levanté mi sombrilla y caminé hacia él, dejó escapar un chillido y escapó de vuelta a la casa. Continué mi camino y pronto me encontré junto a la ribera y el trasbordador.

El sol había pasado el cenit cuando llegué a la tumba. Me alivió ver que a pesar del retraso, estaba allí antes que Kevin. Las canastas del almuerzo que había ordenado habían llegado ya, pero no había nadie en la mesa, excepto Evelyn y David, con las cabezas juntas sobre un libro. Evelyn era la única a quien había confiado mis planes. No estuvo demasiado contenta con ellos, e incluso trató de disuadirme de “correr sola por toda la campiña”, como lo describió. Cuando me vio, se levantó de su silla con una exclamación de alivio.

—Gracias al cielo que estás de vuelta sana y salva, Amelia. ¿No encontraste ninguna dificultad?

—Ninguna en absoluto, querida. Te dije que no había motivos para preocuparse. ¿Supongo que los demás están todavía en el

trabajo?

—Traté de persuadir a Radcliffe para...

—Evelyn.

—¿Sí, Amelia?

—Emerson aborrece su nombre de pila. Apasionadamente.

—No tenía ni idea de que se sintiera así —exclamó Evelyn—. Walter lo llama así, y como tú usas su apellido como un término afectuoso, pensé que sería impertinente por mi parte utilizarlo. ¿Cómo lo llamo, entonces?

—Emerson, por supuesto. Algunas personas lo llaman así, incluyendo quienes no lo utilizan como un calificativo afectuoso. ¡Tan solo fue un pequeño inciso, querida! Debería subir e insistir en que se detengan un rato, de otra forma, Emerson les dará órdenes hasta que se caigan.

Rara vez he visto un grupo de individuos tan desgreñados. Todos dieron la bienvenida a mi interrupción, excepto Emerson, pero vino cuando se lo dije, moviéndose como un autómata y refunfuñando. Tuve que darle un codazo para que bajara la escalera. Creo que no fue hasta después de haberse echado un cazo de agua sobre la cabeza que se dio cuenta de quién era yo. Sus ojos volvieron a enfocarse y exclamó:

—¿Dónde diablos has estado todo este tiempo?

—Ven y almuerza, y te lo contaré todo.

Le hablé de Kevin primero, puesto que preveía que ese trocito de información le sería más difícil de asimilar completa y serenamente. Lo recibió mejor de lo que había esperado.

—Ofrecerle una exclusiva es el mejor método de controlarlo —admitió—. Y mantendrá a distancia a los otros malditos periodistas. ¿Dónde está?

—Eludiendo a los otros malditos periodistas, supongo —contesté. Tenía otras razones para querer a Kevin, pero no había ningún motivo para mencionárselas a Emerson. Tan solo habría refunfuñado.

Nos unimos a los demás, que estaban sentados y recostados en diversos grados de extenuación. Ramsés era el único que tenía el mismo aspecto de siempre. Estaba muy sucio, pero eso era normal, y sus rizos negros solo se rizaban más apretadamente cuando estaban mojados. Nefret se había desabrochado los dos botones

superiores de la blusa y se había enrollado las mangas por encima del codo. Apenas podría regañarla por desear estar tan cómoda como fuera posible bajo condiciones adversas, pero el efecto era desmoralizante; Cyrus estaba mirando en su dirección, y sir Edward, graciosamente reclinado a sus pies, apenas podía mantener los ojos apartados de ella.

Emerson trató de alcanzar un emparedado.

—¿Has hablado con Carter? —me preguntó.

—Maldita sea, sabía que había olvidado algo. Entre una cosa y otra...

—¿Qué cosas? —exigió Emerson, entrecerrando los ojos.

Nunca permito que Emerson me haga ponerme a la defensiva.

—Santo cielo, querido, esta mañana ya he estado en el Valle, he ido Luxor y he vuelto. Iré a buscar a Howard tan pronto como terminemos el almuerzo. Puede costarme un rato localizarlo.

—Probablemente esté excavando esa columna cerca de la calzada —gruñó Emerson—. Una pérdida de tiempo. No hay nada de interés allí. Necesito una de sus puertas. Dile que la traiga aquí de inmediato, la quiero instalada hoy, antes de irme.

—Ah —dije, sin comentar las demandas autocráticas de Emerson y sus irrazonables expectativas—. ¿Piensas regresar al *Amelia esta* noche?

Realmente fue lamentable contemplar la lucha que rabiaba entre el corazón y la mente de mi marido. No había habido otras distracciones al estar acampado en el lugar hasta que la tumba fuera despejada, no importa cuánto tiempo le llevara. Pero él era tan consciente como yo de esas distracciones, y el afecto tenía prioridad incluso sobre la fiebre arqueológica.

—Lo haré —dijo brevemente—. Así que consíguela, Peabody.

Walter se aclaró la garganta.

—Er... Radcliffe... ya has hablado con el señor Carter. Vino aquí esta mañana temprano, ¿no lo recuerdas?

—¿Qué? —Emerson clavó los ojos en él—. Oh. Oh, sí, lo hizo. Estaba tratando de conseguir que la maldita cuadrícula se diseñara sin dañar el... No importa, Peabody. Sir Edward, ¿qué hace ganduleando? Quiero terminar las fotografías.

No hubo apoyo para él, y yo no lo intenté. Walter y Nefret acompañaban a la pareja. Ramsés se quedó dónde estaba, con las

piernas cruzadas en la alfombra al lado de David. Le dediqué una mirada inquisitiva.

—No hay necesidad de que todos nosotros estemos allí —dijo—. Excepto Nefret y... —un leve espasmo que habría sido imperceptible para cualquier ojo salvo el mío cruzó su rostro— y Sir Edward.

—¿Tú tan solo estabas mirando esta mañana? —Pregunté. Quedarse mirando no era el fuerte de Ramsés.

—La fascinación del lugar y los procedimientos son difíciles de... —Ramsés miró a David, se refrenó y comenzó de nuevo—. Es muy interesante. Aprendo observando a padre. Pero ahora mismo siento que sería más útil para mí hablar con usted, madre, sobre cómo su detectivesca... ¡oh, maldita sea!... sobre lo que ha descubierto de nuestros enemigos.

—No fue una persecución detectivesca... —podría haber jurado que mi pausa llevó un brillo de diversión a los ojos negros de David. Volví a la carga algo rígidamente—... todo lo que hice esta mañana fue hacerle una visita al señor Vandergelt y al señor O'Connell y mandar un telegrama para monsieur Maspero.

—Ah —dijo Ramsés— ¿No preguntó en los hoteles por el signor Riccetti?

—No hubo tiempo. —Vacilé, pues un instinto bien afilado me dijo que no sería aconsejable informar a Ramsés de algunas de mis intenciones. La vista de una silueta acercándose urgiendo a su burro a un paso rápido, me convenció de que la reticencia en una de esas intenciones sería inútil. Tenía que decirle a Kevin lo que quería que hiciera, y Ramsés se enteraría, de una u otra forma.

—Voy a asignarle esa tarea al señor O'Connell —expliqué.

—Humm. —Ramsés se restregó su prominente barbilla—. ¿Cree que es prudente, madre? El señor O'Connell es ciertamente aficionado a hacer averiguaciones impertinentes, pero no tiene, en mi opinión, el talento necesario para la simulación.

—Creo, Ramsés, que he mencionado antes que preferiría que te refrenases en el uso de la frase “en mi opinión”.

—Imploro su perdón. —O'Connell estaba casi con nosotros. Ramsés habló en voz baja—. Podría ser peligroso, madre.

Había considerado eso, por supuesto. Hice que Kevin se sentara y me escuchara en lugar de correr directamente hacia la tumba; y mientras él terminaba el resto de emparedados, enfaticé muy

fuertemente la necesidad de cautela.

Los ojos de Kevin se ampliaron gradualmente y tragó por la vía equivocada un par de veces. Sin embargo, es un joven rápido, y había participado en otros casos míos. Para cuando terminé, él sonreía ampliamente.

—Ah, señora Emerson, querida mía, nunca deja de asombrarme. Diría que es la luz de mi vida si no supusiera que el Profesor desaprobaría semejante comentario, aunque la intención, se lo aseguro, es de lo más respetuosa...

—Ahórrese sus hibérnicas efusiones, Kevin. Esto es un asunto serio y debe tomárselo en serio. No corra riesgos. No siga pistas que le lleven a lugares solitarios. ¡De hecho, no siga esas pistas en absoluto! Tan solo infórmeme.

Kevin irguió la cabeza y me miró de reojo, como un pájaro de ojos brillantes.

—¿Para que *usted* pueda seguirlas hasta lugares solitarios? Och, bien, si el Profesor no puede detenerla, y sé que no puede pues lo he visto intentarlo y fallar, las advertencias de un amigo no tendrán ningún efecto. Aún así, tendrá cuidado, ¿verdad, señora E?

Me sentí bastante conmovida, por lo que pensé que quiso decir. Sin embargo, la suave mirada no permaneció mucho tiempo en su cara, él se estremeció brevemente, como si se avergonzara de su breve despliegue sentimental.

—¿Y qué obtengo yo a cambio? —preguntó, con su amplia sonrisa de periodista bribón.

* * *

A riesgo de repetirme, debo decir que (como nunca me cansaré de decir) solo Emerson pudo haber logrado lo que había planeado para ese día. Los trabajadores egipcios son los tipos más alegres, pero se inclinan a ser indiferentes acerca de hacer las cosas apresuradamente. Nuestros hombres, adiestrados y devotos a Emerson, habían desarrollado un espíritu de equipo y el orgullo profesional que los habría llevado al esfuerzo extraordinario, incluso sin las apasionadas exhortaciones de su jefe. Trabajaron con sombría eficiencia para instalar la puerta de hierro que Howard proporcionó; había sido proyectada para una de las tumbas reales en el Valle, y ciertamente tuvimos suerte de tenerla disponible. Sin embargo, el trabajo no estaba terminado cuando Emerson bajó

corriendo las escaleras para decirme que debía escoltar a los demás de regreso a la *dahabiyya*.

—No sin ti, Emerson —dije—. Dijiste que no te quedarías aquí esta noche.

—Lo hice, querida. Pero el sol se pondrá pronto y os quiero a todos a salvo en casa antes de que oscurezca. Os seguiré tan pronto haya cerrado ese candado con mis propias manos.

—¿No vendrás solo? Prométemelo, Emerson. —Agarré su camisa.

Sus labios firmes se curvaron en una sonrisa y me tomó en sus brazos.

—Eres particularmente persuasiva, Peabody, cuando te aferras a mí e imploras como la tímida mujercita que no eres. Pero supongo que si lo hicieras tan a menudo como me gustaría, no tendría el mismo efecto. Lo prometo, mi amor. Ahora vete.

Sir Edward ya había regresado a Luxor con su preciosa carga de placas fotográficas y Cyrus se había ido a regañadientes, prometiendo regresar temprano a la mañana siguiente. Nos había invitado a cenar esa noche, pero decliné porque estábamos demasiado cansados para disfrutar de un encuentro social. Era cierto, hubo poca conversación durante el camino y nos fuimos inmediatamente a nuestras habitaciones.

Esperé allí a Emerson. La oscuridad había caído y me parecía que había estado en la ventana, observando durante horas antes de que llegara.

—¿Así que me añoraste? —inquirió, algo más tarde.

—Creo que has tenido pruebas suficientes de ello.

—No, suficientes no. Pero tendrá que valer por el momento. ¿Está lista la cena? Estoy famélico.

—Oh, querido —dije, algo cohibida—. Me temo que está en la mesa y enfriándose, Emerson. Le dije a Mahmud que la sirviera cuando regresaras.

—Debiste tener mejor criterio, Peabody.

—Tienes razón, debí tenerlo. Date prisa y vístete, querido.

Al final, Evelyn había enviado la comida de vuelta para ser calentada, así que todo estaba bien. Esperé hasta después de que Emerson hubo satisfecho las primeras punzadas del hambre, antes de darle el telegrama de monsieur Maspero.

—Está de camino, ¿no? — Fue la respuesta de Emerson—. ¡Maldito sea!

—Es muy educado —dijo Walter, quien había rescatado el telegrama del suelo, donde Emerson lo había tirado—. ¡Felicitaciones, homenajes, queridos colegas y todo lo demás!

—¿Algo más en el correo? —preguntó Emerson, descartando a monsieur Maspero y sus cortesías.

—El informe diario para Evelyn de la señora Watson —contesté —. Dice que todo están bien y feliz. Nada más de interés.

Realmente no esperaba nada de Kevin hasta más tarde, esa noche como muy pronto. Se había ido riéndose con satisfacción, con un cuaderno repleto de notas y yo asumí que estaría ocupado redactando su despacho. Solo esperaba que se acordase de inspeccionar los hoteles, como le había pedido que hiciera; cuando el periodismo le poseía se sentía inclinado a olvidar todo lo demás.

Ahora tomábamos todas nuestras comidas en cubierta, desde que Emerson había incautado el salón para taller y cámara de almacenamiento. La brisa dulce y la luna elevándose no le tentaron a demorarse; apurando rápidamente su taza de café, dijo:

—Nefret, tengo varias páginas más de notas que necesitan ser copiadas.

—Yo transcribiré tus notas, Emerson —dijo Evelyn—. Deja que la niña se vaya a la cama, está agotada.

Ella debía de haber practicado, pues pronunció el nombre sin ningún problema. Walter le dirigió una mirada alarmada. Emerson dijo:

—¿Qué? Oh, bien, eh... Sí, vale. Ve a la cama, Nefret, querida, has trabajado muy diligentemente hoy. Tú también, Ramsés.

Ramsés tenía que recoger las sobras para la gata *Bastet*. Esperé que protestara. En lugar de ello, se levantó obedientemente.

—Sí, padre. Buenas noches a todos. Ven, David. Ven, *Bastet*.

Salieron en digna procesión, con la gata cubriendo la retaguardia.

—En realidad, no debería hablarle a David como lo hace con el gato —dijo Evelyn.

—Es al revés, supongo —le dije a Evelyn—. Él no debería hablarle al gato como a un ser humano. ¿Dónde se ha metido *Anubis*? No lo he visto esta tarde.

—Le dije que se quedara con los hombres —dijo Emerson. Se rió ahogadamente—. Mejor dicho, le pedí que lo hiciera. Es un guardián tan efectivo como tú y tu sombrilla, Peabody. Los habitantes de la zona le tienen terror.

—Igual que Abdullah. Me sorprende que no pusiera objeciones.

—Abdullah ha cambiado de parecer. —Emerson sacó su pipa—. Todavía cree que *Anubis* es un *afreet* en forma felina, pero muy sensatamente ha concluido que es mejor tener a un demonio como amigo que como enemigo. ¿Nefret, querida, por qué estás todavía aquí? ¿Querías preguntarme algo?

—No, señor, es solo que no estoy cansada y no quiero irme a la cama.

Una declaración como ésa le habría conseguido a Ramsés una firme reprimenda, pero Emerson tan solo sonrió cariñosamente. No hay duda de que una cara bonita y unos rizos dorados le dan a una persona una ventaja injusta.

—Mañana será otro día difícil, hija. Dame un beso y vete.

Haciendo pucheros, pero sin aprovecharse, Nefret obsequió con una ronda de besos a todos y se fue arrastrando los pies hacia las escaleras.

No sé qué impulso me hizo ir tras ella. Cuando la alcancé en la puerta de su habitación, su mirada asombrada me hizo sentir un poco tonta.

—Pensé que quizá habías dejado tu camisón en mi cuarto esta mañana —fue la única excusa en la que pude pensar en ese momento.

—No, tía Amelia, me vestí en mi cuarto. ¿No lo recuerda?

—Sí, claro.

Ella colocó su vela sobre la mesa y yo eché a la habitación una inspección rápida aunque minuciosa. No había nada fuera de lugar y ningún lugar para esconderse... solo la cortina colgada en el rincón, donde estaba situado su palanganero. La aparté casualmente.

—¿Ocurre algo? —Ella permaneció junto a la cama, observándome.

—No. ¿No te importa estar sola? Si quieres que yo duerma aquí...

—Es una oferta muy generosa, querida tía Amelia. —Ella habló

con voz dulce y grave—. No es necesario semejante sacrificio, estoy perfectamente tranquila. Buenas noches. Duerme bien.

Me retiré un poco confusa. ¿Había oído un significado oculto en algunas de esas frases?

Eso me temía.

Al cabo de una hora o así, convencí a Emerson para que dejara de trabajar. Naturalmente no mencioné el extraño presentimiento que me había instigado a registrar el cuarto de Nefret, pero pregunté si uno de los hombres estaría de guardia esa noche.

—¿Supones que descuidaría esa precaución? —preguntó Emerson—. Ibrahim hará una ronda por los camarotes cada diez minutos y estará alerta ante el más leve sonido. Creo que será innecesario; la tumba está tan segura como he podido, y Riccetti no es tan impulsivo como para jugar a sus viejos juegos conmigo. Sin embargo, mejor asegurar que lamentar, como dirías tú, Peabody.

—Yo no diría nada tan trillado, querido. Gracias por tranquilizar mi mente.

—¿Yo he hecho eso? Entonces fijemos nuestra atención en otros asuntos.

Dormí profundamente esa noche. Tener a Emerson a salvo conmigo otra vez, saber que la tumba había sido asegurada y que nuestro hombre de confianza estaba de guardia en el exterior... estas y otras consideraciones debieron de haber sido las responsables del fracaso del sexto sentido que normalmente me advierte del peligro. La habitación estaba poco iluminada a la luz del amanecer, cuando fui groseramente despertada por la puerta abriéndose de golpe. Incluso Emerson, quien usualmente tarda en recuperarse por la mañana, se sentó de golpe.

Nefret estaba en la puerta.

—¡Ramsés se ha ido! —gritó—. ¡Ambos se han ido... y también la gata *Bastet*!

# Capítulo 13

***"El humor es un método excelente para mantener a raya alardes de emoción improductivos".***

Después de que Emerson hubiera vertido vehementes reproches sobre el pobre Ibrahim (y se disculpara después, ya que a esas alturas era prematuro asumir que él había sido el culpable), insistí en que debíamos calmarnos y usar la cabeza en este asunto. Las maldiciones de Emerson habían despertado a Walter y Evelyn, y nos habíamos reunido en la habitación de Ramsés.

—Debe haberse ido por su propia voluntad —dije—. No hay signos de lucha.

—¿Cómo puedes decirlo? —preguntó Emerson.

—Es un poco difícil —admití—. En su habitación es habitual que parezca que ha habido una lucha violenta. Pero no hay nada volcado o roto. Los secuestradores no se han podido llevar a ambos chicos sin volcar nada.

El frenesí inicial de Emerson había sido sustituido por la furia helada que le hacía tan formidable.

—Sin embargo, han podido llevarse a uno de los chicos fuera de combate —dijo fríamente—, con la ayuda de un poco de cloroformo y del otro muchacho.

—¡No, Emerson! —Gritó Evelyn—. David no traicionaría a sus amigos.

—Eso aún está por ver —dijo Emerson con el mismo tono de voz tranquilo—. Si Ramsés se ha ido voluntariamente, debería haber vuelto ya. Habría dejado una nota si esperaba retrasarse más allá del tiempo en que su ausencia fuera descubierta. ¿Estás segura de que no has pasado por alto ese mensaje?

No hice nada para detenerlo cuando empezó a buscar en los

mismos lugares en los que yo ya lo había hecho. Qué bien comprendía la necesidad de algún tipo de acción, ¡aunque fuera inútil! Emerson abrió incluso la caja etiquetada con un enfático "¡PRIVADO! ¡POR FAVOR, NO HUSMEAR!". Yo nunca había investigado el contenido de esa caja, no solo porque sentía que incluso los niños tienen derecho a sus pequeños secretos, sino también porque suponía que contenía tesoros repugnantes como huesos secos o trozos de momia.

Cuando Emerson se enderezó, tenía algo sujeto. Se quedó inmóvil y le dio la vuelta en la mano.

La pequeña cabeza de alabastro estaba terminada, o casi. Emerson miró a Nefret y de nuevo a la escultura.

—¿Es de David? —preguntó.

—Sí. Me dijo que la estaba haciendo para mí. —Toqué las mejillas redondeadas de la cara con un dedo reverente—. Es encantadora, ¿verdad?

Los ojos de Emerson volvieron de nuevo a Nefret.

—Siniestra sería más acertado. Es Nefret y también Tetisheri. ¿Qué vio o sintió que le hizo crear una cosa como esta?

—¿Qué es lo que te molesta? —pregunté sorprendida—. Es una pieza de trabajo preciosa y él es un artista con talento.

—No me molesta —dijo Emerson secamente, pero devolvió rápidamente la cabeza a la caja y la cerró—. El muchacho tiene talento, te lo aseguro. Pero eso no prueba su inocencia.

—Le dije a Mahmud que hiciera café —dije—. Sugiero que nos vistamos y...

Nefret, que había estado caminando inquieta por la habitación, se volvió hacia mí.

—¿Café? ¿Por qué estamos perdiendo el tiempo? ¡Vamos tras él!

—¿Dónde? —pregunté—. Tranquilízate, Nefret. No hay nada que ganar y mucho que perder por una acción prematura.

—Bastante cierto —coincidió Emerson—. No puedes ir corriendo a Gurneh en camisón, Nefret; tu tía Amelia nunca lo permitiría.

Nunca me he entretenido innecesariamente con el aseo, pero nunca me he vestido tan rápido como lo hice ese día. Emerson se entretuvo lo justo para añadir una camisa y unas botas sobre los pantalones que se había puesto antes. Nefret y él estaban en el despacho cuando llegué.

Nunca (o casi nunca) he admirado tanto a mi querido Emerson como lo hice cuando vi ese cuadro conmovedor. Nefret estaba arrodillada a sus pies, con el rostro implorante levantado, sus manos entrelazadas con las de él. El temor por su hijo hacía estragos en su interior, pero lo había puesto a un lado para consolar a su hija. Había... para su infinito crédito lo proclamo... había incluso una nota de diversión en su calmada voz mientras le hablaba a Nefret, y una sonrisa tranquilizadora en su rostro.

—Querida mía, Ramsés hace este tipo de cosas todo el tiempo. No hay duda de que está metido en otro lío. Daremos con él, eso es todo.

—¿No hará nada para impedir que yo ayude?

—Eso depende.

Era tan grande la agitación de Nefret que no reparó en mi presencia hasta que Emerson miró en mi dirección. Levantándose, sonrió con timidez.

—Lo siento, tía Amelia, si le he hablado bruscamente. No estaba preocupada por Ramsés, ya lo sabe. Solo estaba enfadada porque había sido tan desconsiderado.

—Si, Nefret. Lo sé. Intenta comer algo.

Cuando los jóvenes Emerson se unieron con nosotros noté que Evelyn llevaba una sombrilla negra y que Walter tenía la cara colorada. Habían estado discutiendo de nuevo, y no era difícil deducir sobre qué. Sin embargo, la primera observación de Walter no hizo referencia a ello.

—La evidencia parece indicar que Ramsés ha salido en una de sus misteriosas expediciones. No veo la forma de que lo trasladaran contando con la complicidad de David, y sin que los secuestradores fueran vistos u oídos por Ibrahim.

—Por no hablar de la gata *Bastet* —dije, sirviendo café con mano firme—. No habría permanecido en silencio mientras alguien golpeaba a Ramsés en la cabeza.

—Debe haber ido con él —dijo Nefret—. Generalmente viene a mi habitación después de que Ramsés se duerme. No estaba en mi cama esta mañana.

—¿Fuiste en su busca a la habitación de Ramsés? —pregunté. No había pensando en preguntarle cómo había descubierto la ausencia de Ramsés.

—No. Algo me despertó. Un sonido, una voz, un sueño... —Ella vaciló, mirándose las manos entrelazadas—. Debía estar durmiendo. Pensé que había escuchado... a alguien... pronunciar mi nombre.

—¿Quién? —pregunté.

Seguía evitando mis ojos.

—Alguien. Ya sabe lo vívidos que pueden ser los sueños. Fui de inmediato a la habitación de Ramsés, y... oh, pero ¿qué importa?

—Eso da igual —dijo Emerson—. Walter lleva razón, Ramsés debe haber salido por su cuenta. Se llevó a la gata o le ha seguido. Mientras que David... lo siento, Evelyn, pero debemos considerar la posibilidad de que fue David quien atrajo a Ramsés afuera. Si David de repente "recordó" algo que había visto mientras estaba con Abd el Hamed, pudo persuadir fácilmente a Ramsés para investigarlo. Ya conoces la maldita imprudencia de Ramsés... y su espíritu... aventurero.

—No hay prueba de eso —dijo Evelyn persistentemente.

—Bueno, ¿a dónde demonios habrán podido ir si no es a Gurneh? —preguntó Emerson.

Mi ligero sobresalto podría haberle pasado desapercibido a cualquiera, pero Emerson me conoce bien. Su férreo control estaba empezando a resquebrajarse. Volviéndose hacia mí... o mejor dicho, volviéndose contra mí, gruñó:

—Bien, ¿Peabody? Si me estás ocultando algo...

—Emerson, te lo juro, acabo de pensar en ello ahora mismo. Debo confesar que se me debería haber ocurrido antes, pero me he distraído un poco... Ahora, querido, no grites. Creo que Ramsés puede haber ido a buscar a Riccetti.

Ese nombre temido produjo el silencio que yo necesitaba para completar mi explicación. Una convicción angustiosa empalidecía cada rostro.

—¡Dios mío! —susurró Walter—. ¡Riccetti no!

—Puedo estar equivocada —dije—. Espero estar equivocada. Pero Ramsés formuló algunas reservas sobre la capacidad de Kevin para llevar el asunto de forma competente, y siempre ha sido propenso a tomar las riendas.

—Está bien, Peabody. —El cariñoso corazón de Emerson vio la emoción que yo trataba de ocultar. Su gran mano morena se cerró sobre la mía—. No te culpes. Donde quiera que haya ido debemos

suponer que ha sido retenido contra su voluntad, de otra forma ya habría vuelto o enviado un mensaje. Me voy a Gurneh. Me sigue pareciendo la posibilidad más probable.

—Voy contigo —dijo Walter levantándose.

—Como quieras. El resto os quedareis aquí. Abdullah tiene una influencia considerable con los *gurnawis*, su ayuda será invaluable.

—¿Qué le vas a decir? —pregunté.

—¿Qué otra cosa sino la verdad? Su nieto también ha desaparecido.

—¿No vas a preocupar al pobre hombre aún más mencionándole tus sospechas sobre el chico?

—No es preciso. —dijo Emerson secamente—. ¿Crees que él no lo piensa?

—Me voy a Luxor —dije.

—¡No! —Emerson me agarró por los hombros—. Peabody, por el amor de Dios, haz lo que te pido por una vez. Si no hay rastro de Ramsés en Gurneh, nosotros... tú y yo... iremos a Luxor después e intentaremos seguirle la pista. No debes aventurarte allí sola. Si te pierdo también...

La perspectiva de esperar, inútil e inactiva durante unas horas interminables, literalmente me ponía enferma pero Emerson estaba en lo cierto. No podíamos dispersarnos en todas direcciones. Asentí sin decir nada.

—Gracias, Peabody —dijo Emerson.

—Ten cuidado, Emerson.

—Por supuesto. Seré quien persiga al ganso salvaje —añadió—. Todavía nos queda la posibilidad de que regrese y si está siendo retenido, podamos escuchar noticias de los secuestradores antes de que pase mucho tiempo.

—Estás en lo cierto —exclamé, la esperanza crecía—. Enviaré a alguien a buscarte si se produce alguna eventualidad.

—Los secuestradores pueden querer prolongar nuestra ansiedad unas horas o unos días —dijo Walter serio.

—No, no —dijo Emerson—. Querrán deshacerse de Ramsés tan rápido como sea posible. ¿No es lo que tú harías?

Corrió escaleras abajo, seguido por Walter.

—¿Cómo ha podido bromear con semejante asunto? —preguntó Evelyn.

—El humor es un método excelente de mantener a raya alardes de emoción improductivos —expliqué—. Evelyn, baja esa sombrilla. Te van a dar calambres en la mano si continúas apretando tan fuerte.

Evelyn relajó la mano con los nudillos blancos, pero la siguió sosteniendo. Parecía consolarla.

—Como es habitual —dijo con acidez—, nosotras las mujeres nos quedamos aquí esperando mientras los hombres actúan. No pensé que te someterías tan mansamente, Amelia.

—¿Crees que me rendiría a no ser que supiera que es la acción más sensata? Solo estorbaríamos en el camino de Emerson. Walter no va a ser de mucha utilidad tampoco, pero al menos su árabe es bastante fluido. Ahora, por piedad, siéntate, sentaos ambas y vamos a repasar las evidencias una vez más. Nefret, ¿Ramsés no te dijo nada que pueda darnos alguna pista sobre sus intenciones?

Nefret se arrojó sobre una silla.

—No, maldito sea. Siempre está intentando mantenerme fuera de sus asuntos. No puedo creer ni por un instante, sin embargo, que David siga siendo leal a ese viejo cruel. El Profesor no va a encontrarlo en Gurneh. Deben haber ido a Luxor.

—¿Cómo? —preguntó Evelyn.

—He estado pensando sobre eso mismo —dije yo—. Vamos a ver si podemos construir un escenario posible. Conoces el talento de Ramsés para los disfraces; le habrá bastado una pequeña alteración de sí mismo para hacerse pasar por un muchacho egipcio. Quizá se hayan escabullido por algún sitio de la borda sin vigilar mientras Ibrahim estaba en otro lado. Ambos están como en casa en el agua; se habrán quedado en ella, nadando o vadeando, hasta estar a cierta distancia de la *dahabbiyah*, y habrán robado un bote... o posiblemente le habrán pedido a alguien que les lleve.

—Entonces deberíamos ser capaces de rastrearlos —dijo Evelyn impaciente.

—No tengo duda de que Emerson ya ha empezado las indagaciones, querida.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Esperar —dije—. Nefret, ¿puedes decirle a Mahmud que haga más café? Vamos a tener visita muy pronto, espero.

De hecho, no pasó mucho antes de que los visitantes llegaran.

Emerson no me había explicado sus planes, nuestras mentes trabajan como una (excepto en circunstancias extraordinarias). Él había ido a la tumba para buscar a Abdullah, y estaba segura de que el retraso se debía a que habría encontrado a sir Edward allí, y probablemente también a Cyrus. Ambos caballeros insistirían en ayudar con la búsqueda de Ramsés, y Emerson, en vez de llevarlos *con él*, me los habría enviado a mí.

Estaba equivocada solo en la cuenta. Había cuatro caballeros, no dos. El ayudante de Cyrus y un agitado Kevin O'Connell completaban el grupo.

Los otros estaban preocupados, por supuesto, pero la culpa parecía ser uno de los componentes del carácter explosivo de Kevin.

—Si mi negligencia tiene la culpa de esto, señora E, ¡nunca me lo perdonaré! Quería dar una vuelta por los hoteles la pasada noche, pero era tarde cuando acabé mi historia, y esta mañana simplemente olvidé... y me marcharé a Luxor inmediatamente.

—No le culpo, Kevin, así que deje de balbucear —contesté—. Ramsés piensa que puede hacerlo todo mejor que nadie, y ni siquiera yo puedo detenerlo si está decidido a actuar. Pero todo son suposiciones. No sabemos si ha ido a Luxor.

—Preguntar no hará ningún daño —insistió Kevin—. Debo hacer algo, señora E.

Sir Edward no había hablado excepto para saludarnos. Ahora dijo tranquilamente,

—Estoy de acuerdo con el señor O'Connell. Con su permiso y el suyo señora Emerson, le acompañaré. Mi árabe es quizá más fluido que el suyo.

—Así debe ser, el mío se limita a una media docena de palabras —declaró Kevin. La perspectiva de acción (y mi amable afirmación) le habían animado—. Aceptaré su ofrecimiento, Sir Edward, y no me importa admitir que me sentiré más seguro con un amigo guardándome la espalda.

Nefret los acompañó a la pasarela. No se lo prohibí porque sabía que no había ni una sombra de oportunidad de que pudiera convencerlos para llevarla con ellos.

—Supongo que no tiene sentido que vaya con ellos, supongo —dijo Cyrus—. Me figuro que Willy y yo seremos más útiles en esta orilla del río. Vamos, Willy, revolucionemos a algunos lugareños.

—No, espere. ¿Dónde está la señorita Marmaduke?

—Perseverando con el libro de Emerson, espero. Dijo que eso era lo que iba a hacer.

—Quiero que la envíe aquí.

—Ahora, señora Amelia, no sospechará de esa pobre y endeble criatura. No tiene ni el coraje para decir "boo" a un ganso.

—Cyrus, ¿por favor, podría hacer lo que le pido?

Mi voz era un poco fuerte. No soy del todo impermeable a la tensión nerviosa; el sol estaba en lo alto del cielo y aún no había habido ni una noticia. Nefret volvió con las mejillas encendidas y frunciendo las cejas, se me acercó y me rodeó los hombros con el brazo.

—Por supuesto. —Dijo Cyrus suavemente—. Haré lo que usted quiera.

—Lo que quiero es interrogar a esa mujer. Es hora de quitarse los guantes de terciopelo. No estoy de humor para tomármelo a la ligera, Cyrus.

—Ya lo veo. Está bien, señora Amelia, querida. La traeré aquí tan pronto como sea humanamente posible.

—¿Qué va a hacerle, tía Amelia? —preguntó Nefret.

—Te gustaría ayudar, supongo. —Había impuesto mi voluntad; mi voz estaba calmada—. No será necesario recurrir a la violencia física, hija, aunque mi código moral me permitiera tal cosa. Si sabe algo, se lo sonsacaré.

Pero no tuve la oportunidad. Hacía menos de un cuarto de hora que Cyrus se había marchado cuando el mensaje que yo medio había temido y esperado me fue entregado.

* * *

Estaba esperando en la orilla cuando Emerson y Walter regresaron. Evelyn y Nefret estaban conmigo, todavía tratando de convencerme para que cambiara de opinión.

—No podéis ir —dije—. La carta de Riccetti era muy enfática al respecto. Solo Emerson y yo.

Emerson se bajó de la silla y me quitó la nota. Echó un vistazo al mensaje con una única mirada y permitió que Walter se la quitara.

—Humm —dijo—. ¿Estás lista, Peabody?

—¡Dios mío, Radcliffe! ¿No pretenderás llevarla contigo? —gritó Walter.

—Es su derecho —dijo Emerson en voz baja.

—¡Esto puede ser una trampa! Incluso si Riccetti retiene a Ramsés...

—Tengo algo de prisa, Walter —dijo Emerson—. Te ruego que me disculpes.

Daoud tenía el bote listo. Tan pronto como nos encontramos a bordo, empujó. Emerson sacó su pipa.

—Obviamente —dije—. No has averiguado nada en Gurneh.

—Yo no diría eso. —Emerson empezó a llenar la pipa con movimientos precisos y controlados—. Abd el Hamed se ha escondido de nuevo. Esta vez parece que nadie sabe a dónde ha ido.

—¿Ni siquiera sus esposas?

—Ninguna de ellas —respondió Emerson, con una leve sonrisa y una mirada hacia mí.

Este no era el momento de dedicarse a ese asunto en particular. Lo guardé para el debate futuro.

—Su desaparición puede no tener nada que ver con la de Ramsés —continuó Emerson—. Pero me gustaría hacerle al hijo de puta algunas preguntas. Abdullah sigue buscándolo; él puede tener más suerte que yo y está tan interesado en el rastro como cualquiera de nosotros podría estarlo. ¿Qué tienes que informar, querida? Porque no creo que hayas estado inactiva durante toda la mañana.

Le conté el plan de O'Connell y sir Edward de preguntar en Luxor.

—¿Has retirado a sir Edward de tu lista de sospechosos, entonces? —preguntó.

—No, pero no puedo ver que represente ninguna amenaza para Kevin. Si es miembro de la banda, ya sea una banda o un grupo, se asegurará de que Kevin no averigüe nada de importancia. Se me ocurrió que por eso se ofreció a ir, para guiar a Kevin.

—Suposiciones, conjeturas y teorías. —Emerson apretó el puño —. ¡Si al menos tuviéramos algo sólido con qué continuar!

—El mensaje es lo bastante sólido —dije—. Riccetti es demasiado astuto para admitir por escrito que lo tiene prisionero, pero su sugerencia de que nos unamos a él para discutir sobre un determinado objeto perdido de gran importancia no puede tener otro significado.

Mi voz no era tan firme como me hubiera gustado. Emerson me rodeó con el brazo.

—Peabody, mi amor, puedes estar segura de que Ramsés está sano y salvo. Riccetti es demasiado bueno como hombre de negocios para dañar la mercancía valiosa.

—Sabes lo que quiere a cambio, ¿no?

—Sí.

Ninguno de los dos volvió a hablar hasta que llegamos a la orilla oriental. Riccetti había dicho que habría alguien esperando para llevarnos donde él. Creo que habría identificado al guía, incluso si él no lo hubiera hecho de inmediato. A pesar de que llevaba una *galabbiya* y un turbante, no era egipcio. Su fisonomía y complexión eran las de un griego, italiano o turco. Solo dijo una palabra, en árabe con acento.

—Síganme.

Yo había asumido que el encuentro no sería en uno de los hoteles, pues en ese caso no habría habido necesidad de un guía, y supuse que Riccetti no correría el riesgo de llevarnos a la casa donde se alojaba. Efectivamente, nuestro destino fue un café, un café a menos de medio kilómetro del río. Nuestro guía abrió la puerta y dio un paso atrás, haciendo una reverencia burlona con una sonrisa de anticipación.

Tan pronto como estuvimos dentro de la habitación me moví ligeramente hacia la derecha, para no impedir ningún gesto pugilístico que Emerson pudiera hacer. (A pesar de que es igualmente capaz con ambas manos, prefiere la derecha). Mi mano derecha estaba en el bolsillo, rodeando con los dedos mi pequeña pistola, la sombrilla en mi mano izquierda. Sinceramente esperaba que no todos los clientes del lugar estuvieran trabajando para Riccetti. Todas las mesas estaban ocupadas. Calculé las probabilidades en aproximadamente veinte a uno.

Era difícil distinguir los detalles, porque el lugar estaba mal iluminado y el aire era denso por el humo a tabaco y hachís. Parecía haber otras dos salidas de la sala, una detrás y otra en la pared de la izquierda. Las ventanas estaban cerradas. Unos débiles rayos de sol penetraban en la penumbra a través de las grietas de las persianas y se reflejaban sobre la pieza de latón de un narguile, un cuenco de cobre y el cuchillo en la mano de un hombre de una

mesa cercana.

La conversación se detuvo abruptamente con nuestra entrada. Los ojos nos examinaron con tanta atención como nosotros los estudiamos a ellos. Oí unos pocos siseos conteniendo el aliento, y luego, tan silenciosamente y tan de repente que podría haber sido un mago realizando una actuación, el lugar se quedó casi vacío. Sin embargo, la disminución de las probabilidades no me consoló. Los que habían decidido sabiamente irse debían haber sido los residentes locales, los rostros de los hombres que quedaban eran de color más claro, con el sello inconfundible de los habitantes de ciudad, hombres del Bajo Egipto, cairotas, la escoria de esa enorme ciudad.

Emerson habló en su tono normal y en árabe.

—Veo que el hijo de un perro se esconde en su perrera. Dile que el Padre de las Maldiciones y *Sitt Hakim* honran su sucia guarida.

—¿Crees que es prudente irritarlo, Emerson? —susurré.

—La falta de educación es la única manera de lidiar con las alimañas, querida —dijo Emerson, sin bajar la voz. Agregó en árabe —, ¡Rápido! Lo veré ahora.

No esperó una respuesta, sino que se dirigió hacia la puerta en la parte posterior de la sala, haciéndome un gesto para que le siguiera. Antes de que la alcanzara se abrió por una mano invisible y una voz familiar dijo:

—*Buon giorno,* invitados de honor. Mi... perrera.

La puerta se cerró detrás de nosotros con un desagradable golpe. Una rápida mirada me dijo que el portero era uno de los guardaespaldas de Riccetti. El otro estaba detrás del sofá donde Riccetti estaba reclinado sobre una colcha de damasco tejida con hilos de oro.

Los muebles eran una clara mejora sobre los que estaban en la habitación exterior. Esta cámara debía ser una de las reservadas para los clientes más ricos. Sin embargo, pensé que probablemente Riccetti había traído la colcha, los cojines y las copas de fino cristal con él. Eran de una calidad más fina que la mesa de madera y las sillas, las lámparas de latón ennegrecidas y la alfombra raída. Yo sabía por qué había pasado por alto sus gustos delicados para reunirse aquí con nosotros. Había tenido la intención de que fuera un insulto para mí, ya que ninguna mujer decente, de cualquier

nacionalidad, entraría en ese lugar. Más importante aún, significaba que Riccetti no estaba tan seguro de sí mismo como le gustaría hacernos creer. Un hombre que tenía todas las cartas ganadoras no tomaría tales precauciones.

La vana esperanza que floreció en mi corazón duró poco. Riccetti hizo un gesto hacia un objeto sobre la mesa.

—Lo reconocen, por supuesto.

Era el bloc de notas de bolsillo de Ramsés. Nunca iba a ninguna parte sin él. Emerson lo recogió, lo hojeó, y fríamente se lo metió en el bolsillo de la camisa.

—Sí —dijo secamente.

—¿Entonces hemos establecido la primera premisa sobre la que se basa nuestra conversación? Bien. Tiene que perdonar mis malos modales, señora Emerson. Le ofrecería una silla y un vaso de vino si pensara que hay la más mínima posibilidad de que los aceptara.

—No lo haría —dije.

—Es una lástima. —Riccetti bebió su vino con delicadeza—. Se trata de una excelente cosecha. Usted quiere recuperar al chico, supongo. No puedo imaginar por qué, es un niño muy irritante.

—Los gustos difieren —dijo Emerson, con la misma frialdad que Riccetti—. Y yo estaría en contra de compartir todos sus gustos. ¿Cómo le encontró?

Riccetti se rió entre dientes.

—Fui yo quien le encontró. Tengo muchos... eh... socios en Luxor. Les dije que me trajeran noticias si alguien parecía estar interesado en mi paradero. Estaba seguro de que uno de ustedes vendría a buscarme tarde o temprano. El otro día estuve a punto de... —Sus mandíbulas se cerraron con un chasquido—. Pero estaba a punto de presumir de mi inteligencia. Ustedes los ingleses desprecian ese tipo de cosas, ¿no?

—Lleguemos a un acuerdo —dijo Emerson—. Supongo que a cambio de Ramsés quiere que me aparte de la tumba, quite a mis guardias y se la deje.

—¡*Dio mío*, no! —Riccetti abrió los ojos como platos—. Se equivoca completamente, amigo mío. ¿Interferiría yo con el mejor excavador de Egipto? Quiero que continúe con su trabajo, limpiar la tumba y preservar su contenido con el mayor cuidado.

Emerson se quedó en silencio un momento.

—Ya veo.

—Estaba seguro de que lo haría. —Riccetti dejó el vaso sobre la mesa y se inclinó hacia delante—. Trabajando con prisa, como los buscadores ilícitos deben hacer, mi gente podría dañar algunos de los artículos, lo que reduce mis beneficios. Tampoco puedo confiar en los canallas —agregó indignado—.No importa con cuanta... fuerza los supervise, siempre hay unos pocos que se arriesgan a robarme.

El asombro y, sí, lo admito, la admiración me robó la respiración unos momentos. La malvada inteligencia del hombre era brillante. Este esquema era digno del mismo Sethos, permitirnos llevar a cabo el trabajo con la habilidad que solo nosotros podíamos demostrar y luego forzarnos a entregarle el tesoro.

—Espero —continuó Riccetti—, que ahora tenga una razón para acelerar el trabajo. Cuanto antes termine, más pronto tendrá a su hijo con usted otra vez.

—¿No tiene miedo de que vaya a trabajar demasiado rápido? —preguntó Emerson con ironía—. Un padre devoto podría recoger el lote sin preocuparse por sus beneficios.

—No, amigo mío Sus principios son de sobra conocidos. La flagrante violación levantaría sospechas. Una velocidad deliberada, un compromiso cuidadoso, eso es todo lo que pido. ¿Digamos... dos semanas?

—¿Dos semanas? ¡Imposible!

—Algunos de sus colegas lo hacen en dos días —dijo Riccetti con su sonrisa de reptil—. No me preocupan los trozos rotos de cerámica y madera. Recojan el relleno del pastel, ya saben lo que és tan bien como yo. Y asegúrense de abrir el sarcófago. Quiero lo que hay dentro, todo, féretros, momias y otros objetos.

—Espere— dije—. ¿Qué pasa con David? Él también nos debe ser devuelto.

Riccetti parecía estar genuinamente desconcertado.

—Oh, David. El muchacho nativo. ¿Por qué preguntan por él? —Y luego una lenta sonrisa burlona se dibujó en su rostro—. ¡Ese famoso sentimentalismo británico! ¿Le angustiaría saber señora Emerson, que él no siente la misma lealtad que la que usted parece sentir por él.

—¿No es su prisionero? —preguntó Emerson.

—No sé dónde está y no me importa. No cabe duda de que volverá con ustedes si así lo desea. No más preguntas. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí —dijo Emerson.

—Excelente. Una palabra final de advertencia. Les conozco demasiado bien para suponer que han renunciado a la esperanza de encontrar al mocoso y liberarlo. Me sentiría seriamente molesto si trataran de hacerlo. Quiero dejarlo perfectamente claro, para que no haya malentendidos desafortunados. Si no permanecen, ambos, en la excavación todos los días, voy a asumir que están haciendo alguna otra cosa, algo que les he advertido de no hacer. Su primer deber, amigos, es para con su hijo. En caso de que pierdan eso de vista, les enviaré un pequeño recordatorio. Un dedo, tal vez, o una oreja.

No recuerdo cómo salí del lugar. Cuando me di cuenta de lo que me rodeaba estaba sentada en el borde roto de una fuente con agua goteándome por la barbilla y Emerson inclinado sobre mí.

—Di algo, mi amor. ¡Cualquier cosa!

—¡Maldición! —murmuré—. No me he desmayado, ¿verdad? Si le di a ese hijo de un perro la satisfacción de desmayarme...

—Esa es mi Peabody —dijo Emerson, con un largo suspiro de alivio—. No, querida, saliste sobre tus propios pies, firme como una roca. No fue hasta que llegamos a la luz y vi tu cara que me di cuenta que no eras del todo tú misma. Venga, toma mi brazo y salgamos de aquí.

Me levantó. Aunque su voz era tranquila, tenía líneas blancas alrededor de la boca, y dije:

—Me avergüenzo de mí misma, Emerson. Perdóname por comportarme como una anciana débil... como un alfeñique. Esa terrible amenaza debe haberte sacudido tanto como a mí.

—No tanto, porque esperaba algo por el estilo. —Esbozó una sonrisa bastante convincente—. Te has encontrado con un buen número de delincuentes, Peabody, pero nunca con uno tan completamente sin escrúpulos como Riccetti. Sabes, casi me encuentro echando de menos a nuestro viejo adversario. Por lo menos, Sethos era, a su manera, un hombre de palabra.

—Nunca hubiera hecho daño a un niño —dije—. Y se habría deshecho de una criatura como Riccetti. Emerson, no tienes la

intención de renunciar a la búsqueda de Ramsés, ¿verdad? No podemos confiar en Riccetti. Ni siquiera podemos estar seguros de que el chico esté... esté todavía vivo.

—Creo que podemos. Riccetti sabe que no le entregaré ni un trozo de cerámica sin alguna prueba más importante. Sin embargo, tu evaluación de su carácter es correcta. No dudaría en matarnos, incluido a Ramsés, después de haber hecho lo que pide. Seguiremos nuestras investigaciones, pero tendremos que proceder con mucho cuidado. El bastardo nos tiene perfectamente acorralados.

—No tienes que decírmelo. Oh, Emerson, ¿qué vamos a hacer? Confieso que por primera vez en mi vida me siento un poco... bien... fuera de mí.

—Esta situación no va a durar —dijo Emerson con convicción—. Lo que necesitas, querida, es un buen whisky con soda. ¿Nos dejamos caer en el bar Luxor?

—No, será mejor que regresemos. Los otros estarán en ascuas. Pero —añadí, sonriéndole con valentía—, te tomo la palabra sobre esa sugerencia cuando estemos en el *Amelia*.

Me sorprendí al ver lo tarde que era. El sol estaba bajo sobre los acantilados del oeste cuando zarpamos para la Ribera Occidental. Emerson fumó durante un rato en silencio y luego dijo:

—Por el momento tenemos que hacer precisamente lo que ha ordenado. La ausencia de cualquiera de nosotros de la excavación será notada sin duda e informada por uno de sus espías. ¿De acuerdo?

—No podemos hacer otra cosa. ¿Qué les decimos a los demás?

—Todo. En un caso como el presente, incluso podemos confiar en que O'Connell pueda mantener el asunto tranquilo. Es posible que tenga alguna sugerencia. No estamos en condiciones de pasar por alto ninguna posibilidad.

—Cierto. Y nunca se sabe, todavía puede pasar algo.

El lector puede preguntarse por qué no le había contado mis conclusiones sobre la señorita Marmaduke. La omisión no fue porque se me hubiera olvidado, o porque esperara una reprimenda. Me había dado cuenta de que debía cambiar mi estrategia. Si Gertrude estaba en la nómina de Riccetti, el interrogatorio directo y contundente que me había propuesto realizar podría considerarse como una violación de sus órdenes y las consecuencias eran

demasiado horribles para contemplarlas. Tendría que proceder con la mayor sutileza, simulando absoluta confianza en ella, bajando la guardia, permaneciendo en estado de alerta en busca del menor descuido.

Por suerte había advertido a Evelyn y a Nefret de que se abstuvieran de lanzar acusaciones directas y se comportaran normalmente. Ellas no tienen mi habilidad para extraer información de un testigo renuente, y supe, cuando llegó el mensaje de Riccetti, que tendría que reconsiderar la situación.

Así que no había necesidad de decirle nada a Emerson al respecto. Posiblemente ella ya se habría marchado para cuando llegáramos.

Se *había* ido. Y Nefret también.

* * *

No lo descubrimos hasta casi una hora después. Me preguntaba por qué la chica no estaba esperando ansiosa como Evelyn y Walter, pero cuando pregunté por ella, Evelyn explicó que se había ido a su habitación para descansar después de la salida de Gertrude.

—Me temo que fui brusca con la pobre mujer —admitió Evelyn —. Siguió llorando, retorciéndose las manos y haciendo sugerencias inútiles. Acabó con los nervios de Nefret incluso más que con los míos. Estábamos tan preocupadas por vosotros. Es un alivio que hayáis regresado sanos y salvos, pero puedo decir por vuestras caras que las noticias son malas. ¿Qué ha pasado?

Permití que Emerson se lo contara. La angustia de Evelyn fue tan grande que tuve que administrarle un vaso medicinal de whisky. Le hizo bien, pero sus agitadas preguntas y las de Walter me hicieron olvidarlo todo hasta que me di cuenta de que el sol estaba casi escondido.

—¿Dónde está Nefret? —grité, levantándome impetuosamente —. Ya tendría que haberse despertado. Pasa algo.

No estaba en su habitación, ni en la *dahabbiya*. La buscamos de proa a popa antes de que uno de los miembros de la tripulación informara que la joven *Sitt* se había ido en el carruaje con la otra señora.

—¿Se fue por propia voluntad? —preguntó Emerson.

—¿Permitiríamos nosotros que se la llevaran por la fuerza? —El pobre hombre presentía que algo andaba mal. Levantó las manos en

protesta—. Ella me sonrió, Padre de las Maldiciones, y dijo que volvería pronto, corrió hacia el carruaje que estaba en el camino. No había nadie dentro excepto la otra dama, y solo el hombre de Vandergelt *Effendi* conduciendo... pensé que no había nada malo en ello. ¿Qué he hecho?

—Nada —respondió Emerson—. No tienes la culpa. Peabody, ¿qué dices si visitamos a nuestro amigo Vandergelt?

—Voy con vosotros —declaró Evelyn—. No puedes impedírmelo, Emerson, insisto.

—Por supuesto —dijo Emerson—. Iremos todos.

Cyrus no se había vestido para cenar. Vino corriendo a nuestro encuentro, todavía con sus polvorientas ropas de trabajo.

—Estaba a punto de montar para ir a verlos, amigos. ¿Alguna novedad?

—¿Qué tipo de anfitrión es, Vandergelt, para mantenernos de pie en el vestíbulo? —preguntó Emerson—. La biblioteca, creo, es la habitación más agradable de la casa y me gustaría ver cómo avanza la señorita Marmaduke con mi manuscrito.

Él abrió la marcha. Cyrus estaba tan sorprendido que olvidó ofrecerme su brazo.

—Nunca le he oído de ese modo —exclamó—. ¿Qué ocurre, señora Amelia? Buen Dios Todopoderoso, no me diga que el chico está...

—No es tan malo —contesté—. Pero la situación no podría ser mucho peor. Hemos perdido a los dos, Cyrus. Nefret también se ha ido. ¿Supongo que Gertrude no ha regresado al Castillo esta tarde?

—No lo sé. Acabo de regresar hace un rato. ¿Está tratando de decirme que también ha sido secuestrada?

Me hizo entrar en la biblioteca. El señor Amherst se levantó cortésmente de la silla donde estaba sentado con un libro en la mano. Emerson estaba junto a la mesa en la que Gertrudis había estado trabajando de manera ostensible.

—Media docena de páginas copiadas —comentó, indicando el manuscrito de su libro—. Uno tiene derecho a preguntarse cómo pasa la mujer su tiempo. ¿Dónde está su habitación?

Esta vez, Cyrus abrió la marcha. Emerson no dijo nada, fui yo quien le dio a nuestro amigo, y a su ayudante, que se arrastraba con timidez detrás nuestro, un resumen de lo que había ocurrido.

Superando la alarma y la angustia con la firme eficiencia estadounidense que habría esperado de él, Cyrus ladró las órdenes.

—Willy, trae al cochero. Y a la doncella. Diablos, bien puedes traer a todo el personal. Vamos.

Con sus propias manos, nos ayudó a buscar en la habitación. No se pasó nada por alto, ni los bolsillos de las prendas de vestir colgadas en el armario.

—Sus artículos de tocador han desaparecido —dijo Evelyn en voz baja.

—Y uno de sus bolsos de viaje —añadí.

—Menos mal que las señoras están aquí —dijo Cyrus—. Creo que yo no me habría dado cuenta. Dejó la mayor parte de sus ropas.

—Y sus libros. —Arrojé *Isis sin velo* sobre la mesa—. Sin embargo, el incienso y el quemador han desaparecido. Y el anillo.

—Lo esencial —murmuró Emerson—. Y cualquier cosa que nos pudiera ser de utilidad para localizarla. Escuchemos lo que los sirvientes tienen que decir.

El cochero, temblando de nervios bajo las preguntas de Emerson, era el único que podía aportar algo útil. El *effendi* le había ordenado que condujera a la dama a visitar a sus amigos a la *dahabbiya*. La había esperado, como ella indicó y luego esperó a la joven *Sitt*.

—¿Y luego? —interrumpí, incapaz de soportar el suspense por más tiempo—. ¿A dónde las llevaste?

—Al embarcadero del transbordador, *Sitt Hakim*. Pregunté si debía esperar o regresar a por ellas, pero la señora dijo que no.

—¿Te dijeron a dónde iban? —Sabía cual seria la respuesta, pero tenía que preguntar.

—Hablaron en inglés, *Sitt Hakim*. —Observando los rostros abatidos, agregó, con la esperanza obvia de ser útil—. La joven *Sitt* joven me dio un documento para el *Effendi*.

—¡Qué! —Emerson salió disparado de su silla como una flecha con un arco—. ¡Dios te maldiga durante siete eternidades en el hoyo más profundo del infierno! ¿Por qué no lo dijiste antes? ¡Dámelo!

Con un débil grito el hombre se encogió contra la pared.

—No lo tengo, Padre de las Maldiciones se lo di a...

Indicó al mayordomo, que comenzó a farfullar.

—Lo puse sobre la mesa, señor, está con los otros mensajes.

Estaba allí, medio enterrado entre un montón de cartas y periódicos que debían haber llegado ese día, un pedazo de papel doblado que había sido arrancado de un pequeño diario de bolsillo. El rubor de la esperanza se desvaneció del rostro de Emerson, dejándole demacrado y pálido.

—No sirve —dijo—. Debe haberlo escrito con la mujer mirando, dictándolo incluso. Pone: "He ido a Luxor con la señorita Marmaduke a encontrarnos con alguien que puede saber dónde está Ramsés. Solo vamos al hotel Luxor. Volveré tan pronto como me sea posible."

—¿Cómo puede ser tan ingenua? —preguntó Walter—. La tenía en mejor concepto.

—Es ese espíritu infernal de competencia que se ha desarrollado entre ella y Ramsés —respondí.

—Y su afecto por él —dijo Evelyn con suavidad—. Ella ha estado muy preocupada, Amelia.

—Esperen un minuto. —Cyrus había estado rebuscando entre los papeles—. ¿Qué demonios es esto?

El mayordomo carraspeó nerviosamente.

—Usted me dijo, señor, que copiara cualquier mensaje que llegara para la dama.

Por un momento nadie se movió. La decepción había sido tan grave que no nos atrevimos a tener esperanza.

—Léalo en voz alta —dijo Emerson con voz ronca.

Cyrus carraspeó.

—"Riccetti tiene al muchacho. Ahora es tu oportunidad, ella se irá contigo si le prometes que la llevarás con él. Debes secuestrarla sin que te vean o intentarán detenerte, ellos no caminan en la luz como tú. La que protege las puertas del inframundo nos ha dado una señal. No Le falles."

—Oh, Dios mío —dije con un suspiro—. Aplastados otra vez. Ese es el habitual galimatías psíquico. No es de más ayuda que la de la nota de Nefret.

Emerson estaba estudiando detenidamente el mensaje.

—Hay más en éste de lo que pensábamos —dijo lentamente—. Tenías razón todo el tiempo, Peabody, y espero que tengas a bien no mencionarlo más que una docena de veces al día.

Mi corazón se llenó de afectuosa admiración. Nadie, sobre todo yo misma, había dudado nunca de que Emerson era el más valiente de los hombres, pero esta fortaleza tranquila exigía más coraje que la acción vigorosa a la que por lo general era propenso. Con igual calma le respondí con tono alegre:

—Sí, querido. Te felicito por comprender las implicaciones tan rápidamente.

—Podrían explicármelo —dijo Cyrus, frotándose la frente—. Supongo que estoy un poco denso esta noche.

—Entiendo —exclamó Evelyn—. Hay dos grupos de delincuentes, tal y como creías, Amelia...

—¡Los Chacales y los Hipopótamos! —grité—. ¡Y Gertrude no es un hipopótamo!

—¡Sí! —Nos dimos la mano, y le di una palmada en el hombro.

Walter miró a su mujer como si hubiera perdido la razón. Cyrus jadeó. Emerson me miró pensativo.

—Peabody —dijo—, en caso de que no haya pensado mencionarlo recientemente, eres la luz de mi vida y la alegría de mi existencia. Vamos, querida, tenemos que volver a la *dahabbiya* de inmediato.

No hubo oportunidad de conversar durante el trayecto de vuelta, Emerson estableció un ritmo rápido y llegamos varios minutos después que él. Me apresuré a ir de inmediato a nuestra habitación, donde le encontré envolviendo un bulto de ropa en una lámina de goma india.

—Permanece en el salón esta noche —dijo, lanzando el paquete sobre la cama y comenzando a desatarse las botas—. Si alguien está mirando, le será más difícil determinar cuántos de nosotros estamos presentes.

—No necesitas explicarlo. Emerson, ¿tienes que ir?

—Ahora es la mejor oportunidad, antes de que el rastro se enfríe. Puede ser mi única oportunidad, Peabody. Debo ser visto en la tumba mañana, a la hora habitual. Maldición —añadió, tirando de la camisa—, ¿qué utilizas para coser los botones, alambre?

—Lleva a Abdullah. O a Daoud. Por favor, Emerson.

—Bien podría llevar también un cartel con mi nombre en letras negras —respondió mi marido mordazmente—. Sus caras son bien conocidas en Luxor.

—¿Y la tuya no?

Emerson me sonrió.

—Le he tomado prestada una barba a Ramsés. Una buena barba. Dejaré a Daoud contigo, podrías necesitarle, y no me atrevo a arriesgarme a llevarlo conmigo, podríamos ser vistos. Dame un beso de buena suerte, querida.

Dado que tenía la intención de hacerlo de todos modos, se lo di. Le despedí con una palabra de ánimo y una sonrisa valiente, pero después de que la puerta se cerrara detrás de él... Pero ¿por qué describir mis sensaciones o mis acciones? No me dan ningún crédito. Al fin enderecé la espalda, pegué una sonrisa en mi cara y fui a buscar a Walter y a Evelyn.

Ellos no habían anticipado las intenciones de Emerson como yo hice y nos esperaban en la cubierta superior. Walter estaba furioso con su hermano por dejarlo atrás y conmigo por permitirle irse. Los labios de Evelyn temblaron al contemplar las sillas vacías en la mesa. El mayordomo había puesto seis lugares, como de costumbre. Seis, y solo quedamos tres. ¿Cuántos de los desaparecidos volverían alguna vez?

Di instrucciones a Mahmud de quitar los platos y llevar la comida al salón. Para entonces, Walter se había calmado un poco, me pidió disculpas y aceptó que debíamos comportarnos como Emerson había sugerido. Nadie tenía mucho apetito. Sin embargo nos forzamos a comer, ya que era necesario mantener las apariencias.

A menudo se ha dicho, y yo lo creo firmemente, que el Cielo no nos manda nada más fuerte de lo que podemos soportar. Apenas había transcurrido una hora —aunque lo medí, lector, en unidades interminablemente largas— desde la salida de Emerson, y me preguntaba cómo podría soportar las interminables horas que todavía debían transcurrir, cuando el Cielo vino a mi rescate. Tan alterados estaban mis nervios que las voces fuera del salón hicieron que se me cayera el vaso y me pusiera en pie de un salto. Conocía esas voces. Una de ellas era la de Mahmud, alta en señal de protesta estridente. La otra...

Corrí a la puerta y la abrí. Mahmud tenía cogido al muchacho que se retorcía y forcejeaba por un brazo.

—No puedes entrar, no de este modo. Ve a lavar tu sucio cuerpo

y le diré a la *Sitt*...

El muchacho levantó una cara salvaje hacia la mía. Sus ojos negros estaban dilatados, sus rizos oscuros manchados de polvo, su *galabbiya* rota.

—Suéltalo —dije—. David, ¿dónde está Ramsés?

Antes de que Mahmud pudiera obedecer o David responder, la gata *Bastet* emergió de las sombras de la cubierta, examinó la situación y saltó sobre la espalda de Mahmud. Mahmud gritó y soltó el brazo de David. *Bastet* bajó de un salto y pasó delante de mí para dirigirse hacia la mesa del comedor.

Metí al niño en la habitación y cerré la puerta. Al principio no pude hacer que se sentara o hablara coherentemente. Siguió tirando de mí, pidiendo que fuera con él.

Fue Evelyn quien intervino, separando suavemente mis manos de David y las suyas de mí.

—Deja de sacudirle, Amelia. David, siéntate aquí junto a mí. Estoy tan contenta de que estés a salvo.

—¿Pero él no? ¿No está aquí? —Su cuerpo tenso se relajó cuando ella le rodeó con un brazo y David dejó escapar un largo suspiro sin aliento.

—Cuéntanos que pasó —pidió Evelyn—. Dinos lo que sabes. Habla en árabe, será más rápido y más fácil.

Creo que solo ella podría haber conseguido una explicación sensata del niño. Él habló con frases cortas y declarativas, mirándola con ansiedad como si fuera vital que ella entendiera. Evelyn pareció seguirle sin dificultad. Tal vez esas largas conversaciones entre ellos habían mejorado su árabe así como el inglés de David. Sin duda, habían establecido el vínculo de algo más cálido y más complejo que la amistad.

Era como yo pensaba: Ramsés había decidido asumir la tarea de localizar a Riccetti. David ni siquiera había intentado disuadirlo, tenía un respeto totalmente desproporcionado en las habilidades de Ramsés.

—¿Y no es mi hermano? Dónde él va, yo voy.

Habían “tomado prestado” un bote y remado a través del río.

—Ella —dijo David, indicando a *Bastet*—, también vino.

—¿Ha estado con vosotros todo este tiempo? —preguntó Walter, mirando sin humor a la gata, quien estaba curioseando

tranquilamente entre la comida sobrante.

—Déjale que lo cuente en el orden correcto, Walter —dijo Evelyn—. Sigue, David.

Tuve que admitir que Ramsés se había ocupado del asunto de manera más inteligente de lo que hubiera esperado. Sabiendo que a un *fellah* descalzo jamás se le permitiría entrar en uno de los grandes hoteles, se disfrazó muy inteligentemente con lo que podría haber sido confundido con una especie de librea: sandalias, túnica blanca limpia y fez rojo. Pretendiendo llevar un paquete para ser entregado al señor Riccetti, había hecho las rondas por los hoteles, sin, no tengo necesidad de añadir, éxito. También había tomado la precaución de decirle a David que le siguiera a una distancia discreta, con la gata.

—Todos en Luxor la conocen —explicó David—. No puede ser vista con él. Le ordenó que se quedara conmigo.

Miré a *Bastet*. Ella levantó la cabeza de mi plato y me dirigió una mirada fría y evaluadora. La criatura era realmente extraña, y la relación de Ramsés con ella era una que no tenía ganas de explorar.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Walter.

Entonces Ramsés había visitado a los comerciantes de antigüedades.

—Oh, por Dios —exclamé—. ¡Así es como Riccetti le descubrió! La mitad de ellos trabajan para él y la otra mitad le tienen terror.

—Shhhh —dijo Evelyn—. Déjalo que continúe.

Enseguida contó el resto de la historia. Ramsés salió de una de las tiendas con una sonrisa engreída (David no usó esa expresión, pero yo conocía lo bastante a Ramsés como para imaginarla) y, después de hacerle señas a David, se adentró directamente en los callejones. Le habían dado una dirección, o mejor dicho, ya que los nombres de calles y números son desconocidos en Luxor, direcciones. Quedándose atrás, como se le había dicho, David estaba a tres metros de distancia cuando un hombre salió de una puerta oscura y agarró a Ramsés, poniéndole una mano sobre la boca.

Consiguió un poco más de lo que esperaba. Ramsés era tan escurridizo como una anguila y sin restricciones con escrúpulos de caballerosidad. Se las había arreglado para liberar la boca lo suficiente para gritar.

—Dijo “corre” —añadió David—. Y corrí.

—¿Y la gata?

—Él le dijo: “Quédate con David”. Corrí y ella corrió conmigo, para encontrarla y llevar ayuda. Eso es lo que él dijo que hiciera. —El chico estaba temblando otra vez—. Otro hombre me persiguió. En la orilla del río busqué el bote. No estaba allí. A continuación, un hombre dijo: “¿Quieres ir al otro lado del río? Sube a mi bote, tú y la gata; voy a casa”. El hombre que me seguía estaba cerca. Tenía miedo. Así que subí al bote y llamé a *Bastet* para que viniera. Pero cuando llegamos al otro lado...

Se había despertado en una habitación sin ventanas con el suelo de tierra, sin recordar cómo había llegado hasta allí. Le dolía la cabeza y su boca estaba seca. A tientas en la oscuridad, había encontrado una botella de agua, y después de saciar su sed había explorado la habitación a través del tacto. La única puerta era de madera pesada, debía haber estado cerrada en el exterior, ya que no había cerradura y no cedió cuando se lanzó contra ella. No había muebles en la habitación, ni siquiera un montón de trapos sobre los que tumbarse, pero le habían dejado el cuchillo. Así que, después de golpear la puerta y gritar hasta volverse ronco, empezó a cavar en los ladrillos de barro de una de las paredes. No había llegado muy lejos antes de que el mareo se apoderara de él y se quedara dormido.

—El agua debía estar drogada —dije—. Pero entonces, ¿cómo has salido?

—Cuando me desperté, la puerta estaba abierta —dijo David—. Y la gata *Bastet* estaba allí, lamiéndome la cara. Luego vine aquí. Ahora, por favor, ¿vamos a buscar a Ramsés?

# Capítulo 14

***"La mayoría de la gente obedece las órdenes de un individuo que les está apuntando con una pistola".***

No podríamos haberlo frenado, incluso si no hubiéramos estado ardiendo por perseguir el mismo fin. Cada centímetro cuadrado del cuerpo delgado del muchacho se estremecía de frustración. Solo podía imaginar cuánto le había costado huir en lugar de apresurarse a ayudar a Ramsés. Un intento de rescate habría sido peor que inútil, pero la mayoría de los muchachos no habrían exhibido ese grado de auto-disciplina y sentido común.

Nuestra decisión fue unánime y prácticamente instantánea. Walter ni siquiera protestó cuando Evelyn declaró su intención de ir con nosotros. Nuestras fuerzas ya estaban peligrosamente divididas, teníamos que estar juntos de ahora en adelante.

Convencí a David de que comiera y bebiera algo mientras hacíamos los preparativos necesarios. El chico no había comido nada desde la noche anterior y había tenido miedo de arriesgarse con otro trago de la botella contaminada, pero se puso de pie, listo y esperando, cuando volví al salón y me senté a escribir una breve nota para Emerson y otra para Cyrus Vandergelt.

Había una serie de cuestiones que quería preguntarle al chico, pero podían esperar. Tendrían que esperar. Era obvio para todos nosotros que no nos atreveríamos a retrasarnos.

Una vez que Riccetti se enterara de la fuga de David podría verla como una violación de sus órdenes y si, como el muchacho dijo, nos podía guiar al lugar exacto en el que Ramsés había sido visto por última vez, el villano podría decidir trasladar a su cautivo a una localización más segura, antes o después de obtener el "recordatorio" que nos había prometido.

Walter había ido a decirle a Daoud que íbamos a cruzar a Luxor. Cuando se unió a nosotros para anunciar que todo estaba listo, su semblante firme me aseguró que podía contar con que no me fallara, pero ¡oh, cómo quería que fuera Emerson quien estuviera a mi lado!

Ocultar nuestra partida no habría sido posible. Ahora la velocidad era nuestra mayor esperanza. Podría haber deseado unas cuantas armas más, tenía mi pistola y mi cuchillo, pero debido a los prejuicios de Emerson contra las armas de fuego, ese era todo nuestro arsenal. Un armamento ínfimo con el que hacer frente a un hombre como Riccetti y sus matones a sueldo. Me recordé que la fortuna favorece a los valientes, y no al grupo con más rifles. El adagio me habría animado más si no hubiera sido capaz de pensar en tantos ejemplos que lo contradecían.

No fue hasta que Daoud corrió a nuestro encuentro y envolvió a su primo en un cálido abrazo, que me di cuenta que debería haber enviado una misiva a Abdullah. Sin embargo, su ansiedad debía prolongarse necesariamente, ya que no había tiempo de convocarlos a él y a nuestros hombres, ni siquiera para enviar un mensajero. Necesitábamos a Daoud.

Una vez que nos sentamos en el bote, le pedí a David que explicara algunos detalles que la urgencia le había obligado a omitir. Mi primera pregunta se refería a la ubicación del lugar donde había sido encarcelado. Me informó que no había estado en Gurneh, sino más al sur, cerca de la pequeña aldea de Medinet Habu.

—Bastante cerca —murmuré—. Evelyn, ¿podríamos haber estado equivocadas acerca de Abd el Hamed? Su odio hacia el hombre que le mutiló podría haber vencido al miedo o al deseo de ganar dinero. Debe haber sido la gente de Riccetti quienes atraparon a David... pero entonces, ¿quién le liberó?

David fue incapaz de satisfacer mi curiosidad sobre este punto. No se había quedado para examinar el exterior de la puerta, tan pronto como se aseguró de que nadie estaba acechándole, había corrido directamente a la *dahabbiya*. Sin embargo, él no tenía ninguna duda en cuanto a la identidad de su salvador.

—Ella —dijo, asintiendo con la cabeza en dirección a *Bastet*, situada en el banco junto a él.

—Vamos —exclamó Walter—. La puerta debe haber sido atornillada o cerrada con una barra. Incluso concediendo a la criatura la suficiente inteligencia como para comprender el mecanismo, no habría tenido fuerza.

—Hubiera sido más sensato de su parte venir a buscarnos y guiarnos a tu prisión —dije, dándole a la gata una mirada crítica. Ella bostezó.

—Él le dijo que se quedara conmigo —explicó David.

Walter meneó la cabeza con tanto énfasis que sus anteojos se le resbalaron. Se los colocó de nuevo.

—Cuando David golpeó la puerta debió haber aflojado la barra, esa es la única explicación posible. Eres tan supersticiosa como el niño, Amelia. Es solo una gata, ya lo sabes, no un ser sobrenatural.

—Ella —dije haciendo hincapié inconscientemente en el pronombre, como David había hecho—, tiene algunas cualidades más parecidas a las de un perro que a las de una gata. Espero que pueda captar el rastro de Ramsés.

—Ridículo —murmuró Walter.

No habría tenido que convencer a Emerson, quien sabía, como yo, que *Bastet* también podía ser útil en una pelea. Había dejado la espalda del pobre Mahmud llena de arañazos, y solo había estado ligeramente molesta con él. Me mordí el labio para contener una respuesta irritable. Walter estaba haciendo todo lo que podía, pero no podía evitar ser cómo era, yo habría dado una fortuna por que volviera a ser el hombre que una vez fue, el galante joven que había arriesgado su vida por la lealtad y el amor.

Evelyn fue la primera en romper el silencio que siguió.

—Estamos a mitad de camino. ¿No deberíamos disfrazarnos ahora y hacer los planes finales?

Los disfraces habían sido idea suya. Yo dudaba que fueran a ayudar mucho, pero había estado tan interesada en el plan que no discutí, ni pregunté dónde había adquirido el vestido negro y el velo para la cara. Yo tenía los míos, por supuesto. Siempre tengo un conjunto así en el armario. Una nunca sabe cuándo se puede presentar una emergencia.

Nos los pusimos y Walter se puso una *galabbiya* por la cabeza. No había mucho más que pudiéramos hacer. Nuestros planes, tal y como estaban, ya habían sido formulados. Cuando atracamos di las

instrucciones finales a Daoud.

—Mantente a distancia, Daoud, y en las sombras. Mira por dónde vamos. Si entramos en una casa, cuenta hasta diez... Espera hasta haber contado hasta quinientos. Si no salimos para entonces, o si escuchas sonidos de disparos en el interior, vete y cuéntale al señor Vandergelt lo que ha sucedido.

Daoud era un hombre grande y tranquilo que me sujetaba con considerable asombro. Nunca se había opuesto a una orden mía. Se opuso a esta, acaloradamente. Me vi obligada a blandir mi sombrilla.

Anónimas con nuestras prendas de vestir negras, las mujeres caminábamos humildemente detrás de Walter y David. La mano de Walter estaba sobre el hombro del muchacho, un gesto aparentemente amistoso, pero yo sabía lo que Walter estaba pensando: que David podía llevarnos a una emboscada. Evelyn habría negado la posibilidad indignadamente, yo misma no lo creía, pero la creencia no es certeza. Era uno más de los riesgos que nos habíamos visto obligados a correr.

Luxor solo tiene doce mil habitantes, pero algunos de ellos viven hacinados en áreas oscuras y estrechas como las de los barrios pobres de una ciudad. No eran tan oscuras esa noche. El Festival Menor de Bairam, que sigue al ayuno del Ramadán, se celebraba con visitas de ceremonia y entrega de regalos. Pasamos delante de puertas abiertas hospitalariamente, y grupos de personas charlando, pero cuando David finalmente se detuvo, las voces se habían apagado y las casas de los alrededores estaban a oscuras.

—Aquí —susurró—. Fue aquí donde el hombre lo atrapó.

Instintivamente nos juntamos, con una pared a nuestras espaldas. Ahora era asunto de la gata y cuando hay tanto pendiente de sus supuestos talentos era difícil, incluso para mí tener mucha fe en ellos. Estaba a punto de hablar con ella cuando mis ojos, registrando lo que me rodeaba, cayeron en algo que reconocí.

—Esa es la casa —susurré, señalando.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Walter.

—Sería demasiado largo de explicar. —Estudié la fachada de la casa.

Al igual que las otras que lindaban a ambos lados, tenía varios pisos de altura, su superficie de estuco solo estaba rota por ventanas

cerradas a ambos lados de la puerta y un balcón sobre la misma.

¿Era esta vivienda el cuartel de Riccetti en Luxor? Sin duda era la casa de la que había salido el hombre grande que, ahora me daba cuenta, trató de interceptarme. A medida que continuaba estudiándola, observé varias características interesantes. Por un lado, las persianas eran sólidas, y tan bien sujetas a los marcos que ni un solo rayo de luz escapaba. Los habitantes debían ser personas poco sociables que no animaban a los visitantes, ni siquiera durante los días del festival. Lo mismo podía decirse de las casas a ambos lados y las que había enfrente del camino angosto. Toda la zona estaba a oscuras y en un silencio poco común, me preguntaba si Riccetti poseía o controlaba todas las casas de la calle.

Si hubiera apostado un guardia estábamos acabados, pero pensé que no se tomaría la molestia. Las paredes sólidas y las ventanas cerradas convertían las casas en virtuales fortalezas. Decidí no perder el tiempo buscando una puerta trasera. Probablemente había una, pero podríamos no ser capaces de distinguirla de los demás, y si ofrecía una vía más fácil de entrada, sin duda estaría vigilada.

Me quité las prendas de vestir negras y las pateé.

—Levántame sobre tus hombros —le dije a Walter, indicando el balcón.

Era el único camino posible, él lo sabía también, pero se sintió obligado a afirmar su masculinidad.

—Tú no. Yo...

—Yo no puedo levantarte, idiota. —Me obligué a decir las palabras entre los dientes apretados—. Si discutes conmigo, Walter, yo, yo... me veré obligada a golpearte.

—Haz lo que ella dice —dijo Evelyn. Ella tenía su sombrilla en la mano. La había escondido debajo de su túnica.

Fue más bien un asunto complicado, ya que tenía prisa, e incluso de pie sobre los hombros de Walter no pude llegar al balcón. Si Emerson hubiera estado allí... me obligué a borrar la imagen seductora de mi mente y encontré una grieta lo suficientemente grande para la punta de mi bota. A partir de ahí, para ser honesta no sé cómo lo logré, pero lo hice porque tenía que hacerlo.

Las persianas allí no eran tan sólidas. No podía ver ninguna luz entre los listones de madera y esperaba que eso significase que la

habitación estaba vacía. No pude evitar hacer algunos pequeños ruidos cuando pasé la hoja de mi cuchillo a lo largo de la abertura entre las persianas y forcé el perno interior. Las malditas bisagras chirriaron.

Había tenido que dejar mi sombrilla atrás, pero tenía mis herramientas habituales, y mientras dudaba en la oscura abertura, supe que debía arriesgarme a encender una cerilla.

La habitación era un dormitorio, insuficientemente equipada con catres, unas pocas mesas y una variedad de vasijas de cerámica. Se parecía al dormitorio de uno de los colegios de internos más baratos. Cuarto de matones, decidí, les servía bien. Era una suerte que hubiéramos llegado cuando lo hicimos, un par de horas después la habitación podría haber estado llena de hombres dormidos.

Me correspondía darme prisa, en caso de que uno de ellos decidiera acostarse temprano. Me detuve solo el tiempo necesario para encender mi linterna sorda. Luego me acerqué de puntillas a la puerta y la abrí despacio.

La habitación daba a un pasillo que rodeaba los cuatro lados de una escalera abierta. Desde abajo oí voces y vi el resplandor de una luz. La indecisión, que rara vez me aflige, me golpeó ahora. ¿Debería intentar abrir la puerta delantera, o debería continuar de inmediato con mi búsqueda de Ramsés?

De hecho, la decisión no fue difícil. Había gente abajo, llegar a la puerta sin ser vista y quitar los pernos, barras o cerraduras, sería difícil si no imposible.

Tenía otra razón para preferir la segunda alternativa. No necesito explicar la razón a ningún padre.

Me armé de valor para abandonar la seguridad ilusoria de la habitación cuando algo empujó contra mi tobillo y un sonido como el zumbido de un insecto gigante golpeó mis oídos. Me di la vuelta, con el cuchillo en alto y vi una forma oscura recortada contra la abertura de la ventana.

—Soy yo, *Sitt*, y la gata *Bastet*. ¡No me golpee!

Me tragué el corazón, al menos así fue como lo sentí, y conseguí hablar.

—¡David! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Trepo. —Se acercó silencioso como una sombra, con los pies descalzos—. El señor Walter Emerson dice, abre la puerta. Si no,

sube también.

Me sentí un poco mejor, por cobarde que fuera, al tener a ambos conmigo. Es muy solitario estar en una casa oscura llena de enemigos.

La gata seguía ronroneando. (Es un hecho bien conocido que los sonidos familiares no son fáciles de identificar en un ambiente desconocido.) Me agaché para acariciarle la cabeza.

—No creo que podamos llegar a la puerta —susurré—. Lo más importante es encontrar a Ramsés, si está aquí.

—Está aquí. *Bastet* lo sabe. Trepó a mi hombro. Ahora escuche, ronronea.

—Demasiado fuerte. *Bastet*, deja de ronronear.

Obedeció. Walter habría dicho que era una coincidencia.

—No debemos ser descubiertos, David. Si Ramsés no está en la casa, es mejor que Riccetti no sepa que estuvimos aquí. Y por amor de Dios, ¡habla árabe! El inglés te está saliendo muy bien, pero no es el momento de practicar una nueva lengua.

Sentí más que vi cómo asentía con la cabeza.

—*Sitt*, sostiene el cuchillo mal. Golpee hacia arriba, no hacia abajo.

Era un buen consejo práctico, dadas las circunstancias, aunque no lo que yo esperaba.

—Lo sé —dije tímidamente—. Se me olvidó.

—No lo olvide. Venga.

Maldito chico, estaba empezando a sonar como Ramsés, tratando de darme órdenes y tomar las riendas. También la gata (pero esa es la costumbre de los gatos). Ella nos precedió por el pasillo, balanceando la cola y guiándonos escaleras arriba.

Las puertas de este nivel estaban más cerca y el suelo estaba astillado y desgastado. Cada paso producía un chillido o un gemido que parecía resonar como un disparo de pistola. Utilicé mi linterna lo menos posible, cada vez que abría la pantalla sentía como si la luz fuera visible en toda la casa.

*Bastet* continuó adelante, pasando por puerta tras puerta cerrada. Parecía muy segura, pero eso, una vez más, era una característica de los gatos. Mi fe en ella empezó a vacilar. ¿Cómo podía saber a dónde iba? Este piso superior, desnudo y vacío como estaba, no era el lugar más lógico para encerrar a un prisionero.

Habría esperado que los gustos de Riccetti viraran a algo más desagradable, una cueva húmeda y lúgubre a gran profundidad, con agua goteando de las paredes, con ratas y serpientes...

Tan terrible y omnipresente fue esa imagen mental que David tuvo que cogerme de la manga antes de que yo lo viera: un delgado rayo de luz se extendía a través de los tablones desgastados como un hilo de oro. La puerta por la que salía estaba cerrada, pero el lado de las bisagras estaba un poco deformado.

*Bastet* se sentó en frente de la puerta y me miró expectante. Cerré el obturador de la linterna y me acerqué a David.

—Creo que habrá un guardia.

—*Aywa*. Si está cerrada, déjeme hablar a mí. Si se abre, entraré primero.

No lo creo, hijo, pensé, buscando mi pistola. Esperaba no tener que disparar y dar la alarma a toda la casa, pero si Ramsés estaba allí haría todo lo que tenía que hacer para sacarlo. La visión de la pistola podría ser suficiente. La mayoría de la gente obedece las órdenes de un individuo que les está apuntando con una pistola.

David llegó a la puerta antes que yo. Empujó el pestillo y abrió la puerta en un solo movimiento.

Había un guardia. Era el hombre grande que había visto una vez.

Según he observado, es un error muy común cometido por los delincuentes contratar a un hombre muy grande en vez de a uno más pequeño y más rápido. Este hombre se levantó de su silla con la pesada deliberación de una montaña en movimiento.

—Alto —dije en voz baja, pero enfáticamente—. No haga ruido o dispararé.

El hombre se detuvo. David también se detuvo. Sostenía el cuchillo como me había sugerido y no dudé que lo habría usado.

—Túmbese en el suelo —fue mi siguiente orden—. ¡Rápido!

En lugar de obedecer, el tipo paseó la mirada de mí al muchacho. Frunció el ceño. Estaba pensando. Obviamente, era un proceso doloroso, pero por desgracia, pareció tener el suficiente sentido común como para sopesar sus opciones con precisión. Su curiosa mirada se movió a la gata, que estaba sentada a un lado, observando con la misma frialdad que un espectador un juego, y luego se volvió a mí, y una lenta sonrisa se extendió por su cara.

Lamenté mucho haber tenido que abandonar mi sombrilla; debió haber sido la vista de esa arma mágica lo que le había asustado antes. Ahora había decidido que un niño y una mujer privada de su magia no presentaban ninguna amenaza real. Cualquier sonido, un disparo de pistola o el sonido de una lucha, atraería a los demás. Parecíamos estar en una especie de callejón sin salida.

Con un sonido como un resoplido de disgusto, *Bastet* se agachó y saltó directamente a la cara del hombre. Este se tambaleó hacia atrás, su grito silenciado, primero por cuatro kilos de gato y luego por la silla que David estrelló sobre su cabeza. Cayó de lado sobre la cama y sobre los pies de Ramsés, que yacía en la cama.

Yo ya había visto a Ramsés, por supuesto, pero había estado demasiado concentrada en vigilar como para lanzarle más que una fugaz mirada. Tampoco ahora pude atenderle. Tuve que golpear al hombre varias veces con la culata de la pistola antes de que dejara de retorcerse. Como no quería matarlo (no mucho), hubo que atarlo y amordazarlo. No había sábana en el duro camastro, ni siquiera una manta. David tuvo que renunciar a su túnica, que rompió en tiras.

Supongo que todo el asunto duró solo unos minutos, pero pareció durar horas. Esperando oír pies en el pasillo de un momento a otro, frenética por asegurarme de que mi hijo aún vivía, preguntándome cómo diablos íbamos a sacarlo si no podía despertarle, bien, no fue un intervalo agradable. Cuando me giré hacia la cama, Ramsés no se había movido. La gata estaba sentada junto a él, lamiéndole la cabeza. Ella tuvo la amabilidad de no poner objeciones cuando la aparté y atraje a Ramsés a mis brazos.

Su cabeza cayó hacia atrás sobre mi hombro. No había ninguna duda de qué le pasaba, su cara sucia llena de moretones tenía un aspecto de absoluta felicidad. Ramsés siempre había querido experimentar con el opio, de un modo puramente científico, afirmó. Había conseguido su deseo.

—Drogado —jadeé—. Vamos a tener que llevarlo. Agarra sus pies.

Lamenté que Ramsés hubiera crecido tanto el año pasado. Era más pesado de lo que había esperado, gracias al cielo no era un peso muerto, pero estaba lo bastante cerca. Lograr bajarlo por las escaleras fue la parte más difícil. Mis brazos y hombros estaban

muy cansados para entonces, y su trasero siguió golpeando los escalones.

Mi objetivo era la habitación por la que había entrado en la casa, y la imagen de esa habitación poco atractiva se cernía ante mis ojos tensos con toda la seducción del Paraíso. Si pudiéramos llegar antes de que nos interceptaran, estaríamos a salvo. Los sonidos de la planta baja habían aumentado en volumen y en jovialidad, los matones debían tener su fiesta privada. Sinceramente esperaba que se divirtieran. Si uno de ellos se cansaba de la fiesta y decidía ir a la cama... dirigí una breve oración a ese poder que rige nuestros destinos, pero me temo que sonó más como una orden:

—¡Mantenlos abajo!

Estábamos en el último tramo del corredor, con la puerta deseada a solo tres metros de distancia, cuando se abrió. Creo que habría gritado si hubiera tenido aliento suficiente. David, delante de mí, dejó caer los pies de Ramsés y cogió el cuchillo que había pegado a la cinturilla de los pantalones sueltos que eran la única prenda de vestir que le quedaba.

Había suficiente luz en la escalera para distinguir la piel de Walter. David podría no haber reconocido su rostro, pero las botas y los pantalones europeos le advirtieron a tiempo. Devolvió el cuchillo a la cintura y Walter cogió a Ramsés.

—Ya vienen —dijo—. Deprisa.

Nunca supimos qué fue lo que despertó las sospechas de los hombres de abajo, ¿el ruido sordo de los talones de Ramsés contra el suelo, o algún sonido desde fuera? Debió haber sido lo suficiente como para no alertarlos, porque se acercaron lentamente, y oí a uno hacer un comentario en broma sobre oír *afreets*.

Evelyn estaba esperando detrás de la puerta, la cerró tan pronto como estuvimos dentro.

—¿Cómo...? —comencé.

—Asegura la puerta —cortó Walter—. Ciérrala y empuja los muebles contra ella. —Llevando a Ramsés, salió al balcón.

Evelyn empujó el pestillo; era una cosa frágil, solo una tira de madera con bisagras, pero resistiría durante un tiempo. La dejé a ella y a David moviendo muebles y seguí a Walter.

Estaba apoyado sobre el borde del balcón, llegué a tiempo de verlo dejar caer a Ramsés a los brazos en alto de Daoud.

—Ahora, *Sitt* —gritó Daoud.

Me hubiera arriesgado si hubiera estado sola, pero no había tiempo para que todos saliéramos por ahí. Nuestros adversarios nos habían descubierto, estaban gritando y golpeando la puerta de la habitación. Tarde o temprano a alguno se le ocurriría que el balcón era nuestra única vía de escape.

Walter corrió hacia el interior y yo dije a Daoud:

—No, es demasiado tarde. Corre... pon a Ramsés a salvo y trae ayuda. Vete, antes de que salgan de la casa.

Incluso mientras hablaba, oí el ruido de cadenas y tornillos en el interior de la puerta delantera. Daoud me miró boquiabierto.

Le grité el peor nombre árabe que sabía. Entre Ramsés y Emerson, sabía bastantes. Él saltó como si le hubiera golpeado y corrió, con Ramsés sobre un hombro. Todavía estaban a la vista cuando, como yo había temido y esperado, se abrió la puerta delantera. Uno de los matones salió disparado, pistola en mano, y comenzó la persecución.

Le disparé por la espalda. No era algo deportivo, pero la alternativa habría sido menos aceptable. Cayó, dejando caer la pistola, pero yo sabía que no lo había matado porque gritaba mucho. Por fin alguien lo arrastró hacia el interior. Yo no quería perder más balas, así que fui a buscar una olla (con un olor fuerte de los restos de la cena de alguien), y cuando la puerta volvió a abrirse y apareció otra cabeza, le arrojé la olla encima.

—Eso debería retenerlos durante un tiempo —dije, volviendo con mis compañeros—. Pero me temo que la salida es ahora inútil. Nos pueden cubrir desde la puerta. ¿Cómo van las cosas?

Pude ver la respuesta por mí misma y era desalentadora. La puerta retumbó bajo los duros golpes, debían estar usando algún mueble pesado como ariete. Todas las camas y mesas habían sido apiladas contra la puerta, pero eran cosas frágiles y no podrían sostenerse mucho tiempo una vez que la puerta cediera, algo que sería pronto.

—¿Escaparon? —jadeó Evelyn.

Una respuesta sincera habría sido «Espero que sí», pero era seguro asumir que la moral de mis compañeros necesitaba de un poco de estímulo.

—Sí —dije con firmeza—. ¿Podemos contener a estos hombres

hasta que llegue la ayuda?

—Oh, desde luego, si llega en los próximos cinco minutos —dijo Walter con un sarcasmo horrible—. Me parece recordar que le dijiste a Daoud que debía ir donde Vandergelt si no regresábamos.

Había tenido la esperanza de que no se acordara de eso, y esperaba aún más que Daoud no lo recordara. No había habido tiempo para darle instrucciones precisas.

—Tonterías —dije—. Él tiene más sentido que retrasarse tanto tiempo. Buscará la ayuda más a mano.

—Sin duda, uno de los vecinos llamará a la policía —dijo Evelyn.

Walter, que parecía estar en un estado de cierta exasperación, habría hecho otro comentario sarcástico si yo no le hubiera dado un pequeño empujón.

—Sí, por supuesto —respondí—. Pero nosotros debemos hacer un balance de nuestro armamento, por si... eh... por si acaso.

Uno de los catres de hierro cayó con estrépito. La puerta vibró con violencia.

—David tiene su cuchillo —grité—. Yo tengo un cuchillo y una pistola. Walter, mejor que tomes mi pistola.

—Yo también tengo un cuchillo —dijo Walter, sacándolo de la cintura—. Daoud me dio uno de los suyos.

—¡No lo sostengas de esa manera! —Le hice una demostración con el mío—. Es más probable que un golpe furtivo acierte un punto vital que... —Una de las bisagras cedió y la puerta se combó. Un grito de triunfo desde afuera me obligó a levantar la voz aún más—. No importa, Walter, hazlo lo mejor que puedas. Evelyn, ¿prefieres el cuchillo o la pistola?

—Lo que prefieras, Amelia —dijo Evelyn cortésmente.

—Toma la pistola, entonces —grité.

Y de repente la lucha se detuvo. La puerta, colgando de una bisagra, ya no se movió. Las voces del exterior se redujeron a un murmullo. Fuertes pisadas corrieron por el pasillo.

El siguiente sonido golpeó mis oídos desde el exterior de la casa. Un grito alto, ondulante e inhumano que habría erizado el pelo del cuello de un perro. Un grito así podría haber atravesado la noche cuando la Muerte cabalgaba sobre el viento y una *banshee* en las almenas anunciaba la caída de una casa antigua.

Conocía el sonido.

—¡Salvados! —grité y corrí hacia el balcón.

Uno de los hombres llevaba una antorcha. A su luz, la cabeza de Kevin parecía como si estuviera en llamas. Había dejado de gritar y estaba gritando mi nombre. Daoud estaba allí, y el *Mirror*, el *Times* sostenía la antorcha. No conocía a los otros, pero había al menos una docena, algunos con traje de noche, algunos con *galabbiyas* y turbantes.

—¡Salvados! —grité de nuevo—. ¡Vivan los O'Connell!

Kevin miró hacia arriba.

—¡Y los Peabody! ¿Va a bajar, señora E, o entramos? —Una bala silbó junto a él y se apresuró a añadir—: Lo último, creo. ¡Espere!

Nuestros rescatadores se pusieron a cubierto, y justo a tiempo; una ráfaga de disparos estalló desde la puerta. Oí al *Times* jurar y deduje que una bala le había rozado pero no lo suficiente como para afectar a su vocabulario.

Una mano me agarró y me llevó de vuelta a la habitación.

—Maldita sea, Amelia —mi cuñado de modales suaves rugió—. ¿No sabes que es mejor no quedarse charlando cuando la gente te está disparando?

—No hay necesidad de usar malas palabras, Walter —contesté —. Todo está bajo...

La puerta cayó con estrépito, derrumbando mesas astilladas y catres. Un hombre apareció en la abertura. Antes de que cualquiera de nosotros pudiera moverse, aferró con un brazo de hierro a la persona más cercana. La persona fue David.

Después del primer grito involuntario, el chico permaneció en silencio e inmóvil como una estatua, como creo que cualquiera hubiera hecho, cuando la hoja de un cuchillo se apoyó en su garganta.

Desde la puerta abierta, una voz dijo:

—Enhorabuena, señora Emerson. Parece que ha ganado esta escaramuza. La próxima victoria será mía.

Por primera vez desde que lo conocí, Riccetti estaba de pie sin apoyo. Su gran anchura llenaba la puerta, pero algo en su actitud me dio la sensación de que no era tan débil como había aparentado.

Por un momento no entendí por qué parecía estar admitiendo la derrota. Estábamos casi indefensos. Como yo, Walter estaba

inmóvil, incapaz de atacar, mientras el cuchillo amenazara al joven.

Entonces vi que Evelyn apuntaba a Riccetti con la pistola. La sostenía con ambas manos, pero el arma no vaciló.

—No habrá otra escaramuza —dije, dejando escapar el aliento —. Ha perdido la guerra, Riccetti. Dígale a su hombre que suelte al chico o ella apretará el gatillo. Podrías hacer un disparo de advertencia, Evelyn... a unos cuantos centímetros por encima de su cabeza, tal vez.

Evelyn me lanzó una mirada rápida y angustiante, y Riccetti se rió.

—Dudo que vaya a hacer algo tan poco femenino. Sin embargo, en lugar de correr el riesgo, huiré y viviré para luchar otro día. Mis hombres se quedan hasta que yo esté fuera de la casa, así que no me sigan.

Se dio la vuelta. El hombre que sostenía a David era el hombre grande que habíamos dejado atado e inconsciente escaleras arriba. Al parecer, era del tipo que guardaba rencor. Sus ojos brillaron cuando preguntó:

—¿Qué haré con este?

Riccetti ni siquiera hizo una pausa.

—Córtale el cuello.

No creo que Evelyn tuviera la intención de disparar. El movimiento de su dedo en el gatillo fue involuntario, un reflejo de puro horror. Pese a que ni se acercó a su objetivo, tuvo el efecto de apresurar a Riccetti y, sobre todo, de distraer al hombre grande durante un segundo vital.

En ese instante Walter saltó. Asesino, víctima y rescatador cayeron al suelo en una maraña de miembros. Corrí hacia adelante, cuchillo en ristre, Evelyn estuvo allí antes que yo, pero ambas éramos incapaces de actuar. Fue todo lo que pudimos hacer para evitar los cuerpos que se agitaban y los brazos que se sacudían. Primero un hombre estaba arriba, luego el otro, David yacía hecho un ovillo, con los brazos sobre su cabeza mientras pies y puños arremetían contra él.

El agarre de Walter falló, su cuchillo cayó al suelo y cogió la muñeca derecha de su oponente con ambas manos, ejerciendo toda su fuerza para aflojar el cuchillo del otro hombre. Por un momento pareció como si fuera a prevalecer. Entonces, el hombre cambió su

peso y Walter acabó sobre su espalda. Su cabeza golpeó el suelo lo bastante fuerte para aturdirlo momentáneamente. Su rival liberó el brazo de un tirón, se puso de rodillas y golpeó.

Con un grito casi tan penetrante como el aullido sobrenatural de O'Connell, Evelyn vació el cargador del repetidor. Saltando por encima de David, sacó a Walter de debajo del cadáver de su enemigo y le levantó la cabeza en sus brazos.

Rara vez me veo incapaz de actuar por puro asombro. Esta era esa ocasión. Sin embargo, parecía que la acción no era necesaria. La puerta de la planta baja había cedido y nuestros rescatadores estaban en la casa. David estaba sentándose, los ojos de Walter estaban abiertos, y el hombre grande, sin duda, muerto. Evelyn, ¡mi dulce Evelyn! le había disparado cuatro veces en pleno pecho.

Pies golpeando las escaleras y hombres congregándose en la habitación.

—Gracias a Dios y a todos los santos —exclamó Kevin—. Escuchamos disparos y nos temimos lo peor.

Enfundé mi cuchillo en su vaina.

—Como pueden ver, caballeros, tenemos la situación bajo control. De todos modos, estamos muy agradecidos por su ayuda.

—Querido —gritó Evelyn—. Le has salvado, está ileso. Pero, ¡oh, cielos, estás herido!

—No es nada —murmuró Walter—. Pero tú, querida mía, ¿estás herida?

—¡No, cariño!

—¡Cielo!

—Bien, bien —dijo una voz desde la puerta—. Parece que he llegado justo a tiempo para una de esas conversaciones asquerosamente sensibleras. ¿Qué has estado haciendo, Peabody?

—¡Emerson! —Me arrojé en sus brazos—. ¡Oh, Emerson, estás a salvo! Querido...

—Por favor, Peabody, ahórrame otro intercambio de sentimentalismo público. Por la rapidez con que te has movido, creo que puedo asumir que no estás herida. —Me puso suavemente a un lado y se arrodilló junto a su hermano.

—Es solo un rasguño —le aseguró Walter.

—Por Dios —dijo Emerson—, qué cosa más estúpida para decir. Has estado leyendo demasiadas novelas de suspense. —Le quitó la

chaqueta—. Hum. No es grave. No te quedes ahí sentada canturreando, Evelyn, rompe alguna prenda de ropa superflua o de otra índole y véndale el brazo. —Cerró la mano sobre la de Walter e intercambiaron una larga mirada antes de que Emerson se pusiera en pie.

—Ramsés está a salvo, Emerson —dije.

—Lo sé. —Vaciló por un momento—. Lo siento, Peabody. Ni rastro de ella. No hay que preocuparse, apenas había comenzado mis preguntas y no creo que la situación sea tan desesperada como ésta. Lo que me recuerda, ¿fuiste tan descuidada como para permitir que ese bastardo de Riccetti escapara?

Sabía que la pequeña broma de Emerson era tan solo su manera de ocultar su propia ansiedad con el fin de disminuir la mía. Estaba a punto de responder de la misma manera cuando uno de los observadores interesados se aclaró la garganta.

—Disculpe, Profesor. ¿Le importaría ofrecernos una declaración ahora? —Kevin O'Connell se agachó detrás de Daoud, y Emerson se volvió gruñendo al *Times*.

* * *

—Fue un poco desconcertante —dijo Emerson—, entrar en el bar del hotel Luxor y encontrar a mi hijo siendo obligado a beber brandy por un holandés regordete con un fez rojo.

—No veo qué tiene que ver el fez con eso —comenté—. Yo no habría recomendado el brandy para contrarrestar los efectos del opio, pero parece haber sido efectivo.

Mis ojos se volvieron hacia Ramsés. Le había metido en la cama, lavado algo de la suciedad y sustituido la túnica sucia por una limpia, a excepción de su rostro magullado, se veía bastante normal. De todos modos, de alguna manera sentía la necesidad de seguir mirándolo.

Emerson también estaba mirando los golpes. La mayoría de ellos podrían haber sido hechos por una mano grande al taparle la boca. La mayoría, pero no todos.

—¿Fue Riccetti quien te golpeó, Ramsés? —preguntó Emerson.

—No, señor. El *signor* Riccetti —dijo Ramsés crítico—, no es una persona bien educada. Continuamente me interrumpía. Solo llevábamos hablando unos minutos, cuando perdió los estribos y le dijo al hombre muy grande que... si no recuerdo mal, sus palabras

exactas fueron «enseña al mocoso cómo contener su lengua».

—¿Por lo tanto, fue el hombre de gran tamaño quien te golpeó? —Emerson me sonrió—. Me robaste el placer de devolverle el favor, Peabody. Supongo que ese fue el hombre al que mataste.

—Fue Evelyn quién le mató, no yo.

Emerson miró de reojo a su cuñada. Con una mano en la de Walter y la otra apoyada en la cabeza de David, que estaba sentado a sus pies, ella era la imagen de una dama inglesa de linaje impecable y buena crianza.

—Eso dices —murmuró Emerson—. Todavía no puedo creerlo. Bien, bien, la vida está llena de sorpresas.

Ciertamente me había sorprendido encontrar a Ramsés bebiendo brandy con un holandés en el bar Luxor. Todavía estaba en ello —y tratando, más bien incoherentemente, de convencer al amable caballero de que le permitiera seguir a los rescatadores— cuando nos detuvimos para recogerlo en nuestro camino hacia el bote. Cuando atracamos cerca del *Amelia*, el aire fresco le había reanimado, pero Emerson insistió en llevarlo a su habitación. Envié a Daoud a buscar a Abdullah de inmediato y el resto de nosotros nos reunimos alrededor de la cama de Ramsés, donde pronto se nos unió Cyrus Vandergelt. Yo había dejado la puerta abierta, ya que Emerson estaba fumando su pipa y Cyrus había encendido uno de sus puros favoritos.

Silencioso y sin avisar, vestido de blanco y envuelto en humo, Abdullah apareció en la puerta como una aparición fantasmal. David se puso lentamente de pie. Durante un largo momento nadie se movió. Entonces Abdullah extendió los brazos, y el muchacho corrió hacia ellos.

Después de que eso se resolviera, Abdullah y Daoud, que le había seguido, encontraron lugares donde sentarse en el suelo. La habitación estaba muy llena, pero había un lugar vacío en nuestros corazones, y nadie quería ser el primero en hablar de ello.

Ramsés se aclaró la garganta.

—Me gustaría decir dos cosas.

—¿Solo dos? —preguntó Kevin en voz baja.

Ramsés, que tenía los oídos de un gato, le dirigió una fría mirada.

—En primer lugar, estoy profundamente en deuda con todos

ustedes. Arriesgaron sus vidas por salvarme.

—Och, no fue nada —dijo Kevin—. Disfruté bastante...

—En segundo lugar —dijo Ramsés—, pido disculpas por mi descuido y falta de previsión. No habrían tenido que correr esos riesgos si me hubiera comportado con más sensatez. Nunca volverá a suceder otra vez.

—Ja —respondió su padre—. No te preocupes, hijo, no fue culpa tuya. Eh... no del todo.

—Es mi culpa que Nefret esté ahora en peligro —añadió Ramsés —. Eso es un hecho, y nada de lo que pueda decir, padre, lo alterará. Puedo redimir mi error, pero... —convirtió la voz entrecortada en una tos y continuó con la misma voz fría—. Pero agradecería si empezaran a planificar cómo vamos a traerla de vuelta.

—¡Bien dicho, por Júpiter! —exclamó Cyrus. Estaba sentado en el suelo, ya que no había suficientes sillas, y se veía bastante ridículo con sus largas piernas dobladas y las rodillas al nivel de la barbilla, pero sus ojos eran fríos y calmados—. Por eso estoy aquí. Aprecio que ustedes, compañeros, me permitieran conocer las buenas noticias sobre Ramsés de inmediato. Tal vez no debería haber venido disparado hacia aquí a estas horas de la noche, pero no podía dormir pensando en esa pobre niña. Si juntamos nuestras cabezas deberíamos ser capaces de averiguar a dónde se la llevaron.

—Ese es el espíritu, Vandergelt —exclamó Emerson—. Os contaré lo que he averiguado esta noche. No es mucho, pero ¡qué diablos! Es un comienzo. Se las vio subir al ferry de la tarde y desembarcar en Luxor. Ninguno de los miembros de la tripulación pudo aventurar una conjetura sobre a dónde fueron tras eso, así que a continuación pregunté a los cocheros. Finalmente encontré uno que recordaba haber visto a Nefret y otra *Sitt* en un carruaje. Después de un debate animado y enloquecedoramente prolongado acordaron que era el carruaje de Mohammed Ali. Él se había ido con un grupo de turistas, nadie sabía dónde, así que tuve que esperar a que regresara. No necesito deciros —dijo Emerson en voz baja—, que pareció una eternidad. Fue, de hecho, más de una hora, pero no tuve más remedio que esperar. Él las recordó, Nefret es difícil de olvidar, y se ofreció a llevarme hasta el lugar donde las había conducido.

—¿El Luxor? —pregunté, cuando Emerson hizo una pausa para encender su pipa—. Eso fue muy audaz por parte de la maldita mujer. ¿Cómo podía esperar retener a Nefret allí?

—No creo que se quedaran en el hotel —respondió Emerson—. Pero antes de que pudiera continuar con mis investigaciones observé que un grupo de hombres salía disparado del bar hacia la calle. Reconocí a O'Connell, capté un breve vistazo de sus compañeros, pero esa *galabbiya* particular, y el turbante eran extrañamente familiares, por lo que fui al bar para preguntar qué había sucedido, y me quedé estupefacto, por decir algo, cuando vi a Ramsés. Estaba empezando a volver en sí, pero seguía estando inseguro sobre dónde estaba ni cómo había llegado allí. Afortunadamente, el caballero holandés hablaba inglés bastante bien, me contó la dramática aparición de Daoud con un cuchillo en una mano y el cuerpo inconsciente de Ramsés encima del hombro, se había abierto camino a la fuerza a través de porteadores, secretarios y porteros, y estaba exigiendo ayuda para Ramsés y rescate para *Sitt Hakim* a pleno pulmón.

—Fue muy inteligente ir al hotel —dije, con un gesto de aprobación hacia Daoud—. Era el lugar más cercano donde podía contar con encontrar ayuda.

—Le busqué —dijo Daoud con aire de suficiencia, señalando a Kevin—. Siempre está en la barra del Luxor.

—Una vil patraña —respondió Kevin con una amplia sonrisa, imperturbable—. Pero estoy agradecido de haber estado allí en esta ocasión, pero una vez que Daoud contó su historia, tuvo a todos los tipos del lugar listos para correr al rescate.

—Para resumir —interrumpió Emerson en voz alta.

—Disculpe, Profesor —contestó Kevin.

—Humm —dijo Emerson—. En resumen, me quedé con Ramsés hasta que estuve seguro que estaba bien. No tenía el menor recuerdo de cómo había llegado allí, pero fue capaz de darme alguna indicación sobre dónde había estado y empecé a juntar las piezas. O'Connell a la carga, Daoud en Luxor, Ramsés entregado, ¿quién más podría haber instigado un cuerpo a cuerpo así, excepto tú, Peabody?

—Gracias, querido —contesté, muy satisfecha.

—Y sabía que tenía razón —continuó Emerson—, cuando me

acerqué al lugar y escuché disparos, gritos y gente golpeando puertas. Pido disculpas por haberme demorado, pero por suerte no me necesitabais, ¿verdad?

—No —dijo Evelyn—. Walter estaba allí. Pero creo que debería irse a la cama.

Walter trató de parecer modesto. Sus gafas se habían roto en la lucha, pero no era su ausencia lo que hacía que su rostro se viera tan cambiado. Un hombre no tiene que ser un héroe para ganar confianza en sí mismo, solo necesita una mujer que piense que lo es. En este caso, sin embargo, Walter se había ganado sus laureles.

—Estoy totalmente en forma, querida —dijo—. Y no puedo descansar hasta que hayamos explorado todas las pistas posibles. Radcliffe, ¿se te ha ocurrido que el viaje a Luxor puede haber sido una tapadera? Supongamos que regresaron a este lado del río

—Disfrazadas —añadió Ramsés—. Bien pensado, tío Walter.

—Gracias, Ramsés —dijo su tío.

—Sin embargo —continuó Ramsés—, en mi opinión intentar encontrar el rastro sería una pérdida de tiempo. No hay nadie más anónimo en esta tierra de mujeres con velo negro que otra mujer con velo negro. Más bien, deberíamos tratar de determinar la identidad de la persona que se la ha llevado. La señorita Marmaduke es una incauta o una subordinada. Otra persona le dio las órdenes.

—La carta lo demuestra —dije yo con impaciencia—. También demuestra que Riccetti no era responsable del secuestro de Nefret.

Ramsés tosió. (Me estaba empezando a disgustar esa tos).

—La fraseología de la carta deja abierta la posibilidad de que el escritor estuviera aliado con Riccetti. Sin embargo, otros indicios sugieren que tienes razón, madre. Si él estuviera reteniendo a Nefret, se habría burlado o te habría amenazado durante esa dramática confrontación que describen tan vívidamente.

—Pero no está fuera de la foto —murmuró Emerson, apretando los puños—. Volverá, más peligroso que nunca.

—No estoy tan seguro de eso —respondió Cyrus arrastrando las palabras—. Ustedes amigos no han tenido tiempo de sentarse y pensar, pero consideren lo sucedido. Antes Riccetti escapó con sus sucios trucos porque a nadie con autoridad le importaba lo que hacía a un grupo de pobres egipcios. Esta vez ha secuestrado a un

niño inglés y ha intentado disparar a una multitud de extranjeros. El gobierno británico no va a tolerar ese tipo de cosas.

—Y tampoco lo hará la opinión pública británica —dijo Kevin con impaciencia—. No subestimen el poder de la prensa, señora E y caballeros. Mi historia y la de mis colegas harán que todo ciudadano británico aúlle exigiendo justicia.

—Humm. —Emerson se acarició el mentón—. ¿Quiere decir que puedo ser forzado a admitir que la maldita prensa es de alguna utilidad después de todo?

—Dios no lo quiera, señor —dijo Kevin piadosamente.

—Puede que tenga razón —admitió Emerson—. De todos modos, espero que no sea lo último que hemos visto de Riccetti. Me gustaría tratar con él personalmente. Mire, O'Connell, ¿comprende que no debe salir ninguna palabra sobre la desaparición de Nefret?

—Sí, señor, lo hago. —La cara de Kevin se volvió sombría—. No diré ni una palabra hasta que la pequeña esté a salvo en casa de nuevo. ¿No tienen ni idea de quién podría haber planeado su desaparición?

—Sabemos cómo fue atraída —dije—. Y por quién. Ese conocimiento no nos es de ninguna utilidad, ya que la señorita Marmaduke también ha desaparecido. En un momento creí que Abd el Hamed era miembro del mismo grupo, pero últimamente he empezado a cuestionármelo. Le vi, o a un hombre muy parecido, cerca de la casa de Riccetti hace unos días. Maldita sea, Abd el Hamed debe estar involucrado de alguna manera, en dos ocasiones envió a aspirantes a asesinos a este barco. No se arriesgaría a menos que pudiera perder algo vital para sus intereses o los de la persona que lo contrató.

Todas las miradas se volvieron hacia David. Él permaneció inmóvil, con la cabeza gacha, y el silencio se alargó.

—Somos hermanos —dijo por último Ramsés—. Me lo diría si lo supiera.

David levantó la cabeza. Miró, no a Ramsés, ni a Evelyn, cuya mano le había acariciado el pelo, ni a Walter, que le había salvado la vida esa noche, ni a su abuelo, ni a mí. Su mirada se clavó en Emerson, ojos azules contra intensos negros.

—He pensado hasta que mi cabeza estuvo vacía —susurró—. He dicho todo lo que sé. Espiaba a Abd el Hamed, sí. ¡Le odiaba! A

menudo por la noche cuando no podía dormir por el hambre o los moretones, me arrastraba y escuchaba, con la esperanza de aprender algo que le hiciera daño. Muchos iban a verle en secreto, ladrones con sus bienes robados de las tumbas, los distribuidores de Luxor, el *Inglizi* que compraba las antigüedades. Ningún hombre extraño llegó en secreto. Ningún hombre que fuera...

—Un momento —dijo Emerson, su voz tensa y dura—. ¿Ningún hombre, dices? ¿Ningún ser humano extraño? —Usó la palabra *nas*, que significa "gente".

Una gran luz pareció a punto de estallar en mi cerebro.

—¡Por Dios! —grité.

Los ojos de David se abrieron de par en par.

—Ellos dijeron hombre. —Él usó la palabra inglesa—. Yo pensé...

—No te culpo —interrumpió Emerson—. ¿Entonces, había una mujer? ¿Una mujer extraña?

—Las mujeres no van donde Abd el Hamed. Él iba a ellas. Pero... una noche, no hace mucho tiempo...

—¿Qué aspecto tenía? —La voz de Emerson era amable y alentadora. Se abstuvo cuidadosamente de mirarme. Me gustó eso.

—Llevaba el traje negro y el velo, pero no era egipcia. ¡No!, no puedo decir cómo lo supe, hablaron en voz baja y aparte, no oí ninguna palabra, pero no hablaron en árabe, hay una diferencia en la forma en que las palabras suben y bajan. Y caminaba como un hombre. —Jadeaba de emoción ahora, con los ojos brillantes—. ¿Ayuda? ¿La conoce? ¿Ella es la única?

—Ayuda —dijo Emerson—. Puede ser la clave que necesitábamos. Gracias, hijo.

* * *

—Podría haber sabido que habría una mujer en esto —comenté en algún momento más tarde, tras el agotamiento que finalmente nos había obligado a dispersarnos.

—Eso —dijo Emerson, dejando caer su camisa al suelo—, ha sido decididamente un comentario fuera de lugar, Peabody. Después de evitar señalar educadamente que tú, de todas las personas, deberías haberte dado cuenta...

—Sí, querido, y te agradezco tu paciencia. De todos modos, no puedes negar que siempre hay alguna mujer en tu cercanía. Esta es

la tercera vez, ¿o es la cuarta? Parece que no puedo librarme de...

Chapoteando en el lavabo, Emerson no se dio cuenta de mi fracaso para completar la frase. Cuando se volvió (después de dejar caer la toalla al suelo), su rostro era serio.

—Esto ayuda, pero no lo suficiente. Sabemos que la misteriosa mujer no era Marmaduke; estuvo con nosotros en el barco. ¿Quién diablos puede ser? Y no sugieras que sir Edward es una mujer disfrazada...

—No, no puede haber ninguna duda de su masculinidad. —Emerson entrecerró los ojos y continué deprisa—. Ella debe ser una turista o fingir ser una. Investigaremos mañana.

—Deseo a Dios que ya sea de noche. —Se sentó en el lado de la cama y se tapó la cara con las manos—. Perdóname, Peabody, debería tratar de poner buena cara, estás tan preocupada como yo, lo sé... pero la idea de esa niña encarcelada, amenazada, con miedo... Bien puedo ir a Luxor. No voy a poder dormir.

Me senté a su lado y le rodeé los hombros con mis brazos.

—No puedes hacer nada esta noche, Emerson, los gerentes de los hoteles no permitirán que despiertes a todas las mujeres y las saques de la cama para poder rugirles. Debes descansar, querido o no le serás de ninguna utilidad a Nefret. Ven, acuéstate.

—No voy a dormir —murmuró Emerson.

Sin embargo, yo sabía que lo haría. Le había deslizado unas pocas gotas de láudano en el café.

Yo no había tomado nada. Me acosté a su lado, pero mucho después de que su respiración profunda me asegurara que estaba dormido, permanecí con los ojos abiertos en la oscuridad tratando de pensar, no en Nefret, porque no podía soportarlo, sino en alguna manera de encontrarla.

Las piezas fueron cayendo en su lugar. La fuga de David, el significado de la diosa hipopótamo, el extraño comportamiento de Gertrude Marmaduke... no se lo había contado a Emerson, hubiera sido cruel aumentar esperanzas que podrían ser en vano. Y además, él me habría informado que «esta teoría, Peabody, es aún más fantástica que tus teorías habituales, y ¡eso es mucho decir!».

Él habría estado en lo cierto. Por otra parte, no había garantía de que mi sospecha siguiera jugando su papel. Ella ya podría haber pasado a la clandestinidad con su cautiva y su cómplice.

No esperaba dormir, pero lo hice. Cuando desperté, la luz fría del amanecer asomaba por la ventana, y el primer objeto que mis ojos somnolientos vieron fue la forma de una niña de cabellos dorados con las piernas cruzadas en el suelo junto a la cama.

# Capítulo 15

***"Ningún misterio es insoluble, es simplemente una cuestión de cuánto tiempo y energía está uno dispuesto a gastar".***

—La golpeé con la bacinilla —dijo Nefret.

No fue lo primero que dijo, pero fue la primera declaración que recuerdo claramente, después de la gozosa confusión que siguió. Creo que me pellizqué, no fue hasta la abracé que pude creer que era real y no una fantasía creada por el miedo y la esperanza. Luego los otros se despertaron y tuve que recordarle a Emerson que se pusiera los pantalones. Tuve que contarle a Nefret el retorno de Ramsés, lo que ya sabía, dado que su primer acto tras regresar había sido mirar en su habitación. Por lo menos creo que dijo eso. No se sorprendió de verlo, pero el rostro de Ramsés, cuando la vio, fue una vista que recordaré mucho tiempo. Rara vez, si acaso alguna vez he visto a ese rostro flemático bajar la guardia.

Sin embargo, un cierto toque de disgusto se mezcló con su placer, después de que nos reuniéramos en la cubierta superior y Nefret comenzara su historia.

—¿Escapaste sin ayuda? —preguntó Ramsés—. ¿No necesitaste ser rescatada?

—¿De la señorita Marmaduke? —bufó Nefret—. Me tomó por una tonta chica civilizada indefensa y yo hice todo lo posible por confirmar esa opinión. Se habría avergonzado de mí, tía Amelia, si me hubiera visto fingir creer todas las mentiras que me contó.

—No, querida, no me habría avergonzado, estoy muy orgullosa de ti —le dije con calidez—. ¿Pero no se te ocurrió que la señorita Marmaduke podría estar conduciéndote a una trampa?

—Sí, por supuesto —dijo Nefret, abriendo mucho los ojos—. De lo contrario ¿cuál hubiera sido el sentido de ir con ella?

Sin embargo, las acciones iniciales de Gertrude le habían hecho preguntarse si había cometido algún error. No se había opuesto a que Nefret dejara un mensaje y la habían conducido al hotel, sin tratar de ocultar sus movimientos. Sin embargo, no quiso responder a las preguntas. Declaró que no era más que una humilde servidora de alguien más grande que ella, quien suministraría todas las respuestas.

Por la descripción de Nefret, me di cuenta que la habitación a la que Gertrudis la había llevado era la misma que yo había reservado para ella. Debía haberla mantenido después de mudarse al Castillo. Nefret tomó nota y aprobó el balcón y la conveniente vid.

Aún tenía su cuchillo, y se sintió segura de poder escapar si la situación se volvía peligrosa.

—Estaba en un estado bastante extraño —dijo Nefret—. Siguió hablando de esa manera vaga acerca de la diosa y el Camino, pero lo más curioso fue cómo se comportó conmigo, casi con reverencia. Empecé a temer que no fuera una espía, sino solo una creyente de alguna tontería oculta. Ordenó que nos trajeran té...

El primer sorbo le dijo a Nefret que había algo mal con el té. Tuvo que tomar una decisión y lo hizo sin vacilar. Bebió el té.

Emerson no se pudo contener por más tiempo.

—¡Dios mío, hija! ¿Cómo pudiste?

—¿Cómo no iba a hacerlo? No había averiguado nada que me ayudara a encontrar a Ramsés o a desenmascarar a los superiores misteriosos de la señorita Marmaduke. A menos que ellos me creyeran indefensa, se asegurarían de que no supiera nada. Vomité el té cuando la señorita Marmaduke salió de la habitación durante un momento. Estaba muy nerviosa —dijo Nefret pensativa—. He observado que cuando la gente está nerviosa tienen que ir...

—Muy cierto —respondí—. ¿Cómo...?

—Por el balcón. Cuando volvió, me quejé de sentirme mareada. Me ayudó a tumbarme y fingí dormir.

No debió haberse librado de toda la droga, porque sus recuerdos posteriores eran nebulosos y confusos. Con la ayuda de otra mujer, la señorita Marmaduke le quitó la ropa exterior y su cuchillo. No podía recordar el aspecto de la otra mujer, salvo que llevaba un vestido severo y oscuro de diseño europeo, y que era robusta y fuerte. Después de envolverla en una túnica larga con capucha, las

dos mujeres la colocaron en un gran baúl de viaje y metieron almohadas y mantas a su alrededor antes de cerrar la tapa. Mientras vagaba dentro y fuera de la consciencia notó que levantaban el baúl, la transportaban y finalmente lo dejaban sobre el suelo. El suave movimiento que siguió le dijo que estaba en un barco, y dedujo que estaban regresando a la ribera occidental. Por fin se detuvo, la tapa del baúl se abrió y vio las estrellas brillando en el cielo oscuro. Alguien se inclinó sobre ella. No era la señorita Marmaduke, porque oyó la voz de esta última, aguda por la ansiedad.

—¿Está bien?

—Sí. —La otra voz era de mujer, más profunda y dura—. Dormirá una hora más.

Aceptando esta insinuación, Nefret se mantuvo inmóvil y sin responder mientras era sacada del baúl y llevada a una litera. Para su disgusto la mujer la cubrió, incluso el rostro, con una capa o una manta. No pudo ver nada mientras la transportaban rápidamente, pero los sentidos le dijeron que estaban abandonando los cultivos: el olor de la vegetación húmeda fue reemplazado por el aire seco del desierto, y luego por los sonidos y los olores de gente. Alguien la levantó de la litera, la llevó por un tramo de escaleras, y la colocó sobre una superficie dura. Hubo un intercambio de murmullos en árabe, cerraron una puerta, y luego le quitaron la capa. No se atrevió a abrir los ojos, pero supo por las manos que le alisaron el pelo y le enderezaron la ropa que era la señorita Marmaduke, antes incluso de que hablara.

—Todavía duerme.

—Despertará pronto. Dale más té.

—Pero dijiste...

—Este lugar ya no es seguro. Tan pronto como llegue la señora, nos moveremos.

—No lo va a aceptar. No tiene motivos para confiar en mí.

—Hay otras maneras. —La impaciencia y el desprecio endureció la voz de la mujer—. Es lo más fácil para ella, pero si no puedes hacerlo...

—Oh, no me gusta esto —se quejó la señorita Marmaduke—. Me dijeron que sería esta noche, seguramente, si le explico...

—¿Que es Tetisheri renacida y que debe enfrentarse a los restos

del cuerpo que una vez habitó con el fin de avanzar en el Camino? —Una risa despectiva—. No importa el té, me ocuparé de ella.

La puerta se cerró y una llave giró en la cerradura. Nefret se atrevió a abrir los ojos una rendija. Lo primero que vio fue a su antigua institutriz, paseando arriba y abajo y retorciéndose las manos. La habitación estaba iluminada por una sola lámpara. Las paredes eran de adobe enlucidos con una sola ventana cerrada. Los muebles eran escasos, algunos cestos y unas pocas vasijas de cerámica.

Con el corazón latiendo con fuerza, Nefret sabía que debía pensar tan rápido como no había pensado en su vida. Los contornos de la trama estaban claros ahora. La señorita Marmaduke era justo lo que había parecido a ser, una ingenua creyente de una religión oculta que había sido engañada por... ¿Por quién? El líder debía ser una mujer, esa misteriosa "señora" a la que la otra mujer se había referido. Y ella, Nefret, iba a ser retenida como rehén hasta que Emerson les diera la momia y los tesoros de la tumba.

Todo esto se agolpaba en su mente mientras trataba de decidir qué hacer. Podría obtener más información, incluyendo la identidad del líder desconocido, si se quedaba, pero los peligros superaban a las posibles ventajas. Ya no había ninguna razón para que continuara fingiendo que se la habían entregado. La drogarían o la atarían y la llevarían a otro lugar de donde escapar podía resultar imposible. Y si iba a actuar, debía hacerlo de inmediato, antes de que la otra mujer regresara con los medios para "ocuparse" de ella.

—Así que golpeé a la señorita Marmaduke con la bacinilla —dijo Nefret—. Ni siquiera me vio, estaba de pie junto a la ventana murmurando para sí misma.

Tan pronto como Nefret miró fuera, reconoció las casas y las paredes de un pueblo. Detrás de las viviendas, plateados por la luna, se levantaban los acantilados del alto desierto. La habitación estaba en el piso superior, estaba pensando cómo bajar cuando oyó fuertes pisadas acercándose. Trepando rápidamente por la ventana, bajó con las manos por delante y se dejó caer sobre una superficie dura de tierra apisonada generosamente salpicada de excrementos de animales.

—Entonces puedes guiarnos a la casa —exclamé—. ¿Era la de Abd el Hamed?

—No lo sé. La aldea era Gurneh, pero nunca vi la parte delantera de la casa. La ventana estaba en la parte posterior, y después de salir estaba demasiado preocupada por escapar para notar los alrededores. Si no hubiera encontrado el burro, es posible que me hubieran atrapado.

Ramsés trató de no parecer complacido por ese reconocimiento de falibilidad. Pensó que lo logró bastante bien, pero Nefret vio la mirada.

—El lugar es un laberinto, no hay calles, apenas callejones. Solo había estado allí una vez antes, y... supongo que crees que ¡tú podrías haberlo hecho mejor!

—No —dijo Ramsés—. En general, creo que lo hice mucho peor. Yo... —Se aclaró la garganta—. Estoy muy contento de verte sana y salva.

* * *

A la mañana siguiente, Emerson se dirigió directamente a Luxor, acompañado, no tengo necesidad de decir, por el resto de nosotros. Para su extrema molestia, descubrió que el buitre había volado. La casa estaba desierta e investigaciones posteriores dieron como resultado la información de que un hombre de la descripción de Riccetti había tomado el tren para El Cairo esa mañana temprano. Era el medio de transporte más rápido disponible, y su disposición a sacrificar la comodidad por la velocidad indicaba que se había dado cuenta, con cierto retraso, que sus recientes indiscreciones podían meterle en serios problemas. Enviamos mensajes a las autoridades de El Cairo, diciéndoles que interceptaran y arrestaran al villano y luego convencí a Emerson de volver a la ribera occidental.

—Bien —estuvo de acuerdo él, aclarando—. Riccetti se escapa de mí, maldito sea, pero si puedo poner mis manos encima de Abd el Hamed...

Mi pobre Emerson iba a ser decepcionado de nuevo. Cuando llegamos a Gurneh, la aldea era un hervidero de noticias. Abd el Hamed había sido encontrado en una zanja de riego por dos agricultores que se dirigían a sus campos. No había sido identificado de inmediato, ya que varias partes de él habían desaparecido.

—Ahora, Emerson, cálmate —dije—. Siempre me estás diciendo que te disgusta que tu trabajo se vea interrumpido por esos

pequeños encuentros criminales, éste ha terminado, así que ¿por qué no dejas de maldecir y vuelves a la tumba?

Sin embargo, no había terminado. Había un cabo suelto que atar y estaba decidida a encargarme de ello ese día más tarde, mientras Emerson estaba ocupado en la cámara funeraria. Si él hubiera conocido mis intenciones me habría prohibido ir o insistido en venir conmigo, y en el caso (improbable) de que mi teoría resultara ser incorrecta, nunca me dejaría escuchar el final de la misma.

La única persona que observó mi partida fue sir Edward. De hecho, tuvo la impertinencia de preguntarme a dónde iba. Le informé que tenía un recado que hacer en Gurneh y que regresaría en breve. Cuando insistió, declarando que me acompañaría, me vi obligada a ser sincera.

—Estoy atando un cabo suelto, Sir Edward. Se trata de un asunto privado y prefiero ir sola.

* * *

Supuse que me vigilarían. Cuando abrí la puerta tallada, Layla me estaba esperando, con plata sobre la frente y las delgadas muñecas bronceadas. Las pulseras tintineaban suavemente mientras se llevaba el cigarrillo a los labios.

—*Marhaba, Sitt Hakim* —dijo, exhalando una nube de humo—. Es muy amable de su parte visitarme. ¿Ha venido a ofrecerme sus condolencias por la muerte de mi marido?

—No, pensé que las felicitaciones podrían ser más oportunas. —Ella rió, y yo continué— me preguntaba por qué te casaste con él.

—¿Y ahora lo sabe?

—Creo que sí. No he venido a verte a ti. ¿Dónde está ella?

—¿Ella? —Sus ojos se abrieron con sorpresa fingida.

—Sabes a quién me refiero. ¿Vas a llamarla o voy en su busca?

Las cortinas al fondo de la sala se abrieron y apareció una mujer. Estaba vestida con el mismo vestido severo parecido a un uniforme que había llevado en el hotel cuando asistía a la “viuda” y cuando ayudó a Gertrude a secuestrar a Nefret.

—¿Qué quiere de mí, señora Emerson?

—No a usted —dije.

Avanzó hacia mí. Era una mujer grande, varios centímetros más alta que yo, de anchos hombros y fuerte como un hombre.

—No hay nadie más aquí. Se marcha o debo...

—No, Matilda. —La voz era la que yo había esperado. Salió de la habitación de detrás de la cortina—. Tráela.

Con un encogimiento de hombros que hizo ondular los músculos bajo los brazos, la "enfermera" apartó la cortina para mí.

La habitación estaba en penumbra con las persianas bien cerradas. Ella estaba de pie en una puerta opuesta a la que yo había entrado. Llevaba el vestido largo y negro de una mujer egipcia, asombrosamente similar en color y diseño a los ropajes que había usado en El Cairo y Luxor, pero ahora el velo que había escondido su pelo rubio y enturbiado sus rasgos borrosos había desaparecido. Yo conocía esos rasgos muy bien, aunque hacía casi un año que no los había visto, en Amarna, el día que Sethos encontró su final.

—Buenas tardes, Bertha —dije.

La enfermera me había seguido al interior. En lugar de devolver el saludo, Bertha dijo:

—Regístrala. Generalmente es un arsenal andante, así que no pases nada por alto.

No me resistí a que las manos de la mujer se movieron sobre mí y me quitara la pistola y el cuchillo. La resistencia hubiera sido inútil e indigna. Y lo que no eran armas tenía la intención de usarlos.

—¿Ahora me ofrecerá una silla? —pregunté.

—¿Me reconoció, entonces? Pensé que había tomado todas las precauciones posibles.

—No, deduje su presencia —respondí—. ¿Le gustaría que me explicara?

Ella me observó con suspicacia.

—Debo admitir que ha despertado mi curiosidad, pero si se trata de una artimaña para retenerme hasta que lleguen sus amigos...

—Nada de eso. He venido sola. ¿Nos sentamos? En su condición no debe estar de pie.

—¿Eso también? —se echó a reír, brevemente y con dureza, pero siguió mi sugerencia, alisando el tejido negro sobre su abdomen en un gesto que confirmó mi diagnóstico—. ¿Cómo?

—Taueret. Era la patrona del parto. No lo capté en un primer momento —admití con generosidad—. Creí que la diosa hipopótamo tenía otro significado muy distinto. Sin embargo, había deducido que uno de los turistas debía ser el enemigo desconocido

que temíamos, y cuando vi a la pobre viuda en Luxor... Hay una determinada forma de caminar característica de una mujer con un embarazo avanzado. Seis o siete meses, ¿no? En nombre del cielo, Bertha, ¿cómo puedes arriesgar tu vida y la de tu hijo en esta empresa tan desesperada?

—Es amable de su parte preocuparse —dijo con una mueca de desprecio—. Pero no arriesgué nada. Esperaba concluir la empresa y regresar a Europa este mes, y si me he retrasado, bien, Egipto se está haciendo conocido como centro de salud y el doctor Willoughby tiene una excelente reputación. ¿No va a preguntar el nombre del padre o lo ha deducido también?

—Eso no es asunto mío —contesté.

—¿Siempre y cuando no sea su marido? —Otra carcajada áspera —. Me gustaría hacerle creer eso, pero no puedo, ¿puedo?

—No.

La enfermera había salido de la habitación. Ahora volvió y asintió con la cabeza hacia Bertha, quien respondió con otro.

—Ha dicho la verdad, nadie la ha seguido Hable, pues, señora Emerson. Supongo que está ansiosa por demostrar lo inteligente que es...

—Presumir es un hábito en el que nunca he caído —respondí, acomodándome—. La he buscado porque también tenía curiosidad por saber algunos detalles sin importancia. Sabía que otros criminales tratarían de hacerse cargo del negocio lucrativo de Sethos tan pronto como la noticia de su muerte fuera pública. ¿Quién lo sabría antes que usted, que estaba con nosotros el año pasado cuando conoció su final? Vio la oportunidad y, con una rapidez y audacia que admiraría si se hubiera dedicado a un fin más noble, decidió aprovecharse de ello. Pero ninguna mujer puede asumir ese papel dominante en esta sociedad machista o, si debo ser honesta, en la nuestra, sin una autoridad masculina para reforzarla. Se ha representado como si actuara en nombre de Sethos, ¿verdad? La referencia que escuchó una noche sobre “el Maestro”, debería haberme hecho sospechar. También debería haber esperado que nacieran leyendas alrededor de su figura, como se han formado alrededor de otros grandes líderes, tales como Carlomagno y Arturo. Sus supersticiosos seguidores le consideraban un poderoso mago, no sería difícil convencerlos de que había sobrevivido y que regresaría

algún día. Creo que él tenía la habilidad de lograr lealtad, incluso afecto, de sus lugartenientes. Al declarar ser su representante podía ganarse esa lealtad para sí misma.

Esperaba que hiciera algún comentario. No dijo nada, solo me miró sin pestañear, con esos ojos azules y una expresión muy curiosa, así que continué.

—Necesitaba toda la ayuda que pudiera conseguir contra un hombre como Riccetti, pero usted tenía una ventaja que a él le faltaba: sabía dónde se encontraba la tumba. Según la historia que he reconstruido, la tumba fue encontrada hace unos diez años y ciertos objetos, como la estatuilla de Tetisheri, se sacaron. Después de que Sethos se hiciera cargo del comercio de antigüedades, el saqueo de la tumba de Tetisheri se detuvo. No estoy del todo segura de las razones, que son en cualquier caso irrelevantes para esta discusión. El descubrimiento de esa momia espantosa puede haber sido un factor, o las misteriosas desapariciones de ciertos hombres de Gurneh, o el temor a Sethos. Después de su muerte, los *gurnawis* decidieron que sería seguro renovar sus actividades. Usted se enteró de esto a través de sus conexiones con los seguidores de Sethos, pero no era la única que quería sustituir al Maestro de Crimen. Riccetti, expulsado de su posición por Sethos, estaba decidido a recuperarla. Sabía que había una tumba, pero no su ubicación. Envió a Shelmadine con una historia que esperaba que despertara los instintos competitivos de mi marido, y nos inspirara a encontrar la tumba para él. Ya había concebido la idea ingeniosa de permitirnos limpiarla y luego robar los tesoros.

»Usted había estado vigilando a Riccetti No sabía cuánto sabía, y tenía miedo de que Shelmadine no fuera capaz de dirigirnos a la tumba. Se alojó en el Shepheard, envió a uno de sus empleados, ¿nuestra amiga Mathilda aquí presente? para matar a Shelmadine. Despachó el *sufrayi* a hacer un recado, y Mathilda se llevó el cadáver a su habitación.

Ella no dijo ni sí ni no; sus ojos azules impertérritos permanecían fijos en mi cara.

—Usted fue menos sutil que Riccetti —continué—. Al principio intentó un robo directo de la tumba. Hemos combatido varias incursiones de este tipo, y luego tuvo la inteligencia suficiente para revisar sus planes.

»Tenía un espía en el campamento de Riccetti, Abd el Hamed. Su deseo de venganza y las persuasiones de la mujer de la habitación de al lado lo convirtió en un aliado dispuesto. Usted sabía dónde se alojaba Riccetti en Luxor y lo que estaba haciendo, pero sabiamente se abstuvo de desafiarle directamente. Esperó, con esa paciencia sibilina que tiene, y por fin Riccetti cometió el error por el que usted había rezado, secuestró a Ramsés. Fueron sus hombres, que tenían la casa de Riccetti bajo constante vigilancia, quienes atraparon a David. Riccetti (siendo un hombre) supuso que no nos preocuparíamos por el destino del chico. Pero usted lo sabía. Pero luego tuvo otra idea. Usó la desaparición de Ramsés para ponerle las manos encima a Nefret, y una vez que la tuvo, ya no necesitó a David. Así que lo liberó, con la esperanza de que nos llevara a la casa de Riccetti y así la libráramos de su rival más peligroso. Fue una brillante improvisación, digna de la inteligencia superior de una mujer. Riccetti se enteró de la traición de Abd el Hamed y...

Me callé. Fue solo una mirada fugaz a la puerta con cortinas detrás de mí, y una débil sonrisa, pero algo en esa sonrisa me congeló la sangre. Abd el Hamed había sido horriblemente mutilado. Sin duda, ninguna mujer...

Carraspeando, continué:

—Lo más inteligente de lo que hizo fue usar a la pobre estúpida de la señorita Marmaduke. Esperaba reclutarla como espía, había hablado con ella y sobre ella mientras se hospedó en el Shepheard, conocía su creencia en la reencarnación. Acechando en el balcón, Mathilda escuchó la historia que Shelmadine nos contó. Ella tomó el anillo, sin segundas intenciones en mente en el momento, era de oro y valioso. Más tarde, cuando le repitió la historia de Shelmadine, se dio cuenta de cómo podría utilizarla para seducir a Gertrude. No fue la única en observar el parecido casual de Nefret con Tetisheri, Gertrude fue una creyente dispuesta cuando usted hizo algo más.

Por fin, rompió su silencio.

—¿Eso es todo?

—Sí, creo que sí. Oh, una cosa más. Era usted quien estaba en el jardín del hotel Luxor esa noche con sir Edward, ¿verdad? Debería haber sabido que no era la señorita Marmaduke, pero habló en voz tan baja y tan poco tiempo, que no reconocí su voz.

—¿Eso es todo? —preguntó Bertha otra vez.

Asentí con la cabeza. Ella se inclinó hacia delante con los ojos brillantes.

—Muy inteligente, señora Emerson. Tan lista, que me sorprende que cometiera el fatal error de venir sola.

—¿De qué le sirve hacerme daño? —Pregunté con calma—. El juego ha terminado, Bertha. No puede mantenerme prisionera, no aquí, en el corazón de Gurneh.

—¿Es un callejón sin salida, entonces? No me enviará a la cárcel, ¿verdad? ¿En mi condición? —Me escupió la última palabra y luego se echó a reír—. ¡Carreras para las mujeres! Ese es su tema favorito, ¿creo? Entonces, debería felicitarme por mis esfuerzos, porque he dado un empleo remunerado a las mujeres, a mujeres oprimidas de este y otros países, quienes no trabajan para hombres sino para ellas mismas y para mí. ¡Una organización criminal de mujeres! Dirigir una organización de ese tipo es una carrera mucho más interesante y lucrativa que la que me sugirió una vez. Pensó que podría estudiar para ser enfermera, si podía superar mis remilgos. Los he superado, señora Emerson, como pronto verá.

Antes de que pudiera responder, su rostro experimentó un cambio terrible y su voz se convirtió en un susurro.

—¿Cómo puede ser tan ciegamente complaciente? ¿No sabe cuánto la odio y por qué? Noche tras noche me he quedado despierta imaginando formas de matarla. Algunas de ellas eran muy ingeniosas, señora Emerson, ¡oh, muy ingeniosas! Desafortunadamente, no hay tiempo para ellas ahora, tendré que hacerlo rápidamente y sin más dolor del que me gustaría. Mathilda...

No había subestimado la fuerza de la mujer, simplemente fallé en anticipar este desarrollo en particular. Todavía lo estaba considerando, con cierta confusión de la mente, cuando el brazo musculoso de la enfermera me levantó de la silla y sus dedos se cerraron alrededor de mi garganta. La presión fue rápida, cruel y hábil; mis sentidos giraban y mis esfuerzos por liberarme eran tan débiles como los de un bebé.

—No dejes que pierda la conciencia —murmuró Bertha, deslizándose hacia mí—. Quiero que sepa lo que va a suceder.

Por debajo de la túnica, sacó una daga enjoyada.

Traté de hablar. Solo salió un suspiro de mis labios, pero los fuertes dedos apretaron. La negrura cubría mis ojos y a través del zumbido en los oídos oí maldecir a Bertha. Estaba reprendiendo a la otra mujer por apretar demasiado. Yo había planeado simular la inconsciencia con la esperanza de que mi captor aflojara las manos, pero al parecer había esperado demasiado.

Mi último pensamiento, como siempre había sabido que sería, fue para Emerson. Imaginé que podía oír su agitado reproche:

—Peabody, ¡cómo puedes ser tan malditamente estúpida!

¡Le oí! O por lo menos... Mis sentidos girando, pero la visión había vuelto, y la sensación. Me había caído al suelo, y la voz era más clara ahora. No era la de Emerson, pero era una voz de hombre, hablando inglés, y con bastante agitación.

—¿Estás loca? ¡Dame el cuchillo!

La frase terminó con un gruñido o un jadeo. Decidí que tenía que averiguar lo que estaba pasando, así que me levanté sobre los codos. Al principio todo lo que pude ver fueron sus botas y luego una mano me agarró del brazo y me puso en pie.

—¿Está ilesa, señora Emerson?

—Sí, gracias, Sir Edward —grazné, frotándome la garganta—. Pero ¿por qué diablos se queda ahí parado? ¡Vaya tras ellas!

La habitación estaba vacía a excepción de nosotros dos. Él sostenía una pistola, la mía. Su cabello rubio estaba bien peinado, el rostro compuesto, su atuendo impecable, excepto por la sangre que saturaba la manga izquierda.

—No creo que esté dentro de mis facultades en este momento —dijo amablemente, y se desplomó a mis pies.

Bueno, por supuesto, ese fue el final de todo. Para cuando determiné el alcance de su herida y detuve la hemorragia, no había ninguna esperanza de atraparlas. Volvió en sí mientras le estaba vendando el brazo y comenzó a disculparse.

—Estaba desarmado, encontré esa pistola sobre una mesa en la habitación exterior, pero no me atreví a disparar, ni siquiera después de que ella viniera a por mí con el cuchillo. No a una mujer.

—Humm —dije—. Sin duda, sus sentimientos le hacen honor, Sir Edward, pero pueden ser malditamente inconvenientes. Supongo que fue la dama quien le sedujo, ¿o fue al revés?

—¿Seducido? ¡Dios mío, señora Emerson! ¿Qué está diciendo?

—Le vi, oí más bien, con ella en el jardín del hotel Luxor la noche que cenamos con el señor Vandergelt.

—Oído —repitió lentamente.

—Creí que estaba con Gertrude —admití—. Pero no era ella, ¿verdad?

—No. —La respuesta fue rápida y contundente—. No sé lo que oyó, señora Emerson, pero su interpretación de mi relación con la dama, o lo que fuera, está completamente equivocada. Nunca soñaría con... esto... incluso si ella no hubiera estado... eh... la tomé por lo que parecía ser, una mujer solitaria, de duelo, con necesidad de compasión y amable compañía. Hablamos, eso fue todo. Se lo aseguro, ¡eso fue todo!

—Pero usted tenía alguna idea de que se convirtiera en algo más.

Sus ojos brillaban con diversión no disimulada.

—Nunca la he engañado, ¿verdad, señora Emerson? Ya sabe cómo es para nosotros, los hijos menores, un matrimonio ventajoso es nuestra única esperanza de progresar en el mundo. Ella se presentó como una viuda rica, era joven, atractiva, y... eh... receptiva a la compasión.

—¿Y Nefret?

Él se echó a reír y sacudió la cabeza.

—No tiene que temer por la virtud de su pupila, señora Emerson. Yo no era consciente de su identidad cuando la vi por primera vez. Una vez que me enteré de que era la heredera del lord Blacktower... Bien, vale la pena esperar, ¿no cree? En unos cuantos años más será aún más hermosa y con el control de su propia fortuna.

—Admiro su sinceridad, si no sus principios —dije—. Podría ser conveniente que nos fuéramos ahora, ¿no le parece?

Sin ayuda, se puso de pie y me precedió a la habitación de al lado. Estaba vacía, Layla había considerado conveniente marcharse.

—¿Puede caminar? —Le pregunté—. Tome mi brazo, si se siente débil.

—La herida es superficial. Me siento muy tonto por haberme comportado tan débilmente.

La herida era superficial. Había fingido el desmayo porque era

reacio a poner unas manos violentas sobre una mujer, no solo una mujer, sino una dama, y una dama, por otra parte, por quien había sentido un poco de cariño. Algunos podrían llamarlo caballeroso. Yo lo llamo tonto y poco práctico, pero su acción me había librado de tomar una decisión dolorosa. Habría sido difícil condenar a una mujer en su delicada condición a los rigores de la prisión, y de hecho yo no tenía ninguna prueba de su conducta delictiva, excepto por su ataque contra mí y comprendía los motivos muy bien. ¿Acaso no había sentido las mismas punzadas de celos cuando temí perdido el amor de Emerson por otra? Mis celos habían sido transitorios y sin fundamento, los de Bertha eran permanentes y sin esperanza, porque Emerson nunca sería suyo. ¡No es de extrañar que me odiara!

Meditando, permití que sir Edward me llevara donde esperaban los caballos. Le tiró al pilluelo que los había estado sujetando una moneda y me ayudó a montar.

—¿Va a contarle a su esposo esta pequeña aventura? —preguntó.

—No veo ninguna otra opción. —Me toqué la garganta magullada tiernamente—. A menos que quiera confesar que fue usted quien me estranguló.

Me devolvió el chiste con una burla hacia sí mismo.

—Y que usted me apuñaló.

—Rugirá —dije con pesar—. Ah, bueno, ventilar sus emociones será bueno para él. Esto... le contaré la verdad, por supuesto: que vine a presentar mis respetos a la viuda de Abd el Hamed y me sorprendí al descubrir que estaba albergando a la mujer misteriosa. Ella declarará, por supuesto, que ignoraba las actividades delictivas de su difunto marido, y que no tenía ni idea de que la pobre señora *Inglizi* estuviera involucrada en ellas. La dama se le acercó porque... humm, déjame pensar. ¿Porque se había cansado de la vida social del hotel y quería soledad y paz, lejos del mundanal ruido? Por bondad, Layla aceptó a la dama... Sí, algo por el estilo.

—¡Oh, bien hecho! —Exclamó sir Edward—. ¿Alguna vez ha pensado en escribir una novela, señora Emerson? Tiene un don para la ficción.

—Eso es lo que ella dirá —contesté de forma seria—. Nunca miento a mi marido, Sir Edward le contaré la pura verdad, que para

mi más completo asombro fui atacada por una mujer cuya existencia habíamos postulado, pero de cuya identidad estábamos... Eh, supongo, Sir Edward que llegó a la casa solo momentos antes de irrumpir en la habitación. Tengo curiosidad por descubrir cómo supo que necesitaba que me rescataran, ya que no recuerdo haber gritado.

—No creo que pudiera haber gritado, estaba siendo estrangulada de manera muy eficiente No, lo que oí fue la voz airada de una mujer, empleando un lenguaje normalmente considerado muy poco femenino. Me tomé la libertad de investigar.

Así que no había oído nada de la discusión precedente. Eso fue un alivio, estaba segura que podía confiar en su discreción, pero me alegré de no tener que hacerlo. Mi conocimiento previo de la mujer misteriosa, y el de Emerson, era mejor mantenerlo en secreto.

Una vez más le aseguré mi aprecio.

—Ninguno de nosotros puede ser culpado por no darse cuenta de que nuestro adversario era una mujer desconocida —expliqué—. Las mujeres, Sir Edward, están tristemente discriminadas en el mundo de los hombres, pero su condición de subordinación les da ventaja. ¡Siempre son las últimas de quienes se sospecha!

—He aprendido la lección —fue su triste respuesta—. Nunca más voy a subestimar las capacidades de una dama, para bien o para mal.

—Usted también debe ser totalmente sincero —le dije—. Me ha seguido porque temía que los secuaces de Hamed todavía pudieran estar en Gurneh. Emerson estará muy agradecido.

—No tan agradecido como para que lamente mi partida —dijo el joven suavemente—. Sí, tengo que salir de Luxor casi de inmediato. Han surgido urgentes asuntos familiares que requieren mi atención.

—Lamento escucharlo. ¿Ha informado a Emerson?

—Tenía la intención de hacerlo hoy. No tendrá ninguna dificultad para sustituirme, todos los arqueólogos en Egipto han ofrecido los servicios de su personal.

—Lamentaremos perderle.

—Es usted muy amable al decir eso. —Volvió los divertidos ojos azules en mi dirección—. No me ha visto por última vez, señora Emerson.

—Renuncie a toda esperanza de Nefret, Sir Edward. Emerson

nunca lo permitiría.

—Uno nunca sabe, señora Emerson. Me considero un tipo persuasivo.

Cabalgábamos lentamente lado a lado, sonriendo, como si hablara consigo mismo, dijo pensativo:

—La señorita Nefret es una muchacha hermosa y será una rica heredera, pero su mayor atractivo para un hombre como yo, es la posibilidad de que un día pueda convertirse en una mujer de carácter, el tipo de mujer que usted es ahora. Espero que se lo tome con el espíritu con el que quiero decirlo, señora Emerson, cuando digo que si no fuera por el hecho de que usted es apreciada por alguien a quien tengo en alta estima, me atrevería... Pero creo que usted me entiende.

Es difícil estar enojada con un caballero que te dedica cumplidos, aunque sean impertinentes. Especialmente cumplidos impertinentes.

* * *

El 5 de abril de 1900 abrimos el sarcófago.

Nos había llevado casi dos meses, trabajando día y noche, despejar el camino a la enorme estructura. Afortunadamente para la presión arterial de Emerson, fuimos capaces de lograrlo sin sacrificar sus (nuestros, debo decir) principios profesionales. A partir de la puerta, limpiamos el camino de un metro de ancho que llevaba hacia el sarcófago, registrando el contenido de cada sección antes de pasar a la siguiente. Nuestros trabajos se hicieron más fáciles por el hecho de que ese pasaje estaba relativamente libre de objetos, como si alguien los hubiera quitado o empujado a un lado. El montón de joyería fue uno de los premios que conservamos, pero las tentadoras cuentas tuvieron que esperar, ya que no estaban en el camino directo hacia el sarcófago. Emerson calculó que serían necesarias al menos dos temporadas más para limpiar el resto de la cámara, pero era imperativo, en su opinión y en la mía, sacar a la momia antes de marcharnos de Egipto. A pesar de que la tumba estaría cerrada y vigilada, no subestimábamos a los laboriosos ladrones de Luxor.

La curiosidad y el interés público se habían elevado al rojo vivo después de la publicación de la primicia de Kevin, el hecho de que un concienzudo estudio por parte de Walter de los trozos de yeso

encontrados en los restos del corredor de entrada reveló el nombre de la reina Hatshepsut. Él y Emerson estuvieron de acuerdo en que el cartucho fragmentado solo podía ser suyo. No apareció en ningún otro lugar, Emerson insistió que el resto de relieves e inscripciones del sarcófago demostraban que era la tumba de Tetisheri, pero eso no impidió que la imaginación de la prensa y del público se desbocara. Tetisheri era prácticamente desconocida, salvo para los egiptólogos, pero la gran reina Hatshepsut era familiar para todos los turistas que habían visitado su templo. Creo que fue Kevin quien sugirió que las damas ¡podrían haber compartido el sarcófago! Esto era una tontería, por supuesto, pero encantó a los lectores de su periódico, ¡dos reinas por el precio de una! No me cabe duda de que la fantasía atraerá con igual fuerza a los *gurnawis*. Después de todo, no hay una gran diferencia entre los llamados pueblos primitivos y los autoproclamados civilizados.

A pesar de que habíamos intentado mantener en secreto el día preciso en que abriríamos el sarcófago, se congregó una multitud de curiosos y nuestros hombres tuvieron las manos llenas deteniendo a periodistas inoportunos y buscadores de curiosidades.

Así las cosas, el grupo admitido a la tumba era más grande de lo que a Emerson le hubiera gustado. Había erigido muros temporales a lo largo de la vía que llevaba a la cámara funeraria, pero siguió murmurando una serie de palabrotas mientras nuestros distinguidos visitantes: M. Maspero, el cónsul general británico (nuestro viejo amigo lord Cromer, anteriormente sir Evelyn Baring), Howard Carter, en su calidad de inspector, y un representante del *Jedive* nos siguieron por el estrecho pasaje. Cyrus estaba allí y, para sorpresa de Maspero y la indignación del *Pacha*, también Abdullah y su nieto. Yo había acordado con Emerson que tenían derecho a estar presentes.

El día anterior Emerson y Abdullah habían establecido el necesario sistema de poleas, con pesados trípodes de madera en cada extremo del sarcófago, y habían utilizado las palancas y cuñas para levantar la tapa lo suficiente para poder pasar las cuerdas por debajo. Cuando la gran tapa de cuarcita se levantó lentamente, los ojos de todos se clavaron en el sarcófago y todas las respiraciones se volvieron rápidas y superficiales. Por fin, el hueco fue lo bastante ancho y Emerson miró en el interior.

Se bajó de la piedra donde estaba subido.

—Damas y caballeros —dijo—. Lamento decir que la reina Tetisheri no va a recibir a nadie hoy.

El sarcófago estaba vacío. No quedaba ni un trozo de madera, ni un hueso roto.

* * *

Debido a la multitud tuvimos que retirarnos al *Amelia* con el fin de entretener a nuestros visitantes. Se propusieron brindis y bebimos, pero las felicitaciones de Maspero se mezclaban con la educada conmiseración. Emerson solo se encogió de hombros.

—Una pequeña decepción, *monsieur* —dijo con serenidad—. Las pinturas son obras maestras, el contenido de la tumba notable. Uno no podía razonablemente esperar tanto.

Después de que los distinguidos visitantes se marcharan me giré hacia Emerson.

—¡Sabías que ella no estaba allí! No te lo habrías tomado tan fríamente si no lo hubieras previsto.

—Estaba preparado para su ausencia, sí —dijo Emerson con calma—. Ya ves, querida, siempre he creído que esa viejecita calva del alijo de Deir el Bahri es Tetisheri. Tiene un gran parecido con los demás miembros de la familia que también estaban en el alijo, esos dientes frontales que sobresalen son muy peculiares. No me pidas que explique cómo llegó allí, o por qué su sarcófago vacío estaba tan cuidadosamente cerrado. Es, y probablemente siempre será, un misterio.

—¡Oh, vamos! —Exclamó Walter—. Debes tener una teoría o dos.

Emerson ya se había quitado la chaqueta y la corbata. Recostado en su silla, sacó su pipa.

—¿Qué tal un whisky? —preguntó cordialmente—. Tenemos mucho que celebrar, queridos míos. Una momia más o menos no le quita mérito. De hecho, mis brillantes deducciones en cuanto a la ubicación de la tumba estaban lejos de la realidad. Esta no fue la tumba original de Tetisheri: fue un re-enterramiento, realizado por Hatshepsut a su venerada antepasada después de que robaran o amenazaran la tumba original. Lo último creo, ya que gran parte del ajuar funerario ha sobrevivido.

»En ese momento los reyes del nuevo imperio de Tebas se

habían dado cuenta de que los monumentos visibles, como las pirámides, atraían la atención de los ladrones de tumbas. El padre de Hatshepsut fue el primero en construir su tumba en el Valle de los Reyes, sin que nadie lo supiera, ni nadie lo viera, como se jactó el arquitecto del rey. Hatshepsut ocultó su propia tumba con tanto éxito que aún no se ha encontrado. La ubicación que eligió para la de Tetisheri fue igualmente oscura. Decoró la tumba al estilo convencional, y, con una modestia inusual en un gobernante egipcio, se representó solo en el corredor de entrada. Esos relieves e inscripciones probablemente describen su piadosa restauración de la sepultura de su antepasada.

»Después de su muerte, su sobrino, a quien había mantenido bajo su puño durante años, comenzó a atacar a sus monumentos. Según mi reconstrucción, fueron sus hombres quienes entraron en la tumba de Tetisheri. Tutmosis, cuya madre era de origen humilde, probablemente estaba recogiendo a sus antepasados, sacó a Tetisheri y algunos de sus ajuares. Y no me pidáis que especule por qué se llevaron algunas cosas y dejaron otras. A diferencia de algunos de mis colegas, yo soy un excavador, no un escritor de novelas de romance histórico. El último acto de los sirvientes de Tutmosis era destruir la decoración del pasillo de entrada, donde se menciona a Hatshepsut.

»La tumba fue encontrada de nuevo en la dinastía XXI y utilizada para los entierros de una familia sacerdotal. Esos cuyos ataúdes encontramos pisoteados y rotos por los ladrones modernos. Pudieron haber sido ellos los que depositaron la momia sin nombre, pero me inclino a creer que ya estaba allí, y que fue su presencia lo que disuadió a los sacerdotes de entrar en la cámara funeraria.

—Bien hecho, Emerson —le dije—. En general, estoy de acuerdo con tu reconstrucción, pero no has ofrecido una teoría sobre la identidad de la momia sin nombre.

—Vamos —exclamó Walter—. Ni siquiera tú, Amelia, tendrías la... Es decir, te atreverías... lo qué quiero decir...

—Lo que él quiere decir —dijo Emerson—, es que solo tú posees la fuerza imaginativa para inventar, perdón, deducir la solución a este antiguo misterio. Sigue, mi querida Peabody, espero tus comentarios con interés.

—Es solo una teoría, por supuesto —dije modestamente—. Pero

como has dicho, podemos estar bastante seguros de que la tumba fue violada por los agentes de Tutmosis III. El rey destruyó los relieves que mostraban a su poderosa y autocrática tía Hatshepsut, pero no tenía motivos para guardarle rencor a Tetisheri. Él debió haber sido quien dejó a la momia sin nombre, ¿quién era ese desgraciado, horriblemente asesinado y ritualmente destruido? Obviamente... ¿Qué has dicho, Emerson?

—Obviamente —murmuró Emerson—. He dicho "Obviamente", repitiendo tu propia palabra. Continúa, querida.

—Obviamente, era una persona de cierta importancia, un sacerdote, un príncipe o un noble. El cuerpo de un delincuente común no habría sido conservado en absoluto. Es evidente que cometió algún acto que le valió el odio del faraón, ya que fue un asesinato oficial, una ejecución, en definitiva. Ahora os pregunto, ¿qué alto funcionario habría sido odiado por Tutmosis? ¿Qué advenedizo de bajo origen se había atrevido a... esto...?

Emerson se quitó la pipa de la boca. La boquilla estaba bastante masticada.

—¿Ensuciar? —sugirió, con una suavidad engañosa—. Justo el otro día, Peabody, negaste que la reina hubiera tomado a un plebeyo como amante.

—No me entendiste, querido —contesté.

—¡Ah, por Dios! —exclamó Emerson.

—Piensa en ella —insistí—. El rey de Egipto, sea hombre o mujer, era divino, engendrado por un dios, pero no dudo que los antiguos egipcios seguían la misma norma injusta que prevalece hoy en día. Era perfectamente aceptable que un rey tuviera tantas concubinas como pudiera mantener, pero un plebeyo que... eh... tuviera relaciones íntimas con la reina no gozaría de una larga vida, a menos que la reina también fuera un rey, ¡quien podría proteger a su favorito! Una vez que se retirara la protección, el pecador encontraría el destino prescrito para aquellos que violaran la ley religiosa y del estado. Pero... y esto, creo, es el argumento concluyente, si pudiera pensar cómo decirlo...

—¡Por supuesto! —exclamó Nefret—. ¡Él había participado de su divinidad!

—Esa —dijo Ramsés con un tono de voz peculiar—, es sin duda una manera de decirlo.

—Una forma muy adecuada de decirlo —contesté, asintiendo agradecida a Nefret—. Esa relación imbuyó sus restos físicos con cierta santidad, no podían ser totalmente destruidos. Sin embargo, también eran anatema, y es por eso que Tutmosis sacó a Tetisheri de su lugar de descanso, para que no se contaminara por el contacto con ellos.

—Lo tiene —exclamó Nefret—. Brillante, tía Amelia, ¿quién más podría haber sido, sino Senmut?

—¿Quién más? —repitió Emerson pensativo—. Cualquiera de, permitidme aventurar una respuesta, quinientos príncipes, sacerdotes y altos funcionarios que vivían en ese momento. Maldita sea, Peabody, ni siquiera sabemos a ciencia cierta cuándo murió el hombre. Las técnicas de momificación no sirven para datarle, ¡dado que no fue momificado! ¡Quinientos no sirven! ¡Cinco mil es más probable!

—Estoy totalmente de acuerdo con Amelia —dijo Evelyn con firmeza—. Senmut es el candidato más lógico.

Walter, que había abierto la boca, la cerró de nuevo. Al no encontrar apoyo en ese bando, Emerson miró con esperanza a su hijo.

—¿Sigues mi razonamiento, Ramsés?

Los inexpresivos ojos negros Ramsés se movieron de Evelyn a Nefret y hacia mí.

—Sí, padre, lo sigo. Sin embargo, creo que madre ha presentado un caso fuerte. Humm. Sí. En general, estoy de acuerdo con ella.

* * *

Embarcamos en Alejandría el día treinta y debo decir que fue agradable sentir la brisa del mar después del calor extremo del mes de abril en el Alto Egipto. También fue agradable tener varios adultos sanos (por no hablar de David y Nefret) cuidando de Ramsés, en lugar de ser la única responsable de él. Cosas terribles sucedían cuando Ramsés estaba a bordo de un barco. Evelyn y Walter habían accedido a venir de nuevo con nosotros al año próximo; colaborarían en la reproducción de las decoraciones de la tumba, Evelyn haría el trabajo de pintar y Walter copiaría las inscripciones.

Emerson y yo estábamos paseando por la cubierta una tarde poco después de nuestra partida cuando observé que un ceño

oscurecía la superficie lisa de su noble frente.

—Desahógate —le insté—. No estás preocupado por la tumba, ¿espero? Riccetti está a buen recaudo en una celda de la prisión y sus secuaces están encarcelados o han huido, la señorita Marmaduke permanecerá bajo el cuidado del doctor Willoughby hasta que se recupere de su colapso nervioso, y después del sermón que le diste, Layla no se atreverá a intervenir de nuevo con nosotros. La dejaste ir con demasiada facilidad, Emerson. Las mujeres siempre saben cómo manejarte.

—¿Y qué habrías hecho tú con ella? —preguntó Emerson—. No teníamos la más mínima prueba de que hubiera estado involucrada criminalmente. Si no hubieras dejado escapar a Bertha...

—Tú habrías hecho lo mismo.

—Humm —dijo Emerson.

—Demostrar su complicidad hubiera sido muy difícil. Sus hermanas en el crimen le eran leales, y si Layla es un ejemplo, todavía lo son. Tal vez —dije pensativa—, las influencias tiernas de la maternidad la suavicen y la alejen del mal.

—Humm —dijo Emerson, aún más enfáticamente.

—En cualquier caso no tenemos que preocuparnos por ella en el futuro inmediato, y la tumba está tan segura como hemos podido. Abdullah y los otros la protegerán bien.

—Estaba pensando en Abdullah —admitió Emerson—. No dudo de que él y los hombres la vigilarán con cuidado. Pero está envejeciendo, Peabody. Uno de estos días voy a tener que intimidarlo para que se retire antes de que se lesione. No puedo pensar en cómo hacerlo sin herir sus sentimientos.

—Si le reemplazas por uno de sus hijos...

—Todos ellos son hombres buenos, pero ninguno tiene la cualidad necesaria para ser líder. Había pensado en formar a David para tomar su lugar.

—¿Por qué no?

Emerson se detuvo y se giró, apoyado en la barandilla.

—Porque el chico es demasiado bueno para el trabajo. Hay otros como él en Egipto, pero ninguna posibilidad para ellos, no mientras nuestros ignorantes prejuicios ingleses eviten que sean adecuadamente educados. Podemos darle esa oportunidad a David.

—¡Y lo haremos! —grité—. Emerson, yo estoy contigo en cuerpo

y alma. Evelyn y Walter sienten lo mismo.

—Ya le he mencionado la posibilidad a Walter. —Añadió Emerson con una sonrisa—, él propuso empezar a enseñarle los jeroglíficos este verano, mientras David se quede con ellos. Imagino que Evelyn tiene otros planes en mente.

—Sería mejor para él aprender a leer y escribir en inglés primero —estuve de acuerdo—. Ramsés se encargará de ello, se ha reservado cuatro horas al día para las lecciones.

Emerson me ofreció su brazo y seguimos caminando.

—Peabody, tengo una cuenta pendiente contigo

¡Dios mío! pensé. ¿Y ahora qué? Había algunas cuestiones menores que le había ocultado por su propio bien. ¿Cuál de ellas había descubierto?

—Me dolió profundamente —declaró Emerson—, cuando me reprochaste que no te comprara la pequeña estatua de Tetisheri.

—Oh, eso —dije, tratando de no sonar demasiado aliviada—. Solo estaba bromeando, querido.

—Humm —dijo Emerson—. Mi querida Peabody, ¿alguna vez he frustrado alguno de tus deseos? ¿Alguna vez he fallado en anticipar y satisfacer tu más mínimo deseo?

—Bueno, Emerson, ya que me preguntas...

—Tenía una maldita buena razón para no comprar esa estatua, y no tenía nada que ver con mis principios. He sacrificado los suficientes por ti, querida.

—¿Qué razón, Emerson?

—Era una falsificación, Peabody.

Estaba vez fui yo quien se detuvo, me agarré a su camisa y le obligué a mirarme a la cara.

—¿Una de las copias de Hamed, quieres decir? ¿La que viste en la tienda de antigüedades hace diez años? La que compró el señor Budge para... ¡Emerson! ¿Me estás diciendo que la estatua del Museo Británico es una falsificación, y que lo has sabido siempre? ¿Por qué no les has informado?

—¿Por qué debería? Están enamorados de Budge y sus golpes brillantes. Un día alguien, yo mismo si así lo decido, les iluminará y Budge se verá casi tan tonto como realmente es. —Los ojos de Emerson brillaban como zafiros con el anticipado placer—. Quién sabe, podemos ser capaces de desenterrar el original. ¿No sería la

retribución perfecta para Budge?

Era imposible no compartir su diversión infantil. Disfrutamos de una carcajada juntos, y luego miré a mi reloj de solapa.

—Madre mía, es casi la hora del té. Vamos a recoger a los niños. Prometí que les leería mi cuento de hadas.

—Oh, ¿entonces has terminado la historia del hipopótamo? —Emerson me tomó del brazo y nos encaminamos hacia las escaleras —. ¿Cómo, si me permites la pregunta? Solo existe una pequeña parte del original.

—Es solo una conjetura —dije modestamente—. Sin embargo, creo que es psicológicamente sólido. Me refiero a la psicología del antiguo Egipto, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Emerson, sonriendo.

—¿Recuerdas dónde acaban las hojas originales, con el rey y sus cortesanos sin saber cómo responder a la demanda insultante de que masacraran a los hipopótamos? Sí. Bien, mientras estaban sentados en silencio, desconcertados, por encima del trono se eleva la madre del rey, la reina viuda Tetisheri, la sabia, la venerada, y se dirige al arrogante mensajero en un tono resonante. He compuesto un precioso discurso breve para ella, inspirado en uno de los que la reina Elizabeth dirigió a las tropas antes de la llegada de la Armada.

—Un excelente modelo —dijo Emerson.

—Tuve que cambiar parte del texto, naturalmente. *"Siervo del Maligno, vete"* — grita Tetisheri—. *¡Nuestros hipopótamos se comen a los cocodrilos de Set!* Inspirado por su coraje, su hijo también desafía al mensajero. El cuento termina con los ejércitos egipcios marchando, con las trompetas sonando y los banderines al viento, para expulsar a los invasores de la tierra sagrada de Egipto.

—Ese sería un buen lugar donde acabarlo —coincidió Emerson gravemente—. En vista del hecho de que su hijo perdió la vida en esa batalla, y probablemente perdió la batalla también.

—Pensé que sería demasiado deprimente y no del todo de acuerdo con la psicología del antiguo Egipto.

—¿He mencionado recientemente que te adoro, Peabody?

—Nunca me canso de escucharlo, querido. Emerson, no hagas eso, ahora no. Es la habitación de Ramsés y... ¡alguien en la habitación está gritando! Santo cielo, ¡que sonido tan sobrenatural!

Me apresuré hacia la puerta, pero antes de llegar vi acercarse a

Ramsés desde el otro extremo del corredor. Su sombra, me refiero a David, le estaba pisando los talones.

—¡Ramsés! —Grité, tirando de la manilla—. Abre la puerta de inmediato. ¿Qué demonios está pasando ahí dentro?

Ramsés, visiblemente perturbado, empezó a rebuscar en los bolsillos.

—*Anubis* debe haberse deslizado dentro mientras yo no miraba. Esa es la voz de *Bastet*. Está muy enojada.

—Eh... Peabody —dijo Emerson, detrás de mí.

—¡Cómo has podido ser tan descuidado! —Grité, arrebatándole la llave a Ramsés—. ¡Se desprecian mutuamente! Están luchando. Están...

Abrió la puerta y me quedé paralizada.

—No están peleando —dijo Emerson—. Cierra la puerta, Peabody. Incluso un gato merece privacidad en un momento como ese.

Eso hice.

Fin

# GLOSARIO

**AFREET**: Demonio maligno.

**BACSHISH**: Propina.

**CANDACE**: reinas en el antiguo imperio cushita (Nubia), donde gobernaban las reinas, no solo como reina-consorte o reina-madre, sino por derecho propio.

**DAHABIYYA**: Barca de recreo o vivienda, en forma de media luna, cuya popa y proa no se sumergen en el agua.

**DJINNI**: Geniecillo.

**DRAGOMÁN**: Intérprete y guía de los países dónde se habla el árabe, el turco o el persa.

**EFFENDI**: Señor.

**FARAGIYYA**: Túnica exterior llevada principalmente por eruditos.

**FELLAH** (Pl. *fellahin*): Campesino.

**GALABIYYA**: Túnica suelta que usan los hombres.

**GEBEL**: Colina o montaña.

**GURNEHWIS**: Habitantes de Gurneh.

**HAKIM**: Doctor.

**INGLIZI**: Ingleses.

**MAAT**: es un concepto abstracto de justicia, equilibrio y armonía universal en la cosmovisión egipcia, similar a la noción de virtud judeo-cristiana. Estaba estrechamente ligada a la figura del faraón, quien debía encargarse de obrar por la prosperidad y bienestar de su pueblo guiado por los principios de Orden, Verdad y Justicia. Era representada como una deidad más, la diosa Maat, una mujer que llevaba sobre la cabeza una pluma de avestruz.

**MARHABA**: Bienvenido.

**MASTABA**: Bancos de piedra o adobe en la entrada de los

edificios.

**PILONO**: Representaba la entrada al templo y era una pared monumental formada por un alto y ancho muro en forma de tronco de pirámide con una puerta central. Cada una de las dos torres que formaban el pilono representaba los acantilados de cada lado del valle del Nilo, pero también eran, a la vez, las dos montañas que flanquean el disco solar. Las paredes, trapezoidales, contenían aberturas en las que se colocaban mástiles y banderolas, que simbolizaban la presencia del dios. Generalmente estaban precedidos de obeliscos que aluden a la morada del dios, a la relación entre lo terrestre y lo solar, lo sagrado, o colosos de reyes, normalmente sedentes, simbolizando los hijos vivientes del dios. Normalmente estaban decorados con escenas en relieve de temas históricos, religiosos o sacrificio de prisioneros por parte del faraón en presencia del dios al que estaba dedicado el templo.

**REIS**: Capitán, capataz.

**SITT**: Señora.

**SUK**: Mercado.

**USHEBTI**: Estatuilla.

**WADI**: valle o paso de agua, por lo general seco, cañón.